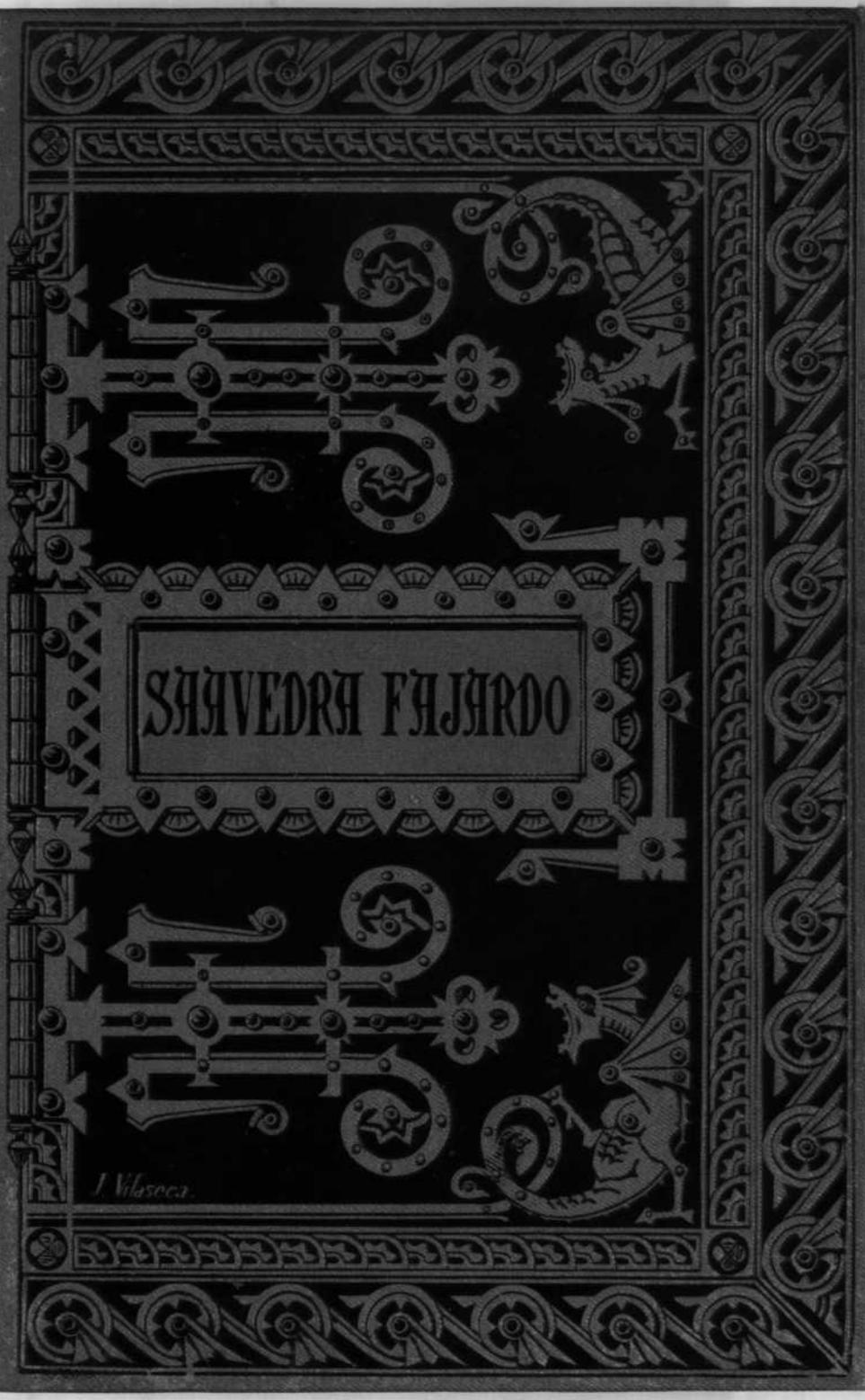


SARVEDRA FALJARDO

J. Vilaseca









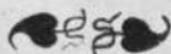
CORONA GÓTICA

JORGE GUILLÉN

17.6.5880

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

CORONA
GÓTICA



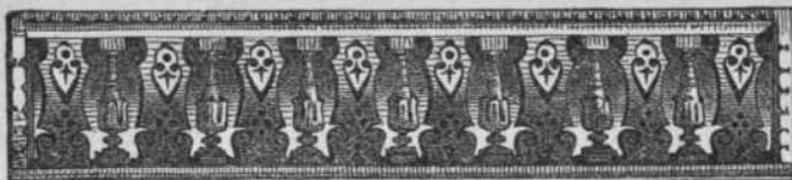
BARCELONA

BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO y C.^ª - Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1887 .





CORONA
GÓTICA, CASTELLANA Y AUSTRIACA (*)

POLÍTICAMENTE ILUSTRADA

Dedicada al Príncipe de las Españas, nuestro señor

POR

D. DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

Caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de Su Majestad en el Supremo de las Indias, y su plenipotenciario para la paz universal

AL PRÍNCIPE NUESTRO SEÑOR

En la *Idea de un príncipe político-cristiano* presenté á vuestra alteza la teórica de la razón de estado, y ahora ofrezco la práctica advertida en la *Vida de los señores reyes godos de España*, y de los que sucedieron á ellos en Asturias, en León y en Castilla; las cuales escribo brevemente por no pecar contra el público bien, ocupando la atención de vuestra alteza en prolijas narraciones, que más suelen cansar que enseñar. Con esto en pocas horas podrá vuestra alteza leer lo que obraron en muchos siglos, y aprender en sus experiencias y acciones, retratadas tan libremente por el pincel de la pluma, que ni al vicio ha puesto sombras ni luces á la virtud, para que sea más segura la enseñanza. Es la verdad la que más importa á los príncipes, y la que

(*) Aunque así tituló el autor su obra, la muerte le impidió pasar de su primera parte, única que contiene el volumen, razón por la cual hemos suprimido en la portada los dos últimos calificativos.—N. de los E.

menos se halla en los palacios, porque se tiene por una especie de reprehensión, y porque, reconociendo los cortesanos que algunos quieren más ser engañados que advertidos, huyen della y se valen de la lisonja, instrumento dispuesto para ganar la gracia; y como el amor propio no puede conocer la verdad en sí mismo, es menester que la busque el príncipe en otro; bien así como para quitar las manchas del rostro nos miramos en la imagen que representa el espejo.

Ya pues que difícilmente se halla en los que viven, la pone esta historia en los que fueron, representando á vuestra alteza sus gloriosos progenitores. En ellos se ha de mirar vuestra alteza para el conocimiento cierto de sí mismo y para el desengaño de los errores propios, presuponiendo que movió el dedo índice mi pluma, señalando en lo que fué lo que ahora es. Sírvase pues vuestra alteza denotar con atención las cosas que hicieron amados y gloriosos á estos reyes, y al contrario, las que les quitaron la reputación, el cetro y la vida; y luego vuelva los ojos vuestra alteza á sus acciones propias, y considere si acaso peligran en los mismos inconvenientes; porque solamente con este examen podrá vuestra alteza conocer si en ellas corresponde ó falta á las obligaciones de príncipe; aunque de la buena educación y natural de vuestra alteza se promete el mundo que antes será maestro de los reyes futuros que discípulo de los pasados, para mayor gloria de la monarquía y bien de la cristiandad.

Munster, 8 de Setiembre, 1645.

DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.



AL LECTOR

Pudiera, oh lector, entretenerse con obra de más novedad y más estudio que esta; pero siempre he juzgado por principal obligación de un vasallo trabajar en lo que puede ser de enseñanza á su príncipe natural, porque en ella consiste la felicidad política y la conservación de los reinos, en que todos somos interesados. Y porque ningún maestro mejor de los príncipes que la historia, y en ella estudian poco por las ocupaciones del gobierno y las delicias del palacio, y porque los atemoriza la prolijidad de las narraciones, divertidas en los sucesos universales, y en la averiguación de los lugares, del tiempo y de la antigüedad, sin señalar los documentos políticos (que son el principal fruto de la historia), juzgué por conveniente darles en pistos la sustancia de las cosas pasadas, reduciendo en un breve volumen las historias de los reyes godos de España, y también de los de Asturias, de León y de Castilla, de tal suerte dispuestas, que no solamente hallase su alteza entero conocimiento dellas, sino también advertidas en los casos las máximas políticas; pero con moderación, porque el oficio de historiador no es de enseñar refiriendo, sino de referir enseñando.

No parezca á algunos que yo no debiera empezar de los godos, nación tenida por bárbara entre los griegos, que estudiaba más en la espada que en la pluma; porque antes mejor della que de la griega ó romana se puede aprender la verdadera razón de estado, porque la más segura es la que dicta la razón natural, la cual para su conservación y aumentos no há menester el estudio; antes con él se confunde, y dudosa con la variedad de los discursos que ofrece la especulación, no sabe resolverse. Más

hemos aprendido á vivir de los animales que de los hombres, más de los rústicos que de los doctos. Las artes de reinar que inventó la especulación hicieron tiranos, y antes derribaron que levantaron imperios, y si alguno creció con ellas, duró poco. Menos dañosa es la malicia natural nacida de las pasiones propias, que la que, despertada del ingenio instruído con el estudio en los casos, busca el tiempo y las ocasiones para adelantar sus acrecentamientos con daño ajeno. En este sentido parece que se entiene lo que dijo San Pablo, que á los griegos y á los bárbaros se hallaba deudor por lo que había aprendido dellos. Fuera de que entre las naciones bárbaras fueron estimados los godos por los más semejantes á los griegos en el saber y en la policia; de que es evidente testimonio la monarquía que fundaron, no con menor prudencia que valor; y el haberlos tenido por bárbaros las griegos, ó nació de arrogancia, ó porque les disonaba la áspera y ruda pronunciación de sus lenguajes, en comparación de la suavidad y blandura del griego, desagradándoles también la diferencia de sus ritos y costumbres.

En este primer tomo ponemos los principios de la monarquía de España, no los de la prosapia de sus reyes; porque, si bien empezamos del rey Alarico por la cesión de las Galias y de España, que en él hizo el emperador Honorio, dominaba ya la descendencia real de los godos en el norte muchos siglos antes, sin que se pueda averiguar su origen; porque, como en el mar se alcanzan á ver por largo espacio las olas, pero no de dónde empiezan, así en el océano de la sangre real de los godos se descubren desde muy lejos en los horizontes de la antigüedad muchos cetros de la nobilísima familia de los Baltos, pero no los primeros.

Atrevido parece el intento de formar un cuerpo de historia de aquellos siglos, porque el tiempo, que todo lo reduce á cenizas, cubrió con ellas los sucesos y acciones de los reyes godos; y como sucede en los caminos nevados, apenas dejó huellas que seguir; solamente se hallan algunas de san Isidoro, obispo de Sevilla; san Ildefonso, de Toledo; Marco Máximo, de Zaragoza; Idacio, de Lamego; del abad de Belclara, y de otros que florecieron en aquella edad; pero más parecen notas de los tiempos que historias, y para darles bulto los escritores que después de la pérdida de España tomaron la pluma, fué menester que las adornasen con narraciones de los romanos. Si bien á las pocas memorias que han quedado sucede lo que á los fragmentos antiguos, los cuales son de más admiración al mundo que los edificios presentes, porque en aquellas se ven representadas las mudanzas del tiempo, los casos de la fortuna, la división y ruina del imperio romano, la exaltación y caída de las monarquías

de los ostrogodos y visigodos, de los alanos, vándalos, suevos y francos; los principios y aumentos de los otomanos, y las transmigraciones de casi todas las naciones. También se hallan prodigios extraordinarios, batallas formidables, muertes violentas de reyes, mudanzas de religiones, y tantos accidentes notables, que parece haber la divina Providencia en aquella época descompuesto toda la máquina de la tierra, para fundar la hierarquía de la santa Iglesia romana y las presentes monarquías de Europa.

Si lo que reservó la injuria de aquellos tiempos es tan memorable, ¿qué sería lo que encubrió el olvido y no supo referir la ignorancia? No se gloriaría tanto Roma de sus triunfos y trofeos si con la misma atención y cuidado que sus historiadores, hubieran los nuestros escrito las hazañas de los godos y españoles; en que no sé si culpe sus plumas ó á los reyes de aquella edad, porque en cualquiera hay ingenios que pueden ser instrumentos de la fama, y entonces florecieron muchos en santidad y letras. Pero ó falta en algunos príncipes la generosidad en premiarlos y la providencia en animarlos á escribir, ó desconfiados de sus acciones, tienen por más seguro el olvido que la memoria dellas.

Siendo pues confusa y oscura la narración de aquellos siglos, ha sido conveniente abrirle á esta historia ventanas á la margen, por donde le éntre la luz, poniendo los fragmentos de los autores con que se ha compuesto, no de otra suerte que como se forma una imagen con piedras de varios colores ó con plumas de diversas aves (1).

Mi mayor trabajo ha sido el ajustamiento de los tiempos: empresa acometida de muchos, y de ninguno perfectamente acabada, por los errores de la pluma antes que le sucediese la estampa, y por la ignorancia y descuido de los primeros escritores. Materia es de conjeturas, sin principios bastantes que puedan asegurar el discurso; y así, solamente puede ser disculpa el haber seguido á los más doctos.

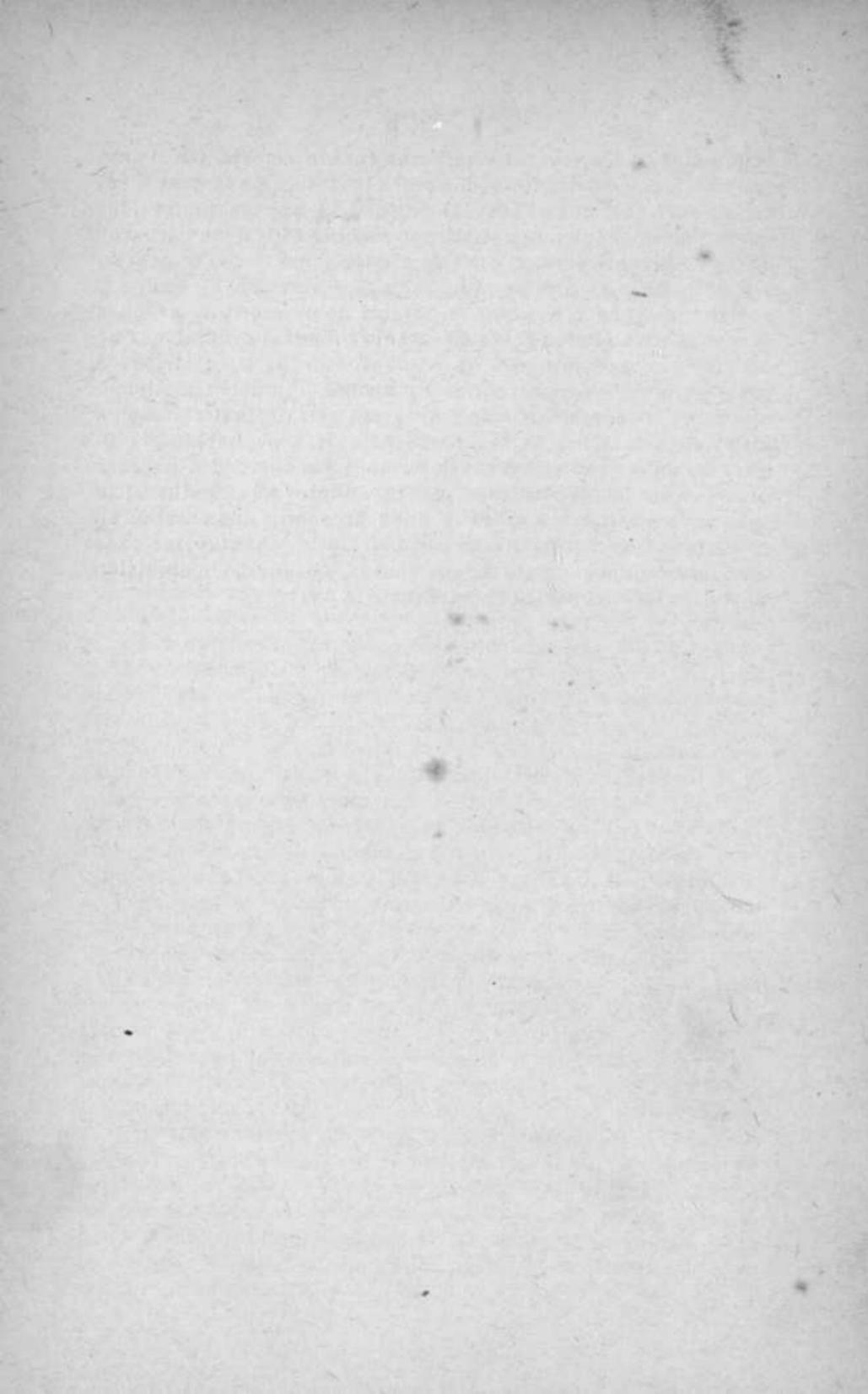
En el estilo procuro imitar á los historiadores latinos, que con brevedad y con gala explicaron sus conceptos, despreciando los vanos escrúpulos de aquellos que, afectando en la lengua castellana la pureza y castidad de las voces, la hacen floja y desaliñada. Dote fueron de la latina la elegancia y las flores de la elocuencia; pues ¿por qué no ha de suceder en ella su hija la lengua castellana? ¿Por qué no hemos de atrevernos á escribir

(1) Se refiere el autor á las notas que puso á su obra, en latín. La índole de nuestra Biblioteca las hace innecesarias.—N. de los E.

como escribieron aquellos grandes maestros? Séame lícito imitarlos, si no para ejemplo, para prueba. Con este fin doy á la luz esta primera parte de la *Historia*, hasta la pérdida de España, para que con los ojos de todos, sin fiarlo de los míos, pueda yo conocer y corregir en ella, y en la segunda parte (que está ya muy adelante), los defectos de mi pluma; si bien suele ser peligroso el aplauso, porque tienen los libros su genio y fortuna, estimando una edad á los que despreció otra. Por esto, según imagino, ponían los antiguos en la frente de los libros una luna menguante y abajo una corona, significando que la fama dellos está sujeta á las menguantes y crecientes de la opinión de los hombres.

Obra es esta que requería más tiempo y menos ocupaciones; pero, habiendo venido á este congreso de Munster por plenipotenciario de su majestad para el tratado de la paz universal, hallé en él más ociosidad que la que convenía á un negocio tan grande, de quien pende el remedio de los mayores peligros y calamidades que jamás ha padecido la cristiandad, pasándose los días, los meses y los años sin poderse adelantar la negociación, por las causas que sabe el mundo; con que me hallé obligado á trabajar en algo que pudiese conducir al fin dicho del servicio del príncipe nuestro señor, y también á estos mismos tratados, habiendo visto publicados algunos libros de pretensos derechos sobre casi todas las provincias de Europa, cuya pretensión dificultaba y aun imposibilitaba la conclusión de la paz, y que era conveniente que el mismo hecho de una historia mostrase claramente los derechos legítimos en que se fundó el reino y monarquía de España, y los que tiene á diversas provincias: los cuales consisten más en la verdad de la historia que en la sutileza de las leyes; y esto, no para que se produzcan en juicio, sino para que se vea lo que se deja olvidado por no dilatar más el público sosiego. Infelicidad es común, y aun fatal, que hayan de preceder diligencias tan largas á peligros y males tan presentes. No habría paz en el mundo si en el tribunal del tiempo no se hubieran legitimado los dominios y los reinos, porque apenas hay nación que recibiese de sí misma la suprema potestad, sino de otra extranjera más poderosa. En todas fué al principio yugo el cetro y servidumbre la libertad. Con la fuerza de las armas pusieron los normandos ó sajones su silla real en Inglaterra, los francos en Francia y los godos en las Galias y en España, cuya monarquía se puede preciar de haberse fundado con justo título por los derechos que el imperio cedió á los godos y porque fueron llamados de los mismos españoles. Pero ya á todos los reinos favorece la posesión inmemorial, confirmada con el consentimiento común de los pueblos. Las demás

conquistas de las naciones bárbaras fueron semejantes al arco celeste llamado Iris, fundadas entre las nubes de la tempestad de la guerra, las cuales ese Sol de justicia que las iluminó, las borró y deshizo luego, sin haber concedido Dios á los bárbaros que todo lo que pisase el pie fuese suyo, como á los israelitas; y si se hubiese de pretender lo que poseyeron con las armas y volvieron á perder, según fué parecer de un escritor, grandes derechos tendrían los reyes de España sobre las provincias que con las armas dominaron en Asia, en Europa y en África los reyes godos sus predecesores, y mayores el imperio de Alemania, como sucesor del romano. Opuesta sería esta pretensión á los eternos decretos de la providencia de Dios, habiendo mudado de unas gentes en otras los reinos y monarquías pasadas para fundar las presentes, constituyéndoles sus confines. ¡Oh cuán felices serían los reyes, y cuán prósperos sus vasallos si, conformándose con su divina disposición, se mantuviese cada uno dentro de los límites de sus reinos, gozando, sin ambición de los ajenos, del sosiego y bienes de la paz!





CAPÍTULO PRIMERO

ALARICO, REY DE LOS GODOS

Aquel divino Artífice, cuya voz fue instrumento de sus fábricas, crió la tierra para habitación del hombre; y aunque este derecho competía á cada uno dellos, se adelantaron los hijos y descendientes de Noé, y como primeros pobladores, hicieron propias con la posesión las provincias que ocupaban, eligiendo aquellos climas apacibles donde más benignamente repartía sus rayos el sol. Crecieron las familias, fecunda la tierra con la renovación del diluvio y con el castigo de la desobediencia al Criador; y ya por la estrechez, ó por la ambición de establecer dominios donde el cetro fuese particular, se dilataron con nuevos descubrimientos, sin perdonar á lo destemplado de las zonas ni á lo estrecho de los círculos de la esfera, ocupando (fuera ya de los caminos del sol) en la provincia de Escandia (ilustre por su extensión y por los reyes que dió al mundo) la Suecia, la Noruega y la Gotia. Esta se dividió en ostrogodos, que habitaron á la parte de oriente, y en visigodos, á la de poniente. Nación diversa de los getas, aunque graves y antiguos autores la tuvieron por una misma. Allí los detuvo el amor á la patria, donde la brevedad de la luz, la prolijidad de las sombras, el rigor del frío, la parsimonia y ignorancia de los vicios, aumentaron en tan gran número la generación, que hay quien llamó á Escandia oficina ó vaina de las gentes. Los ingenios de aquella nación eraa sutiles, prudentes y constantes, más dispuestos á engañar que á ser engañados; los cuerpos, robustos y blancos, cuyos poros, cerra-

dos con el rigor del frío, abundaban en sangre y criaban espíritus atrevidos y generosos. En las mujeres se veía una hermosura varonil. Acompañaban á sus maridos en la guerra, usando en casa del huso y en la campaña del arco, sin que en los peligros se valiesen de los suspiros y lágrimas, armas ordinarias en las demás mujeres.

Fundaron luego los godos la religión y el cetro, sujetos los dioses y los reyes al arbitrio de la elección. Creían la inmortalidad del alma, y que después de la vida se premiaba la virtud y castigaba el vicio; con que despreciaban la muerte y generosamente se ofrecían á los peligros. Eran tan altivos y presumidos de su valor, que cuando tronaba disparaban los arcos contra el cielo en favor de sus dioses, creyendo que batallaban entre sí y que necesitaban de su asistencia.

Aunque Escandia goza hoy de las delicias del mundo, y de la comunicación de todas las naciones por la industria de la navegación, carecía dellas en aquellos primeros tiempos, porque aún no había la piedra imán abierto por el mar los caminos á las proas; y encerrados los godos en aquellas estrechuras, multiplicada ya la población, pensaban en otras provincias más dilatadas, hasta que, impacientes sus ánimos fogosos, no pudiendo contenerse dentro de los vapores del norte, rompieron por ellos, semejantes á las exhalaciones constreñidas entre las nubes, y como rayos, salieron diversas veces á abrasar el mundo. Sintió primero Wandalia y después Escitia sus efectos; y animados con los buenos sucesos, entraron por las provincias de Tracia, Macedonia, Ilirico y por las demás de Asia, rindiéndose todas á su número y á su valor. Alejandro Magno no quiso aventurar con ellos su fortuna. Pirro, rey de Epiro, los temió. Á Julio César pareció prudente consejo no irritarlos, y Augusto procuró con medios suaves, y aun con vínculos de sangre, que no turbasen la paz de su imperio.

Era en aquel tiempo rey dellos Boroísta, y como prudente, reconoció gran disposición en los naturales de aquella gente para las artes y ciencias, y las introdujo entre ellos, dándoles por maestro á Diceneo, su consejero, gran filósofo, versado en las escuelas de los griegos y egipcios; cuya enseñanza hizo más humanos y más tratables sus corazones, antes rudos y fieros, y redujo á buena forma el culto y el sacerdocio; pero no pudo inducir en ellos el sosiego y reposo á que suelen in-

clinar los estudios; porque á pocos años los sacó de sus casas la ambición de dominar y la memoria de las delicias y buen temple de Asia, deseosos de restituirse en los derechos que tenían á toda la tierra, y de hacer señores della á sus reyes, cuya antigüedad y esplendor no les parecía reputación tener oculto entre las sombras del norte.

Estaba ya dividida en dos coronas la Gotia, porque la diferencia sola de los nombres visigodos y ostrogodos había también diferenciado los dominios: tan poderosa es en los pueblos cualquier diversidad, aunque no sea en lo sustancial. Los visigodos elegían sus reyes de la antiquísima familia de los Baltos, nombre que significa atrevido. Los ostrogodos, de aquella de los Amalos, habiéndose llamado así uno de sus primeros reyes.

Esta separación los hizo émulos en las conquistas. Á ellas daba honesto pretexto la usurpación del águila imperial; cuyo cuello, dividido en dos cabezas, miraba á un mismo tiempo al oriente y al ocaso, y cuyas garras abrazaban al uno y otro polo. Reposaba en su misma grandeza, sin atención á renovar las plumas con nuevas empresas; con que entregada al ocio y á las delicias, dió ocasión al desprecio y al atrevimiento. Reconocieron los godos la ocasión, y con intento de acometer el imperio, hicieron primero diversos sacrificios á los dioses; sabiendo bien lo que se autorizan las acciones públicas con la religión, y que en las guerras obra más la divina asistencia que el valor humano: estilo que observaron siempre en sus empresas, á cuya piedad se deben atribuir sus victorias y la duración de las coronas que adquirieron y aún conservan; porque, si bien en aquellos principios erraron el culto, reconocieron una deidad suprema, á quien debían adoración y obediencia; y á esta luz natural y religiosa premió Dios con bienes y grandezas temporales.

Tomada pues la resolución de desamparar las propias patrias por ejercitar su valor y por mejorar de habitaciones, se alistaron en número formidable, no de otra suerte que suelen los enjambres de abejas dejar la estrechez de sus colmenas, y buscar los troncos huecos de los árboles donde extenderse; y conducidos por el rey Atanarico, entraron en el imperio, y mantuvieron en él por largos años la guerra; y aunque en algunas batallas les faltó la fortuna, no les faltó la constancia; hasta que, cansados de vencer y de dominar sin tener cetro

fijo, pidieron al emperador Valente que les señalase provincias donde viviesen como amigos y confederados del imperio, ofreciendo que recibirían la religión cristiana. Consideró Valente que, hecha una vez aquella gente á la benignidad y delicias de los climas del imperio, no volvería á los rigores é inclemencias de sus patrias, y que era mejor alistarlos por el imperio y darles asiento donde con el ocio se apagasen sus espíritus ardientes, y les concedió la provincia de Misia, en la cual recibieron la religión cristiana, pero manchada con la secta arriana, que les enseñaron maestros arrianos enviados con este fin por el Emperador, cuya impiedad castigó Dios por mano de los mismos godos; porque, habiendo Máximo y Lupicino, capitanes romanos señalados para repartirles las tierras, intentado extinguirlos con la hambre, ya que no podían con la espada, impidiendo el comercio de aquella provincia, tomaron las armas y los mataron. Destruída Misia, pasaron á Tracia, donde en una batalla cerca de Andrinópolis vencieron al emperador Valente, y retirado á la casa de una aldea mal herido, le quemaron en ella: pena bien merecida por haber inficionado los godos con el veneno arriano.

Con estos sucesos más insolentes, hicieron tantas invasiones por el imperio, que habiendo sucedido en él Graciano, y por compañero suyo Flavio Valentiniano, su hermano, llamó de lo último de España á Teodosio, el cual, por ocultarse á la envidia de sus émulos, vivía retirado en Itálica, su patria, lugar vecino á Sevilla, para que le defendiese de aquella gente bárbara y feroz, nombrándole por tercer emperador; siendo fácil á los príncipes hallar sujetos grandes cuando los quieren buscar y premiar.

Teodosio (cuyo nombre significa dado de Dios) venció á los godos primero con las armas y después con el beneficio, dándoles tierras en que viviesen; de lo cual agradecido Atanarico, le visitó en Constantinopla, donde murió; y el emperador Teodosio, no menos valiente con los enemigos que benigno con los rendidos, le hizo enterrar con pompa real, acompañando delante del ataúd su cuerpo hasta el sepulcro: tal era la estimación en aquel tiempo de los reyes godos. Esta humanidad, digna de un español, obligó tanto á los de aquella nación, que habiendo elegido por rey á Alarico, de la sangre real de los Baltos, le asistieron y sirvieron como amigos y confederados del imperio. Tan antigua es la simpatía entre

españoles y godos, y hay quien dice que mientras vivió estuvieron sin rey.

Muerto Teodosio, quedó por su última disposición dividido el imperio en oriental y occidental, entre sus hijos Arcadio y Honorio; error que diversas veces cometió el afecto paterno, y pensando dejar más firme la grandeza en dos cabezas animadas de una misma sangre, causó guerras internas y llamó los peligros externos; y porque eran de poca edad, les había señalado tres tutores: á Gildo que gobernase las provincias de Aragón, Rufino las de oriente y Stilicón las de poniente. Peligroso consejo fiar de la ambición humana tanta grandeza, sin que le puedan disculpar los presupuestos de obligar á los dos primeros con la confianza, y á Stilicón con ella y con el parentesco, porque era casado con Serena, sobrina suya. Pero la misma confianza los ensoberbeció, juzgando que, pues eran beneméritos para gobernar, también lo serían para dominar, y aspiraron á llamarse emperadores, en cuya empresa perdieron luego las vidas. Á Stilicón pareció que su hijo Eucherio, por el parentesco con Honorio, tenía igual calidad de sangre para pretender el imperio, cuyo derecho pendía ya del valor y de la industria; y escarmentando en los sucesos infelices de Gildo y de Rufino, celó con más astucia sus intentos, procurando perturbar el imperio, y que la necesidad y el poco valor del emperador Honorio pusiesen en sus manos las armas y el arbitrio de las cosas.

Con este fin fomentó de secreto á los vándalos, de cuyo linaje descendía, y también á los alanos y suevos, para que turbasen las cosas de poniente, como lo ejecutaron, corriendo las riberas del Reno y bajando á las Galias, donde hicieron asiento; y al mismo tiempo irritó á los godos para que moviesen las armas contra el imperio, quitándoles el sueldo que les daban los emperadores. Con lo cual ofendidos, no pudiendo sufrir aquel desprecio, ni vivir sujetos los que habían nacido para dominar las naciones, entraron por Hungría, Austria y Esclavonia, talando los campos, habiéndose juntado con ellos el rey Radagaso, descendiente de los Amallos. Y porque el número de tanta gente causaba confusión y falta de bastimentos, y siendo el ejército compuesto de visigodos y ostrogodos, la misma diferencia del nombre, aunque eran todos de una nación, tenía divididos los ánimos, de que habían nacido encuentros entre ellos, les pareció conveniente

reducirse á dos cuerpos de ejército; y gobernado el de los visigodos por Alarico, y el de los ostrogodos por Radagaso, entraron por diversas partes en Italia. Á Radagaso venció Stilicón cerca de Florencia más con el ardid que con la fuerza, reduciéndole á un sitio estrecho dentro de los Apeninos, donde, cerrados los pasos á los bastimentos y á la retirada, les faltó lugar á los que en ninguno cabían. Aguardaban su rendimiento los romanos, entretenidos en banquetes y juegos, teniendo por cierta la victoria sin sangre y sin peligro; y apretados de la hambre los godos, intentó Radagaso escaparse, y dando en manos de los enemigos, fué preso y muerto. Los demás, antes vencidos que combatidos, se rindieron, en número de doscientos mil, aunque otros le añaden. Pasar á cuchillo tanta gente parecía crueldad, mantenerlos presos, impracticable; y así, se vendieron como se vende el ganado, y á tan vil precio, que se daban veinte por un ducado. Pudo también Stilicón acabar con Alarico, pero se contentó con darle una rota ligera cerca de Rávena; porque, deshecho aquel enemigo, no cesase la guerra y la necesidad de su persona, y cayese la traza de sus intentos, fundados en la perturbación de las cosas. Fuera de que pensaba ganar á Alarico, con quien antes había tenido amistad estrecha, y valerle de sus fuerzas contra las de Honorio. Conoció Alarico este artificio en el modo de hacerle la guerra, si ya no fué, como es verosímil, que le descubriese su ánimo; y para descomponerle con el Emperador y ganar su gracia, procuró diestramente que penetrase los designios de Stilicón, y juntamente le pidió la paz y asiento en Italia, ofreciendo que en ella vivirían los godos con mucha paz y quietud debajo de la protección del imperio; y porque no alcanza la paz quien vilmente la pide, le amenazó con la guerra. Honorio, aunque flojo y remiso, era astuto, y consideró que si quitaba la vida á Stilicón (ya entonces suegro suyo), no tendría quien hiciese oposición á los godos, y que convenía librarse primero de ellos.

Con este fin asentó paces con Alarico, y le cedió las Galias y á España, confirmando estas capitulaciones con la religión del juramento, en que también miró á exponerle á los peligros, empeñándole en una guerra contra los alanos, vándalos y suevos, y contra el tirano Constantino, que se había apellidado emperador en Inglaterra, en las Galias y en

España, para que, consumiéndose entre sí los bárbaros, pudiese después triunfar de ellos.

Escarmentado Alarico en el suceso de Radagaso, y fiado en la fe de la confederación y en las asistencias de Honorio, marchó luego la vuelta de las Galias, y cuando entraba por los Alpes, procuró Stilicón que un escuadrón de gente escogida diese sobre su ejército en los pasos estrechos de aquellos montes, ó para disminuirle sus fuerzas, ó para obligarle con la ofensa á volver á la guerra de Italia, y que le diese ocasión para continuar el manejo de las armas; porque no saben vivir sin ellas los que las han gobernado. Pudo ser que lo hiciese de orden de Honorio para deshacer de una vez aquella gente indómita, temiendo no se acordase con Constantino, y volviese con mayores fuerzas á Italia. Esta traición se ejecutó estando descuidados los godos en la festividad de la Pascua, los cuales, por no violar con sangre humana las aras, pedían con piadosa humildad á los romanos que depusiesen su furor en reverencia de día tan santo, y antes quisieron morir con los instrumentos del sacrificio en las manos que con las armas; hasta que la defensa natural, preferida á las ceremonias del culto, obligó á Alarico á recoger sus soldados y á acometer á los romanos; los cuales, vencidos de la religión y del valor, fueron deshechos. Animado Alarico con esta victoria, y ofendido del trato doble, volvió los pasos y las armas contra Roma, instigado de una sombra que le persuadía la empresa. Reconoció el peligro Honorio, y ya por dar satisfacción á Alarico, ya por los celos concebidos del poder y trazas de Stilicón, le hizo matar, y también á su hijo Eucherio. Pero como la prudencia humana no antevé los sucesos futuros, y se gobierna solamente por los pasados y presentes, yerra mucho en sus resoluciones; y así, se halló después engañado Honorio, porque perdió aquel gran general y no dejó satisfecho á Alarico, el cual no pudo persuadirse que sin orden suya se hubiese atrevido Stilicón á romper el tratado hecho. Más sano consejo hubiera sido disimular hasta después del peligro: porque á veces conviene mantener un traidor, como suele convenir no curar una herida.

Muerto Stilicón, halló Alarico poca resistencia hasta Roma, porque ya el imperio declinaba aprisa con la división hecha entre los dos hermanos y con el descuido y poca aplicación de Honorio, retirado al sosiego y delicias de Rávena; no ha-

biendo monarquía tan grande que pueda mantenerse, si quien la domina suelta las riendas al gobierno; y como en empezando á caer los cuerpos graves, cualquier impulso asistido de su mismo peso los acaba de derribar, no fué muy dificultoso á Alarico echar en tierra la grandeza de Roma. Púsole sitio, y habiéndole ofrecido grandes sumas de plata y oro, le levantó; y aunque para satisfacerle deshicieron las estatuas de los dioses, y entre ellas, la de la fortaleza (que muchos tuvieron por mal agüero), no pudieron algunos embajadores componer la paz entre ellos; y rotos los tratados, volvió Alarico á poner sitio á Roma, donde fué tan grande la hambre, que los romanos se comían unos á otros, y muchas madres volvieron al vientre los hijos que habían concebido en él.

En estos extremos, escriben algunos que una señora muy noble, llamada Proba Faltonia, compadecida de tantas calamidades de los sitiados, abrió una puerta de Roma á los godos. Baptista Ignacio, á quien siguió Carlos Sigonio, dice haber hallado en unos fragmentos de las historias de Procopio, que, habiendo presentado Alarico trescientos mancebos godos á los varones de Roma para que los sirviesen, le abrieron una puerta: cosa inverosímil, porque ni recibirían tan gran número de sus enemigos, ni padeciendo tanta hambre, admitirían nuevos huéspedes; y así, parece más cierto que, habiéndose tomado Roma por traición, intervinieron en ella los de la facción de Atalo, á quien Alarico, para turbar las cosas del imperio, había procurado que fuese apellidado emperador, y aunque después le despojó de las insignias imperiales, había muchos senadores que seguían su partido, engañados con las respuestas de los oráculos, que le aseguraban el imperio. Como quiera que haya sido, que no es fácil de averiguar, quedó esclava de los godos la señora de las gentes.

La nueva de esta pérdida llegó á Rávena cuando Honorio acababa de jugar con una gallina que se llamaba Roma, y creyendo que se había perdido, dijo: «¿Cómo puede ser, si ahora estaba entre mis pies?» Pero desengañado después, quedó consolado. Tal era su descuido é ignavia, y con todo eso le sustentó Dios en el imperio, en premio de su religión, dándole buenos generales.

En el primer día que fué presa Roma hizo Alarico que Atalo, por desprecio de Honorio, saliese en público con las

insignias de emperador; y satisfecho con haber triunfado de Roma, dió licencia al despojo y perdonó á las vidas, mandando con bandos rigurosos que se tuviese mucho respeto á los templos, sin ofender á los que se retirasen á ellos; lo cual se observó tan religiosamente, que habiendo una virgen consagrada á Dios retirado á su casa por mayor seguridad los vasos de plata y oro del templo de san Pedro, y entrando en ella un godo, le preguntó si tenía algunas riquezas escondidas. Respondió que sí, y sacándole los vasos, le dijo con fe constante: «Estas alhajas sirven á san Pedro; yo no las puedo defender, ni en mi poder están seguras; considera tú si te atreves á tocar á ellas.» No admiró menos al godo lo precioso de ellas que las palabras de la virgen, y tocado de un religioso temor, envió luego á avisar de ello á Alarico, el cual, aunque arriano y bárbaro, no hacía la guerra, como en estos tiempos, á lo profano y á lo divino; y así, con piadosa templanza mandó que las volbiesen al templo y que no ofendiesen á los que las acompañasen, diciendo que no había venido á hacer guerra á los apóstoles, sino á los hombres. Con esta licencia la doncella y los fieles toman en sus cabezas los vasos: concurren los que estaban escondidos y los idólatras, por gozar de la inmunidad, y desnudas las espadas en defensa de lo sagrado, se disponen todos en procesión, y cantando himnos al són de diversas trompetas, los llevaron al templo. ¡Oh divina Providencia! en Roma vencida se vió triunfante la Iglesia. Aún está Dios premiando aquella piedad de Alarico con diversas coronas en la posteridad de sus sucesores, á cuya imitación, poderosa en los que obedecen, muchos godos llevaban sobre sus hombros á los niños y acompañaban á las doncellas, retirándolas á las iglesias, donde estuviesen seguras del furor de la guerra. Esta piadosa clemencia se halló en los godos, la cual fué más ilustre con la comparación de lo que hicieron los francos cuando ocuparon una parte de Roma, calentándose por casi un año á las llamas de sus fragmentos. Pero, como Dios había traído aquel ejército para castigo de Roma, no perdonó la Justicia divina lo que perdonó la clemencia humana, y armadas las nubes, dispararon rayos contra ella, abrasando sus edificios.

Tres días se detuvo Alarico en Roma, gozando los despojos que aquella ciudad había robado á las demás del mundo, dejando el desengaño de que puede ser despojado de uno quien

despoja á todos; y como su generoso corazón no sosegaba en los trofeos, antes se encendía para alcanzarlos mayores, le llevó á las empresas de Sicilia y África; á cuyo sangriento apetito de dominar, ya que no podían oponerse los hombres, se opusieron las olas del mar, levantadas en montes de aguas, y le volvieron á Italia; y estando en Cosenza cortó un subitáneo accidente los estambres de su vida, con que su soberbia y ambición tejía tantas telas de dominar. Así trata Dios á los que elige por ejecutores de sus iras, acabándose á un mismo tiempo la venganza y el azote. Los soldados de Alarico levantaron un sepulcro en la madre del río Basento, donde con muchas riquezas (como era costumbre de los godos) enterraron su cuerpo, matando después á los obreros, para que, ignorado el lugar, ninguno pudiese triunfar de las cenizas de su rey; permitiendo la divina Justicia que después de muerto no tuviese el reposo común de la tierra quien vivo le había turbado con sangrientas guerras.

CAPÍTULO II

ATAÚLFO, PRIMER REY DE LOS GODOS EN ESPAÑA

¡Qué fácilmente se satisface el ánimo de lo que agrada á los ojos! El primer juicio de las cosas se forma en el tribunal de la vista, y casi siempre confirma el entendimiento y aprueba la voluntad la sentencia que se da en él, principalmente la multitud, porque más por los accidentes que por la sustancia juzga el pueblo las cosas, como sucedió en la elección de Ataúlfo. Hallábase en Cosenza cuando murió Alarico. Era hermano de su mujer y pariente suyo; su estatura no era grande, pero graciosa y agradable; tan parecido en el semblante y en las acciones á Alarico, que, juzgando los godos que también sería semejante en la resolución de las empresas y en la felicidad de las victorias, le apellidaron rey. Casóse luego (aunque se difirieron para otro tiempo las bodas) con Gala Clacidia, hija del emperador Teodosio y hermana de Honorio, á quien, según refieren algunos, prendió en Roma; pero no parece verosímil que, habiendo sucedido el primer

sitio y no estando segura aquella ciudad, no se hubiese retirado á Rávena, como hizo el papa Inocencio; y así, tenemos por más cierto que antes de la presa de Roma la tenía Alarico como en rehenes.

Este matrimonio dió principio á la monarquía de los godos en España; y como tan importante á la religión católica, parece que á él se puede aplicar la profecía de Daniel, habiendo dicho que el rey de Aquilón, por quien se entiende Ataúlfo, casaría con hija del rey del Austro, que fué Teodosio, nacido de España.

El ejemplo de Alarico (que raras veces le siguen los sucesores) no movió á piedad de Roma á Ataúlfo; antes con inhumanidad feroz, indigna de príncipe y peligrosa en un gobierno nuevo, deshizo los fragmentos que quedaban de sus edificios, y avivó el fuego, ya cubierto de cenizas, que habían encendido las iras del cielo. Su ánimo era (como después refirió á un amigo suyo en Narbona) levantar otra nueva Roma, y poniéndole el nombre de Gotia, borrar la memoria de los romanos, y fundar en ella otro imperio de su nación, y ser él lo mismo que antiguamente fué Augusto César. Pero, reconociendo que no se podría mantener sin la obediencia á las leyes, y que á ellas no se reduciría la ferocidad de los godos, le pareció gloria suya ser autor de la conservación de aquel imperio, ya que no podía de su última ruina; lo cual, y las instancias de su mujer Placidia, poderosas en los maridos cuando es recíproco el amor, le obligaron á dejar á Roma y á ceder por vía de contrato y con fuerza de donación las provincias que poseía en Italia, dándole Honorio las de las Galias y de España; y aunque el caso de Alarico, rota la fe pública y el juramento, le pudiera tener recatado, se aseguraba con la prenda de Placidia; pareciéndole que el parentesco, el contrato y confederación y el derecho de las armas, conquistando lo que estaba rebelado al imperio, serian bastantes títulos para afirmar la posesión de los estados que adquiriese.

Fiado pues en este concierto Ataúlfo, pasó con su ejército los Alpes, habiendo reinado, como dice san Isidoro, cinco años en Italia. Quedó muy alegre el emperador Honorio de verle fuera de ella, y celebró con juegos públicos su partida, alegrándose con el pueblo romano del ocio y libertad en que los dejaba la partida de aquellos bárbaros; y temeroso de su vuelta, les cerró los pasos.

No fué menor el miedo que se infundió en los ánimos de los vándalos, suevos y alanos viendo encaminada á las Galias la marcha de Ataúlfo. Temían su poder y su unión con Honorio, cuñado y confederado suyo, y los turbaba la memoria, conservada por tradición, de sus antepasados, de lo que en Pannonia los había maltratado Geverico, rey de los godos, y se resolvieron á poner en medio los Pirineos y pasar á España; á que también los llevaban tres cosas. La primera la necesidad; porque, siendo gente numerosa y feroz, que destruía las provincias, era fuerza que pasasen de unas á otras para sustentarse. La segunda la codicia, como había llevado á los griegos, á los cartagineses y á otras naciones, sabiendo las riquezas que más por desdén que por favor había depositado la naturaleza en los minerales de España, pues con la plata y el oro se labró la cadena prolija de su servidumbre. La tercera la división de los españoles; porque muchos, no pudiendo sufrir el grave peso de los tributos impuestos por los romanos, seguían el partido del tirano Constantino.

Con este fin sobornaron á los soldados de Constante, hijo de Constantino, llamados honoriacos por un concierto que habían hecho con Honorio; los cuales guardaban las entradas de los Pirineos que antes defendían los españoles, y abriendo aquellos pasos, entraron por España. Traían los vándalos, nación de Pomerania, mezclados con los silingos, gente de Baviera, por rey á Gunderico; los alanos, venidos de Escitia, al rey Atace; los suevos, nacidos juntamente con el Danubio, á Hermenerico. De estas naciones unas eran gentiles, otras seguían la religión cristiana, á que se redujeron todas, aunque por muchos años manchada con las falsas opiniones de Arrio; en que se debe considerar que no todos los godos que vinieron con Ataúlfo á España eran arrianos, porque muchos quedaron constantes en la fe cuando el emperador Valente procuró, como hemos dicho, reducirlos á aquella secta, y algunos, perseguidos de su mismo rey Atanarico, merecieron la palma del martirio. Otros huyeron de la Gotia para conservar en las provincias extrañas el culto católico.

Los españoles conservaban la religión católica, de cuyo estado es bien que hagamos una breve relación hasta la entrada de los bárbaros en España.

El glorioso apóstol Santiago vino á predicar el Evangelio en ella, como es constante tradición, aprobada por la Iglesia, y

también que en Zaragoza se le apareció la Virgen Nuestra Señora sobre una columna, donde de orden suya le fundó una iglesia, que fué la primera del mundo. Volvió á Jerusalén con siete discípulos convertidos en España, los cuales, después de su martirio, fueron enviados por san Pedro á ella para continuar su predicación, ya consagrados obispos: san Torcato, de Guadiz; san Sicilio, de Eliberi: san Andalecio, de Almería; san Eufrasio, de Andújar; san Segundo, de Ávila; san Tesifón, de Astorga, y san Hesichio, de Cazorra. Después pasaron también á España los apóstoles san Pedro y san Pablo separadamente, y predicaron el Evangelio. Sobre tan grandes columnas de la Iglesia universal se fundó la de España, como quien en los tiempos futuros había de mantener y propagar la fe en la mayor parte del mundo. Vino después á España san Eugenio, discípulo de san Dionisio, que en tiempo de san Clemente papa pasó á Francia á predicar el Evangelio. Este santo fué el primer obispo de Toledo, y en aquella provincia procuró plantar la fe.

Poco fruto hizo la predicación de Santiago, porque no es nación la española que luego se deja llevar de la novedad, sino de la razón y verdad de la religión. Pero cuando con luz superior llegó á conocerla, se multiplicó muy aprisa en toda España la semilla evangélica, echando tan profundas raíces, que después no la pudieron desarraigar las persecuciones de los emperadores gentiles, habiendo en la de Nerón rubricado con su sangre la fe los siete obispos dichos, y después en las demás merecieron la palma del martirio diversos santos españoles que celebra la Iglesia, y entre ellos, san Lorenzo, natural de Huesca, de quien dice san Agustín que con las llamas de su cuerpo ilustró el mundo y con sus centellas encendió los corazones de los fieles.

Para mantener esta constancia en los españoles, y que con el tiempo y depravación de las costumbres no se extinguiese ó manchase la pureza de la religión católica, se celebraron en España diversos concilios, siguiendo el estilo de la primitiva Iglesia, más bien observado de la nación española que de las demás. En estos concilios se ilustraba el culto, se condenaban las sectas y se reformaban las costumbres, cobrando después que los reyes godos se redujeron á la religión católica, tanta autoridad, que eran como unas cortes generales, en las cuales se establecían y se reformaban las leyes y se disponía el go-

bierno civil. De muchos de ellos se perdieron las actas y aun la memoria, principalmente de los primeros, y solamente consta haberse convocado en el año de 305 un concilio en Eliberi, cerca de Granada (aunque hay quien diga que en Colibre), donde concurrieron diez y nueve obispos, que casi todos fueron de la Andalucía, los cuales establecieron ochenta y un decreto castigando severamente la idolatría y el adulterio, y cautelando con tanta atención la castidad de las mujeres casadas, que se ordenó que ninguna sin licencia de su marido pudiese escribir cartas ni abrir las que viniesen á ella, ni velar de noche en los cementerios. Se prohibió á los eclesiásticos el comercio y mercancia, y que no pudiesen tener en sus casas mujeres extrañas. Tales decretos acusan el descuido de estos tiempos, en los cuales, no solamente se desprecian las ocasiones, sino se disimulan los delitos. Consta de este concilio que en aquella edad tan próxima á la Iglesia primitiva era aprobado el celibato, y que había vírgenes consagradas á Dios, y también que estaban introducidos los ayunos, habiéndose ordenado que se ayunasen todos los sábados del año, y que se veneraban las imágenes, porque se prohibió que se pintasen en las paredes, por la indecencia, estando sujetas á deslucirse fácilmente, y á los desacatos de los gentiles. Se ordenó que no se diese la comunión á quien, estando en la ciudad, no fuese tres días de domingo á la iglesia, hasta que se enmendase; y esto porque algunos, por temor á los gentiles, no se atrevían á ir á ellas, y se retiraban á oratorios ocultos.

Porque en éste y otros concilios se trata de las mujeres de los clérigos, advierta el lector que en la Iglesia latina se prohibió desde el tiempo de los apóstoles el casarse los clérigos de orden sacro; pero se permitía que los ya casados se pudiesen ordenar, prohibiéndoles la comunicación con sus mujeres, como consta deste mismo concilio.

También se advierta que, aunque en él se niega por algunos delitos la comunión, no se niega la penitencia, como la negaban los novacianos. El papa Inocencio, censurando estos decretos, los juzga por rigurosos, pero que fueron convenientes para aquellos tiempos; siendo entonces tan venerada en España la comunión, que el temor de perderla corregía el exceso de los vicios.

En este concilio presidió Osio, obispo de Córdoba, insigne

varón, por cuya virtud, doctrina y autoridad, mereció que la Sede Apostólica le nombrase legado de las iglesias de España, y que presidiese en el concilio Niceno, el primero de la cristiandad, en el Alejandrino y otros muchos.

Después de este concilio gobernaban el mundo en lo espiritual y temporal dos insignes príncipes españoles, san Dámaso papa y el emperador Teodosio; y cuando estaba gloriosa España con tales hijos, permitió Dios su mortificación con las herejías de Prisciliano, pervertido con la doctrina de un egipcio que le había inficionado en Galicia; para cuyo remedio se convocó en Zaragoza un concilio, que fué el primero; donde, aunque no se hace mención de Prisciliano, se condenaron sus herejías.

Celebróse después en Toledo, el año de 253, un concilio por orden de san Sixto (que después fué papa), de cuyas actas quedaron solamente algunos fragmentos; y porque no hay memoria de los concilios que se celebraron antes, se llama el primero. Esta santa costumbre se suspendió con la entrada de los bárbaros en España; porque, aunque era grande el celo de los obispos, no los dejaba congregarse la ferocidad de aquellas naciones, ni aun podían asistir á sus iglesias, porque en ellas faltaban los feligreses: unos muertos, otros presos y los demás huídos, como lo llora san Jerónimo en una carta que escribió á Honorato; y el cardenal Baronio, refiriendo el estado de las iglesias de España, dice que, faltando en ella la cultura de sus santísimos obispos, mudaron su hermoso semblante, como sucede á los campos incultos, naciendo en ellos abrojos y espinas, á las cuales se recogen las fieras.

Esta invasión de las naciones bárbaras atribuye Salviano, obispo de Marsella, á castigo del cielo por la sensualidad de los españoles, permitiendo Dios que fuesen dominados de los vándalos, los cuales observaban religiosamente la castidad; en que debiera acordarse que, habiendo acusado éste y otros vicios en los romanos, y siendo los que entonces dominaban á España y los que perdieron aquel cetro, á ellos, y no á los españoles, se debe atribuir el castigo.

No hallaron estos bárbaros mucha resistencia en España; porque, no teniendo los romanos ejército bastante con qué camppear, se retiraron á sus presidios. Los españoles, desunidos, unos se defendían en sus castillos, fabricados en las cumbres de los montes; otros, ofendidos de haberles quitado la

guarda de los Alpes, que con mucho valor y á costa suya habían defendido siempre, y mal satisfechos de los romanos por la tiranía de su gobierno, seguían unos á esta nación y otros á aquella, sin reparar (como sucede cuando reina la pasión y falta la cabeza) en sus propios daños; con que pudieron los bárbaros hacer grandes progresos en España. Rindieron á Astorga, talaron los campos de Plasencia y después los de Toledo, habiendo hallado en aquella ciudad valerosa resistencia. Bajaron, siguiendo el curso del Tajo, á las costas del mar Océano. Pusiéronse sobre Lisboa; y dándoles los cercados grandes sumas de dinero, pasaron adelante, corriendo por las demás provincias con la llama y el hierro; porque, como gente que no tenía morada fija, no reparaba en derribar los edificios y talar los campos, hasta que, destruída España, resultó de la guerra una hambre universal, y de ella (como es ordinario) la peste; siendo tan grande la mortandad, que, no pudiéndose dar sepultura á los cuerpos humanos, quedaban expuestos á las fieras, las cuales, cebadas en ellos, acometían después á los vivos, y eran instrumentos de la divina Justicia, perdida la obediencia al hombre, la cual no se debía á los que con tan crueles guerras, envueltas en maldades y sacrilegios, eran inobedientes á su Criador.

Los extremos de estas calamidades (que suelen ser los mejores maestros) enseñaron á aquellos bárbaros los medios de su conservación: dividiendo entre sí ó por acuerdo ó por suerte las provincias, cada nación cuidaba de la cultura y reparo de los edificios de la suya. Los suevos y una parte de los vándalos dominaron en Galicia, entonces de mayores límites que ahora. La otra parte, juntamente con los silingos, poseía la Bética. Los alanos pusieron su silla en Lusitania, extendida por la provincia de Cartagena, y solamente los cántabros y asturianos se conservaron constantes en la obediencia de los romanos.

Mientras pasaban estas cosas en España, no padecían menores guerras y calamidades las Galias con el tirano Constantino y con Ataúlfo. Aquél fué vencido y preso en Arles por Constancio, prefecto de la milicia del emperador Honorio; y Ataúlfo, bajando de Italia, se apoderó de la provincia Narbonense y puso su silla real en aquella ciudad, de donde la trasladaron después sus sucesores á Tolosa; y mudando aquellas provincias con el dominio el nombre, se llamaron Galia

Gótica, cuyos términos se fueron dilatando con el tiempo.

Antes de entrar en ella, refieren los historiadores que se celebraron las bodas de Ataúlfo con Placidia, aunque discordan en el lugar: unos dicen que en Imola, otros que en Friuli, y Olimpodoro en Narbona, poniendo tales circunstancias, que parece más verosímil. Allí refiere que en casa de uno de los más principales (no estaba aún fabricado el palacio), se levantó un teatro donde Placidia tenía el primer lugar (mudóse después el estilo de preceder las reinas), y Ataúlfo estaba á su lado izquierdo con un manto de grana, vestido á la romana. Delante de ellos se presentaron cincuenta pajes con libreas de seda, cuyo uso era muy raro en aquellos tiempos. Traían en las manos dos fuentes de plata: la una llena de oro, y la otra de perlas, piedras preciosas y joyas de inestimable valor, despojos del saco de Roma; y al són de varios instrumentos se cantaron, con general aplauso y regocijo, muchos versos en alabanza de los esposos.

Celebradas estas bodas, juzgó Ataúlfo por conveniente sujetar las vertientes de los Pirineos, y poner por límite de su reino al Océano, y corrió con sus armas hasta la ciudad de Burdeos, á la cual saqueó y quemó; con que las Galias le obedecieron por rey; pero las victorias de Constancio le tenían cuidadoso, no asegurándose de su cuñado Honorio después que supo que había celebrado con regocijos públicos su partida de Italia y que le había cerrado los pasos de los Alpes. Parecía que, libre ya Constancio del tirano Constantino, volvería contra él las armas, y que no podría mantener las Galias ni hacer las conquistas de España si algún tirano no trabajase el imperio y divirtiese sus fuerzas. Con este fin (porque no parece que pudo tener otro) había traído consigo de Italia á Atalo, nacido para que con él representasen los godos el personaje de emperador; reconociendo que no tenía valor ni industria para dar celos, y que era bastante para turbar las cosas; porque, esparcida la voz de que los oráculos le habían pronosticado el imperio, pendían muchos de sus esperanzas; y como en la ambición de reinar se dejan fácilmente engañar los hombres, no reparó en las afrentas pasadas, y se dejó tercera vez engañar de los godos, vistiéndose las insignias de emperador. Sintió mucho Placidia el agravio que se hacía á su hermano, temiendo también, como princesa prudente, que se romperían los vínculos de amistad y parentes-

co, aumentados ya con un hijo que les había nacido, llamado Teodosio, el cual muriendo poco después, fué presagio de que habían de durar poco, y que se convertirían en odios y guerras, como sucedió; porque, ofendido Honorio de que Ataúlfo hubiese faltado á la fe pública de la confederación y á las obligaciones que le tenía, ordenó á Constancio que desde Arles (donde tenía junto el ejército romano), pasase contra Ataúlfo, al cual cercó en Narbona, protestando que no desistiría de la empresa hasta que le entregase á Atalo, y negándosele, apretó con baterías y asaltos la ciudad. Desesperó Ataúlfo de la defensa, y quiso pasar á África; pero, habiéndole quitado las naves Constancio, se halló obligado á tratar de retirarse por tierra á España, llevando consigo á Atalo: así cuenta este hecho un escritor, á que pudo moverle la autoridad de Paulo Orosio, que floreció en aquel tiempo; pero no parece verosímil que quisiese pasar á África quien por el contrato hecho con Honorio tenía derecho á las conquistas de España, más fáciles por la turbación de ella que las de África; y así, tenemos por más cierto lo que dice san Isidoro que Constancio, patricio romano, le hizo instancias para que pasase á España, y que también le llamaron los españoles, no pudiendo sufrir la tiranía de los romanos y la fiereza de las naciones septentrionales, sabiendo por relación la benignidad que los godos habían usado en Roma y que ningún dominio era más suave que el suyo; en que se conoció que no es menos eficaz para obligar á la obediencia lo blando de la clemencia que lo duro de la espada.

Nosotros tenemos por más verosímil esto, y que no perdieron los godos á Narbona, porque vemos que los sucesores de Ataúlfo en la corona poseyeron la Galia Gótica sin haberla conquistado de nuevo.

Movido pues Ataúlfo de las instancias de los españoles, se resolvió á pasar los Pirineos, como quien había reconocido antes que ocupando á España y teniendo el pie en las Galias fácilmente se haría señor del mundo; y dejando presidida á Narbona, entró por la provincia de Tarragona, y ocupó á Barcelona, donde asentó su corte real. Venían los soldados fatigados del viaje áspero y montuoso. No les parecía fértil ni apacible aquel país, hecha comparación entre él y los de Italia y de las Galias; y divididos en corrillos, murmuraban de Ataúlfo por haberlos traído allí; y porque, llevado de los ha-

lagos y persuasiones de su mujer, hubiese desamparado á Italia, de donde, señor ya de Roma, podía acabar de echar á Honorio y hacerse emperador. Temió Ataúlfo algún motín, y juntó su ejército á vista de Barcelona, y con semblante á veces apacible y á veces severo, fué fama que habló á sus soldados en esta sustancia:

«Ni el parentesco con el emperador Honorio ni los halagos de la reina Placidia, su hermana, me han obligado á dejar á Italia y traerlos á Francia y después á España, sino solamente vuestra mayor conveniencia; porque, si bien pudiera mantener el imperio de Roma vuestro valor, ni fuera con justo título ni sin continuas guerras para acabar de echar á Honorio de Italia y á su hermano Arcadio de Constantinopla, y aun entonces sería forzoso emplearos en debelar los tiranos de ambos imperios, y reducir á la obediencia las demás provincias con perpetuas fatigas y peregrinaciones, en que podríais alcanzar muchas victorias, pero sin tener asiento fijo donde rehacer las fuerzas y sustituir con la procreación la gente que consumen la guerra y el tiempo. Por esto nuestra gloriosa nación, después de muchos siglos de guerra y de muchos triunfos, no ha levantado un reino cierto. No habéis dejado las amadas patrias para vivir siempre cargados con las armas, sino para reposar en un imperio y gozarle con paz y quietud, que es el principal fin de la guerra. Para lo cual ningún reino mejor que España, última de las tierras, y la primera de ellas en el temple de sus climas, en la fertilidad de sus campos y en la riqueza de sus minerales. Bien lo conocieron los antiguos, pues no en Italia, sino en España, constituyeron los campos Elíseos. Aquí Dios y los hombres favorecerán nuestras empresas, justificadas con la cesión que por vía de recompensa me ha hecho el Emperador mi cuñado, y con el derecho de la espada, porque siempre á la justicia de la guerra acompaña la felicidad de las victorias. Éstas os facilitará mucho la desunión de las naciones que han entrado en España, divididas en diversos señoríos, y aborrecidas de los españoles por sus tiranías y por la diversidad de sus costumbres y ritos; á las cuales habéis de vencer con el ardid y con la fuerza, y á los españoles con la razón, con la justicia, con la religión, con la amistad y con la cortesía: virtudes á que se rinde la altivez de sus ánimos. Ya no podéis volver á Italia, porque Honorio, más atento á los celos de su conservación, que á las obligaciones del

parentesco, nos ha cerrado los pasos de los Alpes para impedirnos la vuelta. Y cuando esta desconfianza y el apetito de dominar (poderoso en vuestros corazones), os obligue á mayor monarquía, de ninguna parte mejor que desde España podéis aspirar al dominio universal; porque su situación la hace cabeza de la tierra, habiéndole dado la naturaleza por muros á los Pirineos y por fosos al uno y otro mar Océano y Mediterráneo, con puertos capaces de grandes armadas para salir á las empresas. Al mediodía tenéis vecinas las vastas provincias de África; entre el norte y levante se extienden las de Francia, donde, teniendo ya nosotros el dominio de las más principales, nos darán el paso á Alemania y á Italia. Los españoles, gente valerosa y constante, os desean para poner en solas vuestras manos el cetro que hoy está dividido en varios reinos. Nuestra sangre goda mezclada con la suya, y el ser todos de la religión cristiana, aseguran la unión con ellos. Los caballos de estas provincias, que por su ligereza fingió la antigüedad haber nacido del viento, os servirán para acometer y alcanzar. Estas montañas, preñadas de plata, oro, hierro y acero, serán vuestros erarios para el sustento de la guerra, y vuestras armerías con que podáis preveniros para la ofensa y defensa. Todos instrumentos de vuestros trofeos y triunfos, con los cuales se puede esperar que habéis de ser felices y gloriosos entre todas las naciones del mundo.» Dijo, y luego se vió el semblante de todos mudado de triste en alegre, y que unos á otros se daban el parabién de las esperanzas concebidas.

Hecha esta oración, dispuso luego Ataúlfo la guerra contra los vándalos, que le caían más cerca, reconociendo que la milicia entregada al ocio pierde el valor y la disciplina, y maquina contra sus generales; y alcanzó algunas victorias de aquella nación.

Había Ataúlfo cuando pasó á España llevado consigo á Atalo, sin reparar en la ofensa que hacía á su cuñado Honorio; lo cual dió ocasión á Constancio para prevenir contra él un ejército poderoso; y como suelen los príncipes desconocer los agravios que hacen y ponderar mucho los que reciben, se quejaba de Honorio porque, habiéndole concedido la vida y la libertad, y dado el imperio que pudiera haber reservado para sí, movía contra él las armas, olvidado de la fe pública de las confederaciones y de la amistad y parentesco, y ó ya

en venganza, ó ya para divertirle, dispuso la ida de Atalo en una nave á África. Oponíase Placidia á sus intentos con lágrimas y con prudentes consejos, pidiéndole que entregase á su hermano Honorio la persona de Atalo para quitarle los celos; pero no pudo reducirle; y habiendo los soldados de Constantio preso en el mar á Atalo (á quien no entregaron los godos, como algunos escritores les imponen), pareció á Placidia que, faltando aquel instrumento de las disensiones entre ambos cuñados, se reduciría su marido á sus instancias, y las renovó con lágrimas y halagos; los cuales enternecieron mucho el corazón de Ataúlfo, y considerando por otra parte que la potencia de Honorio había crecido mucho con haber triunfado de sus tiranos, y que sin grave peligro no podrían los godos mantener á un mismo tiempo dos guerras, una interna y otra externa, á que apenas hay poder que pueda resistir, dió oídos á renovar las paces y confederaciones con Honorio.

Sintieron mucho los godos estas pláticas, por el aborrecimiento natural contra los romanos y porque tenían por afrentosa la muerte en las delicias de la paz. Atribuían aquella resolución á los consejos de Placidia, y juzgaban por descrédito ser gobernados de quien se gobernaba por una mujer (peligro en que caen los príncipes que las admiten á los negocios); y conjurados contra él, se valieron de un enano llamado Bernulfo, que le servía de truhán; gente pernicioso en los palacios, por quien se introducen las traiciones y se penetran los secretos domésticos. Este pues se atrevió en Barcelona á darle una herida mientras estaba mirando sus caballos; y acudiendo Sigerico, autor de la traición, con otros cómplices, le mataron, y también á seis hijos suyos habidos en el primer matrimonio, porque no quedase sucesor que impidiese la corona á Sigerico, sin respetar las vestiduras sacerdotales del obispo Sigesar, de las cuales como de sagrado, se habían amparado: tan ciega es la multitud y tan atrevida cuando tiene la eleccion del cetro, juzgando que á quien le pudo dar le puede también quitar la vida, fuera de que las cabezas de los conjurados no quieren dejar á los que pueden castigar la tiranía. Insolente con la sangre vertida Sigerico, hizo que la reina Placidia con otros cautivos corriesen por largo espacio delante de su caballo. Bárbara soberbia triunfar de una reina, y gran desengaño de cuán vecino está al decoro real el desprecio, á su libertad la servidumbre.

No dejó Ataúlfo sucesión, aunque algunos dicen que Valia (que después le sucedió en la corona) fué su hijo. No hay certeza de los años que reinó; muchos dicen que seis. En ellos pudo fundar una monarquía que ha durado siglos. No es breve la vida en quien obra gloriosamente: aún se ven hoy fragmentos de su sepulcro en Barcelona; si bien hay quien dude de ellos y no tenga por de aquellos tiempos rudos y bárbaros su epitafio; pero ya consta que le compuso Flavio Dextro, y habiéndole puesto el cardenal Baronio en sus anales, más obligación es nuestra ponerle en la historia de este rey.

*Bellipotens valida natus de gente gothorum
Hic cum sex natis, rex Athaolphé jaces.
Ausus es hispanas primus descendere in oras
Quem committabantur millia multa virum.
Gens tua tunc natos, et te invidiosa peremit
Quem post amplexa est Barcino magna gemens.*

CAPÍTULO III

SIGERICO, SEGUNDO REY GODO DE ESPAÑA

Felizmente fuera sabio el hombre si con atención estudiase en los casos ajenos; pero, llevado del amor propio, se persuade que los prósperos le pueden suceder, pero no los adversos; como se experimentó en Sigerico, electo rey de los godos por ser de la sangre real, pariente muy cercano de Ataúlfo, y porque se prometían de su valor y de su aborrecimiento á los romanos que sustentaría la guerra contra ellos; pues aunque la corona que ponían en sus sienes estaba recién teñida de la sangre del antecesor, amonestándole que no entrase en tratados de paz con los romanos, se envolvió en ellos, ó por acomodarse al tiempo, viendo la felicidad con que Constancio, general de las armas del emperador Honorio, domaba las provincias rebeldes, ó ya porque, hallándose con muchos hijos, juzgaba que los podría mejor acomodar en la paz por mano de Honorio que en la guerra. Fomentaba estos tratados la reina viuda Placidia, que estaba en su poder; y penetrados de los suyos, tuvieron por desprecio que Sigerico no hubiese escarmentado en la muerte de Ataúlfo, y

le mataron en el primer año de su reinado. Tan aborrecida tenía aquella gente la quietud y tanto fiaba de su valor, fuera de que les había mostrado la experiencia que no les salía menos dañosa la paz con los romanos que la guerra con otros príncipes. Infelices tiempos, en los cuales era delito en los reyes tratar de la paz, siendo ésta la primer obligación de su oficio, porque fueron elegidos de los pueblos para que con su prudencia se mantuviese el público sosiego y se gozase mejor de los bienes de la paz; pero tal vez la aborrecen los ministros por no perder el manejo de las armas, ó por los intereses que tienen en la guerra, ó porque con la necesidad en ella del consejo y asistencia, son más estimados de sus príncipes, y creen que, turbadas las cosas y siendo árbitros del poder, se conservarán con mayor seguridad en su gracia y valimiento. No supo conocer Sigerico cuánto importa en tales casos correr con los dictámenes y aun con los errores de la multitud, y que, si deseaba la paz, convenía consultar el negocio, como ajeno, con los cabos principales, gobernándole con tal destreza, que fuese consejo de ellos lo que era deseo y conveniencia suya. Pero fué disposición de la divina Justicia en castigo de la impiedad con que había hecho matar á Ataúlfo y á sus hijos; y se conoce bien, porque permitió que muchos historiadores no le contasen entre los reyes godos, y hay quien diga que no tuvo tiempo para hacerse coronar.

Parecida fué la monarquía de España á la de los romanos, porque ambas se fundaron sobre los cimientos de la sangre real.

Era Sigerico de buena estatura y hermoso semblante, de profundo silencio, despreciador de las delicias, advertido en los tratados, gran artífice en sembrar odios y en fomentar las facciones: artes que son honestas cuando se aplican para que, divididos los malos, vivan más seguros los buenos.

CAPÍTULO IV

VALIA, TERCER REY GODO EN ESPAÑA

En casos iguales suele ser un mismo consejo infeliz á un príncipe y feliz á otro, ó porque no concurrieron en él los

mismos accidentes, ó porque se supo gobernar mejor, ó porque quiere Dios obrar con él diversos efectos. El dictamen de hacer las paces con los romanos, que dió la muerte á Ataúlfo y á Sigerico, ejecutó Valia sin peligro. Mostróse con gran astucia enemigo de los romanos, y engañados los godos, le eligieron por rey, para que no asentase paces con ellos; pero Dios asistió á su elección para que las hiciese. No descubrió luego su inclinación, antes la ocultó hasta que el tiempo mostrase á los godos la conveniencia de tener por amigo al imperio; conociendo, como prudente, que no se desengaña el pueblo sino es en el mismo peligro, y que conviene llevarle diestramente, como á caballo espantadizo, á que tope con las sombras falsas de su imaginación. Para esto intentó ocupar la Mauritania; en cuya empresa, si le favorecía la fortuna, ampliaba su imperio, y si no, experimentarían los godos que ni tenían fuerzas contra los romanos ni estaban seguros de ellos en España; y fabricada una armada, quiso pasar á Africa. Pero el mar, que siempre se opuso á las navegaciones de los godos, como si no hubieran nacido entre sus olas, se alteró tanto en el estrecho de Gibraltar, que muchas naves quedaron anegadas, y las demás se deshicieron en los escollos. La noticia de esta pérdida dió motivos á Honorio para tratar de echar á los godos del imperio. Acordábase de los designios y agravios de Ataúlfo, y no podía sufrir que Valia detuviese á su hermana Placidia como en rehenes, aunque la trataba con aparato real, y resuelto á hacerle la guerra, ordenó á Constancio que, ó con las armas ó con la paz, procurase rescatar á su hermana, ofreciéndosela por mujer, y que le haría compañero del imperio. Esta promesa obligó á Constancio á juntar un grueso ejército y á entrar con él por España.

Interponía su autoridad Placidia para componer esta guerra, de quien dependía su libertad ó su ruina. Pero aunque Valia inclinaba á la paz, no le pareció que amenazado y flaco la podía hacer ventajosa y durable, ni que convenía ser autor de ella; y juntando sus fuerzas, salió á recibir á los romanos con no menor poder. Consideró Constancio que no era prudencia exponer al lance de una batalla su esposa y sus esperanzas al imperio; y ofreciendo á Valia un honesto ajustamiento, le persuadió á la entrega de Placidia; el cual, juntando á los grandes del reino y á los cabos del ejército, pro-

curó con gran artificio persuadirlos á la paz, sin mostrar que la deseaba, haciéndoles esta oración:

«Constancio nos ofrece la paz. Nunca más peligrosos los romanos que cuando la solicitan. Con ella el emperador Valente intentó destruirnos, y Stilicón nos llevó á sus asechanzas. ¿Qué seguridad podemos tener de su fe, cuando aún vive en las cenizas de Roma su afrenta, la cual á todas horas les persuade á la venganza? En mí el odio natural á los romanos, heredado de mis antecesores, no me deja libre el juicio para la decisión de este punto, y le remito á vuestra prudencia. Puede ser que Constancio, aunque se ve con mayores fuerzas, no quiera aventurar sus esperanzas del imperio al lance de una batalla, temeroso de que el furor de la guerra no prive de la vida á Placidia, causa principal de ella. La detención con nosotros de esta princesa nos causa gastos y odios, y hasta haberla recobrado no los depondrá Honorio. Su empeño en hacernos guerra, habiéndonos rogado con la paz, será una revocación de las provincias que nos ha cedido. Si en ellasuviésemos posesión pacífica, nos podía bastar el derecho de las armas; pero aún hemos de vencer las de los alanos, vándalos y suevos. Por todas partes estamos cercados de enemigos, atentos todos á unirse en nuestra ruina, viendo que con la entrada de los romanos en España quedan cortados los socorros de la Galia Gótica y que en el naufragio pasado hemos perdido nuestras fuerzas. A mí ningún peligro me desespera, fiado en vuestro valor; pero debo representarlos todos en esta ocasión, y que lo magnánimo de los corazones no consiste en arrojarlos á los casos desesperados cuando honestamente se pueden excusar. No es poca gloria que, vencedores y triunfantes los romanos de todas las naciones, remitan á nuestro arbitrio la paz ó la guerra. Elegid vosotros la que fuere más conveniente al honor y conservación de este cetro, que yo dispuesta tengo esta mano para ejercitar la una ó firmar la otra.»

Estas últimas razones, representadas vivamente con el movimiento de la mano y con las acciones del semblante, dejaron persuadidos á los oyentes que convenia la paz, y con acuerdo de todos se hicieron las capitulaciones. La principal de ellas fué la restitución de Placidia, la cual dió Honorio por mujer á Constancio, haciéndole compañero del imperio, en recompensa de sus victorias. Ajustóse también que los go-

dos hiciesen la guerra á las naciones bárbaras á beneficio del imperio, y que Honorio les concediese de nuevo que se mantuviesen en lo que antes poseían de la una y otra parte de los Pirineos: condición desigual para una nación ambiciosa de honras y de dominios; pero era gran conveniencia dar otro título más á lo que poseían del imperio, y correr con él una misma fortuna. Con estos fines juntó Valia sus armas con las de Constancio, y las movió contra los alanos, y cerca de Mérida les dió una rota, donde murió su rey Atace; y viéndose sin cabeza, se entregaron á Gunderico, rey de los vándalos en Galicia, confundiéndose con ellos su cetro y su nombre. Siguió Valia el curso de la victoria, que obra más que la fuerza, y domó á los vándalos y silingos en Andalucía, llamada entonces Vandalosia. Unos y otros escribieron al emperador Honorio que así de ellos como de los godos recibiese tributos, y los dejase batallar entre sí; con que destruídos, serían á menos costa despojos del imperio; pero Honorio, que aun de las cosas más próximas no cuidaba, despreció la proposición, mostrándose más constante en la fe pública que político. No habiendo los vándalos salido con este intento, se sujetaron al imperio; y aunque los suevos pretendieron gozar sueldo, no se les concedió, porque con el ejercicio de las armas no se hiciesen más feroces é intentasen otras novedades.

Quedó España quieta con estas victorias y el imperio más respetado; de lo cual agradecido Honorio, hizo donación á Valia del señorío de Guiena, entre el mar Océano, los montes Pirineos y el río Garona, donde se comprenden las ciudades de Burdeos y Tolosa. Venció el agradecimiento á la razón de estado, haciendo mayor á un émulo del imperio; pero templó con prudencia el peligro, dándole estados, no en España, sino en Francia, para que la interposición de los Pirineos y la diversidad de ambas naciones hiciese achacosa su potencia; si bien no fué donativo éste, sino restitución de lo usurpado en la Galia Gótica, ó condición de la paz. Pasó Valia á visitar el nuevo señorío, y murió en Tolosa, habiendo reinado tres años, y en ellos muchos siglos de gloria y fama, porque sus hazañas dejaron ilustre su nación y con mayores límites su reino, habiendo echado de España á los vándalos y silingos.

No dejó Valia hijos varones, sino sola una hija, la cual casó con un suevo, aunque algunos dicen que era vándalo. De este matrimonio nació Recimer, el cual se fabricó su fortuna con

el valor y con el ingenio. Sus alabanzas celebra Sidonio en el panegírico del emperador Antemio, diciendo que era émulo de las hazañas de su abuelo. Fué muy favorecido del emperador Valentiniano, el cual le hizo maestro de la milicia, en lugar del conde Aecio: oficio de tanta autoridad, por ser árbitro de las armas, que con él quitó á muchos la corona imperial, y la dió á los que quiso, y pudiera bien haberla dado á alguno de los reyes godos sus parientes, si por soberbia ó por razón de estado no la hubieran despreciado, porque con la misma división y cismas de los emperadores fabricaban los godos en occidente otro imperio de no menor grandeza, y menos sujeto á los accidentes de la fortuna. El fruto que Recimer sacó de las revueltas del imperio fué casarse con una hija del emperador Antemio; pero la inquietud de su ingenio no le dejó gozar de la grandeza del suegro, antes rompió con él; y habiéndole asegurado con una paz fingida, dió sobre el Tíber, en la puente de Adriano, una rota á Bilmer, que traía un socorro de Francia, matando á su suegro, y concediendo al saco, al hierro y al fuego aquella ciudad, cabeza del mundo; la cual, habiendo triunfado de todas las naciones, todas triunfaron de ella, permitiendo Dios que se purificase con sus mismas llamas, y como fénix renaciese de sí misma. Esta crueldad de Recimer con su suegro y la bárbara impiedad con Roma castigó Dios quitándole la vida dentro de cuarenta días.

CAPÍTULO V

TEODOREDO, CUARTO REY DE LOS GODOS EN ESPAÑA

Es la reputación el espíritu que, como á los cuerpos, sustenta derechas las monarquías, y si falta, caen desmayadas con tan apresurado movimiento, que apenas se interpone tiempo entre su mayor altura y su más bajo precipicio. Así sucedió á la monarquía romana en poder de los emperadores Arcadio y Honorio, á cuya minoridad primero, y después á su flojedad y poco valor se atrevían todos, levantándose con las provincias y apellidándose emperadores. Y aunque la prudencia y esfuerzo de Constancio, declarado compañero de

Honorio, sosegó muchos tumultos, se volvieron á levantar después de su muerte, quedando todo el peso sobre los hombros de Honorio, flacos para sustentarle. Reconocieron las naciones bárbaras de España la ocasión; y sabida la muerte de Valia, cuyo temor los tenía enfrenados, movieron la guerra unos contra otros.

Gunderico, rey de los vándalos, acometió á los suevos y los retiró á los montes Ervasos, entre León y Oviedo, y desconfiado de poderlos debelar, juntó una armada naval, é infestó las islas de Mallorca y Menorca. Volvió á España, y destruyó á Cartagena, fundada seiscientos años antes por los de Cartago para firmeza de su imperio en España. De la ruina de Cartagena resultó la grandeza de Toledo, porque á ella se trasladó la autoridad eclesiástica y la dignidad de metropolitano. En derribar las fábricas levantadas, y edificar otras con sus mismos fragmentos, consiste el arbitrio y poder de la fortuna. Fortuna llamamos aquella serie y disposición eterna de la divina Providencia en las cosas humanas.

Desde Cartagena transfirió Gunderico sus armas á Andalucía contra los silingos, á los cuales venció, y ocupó á Sevilla, donde queriendo saquear el templo de San Vicente, fué muerto en sus portales: sacrilegio que no suele Dios perdonar, como testifican muchos ejemplos funestos.

Sucedióle Genserico, su hermano bastardo, contra quien envió el emperador Honorio al capitán Castino para que mantuviese con las armas lo que poseían en España los romanos; y no hallándose Castino con fuerzas bastantes, llamó á Bonifacio, gobernador de Africa, á quien no menos la amistad con san Agustín que su valor hicieron glorioso. Pero estos dos ministros no se pudieron acordar entre sí, como es ordinario en los que tienen igual autoridad: peligro que deben prevenir los príncipes, porque á veces es mejor un ministro malo en un manejo que dos buenos; porque, así como los rostros, son también diversas las opiniones, y el amor propio no conoce la mejor. Cada uno quiere para sí solo la gloria del acierto, y hace al compañero autor de los errores; y lo peor es que entre ellos puede más la envidia que el celo del servicio de su príncipe y del bien público. Estas discordias llegaron á tal extremo, que Castino se volvió á Italia y Bonifacio á Africa, desamparando ambos las cosas de España.

Entre tanto que pasaban estos disgustos murió el empera-

dor Honorio. Sucedióle Valentiniano, hijo tercero de Constancio, en edad pupilar; con que fué conveniente que su madre la emperatriz Placidia se entregase del imperio; y aunque era princesa de mucho valor y prudencia, no bastaban sus fuerzas á tanto peso, y se valía de los consejos del conde Aecio (de quien diremos en su lugar). Era este émulo de Bonifacio, y para darle ocasión de rebelarse con Africa, puso en desconfianza de su fidelidad á Placidia, aconsejándola que le llamase, y por otra parte escribió con especie de amistad á Bonifacio que peligraría su vida si viniese, porque le habían acusado de traidor. Estas son las artes de la privanza, valerse de la gracia del príncipe para descomponer á los ministros buenos; de que resultan graves daños á los príncipes y á sus estados. Por esta desconfianza, ó ya por la ambición de hacer dominio propio el gobierno, sin atención á la fidelidad ni á las obligaciones de católico, trató Bonifacio de rebelarse, y llamó en su ayuda al rey Genserico, ofreciéndole la provincia de Mauritania. Imprudente ligereza, creer que un rey más poderoso que él se contentaría con la parte señalada. Aceptó Genserico el partido, con esperanzas de que los accidentes de la guerra le darían pretexto para romper con Bonifacio y hacerse señor de Africa, echando á los romanos, y que después fácilmente dominaría á España. Lo primero le salió como se había imaginado, habiendo convertido en odios y después en guerras la amistad de Bonifacio, al cual obligó con las armas á desamparar á Africa y volver á Roma. Tan inciertas son las trazas de los hombres, convertidas (cuando son injustas) en sus propios daños. A tales casos están expuestos los tiranos que se valen de armas auxiliares; porque ninguno guarda fe á quien no la tiene.

Era Genserico católico cuando reinaba en España, y después en Africa mudó con la tiranía la religión, bebiendo el veneno de la secta arriana. Pudo ser razón de estado para asegurarse de aquel imperio, haciendo arrianos á sus vasallos, y causa de religión la guerra contra el imperio; y para desarraigarse de todo punto de Africa la católica quitó las iglesias á los obispos y los desterró de su reino.

Habían pasado con él cuatro ilustres varones españoles, los cuales asistían á su servicio con gran estimación suya, por su fidelidad, y por la excelencia de sus ciencias. A éstos mandó que abrazasen la secta arriana; pero ellos, constantes

en la fe católica, no le quisieron obedecer; de lo cual irritado, los mandó desterrar, y después castigar con diversos géneros de tormentos, entre los cuales merecieron con su muerte la palma del martirio. Tenían Pascasio y Eutichio un hermano de pocos años, llamado Paulillo, el cual por su belleza y por su ingenio era muy grato al rey; pero ni sus halagos ni sus amenazas fueron bastantes á reducirle á la secta arriana, aunque le mandó azotar diversas veces, condenándole después á una infame servidumbre; con que quien pudo vencer el valor de los romanos, no pudo la constancia de un niño. Estos mártires dice Baronio que con razón se pueden celebrar entre los demás, porque fueron las primicias de la persecución de los vándalos, y ejemplo á los demás que murieron por la fe católica.

Mientras pasaban estas cosas en España, reinaba en la Galia Gótica y en la provincia de Tarragona el rey Teodoredo, habiendo sucedido á Valia, sin saberse lo que obró en este tiempo, ó por descuido de las plumas ó por injuria de los tiempos; porque no es creíble que un espíritu tan grande estuviese ocioso, y que no se valiese de las guerras de España entre los bárbaros para extender por ella su monarquía, si ya no fué que tuvo por más prudente consejo estarse á la mira de sus diferencias, para que, consumidas en ellas sus fuerzas, pudiese después triunfar de todos; conociendo bien que si mezclaba en ellas sus armas, se unirían todos contra él; siendo el poder y valor de los godos el que más celos daba á las demás naciones. Como quiera que haya sido, son tan grandes las hazañas de este rey en los años que quedan de su reinado, que tenemos bastante materia para dilatarnos, siendo muy parecidas á la navegación del Mediterráneo las historias antiguas, porque á veces pasa la pluma por islas y estrechos donde há menester (para no dar en tierra) llevar amainadas las velas, y á veces se engolfa en piélagos por los cuales puede sin peligro desplegarlas al viento de la narración y facundia. Habiendo Teodoredo considerado cuán inútilmente su antecesor Valia había guerreado á favor del imperio romano, haciendo ajenas sus empresas y triunfos, y que ya que se iba cayendo aquella monarquía era mejor fabricarse la fortuna con sus ruinas, que, poniéndoles el hombro, caer envuelto en ellas, rompió las paces é intimó la guerra al emperador Valentiniano el Segundo, sucesor de Honorio é hijo de Constancio, y entró

talando y abrasando las tierras de los romanos poniendo sitio á Arles. Hallábase entonces en Roma el conde Aecio, el mayor general que tuvo el imperio romano, porque á su valor acompañaban otras ilustres calidades de ánimo. Era nacido en Dorastana, ciudad de Misia, y mereció, aunque extranjero, la dignidad de patricio en Roma, y el gobierno de las armas del imperio. Pero, como la envidia persigue siempre á los extranjeros, le derribaron sus émulos del valimiento con Honorio; y viéndose sin las armas y sin la dignidad, se retiró á una casa de campo fuera de Roma, creyendo que en aquella vida privada le dejaría quieto la emulación. Pero en ella fué más perseguido, porque no hay calamidad tan grande que apague los temores de la envidia; antes cuando ve constantes á sus émulos en ella, se enciende más, no pudiendo sufrir la gloria que les resulta de su valor y prudencia en saber tolerar los trabajos. Parecíale al conde que no dejarían los emperadores de valerse de un capitán tan experimentado y valiente; pero le engañó esta confianza, como suele á muchos; porque, con el mismo temor de que no se volviese á levantar su fortuna, le hicieron sus enemigos diversos cargos. El mayor era que después de haber domado á los borgoñones y francos, no pasó á España á oponerse á las correrías de los alanos, vándalos y suevos. Esta persecución le obligó á huirse á las Pannonias, donde hallando á Atila, rey de los hunos (como diremos en su lugar), le supo ganar tanto la gracia, que con asistencia suya de dinero pudo volver á introducirse en el servicio del emperador Valentiniano; el cual, restituyéndole en la dignidad de patricio, le envió á gobernar las Galias y á oponerse á los designios de Teodoredó. Allí formado un numeroso ejército, y llevando consigo á Avito, capitán de gran estimación, obligó á los godos á levantarse del sitio que tenían puesto á Arles.

No por esto desistió Teodoredó de sus empresas; antes las prosiguió con mayor constancia. Oponíase á ellas Aecio; el cual, viniendo á batalla con Teodoredó, salió tan bien de ella, que le obligó á pedirle la paz; y concedida, duró muy poco, como sucede á las que se hacen por fuerza ó no son de reputación; y volviendo á levantar las armas Teodoredó, movió tercera vez la guerra al imperio, poniendo sitio á Narbona, y porque ya en este tiempo había el conde Aecio vuelto á Italia, se resolvió el emperador Valentiniano á enviar á

las Galias en su lugar á Litorio, gran émulo de sus hazañas; y hallando que la ciudad estaba muy apretada por la fuerza y por la hambre, puso dos saquillos de trigo en las grupas de sus caballos, y la socorrió; pero durando el sitio, volvió á padecer la misma hambre que antes; y no pudiendo librarla con las armas, lo alcanzó con las artes por medio de Avito, gran amigo de los godos; cuyos halagos y motivos obligaron á Teodoredo á retirar su ejército y volverse á Tolosa. Poco le duró el sosiego; porque, habiendo tenido aviso que Litorio no componía sus armas, antes las movía contra los aremoricos, con pretexto que eran rebeldes al imperio, no le pareció que debía estarse á la mira del peligro de sus confinantes; porque, debelados aquellos, se volvería contra él; y sacando en campaña su ejército, entró por la provincia de Averna y se puso sobre aquella ciudad, á la cual socorrió Litorio, trayendo consigo á los hunos, nación infausta á Teodoredo; la cual, después de haber destruído á Asia y á Tracia, se había confederado con el emperador Honorio, permitiéndoles que hiciesen asiento en las Pannonias.

Este feliz suceso, y las respuestas vanas de sus ídolos, que le ofrecían mayores felicidades, ensoberbecieron tanto á Litorio, que le pareció fácil echar de las Galias á los godos, principalmente si luego se hacía señor de la corte de Tolosa, de donde pendían el gobierno y los espíritus de todo el reino. Púsose sobre ella; y hallándose dentro Teodoredo, le redujo á tal extremo, que le pidió la paz, interponiendo la autoridad de algunos obispos. Pero Litorio, que emulaba las hazañas de Aecio, y juzgaba que si triunfaba del rey Teodoredo sería el más famoso general del mundo y podría aspirar á su dominio, le provocaba á la batalla, impaciente de la prolijidad del sitio; teniendo por mayor trofeo derribar en campaña los cuerpos de sus enemigos que los muros de una ciudad, donde pueden más las artes de la expugnación que las demostraciones del valor.

Teodoredo también, que no podía sufrir el descrédito de mantenerse encerrado, quiso fiar más su reputación y vida de las manos que de las fortificaciones, saliendo á darle la batalla. Con esta resolución, primero se armó del cilicio que de la coraza (como refiere Salviano, obispo de Marsella que floreció en aquel tiempo); porque, si bien era arriano, ardía en él la llama de la piedad, y reconocía que para ven-

cer las iras del enemigo se debían vencer antes las de la divina Justicia.

Habiendo pues hecho muchas oraciones á Dios, encomendándole su causa, se presentó en batalla á Litorio. El combate fué sangriento. Unos peleaban por los despojos y otros por la libertad. Asistió el brazo de Dios á la causa de los godos, y quedó Teodoro vencedor, y preso Litorio, al cual, atadas las manos atrás, introdujo en la ciudad con gran risa y escarnio del pueblo, viendo trofeo al que poco antes se juzgaba triunfante; y puesto en una cárcel, acabó en ella la vida tan miserablemente, que llegó á ser compasión de sus mismos enemigos. Es Dios el señor de las batallas, quien da y quita las victorias, y se irrita mucho contra los que, soberbios, las esperan más de sus fuerzas y valor que de la divina Providencia.

Esta victoria crió tantos bríos en el rey Teodoro, que trató luego de ensanchar los límites de su reino y darles por confín al Ródano. Turbó mucho á los romanos esta rota; y hallándose sin capitán y sin gente con que defender las Galias y oponerse á la invasión de Teodoro, pusieron los hunos de presidio en las ciudades. Pasó á Italia la nueva de este suceso, y dió tanto cuidado al emperador Valentiniano, que se resolvió á enviar otra vez al conde Aecio á las Galias, valiéndose primero de la intercesión de Avito, prefecto pretorio entonces en ellas; el cual tenía tan ganada la gracia del rey Teodoro, que con sola una carta le retiró de sus empresas. Ejemplo que nos muestra cuán importante es en los generales la benignidad y destreza en granjear las voluntades de las naciones extranjeras, y que no menos se vence al enemigo con el valor que con la cortesía.

En este tiempo murió Hermenerico, rey de los suevos en Galicia, á quien sucedió su hijo Rechila, mancebo de gran espíritu y valor, atento á ensanchar sus dominios por España, á que le daba ocasión el haberla desamparado los vándalos, pasando á dominar á África, y la ausencia de Sebastián, general de los romanos, que para reprimir sus designios lo iba siguiendo. Valióse Rechila de la ocasión, y habiendo juntado un ejército, entró por Andalucía. Salióle á recibir Ardebato, que gobernaba las armas del imperio, y en una batalla cerca de Genil quedó vencido y muerto, y en poder del suevo todo su bagaje, donde halló tanto oro y riquezas, que pudo

con ellas continuar la guerra y domar á los silingos, que hasta la salida de España de los vándalos habían estado mezclados con ellos. Volvió Rechila su marcha hacia Sevilla y la rindió, y también á Mérida, en la Lusitania, de donde sin oposición corrió y sujetó la Carpentania, hoy reino de Toledo, y la provincia Cartaginense. Estas pérdidas obligaron á los romanos á reforzar sus fuerzas para recobrar aquellas provincias, asentando paces con Teodoredo. Reconoció Rechila el peligro y que le convenía moderar su fortuna y hacer posesión legítima lo usurpado con un ajustamiento honesto con los romanos, como lo consiguió, restituyéndoles las provincias de Carpentania y Cartaginense; con que murió no menos feliz que glorioso. Sucedióle su hijo Recciarío, que fué el primer rey de España que recibió la religión católica, cincuenta y dos años antes (según el cómputo del cardenal Baronio) que se convirtiese en Francia el rey Clodoveo, siendo mucho más poderoso que él en España, porque el reino de Galicia en aquellos tiempos comprendía las Asturias, la Cantabria y casi toda Castilla la Vieja, y como se ha dicho, se le habían incorporado tantas provincias conquistadas, que era como un monarca de España, y mandaba á treinta naciones diversas. Él solo tenía corte real en España; porque la de los vándalos se había transferido á África, los godos tenían la suya en Tolosa y solamente poseían en España la Cataluña, los romanos mantenían muy poco de sus antiguos dominios, y los alanos y silingos estaban debajo del yugo de los suevos. Esta grandeza y la del rey Genserico en África tenía bien consideradas el rey Teodoredo, y que ninguna cosa le convenía más que ganar con vínculos de sangre al uno y otro rey, para oponerse al emperador Valentiniano; porque, si bien había ya asentado paces con él, no le parecía que era segura la fe de un despojado, y que no había emperador tan amigo, que cuando pudiese restituir al águila imperial las plumas que le habían quitado, no lo ejecutase. Con esta razón de estado casó una hija suya con Honnerico, hijo de Genserico, y la otra con Recciarío. Pero la experiencia mostró que suelen ser muy vanas las conveniencias fundadas en los matrimonios, porque están expuestos á muchas ocasiones de odios y enemistades, como en su lugar referiremos haber sucedido á estos.

Asentadas así las cosas internas y externas de su reino, go-

zaba Teodoro las felicidades y bienes de la paz; pero, como en las cosas humanas no puede haber felicidad fija, se iba al mismo tiempo formando entre los vapores del norte una tempestad que turbó su sosiego y abrevió sus días, aunque los dejó eternos en la memoria de los hombres.

Dominaba en aquellos tiempos Atila las provincias de Escitia: gentes tan fieras y silvestres, que dieron ocasión á que se tuviesen por hijos de los faunos, creyendo que, como descendientes de los dioses, se multiplicaban tanto. Era Atila de mediana estatura, pero trabada y robusta; la cabeza grande, los ojos vivos y encendidos, la barba rala, los cabellos ásperos, el color tostado, el movimiento veloz, mirando de uno y otro lado; hallábase en él una mezcla de grandes vicios y virtudes, como suele suceder á los grandes varones cuando no los ha cultivado la razón; porque la naturaleza lozana y libre produce en ellos flores y abrojos. Su ingenio y su memoria eran tan grandes, que á un mismo tiempo negociaba con unos y dictaba á otros. Con los que se le rendían se mostraba clemente; con los que se resistían, cruel. Era oculto y astuto en los consejos, solícito en las resoluciones. Sustentaba con extraordinaria grandeza la majestad. Hacíase temer con el castigo y amar con la liberalidad, y solía decir que con ningún sacrificio se aplacaban más los dioses que con la justicia y beneficencia. No le parecía que podía ser vencido, porque se había persuadido que su espada era la que llevaba Marte, fundándose en que, habiendo soñado que aquel dios se la cenía, se la presentó el día siguiente un soldado, el cual siguiendo las huellas sangrientas de una ternera que se hirió en ella, la halló en un campo.

Estaba dividido el reino de la Escitia entre él y su hermano Buda, á quien dió la muerte, ó ya porque el cetro no sufre compañero, ó porque le embarazaba sus designios de sujetar las monarquías de los romanos y de los godos, juzgando que si salía á aquella expedición se levantaría el hermano con todo el reino, ó que, obedeciéndole la mitad de él, no podría llevar consigo la gente que había menester para sus empresas. Viéndose pues señor absoluto, levantó un ejército, y trató primero de echar de Misia, Dalmacia y de las Pannonias los visigodos, por no dejarse atrás aquellos enemigos; los cuales, siendo de una nación con los que dominaban en las Galias y en España, le podrían hacer diversión con sus armas é

impedirle sus empresas; y habiéndolos vencido en diversas batallas, bajó á las Pannonias, donde se detuvo algún tiempo para reparar su ejército y para adormecer los celos que el uno y otro imperio habían concebido de sus armas y designios.

Habiendo pues Atila refrescado en aquellas provincias su ejército, que constaba de quinientos mil combatientes, se resolvió á entrar con él por las Galias, pareciéndole que el conde Aecio, reconocido á su amistad y beneficios, no se opondría á sus designios, y que, debeladas aquellas provincias y también las de España, le sería fácil hacerse señor del mundo. Llevaba consigo á Valamiro, rey de los ostrogodos del Oriente, y á sus hermanos Teodomiro y Vendemiro, y al rey de los gepidas Harderico, ó por grandeza ó por mayor seguridad de ellos, ó porque las naciones le siguiesen con más fe y constancia. Marchó por las riberas del Danubio, para valerse de aquel río en la conducta de los víveres. Su disciplina militar fué grande á los principios, aunque después se fué perdiendo poco á poco, como es ordinario en los ejércitos numerosos. Á él se juntaron diversas naciones de Alemania, principalmente los francos, los cuales (según dice Carlos Sigonio, con la autoridad de san Jerónimo) habitaban entre los sajones y alanos, ó como refiere Cluverio, era una junta de varios pueblos unidos con el nombre de francos; los cuales, como otras naciones septentrionales, vagaban por el mundo. Gregorio Turonense afirma que los francos asistieron al conde Aecio contra Atila, y le siguen casi todos los historiadores franceses, como es ordinario en las adulaciones, afirmando que Meroveo se halló en la batalla Cataláunica. Pero más fe se debe dar á Sidonio Apolinar, que vivía en aquel tiempo, y en el panegírico que hizo al emperador Avito, su suegro, que se había hallado en la batalla y sabría de él lo que había pasado, dice que los francos asistían á Atila; con cuyo testimonio reprueba Baronio la opinión de Gregorio Turonense, y Papirio Masón la de Idacio.

Mientras el ejército de Atila marchaba por Alemania, eran diversos los discursos que se hacían de sus designios en Italia y en las Galias; y como amenazaba á la una y otra parte, eran también grandes en ambas los temores, aumentados con lo que suele esparcir la fama y concebir ligeramente el miedo. Decían que los hunos se sustentaban con sangre humana;

que adornaban los pretales y gruperas de sus caballos con las calaveras de sus enemigos; que sacrificaban sus huéspedes á Marte y á Hércules; que los hijos mataban á sus padres ya viejos y se los comían; que aborrecían y tenían por enemigos á todas las naciones extranjeras, y que su fin era de reducir á su servidumbre el linaje humano y derribar el imperio.

Valióse Atila del temor y opinión de sus armas; y como quien primero hacía la guerra con la astucia que con la fuerza, procuró dividir los ánimos de los romanos y godos, y ganar una de estas facciones, para que, volviendo las armas contra la otra, pudiese, después de vencida, triunfar de ambas.

Con este fin despachó embajadores á un mismo tiempo al emperador Valentiniano y al rey Teodoro. Al Emperador escribió una carta tan política, que en ella se conoce la fuerza de su ingenio; cuya sustancia fué esta:

«La marcha de mi ejército, dejando á un lado las fértiles
»provincias de Asia y de Italia, interpuestos los altos montes
»de los Alpes, te habrán desengañado de que no voy contra el
»imperio, á cuya majestad deben venerar las naciones, viendo
»que por su piedad y justicia le levantó el cielo, dándole el
»arbitrio del mundo; y sería temeridad oponerse á la divina
»Providencia. Mis armas se han movido contra los godos
»para vengar las injurias hechas á mi nación. Si no quisieres
»juntar conmigo tus fuerzas y consejos, te suplico que te
»mantengas dentro de los términos de la neutralidad, pues
»será bastante gloria tuya que corran tan por cuenta de los
»dioses tus venganzas contra los godos, enemigos del impe-
»rio, que me hayan elegido por instrumento de ellas. Espero
»que con su divino favor las ejecutaré fácilmente, porque
»acompañan á mi brazo las naciones más feroces del norte; y
»cuando fuese fatal mi rota, será con tanta sangre de los go-
»dos, que puedas triunfar de ellos. No creas que vengo á
»tomar asiento en estas provincias, porque sería locura dejar
»por ellas mi propio reino, cuyo cetro se cortó de los prime-
»ros árboles que produjo el mundo. Fértiles son estos países,
»pero otros no menos ricos he despreciado, contento con
»aquellos rudos é incultos, donde la ignorancia de los vicios
»hace más robusto el valor y más segura la fidelidad. Dejo
»considerar á tu prudencia y á tu generosidad si te conven-
»drá la unión con Teodoro, dando celos á Genserico, su

» mayor enemigo, para que procure contra él y contra ti mi
» confederación, y si será reputación tuya ponerte al lado de
» los godos, mostrando al mundo que están en tu pecho ex-
» tinguidas las llamas de la venganza, cuando aún viven en
» Roma las del incendio de Alarico. Lo demás entenderás de
» mis embajadores, á los cuales darás entero crédito.»

Los mismos oficios pasó secretamente con el conde Aecio, acordándole su amistad antigua y sus beneficios, y dándole esperanzas á lo largo de que sería instrumento de su grandeza, y que no era prudencia esperarla de los emperadores, que tan mal habían pagado sus servicios, pudiéndosela fabricar con sus mismas manos.

Al rey Teodoredo escribió con sus embajadores en esta conformidad:

« Armado y ya vecino te provoco á que juntos hagamos guerra á los romanos, porque ni se interponga tiempo en la ejecución, ni puedan sus artes (con que nos hacen más guerra que con las armas) turbar este designio. Ningunos enemigos tienen mayores tu nación y la mía, y es afrenta de todos que reciban leyes de Roma y que sufran por tantos siglos su tirano yugo. Á quien más conviene derribar su potencia es á ti, porque tu reino está mezclado con las provincias del imperio. La ocasión es oportuna por su división y discordias, y porque, unidas tus fuerzas con las mías, á las cuales acompañan los reyes más poderosos del Norte, no podrá hacernos resistencia. Si te mantienes neutral, ni quitarás enemigos ni conciliarás amigos, y serás despojo del vencedor. Si te unieres con el Emperador, dispondrá Aecio (cuyo ingenio y trazas tengo bien conocidas) de tal suerte la guerra, que en ella, consumidas nuestras fuerzas, pueda triunfar de ambos el Emperador; el cual es enemigo común, y tiene muy en la memoria las invasiones que los godos y los hunos han hecho en el imperio. No fies en las confederaciones; porque todas entre los príncipes son razón de estado, y no amistad. Ninguna pareció más firme que la de Honorio y Ataúlfo, porque la afirmaba recíprocamente la sangre y la conveniencia, y la rompió luego Honorio. El título de su donación no te asegura las Galias y la España, porque no hay emperador que no eche menos en su diadema imperial aquellas perlas. La clemencia afectada de los romanos ha engañado á muchos: no seas tú uno de ellos, y ten por cierto que aún arden sus

«iras en el fuego que abrasó al emperador Valente y á la ciudad de Roma. Los agravios que tocan á la reputación nunca se olvidan, como creo que tendrás presentes los que ha recibido tu nación de los romanos, principalmente cuando como esclavos se vendían en Italia á vil precio después de la victoria de Fiesole. Unos y otros es fuerza que críen disidencias, porque estas no menos nacen de las ofensas recibidas que de las hechas. Con daño suyo han experimentado los romanos cuánto cortan los aceros de esta espada, y ahora me hallo con armas bastantes á domarlos; pero, como la causa es común, he querido que también lo sea la gloria, llamándote á la empresa. En ella la diversidad de los intereses, la abundancia de los despojos y provincias que adquiriremos, y los vínculos de amistad entre la una y otra nación, nos mantendrán concordes y amigos, y asegurarán la fe de nuestra alianza. Aplica el ánimo á ella, para que por nosotros goce de su libertad el mundo. Lo demás remito á mis embajadores, á los cuales darás cumplida fe en lo que te representarán de mi parte.»

Conoció Valentiniano las artes de Atila, encaminadas á sembrar odios y dividir las potencias para triunfar más fácilmente de ellas, y escribió al rey Teodoredó descubriéndole el artificio, y poniéndole en consideración la conveniencia de confederarse y unirse con el imperio para oponerse á aquel bárbaro enemigo del género humano, que sin razón ni justicia hacía guerra á todas las naciones, más para destruirlas que para dominarlas; trayéndole á la memoria el ejemplo de los daños que había hecho á los godos, pues no contentos los hunos con haberlos echado de sus amadas patrias, los querían también echar de lo que con su espada y con el consentimiento del imperio habían conquistado. Que al mismo imperio convenía mantener á los godos en la posesión de las transacciones y donaciones que les habían hecho los emperadores pasados, y que para este fin le ofrecía sus armas y asistencia. Á esta carta acompañaron las diligencias y oficios del conde Aecio; el cual, como tenía conocido el ingenio y artes de Atila y las fuerzas del escita, hizo de todo relación distinta á Teodoredó, representándole el peligro común, y que contra él juntaría las armas que gobernaba, y militaría debajo de su bastón. Gran gloria de los reyes de España, haber tenido tantos siglos atrás un antecesor de cuyo arbitrio pendía la liber-

tad de las Galias, la conservación del imperio y la salud del mundo.

Consideró Teodoredo el peligro, y que era más seguro confederarse con el imperio romano, en quien ya estaba extinta la ambición de dominar, que fiarse de una potencia bárbara que con los fragmentos ajenos procuraba fabricar su fortuna. Tenía presentes las asistencias que los hunos habían dado á Litorio contra él, y los títulos bajos con que Atila llamaba á los godos; y ardiendo en ira se resolvió de renovar las confederaciones con el imperio y oponerse á los tiranos intentos de Atila, fiado (como dice Juan Magno) en el valor de los godos y en la prudencia de los españoles. Á estos movimientos y prácticas estaba atento Genserico, rey de los vándalos en África, que tenía por enemigo á Teodoredo, porque habiendo casado (como se ha dicho) con una hija suya á su hijo Hunerico, éste con vanas sospechas de que la esposa trataba de darle veneno, le cortó las narices y se la volvió á enviar; con que los vínculos del parentesco se convirtieron en odios; y juzgando Genserico que aquella afrenta, representada á todas horas á los ojos de Teodoredo, estaba pidiendo venganza, y que no era posible que la disimulase, ni que borrarse el tiempo su memoria, se valió de la ocasión presente, y escribió á Atila ofreciéndole su amistad, y aconsejándole que derribase la potencia de los godos; y para obligarle á ello le envió muchos dones y presentes.

Estas ofertas y demostraciones animaron mucho á Atila; y desesperado de traer á su partido á los romanos ó á los godos, prosiguió sus marchas por las riberas del Danubio. Previno el cielo á los hombres de los daños y calamidades futuras con señales ó extraordinarias ó fuera del orden de la naturaleza. En oriente se vió eclipsada la luna, en occidente ardió por muchos días un extraordinario cometa, al septentrion se mostró encendido el aire en forma de llamas, de las cuales salían lanzas de fuego. Tembló tanto la tierra, que parece le era grave el peso de los hombres y que los quería sacudir de sí. Con todo eso, no debían de tener tan enojado á Dios como los de estos tiempos, pues en tan grandes calamidades, donde se han visto muertes violentas de reyes, príncipes despojados y provincias desoladas, no ha merecido Europa que precediese á tantos males alguna amonestación ó anuncio en el cielo, de sus iras divinas.

Ninguno de estos avisos bastó á hacer prudentes á aquellas naciones y á que se contentase cada una con lo que pacífica y felizmente poseía; porque las arrastraba el destino de Dios, para que unas con otras fuesen instrumentos de su divina justicia, cuyo estilo es castigar los hombres con los hombres, para mayor satisfacción de ella; pues aunque Atila hubiera levantado ejércitos de basiliscos, habría con ellos destruído las vidas, pero no los edificios y campos como hacían los hunos. Escriben algunos autores que dividió Atila su ejército, enviando la tercera parte á España, con que corrió la provincia Bética; pero no es verosímil que, estando unidas las fuerzas de los romanos y godos contra él, hiciese aquella diversión, y que Teodoro no le impidiese la entrada de los Pirineos, y que Reccario, rey de los suevos en Galicia, no le hiciese oposición después de haber entrado; de que no consta en nuestras historias. Lo que yo creo con muchos fundamentos es, que por llevar tan gran número de gente, la dividió en dos ejércitos, para que se pudiese mejor sustentar, y que con el uno entró en la Galia Bélgica, y con el otro en Suevia, Helvecia, Borgoña, destruyendo las ciudades de Constanza, Basilea, Argentina, Besanzón y otras, y que después con todas sus fuerzas puso sitio á Orleáns, temiendo que la socorrería Teodoro y el conde Aecio, como sucedió; porque, habiendo el peligro común hecho la confederación con el emperador Valentiniano, levantó Teodoro grandes levas de gente en la provincia de Narbona y en España, obligando á venir á todos los que podían tomar armas; y dejando en Tolosa á sus hijos Eurico, Friderico, Riccinero y Himerico, partió acompañado de Turismundo y Teodorico (también hijos suyos), á juntarse con el conde Aecio; con quien confirió el modo de hacer la guerra á Atila, mandó cortar los caminos estrechos, y en ellos y en las ciudades poner presidios, reparar los muros, hacer almacenes de armas, provisiones y forrajes, y ejercitar las milicias; y considerando la importancia de socorrer á Orleáns y tener la guerra lo más lejos que pudiese de sus estados, marchó con Aecio al socorro de aquella ciudad, en cuyo suceso varían mucho los escritores. Nosotros seguiremos á los de mayor crédito.

Había Atila dado diversos asaltos á aquella ciudad por las brechas hechas con los arietes y otros instrumentos de expugnar, y los cercados se defendían con gran valor, porque los

daños y tiranías ejercitadas en las ciudades rendidas los hacían más animosos y constantes, estimando en más morir gloriosamente en la defensa de su ciudad, que verla después entregada al fuego, al hierro, y á la codicia y lascivia de los enemigos. El obispo Aniano los exhortaba con su ejemplo y los asistía con sus oraciones y sacrificios: armas muy poderosas en tales ocasiones. Dábales esperanzas de que Dios les enviaría el socorro, y cuando menos le esperaban, vieron desde los muros levantarse lejos de allí una gran polvoreda, entre la cual, al paso que se acercaba y desvanecía, se iban descubriendo las águilas imperiales y las banderas de los godos, las cuales extendidas por el viento marchaban á librarlos del asedio, conducidas por Teodoro y Aecio; los cuales, reconociendo lo que en tales socorros obra el ímpetu, y que cuanto mayores son las fortificaciones, más suelen desanimarse los que las guardan cuando las ven acometidas con valor y resolución, las atacaron luego con tanto ímpetu, asistidos de las salidas de los de dentro, que las desampararon los hunos, quedando muchos muertos en ellas, y los que en las selvas vecinas pensaron salvarse, fueron presos, ahogándose gran número de ellos en el río Luer. La confusión fué tan grande, que, viendo Atila que no podía mantener el sitio, se retiró en buen orden con los escuadrones que pudo recoger á los montes vecinos, de donde cayó sobre León, en la Galia Narbonense, y se la llevó; y habiendo sujetado diversas naciones, y vencido y muerto al rey de los borgoñones Gundicario, que pasaba á juntar sus armas con los romanos y godos, se hallaron los dos ejércitos empeñados á venir á batalla en los campos Cataláunicos, que, según muchos autores, no están lejos de Tolosa, aunque hay grandes fundamentos para creer que su situación es en la segunda Bélgica. Entre los dos ejércitos se levantaba un collado que señoreaba las llanuras de aquellos campos, los cuales se extendían por cien leguas francesas de longitud y setenta de latitud: teatro dispuesto de la naturaleza para la mayor tragedia del furor de Marte que representaron las naciones. En él concurrieron casi todas, ofrecidas á la muerte porque uno mandase al mundo. ¡Oh locura de los hombres, rendir al arbitrio de un general la felicidad de los pueblos y la vida de todos!

Aunque Atila era tan valiente y animoso, le daba cuidado el suceso de la batalla presente, de quien pendía la suma de

las cosas; y habiendo consultado á sus agoreros, le pronosticaron que sería vencido; pero que el vencedor turbaría con los llantos de su muerte el aplauso de la victoria. Creyó Atila que caería el pronóstico sobre la vida de Aecio, general de los romanos, y que faltando tan valiente caudillo, podría fácilmente triunfar después de los demás, y con este fin se detuvo en formar sus escuadrones hasta que declinase el sol, para que, comenzándose tarde la batalla, si la perdía fuese con menos daño suyo, interpuesta la tregua de la oscuridad de la noche. Las haces, que más consistían en caballería que en infantería, se dispusieron así: Atila, para dar órdenes á una y á otra parte, se puso en medio de los escuadrones con la gente más escogida de su ejército; el cuerno derecho gobernaba Valamiro, rey de los ostrogodos; el izquierdo, Ardarico, rey de los gepidas; dejando por retaguardia un escuadrón de soldados escogidos que asegurase las espaldas y sirviese de retén, fortificando el bagaje con los carros falcados.

El rey Teodoredo y el conde Aecio dispusieron así sus escuadrones: los godos y españoles estaban en el cuerno derecho de la vanguardia, los romanos al izquierdo, cercado en medio al rey de los alanos Sanguibano, de quien no se fiaban mucho. Mirábanse unas á otras las naciones, impacientes de la tardanza en el combate. En los semblantes de los romanos, godos y españoles se veía una bizarría alegre y gloriosa. En los hunos y gepidas una ferocidad melancólica, inhumana y sangrienta, tostados los rostros con las fatigas del sol y del polvo, cubiertos de pieles los cuerpos, y caladas, en lugar de morriones, las testas de los leones y osos: ¡terrible espectáculo, opuesto un millón de hombres para despedazarse á la señal de una trompeta!

No se sabe que Teodoredo hiciese razonamiento á los suyos, ó por mayor confianza de su valor, ó por atención al conde Aecio, que allí representaba la persona del emperador Valentiniano; pero los animó con su presencia, discurriendo por la frente de los escuadrones y dando órdenes á los cabos del ejército. Al mismo tiempo Atila, que no menos se valía de la sagacidad de su ingenio que de la fuerza de su brazo, se puso á caballo en medio de sus escuadrones, coronada la cabeza, desnuda en la mano derecha la espada, y embrazado en la izquierda un pavés que tenía por blasón un azor; y fué fama haber animado así á sus soldados:

« El más ilustre de mis blasones y el que más asegura mi corona y vuestras victorias y trofeos, es el de azote é ira de Dios, cuya divina providencia ha unido debajo de este bastón las naciones más valerosas del mundo, para castigo de las tiranías del imperio romano y de la soberbia de los godos. Ambas potencias os ha puesto hoy delante para que sola una victoria satisfaga á su venganza y os haga señores del mundo. No hay quien pueda oponerse á los instrumentos de Dios. Él es quien alienta vuestros corazones y quien mueve vuestros brazos. Para el triunfo de este día os ha preservado de tantos peligros y os ha concedido tantas victorias. No habéis de pelear con naciones nuevas, cuyo valor y armas os sean desconocidas, sino con las mismas que diversas veces habéis vencido. Los romanos en Macedonia y en Asia no os pudieron resistir. Á los visigodos habéis echado de Misia, Dacia y Pannonia, y contra ellos traigo un escuadrón de ostrogodos, iguales en la nación, pero superiores en el valor, en la disciplina y ejercicio militar, gobernados por el rey Valamiro y por sus dos valientes hermanos, enemigos todos tres de Teodoro por la emulación de la sangre entre las dos familias reales de Amalos y Baltos. Todos tienen su mayor confianza en el valor y constancia de los españoles que traen consigo; pero es gente conducida para ajenas empresas, que sabe vencer para sí, pero no para otros. Al conde Aecio conocisteis bien cuando, desfavorecido del emperador Honorio y perseguido de sus enemigos, se retiró á vivir con nosotros; y habiéndole asistido para que le restituyesen el gobierno de las armas, podéis esperar que no procurará con ellas extinguir á los que podría haber menester en otra persecución. La fama que tiene en el mundo, más nace de la lisonja á su valimiento que de sus obras. Esta es la primera vez que Teodoro se ha apartado de las delicias de su corte y se ha ceñido la espada; el cual, no atreviéndose á esperarme en su reino, ha venido á ampararse de los romanos. Como quiera que sea, ya estáis empeñados en regiones extrañas y tan remotas, que, si no es venciendo, no podéis volver á vuestras amadas patrias. Del lance de esta batalla pende la conservación de las riquezas que traéis con vosotros, las esperanzas de otras mayores, vuestras vidas y las de vuestras mujeres é hijos, que os acompañan. Pende también de esta batalla la fama adquirida y el dominar con gloria ó servir con infamia. Confíad en los ace-

ros de esta espada, que ciñó el dios Marte y le dieron gloriosas victorias, sin haber sido vencida. Ella os sacará triunfantes de esta batalla. En todas la habéis visto teñida desde la punta al pomo en sangre de enemigos, y presto la veréis purpurear con la de los romanos, godos y españoles.»

Dijo, y dando de espuelas al caballo, se puso delante de los escuadrones y mandó que cerrasen. Moviéronse á un tiempo unos contra otros, y fué tal el tropel de los caballos y el estruendo de las armas, que parecía batallaban entre sí los montes. Primero se valieron desde lejos de las saetas y dardos. Después cuerpo á cuerpo, de las espadas, de los puñales, de los brazos y de los dientes, cayendo tantos, que se peleaba sobre los cuerpos muertos. Advirtió Teodoro la ventaja de ocupar el collado que, como se ha dicho, se levantaba entre ambos ejércitos; y acompañado del conde Aecio, le ganó, después de haberle disputado por largo espacio. Puso en él presidio de infantería; desde cuya eminencia se hizo gran daño al enemigo con dardos y saetas. Ardarico, rey de los gepidas, avanzó su caballería contra los godos y españoles, los cuales le recibieron primero con tropas de caballos, que dieron y recibieron la carga, y después con escuadrones de infantería cerrados con las picas, donde fué grande la confusión, cayendo unos caballos muertos sobre otros, con que los primeros servían de trincheras contra los demás: Reconoció Atila el peligro, y pasando de unas partes á otras, animaba con su presencia y con sus palabras, nombrando por sus nombres á los soldados. Á los valientes alababa, exhortaba á los tímidos y consolaba á los heridos. Ponía en ordenanza las tropas desbaratadas, y asistía con nueva gente á las flacas. Pero estaban tan mezclados los escuadrones, y era tanto el polvo y el ruido, que ni se podían reconocer las banderas ni oír las órdenes de los cabos. El conde Aecio, como experto en las artes de la guerra, gobernaba con gran valor las legiones romanas, y donde veía que peleaban flojamente, arrojaba dentro de los escuadrones del enemigo las banderas (que eran un águila imperial sobre una asta), para que la reputación les obligase á romper al enemigo y cobrarlas: ardid de que solían usar los capitanes romanos.

No menos valeroso y diligente se mostraba el rey Teodoro, el cual unas veces hacía el oficio de general y otras de soldado; y acometiendo con una tropa de caballos, cayó del

suyo y fué atropellado y muerto de sus mismos soldados. Los godos y españoles, ó por vengar su muerte ó por mostrar su valor, acaudillados de los principes Turismundo y Teodorico, acometieron á los hunos, donde estaba Atila, y le obligaron á recogerse huyendo á las trincheras de su bagaje; con que la victoria se atribuyó al valor de los godos y españoles. En este estado les sobrevino la noche y se retiraron los escuadrones. En medio de los del enemigo se halló perdido Aecio, y sin ser conocido volvió á los suyos. Turismundo entre las ciegas tinieblas de la noche entró peleando hasta los reales de Atila, creyendo que volvía á los suyos; y aunque fué herido y cayó del caballo, le socorrieron y retiraron los suyos. En el campo de la batalla, donde quedaron muertos y heridos más de ciento ochenta mil, se oían (tiembla al escribirlo la pluma) los tristes suspiros y lastimosos gemidos de los moribundos, que con las ansias y dolores de la muerte luchaban entre sí; y rasgándose unos á otros con las manos las heridas, tomaba cada uno la venganza que podía, y tal vez en los cuerpos ya muertos y en los de sus mismos hermanos y camaradas, desconocida la amistad y el parentesco; y fué fama que en el aire se oyeron por espacio de tres días batallar las almas unas contra otras, como en el cabo de Buena Esperanza cuenta Mafeo que se oían los cantos de los que en el naufragio de Manuel de Sola perecieron. El espanto en los casos grandes ofrece disformes objetos á la imaginación, y á veces los hombres juzgan por engaño de los sentidos las cosas sobrenaturales, que no pueden alcanzar con el ingenio.

Amaneció el día siguiente, deseado por la confusión de la noche y temido por la continuación del peligro si se volvía á la batalla. Al declararse la luz se descubrió un arroyo que corría por en medio de aquellos valles, tan crecido con la sangre de tantos muertos, que los llevaba envueltos en su corriente, permitiendo Dios que bebiesen sangre los que vivos habían sido tan sedientos de ella. Reconoció Atila que habían sido más los que quedaron de los suyos tendidos en el campo, y que no se podía aclamar por él la victoria; y encerrado entre los carros, como león en su cueva acosado de los cazadores, aunque no salía á la pelea, amenazaba con el continuo són de las bocinas y trompetas. Desde allí miraba cómo los godos y españoles, con desprecio suyo, llevaban á enterrar el cuerpo de su rey Teodoro con cantos lúgubres, destempla-

dos los instrumentos bélicos y tendidas por el suelo las banderas y estandartes: trofeos gloriosos que, declarando á su favor la victoria, hicieron triunfo el funeral, por no haberse atrevido Atila á turbarle con sus armas. Reinó Teodoro treinta y dos años: glorioso príncipe, á cuyo valor España, las Galias y el imperio romano debieron la libertad. Bien pueden gloriarse los reyes de España de haber sucedido á quien triunfó del mayor enemigo del mundo, por cuyas hazañas mereció Teodoro entre las naciones el sobrenombre de Magno.

CAPÍTULO VI

TURISMUNDO, REY QUINTO DE LOS GODOS EN ESPAÑA

Todas las cosas vivientes y vegetables perfeccionan sus obras, teniendo por maestra á la naturaleza. No deja el oso de lamer la ruda masa de sus partos hasta que los reduce á su misma semejanza, ni el árbol se contenta con las flores, desistiendo de sazonar los frutos; solamente el hombre suele dejar imperfectas sus acciones, ó por flojedad en la fortuna próspera ó por cobardía en la adversa, y ni sabe ser enteramente bueno ni enteramente malo; de donde resulta el daño de haber su designio descubierto la flaqueza de no proseguirle, y la pérdida del tiempo, del gasto y del trabajo; dando ocasión á que se armen de nuevo contra él la malicia y la fuerza. Estos inconvenientes reconoció Turismundo cuando, muerto su padre Teodoro, y apellidado rey de los godos, quiso vengar la muerte de su padre y acabar de destruir el poder de Atila; el cual, roto y desconfiado de sus pocas fuerzas, no se atrevía á presentar la batalla; antes, temeroso de ser acometido y roto, juntó muchas sillas de caballos para encenderlas y abrasarse antes de ser vencido; pero el conde Aecio, que había notado con atención en la batalla pasada el valor y prudencia de Turismundo, juzgó que sería sospechoso al imperio romano su poder si, destruído Atila, quedase triunfante y sin competidor, y pensó en divertir á Turismundo de aquel intento. Digna atención de tan gran ministro, aunque

sus émulos lo atribuyeron después á diversidad de afectos y pasiones que ardían en su pecho: la venganza, el agradecimiento, la conveniencia y la ambición; las cuales juntas le obligaban á librar á Atila de aquel peligro.

La venganza, por haberle quitado el emperador Honorio las armas y la dignidad de maestro de la milicia, y también por odio á sus émulos, que le obligaron á salir huyendo de Roma y retirarse á los hunos.

El agradecimiento, porque habiendo hallado en los hunos buen hospedaje y alcanzado con su favor la gracia del emperador Valentiniano, le obligaban tan grandes beneficios á procurar que no fuese de todo punto destruída aquella nación.

La conveniencia, porque dejando vivo y con fuerzas á Atila, gran enemigo del imperio, fuese estimada su espada para hacerle oposición, siendo la necesidad quien más obliga á los príncipes á honrar y premiar á sus ministros; ó pudiese valerse de su protección y armas, habiendo experimentado con su fortuna adversa que los hombres de grandes puestos han menester una potencia extranjera que los ampare contra la envidia de sus émulos.

La ambición, porque sus designios ocultos eran de hacerse emperador, y que con este fin persuadió á los hunos la invasión en Italia, viendo que para trabajar el imperio era menester que Atila quedase en estado que pudiese continuar la guerra. ¿Cómo estará segura la inocencia, si le interpretan mal las buenas intenciones? ¿Quién podrá averiguar si estas sospechas eran ciertas ó no? A semejantes juicios están sujetos los supremos ministros. El blanco de la verdad es solo un punto; la circunferencia se extiende á infinitos, con que la malicia puede asestar sus tiros adonde quisiere, y aunque no acierte, deja ofendida la verdad.

Aguardó Aecio con astucia que Turismundo confiriese con él la resolución de acometer ó no Atila, para dar más fuerza á su consejo; y consultado de Turismundo, le respondió así:

«Tu prudencia, oh generoso rey, y tu conocimiento de las artes militares no necesitan de ajeno consejo; pero por obederte y porque conozcas que cuanto pueden proponerte los demás lo tiene antes prevenido tu ingenio, te diré lo que se me ofrece en la materia. No la flaqueza, sino la oscuridad de la noche, retiró á sus puestos al enemigo, y ese arroyo no

menos va crecido con sangre nuestra que la suya; y cuando hayan caído más de sus soldados, nunca grandes ejércitos quedan tan deshechos, que no tengan fuerzas para una victoria: no hay alguna tan grande, en que se pueda mudar la fortuna. El detenerse en sus trincheras Atila, no es cobardía, sino ardid, para traernos con mayor ventaja suya á la batalla, tropezando en los carros y cuerpos muertos con que está fortificado, donde no puede obrar nuestra caballería, y la suya desmontada podrá oponerse á nuestros ataques. Estos mismos reparos, y los ríos y montes que le niegan la huída, le darán la victoria, porque la última desesperación aun á los animales más tímidos hace animosos. El no esperar salud es la salud de los vencidos. En tales extremidades suele ser prudencia militar abrir el paso al enemigo. No se acaba la guerra de los bárbaros con una rota; antes la enciende más la venganza; siendo el norte no menos abundante de gentes que de vapores. Á Atila han seguido las naciones porque le tuvieron por invencible. Si le acometemos y nos vence, quedará confirmada esta opinión. Si le damos lugar á que se retire, la perderá y se deshará por sí misma su potencia, porque será tenido por vencido. Bien conozco que al imperio romano convendría mucho acabar de una vez con este enemigo, y á mí sería de gran gloria tener parte en ello con la asistencia de tus armas; pero faltaría á la fe de amigo tuyo y de tu padre, y á la sinceridad de consejero, si por conveniencias propias no te representase el peligro de tu persona, exponiéndola al lance dudoso de una batalla. Ayer como príncipe pudiste despreciar los peligros por la gloria de vencer; hoy como rey debes excusarlos, porque de tu conservación pende la salud pública. Delante tienes la sangre vertida de tu valeroso padre, que te escribió en el arena el desengaño. Su caso funesto tienen los soldados por mal agüero de esta guerra. Reconocen en tí heredado el valor, pero no la experiencia del bastón. Aquí te han apellidado rey; con ellos has de sustentar la corona, y no parece que sería prudencia aventurar estas fuerzas ó enflaquecerlas en una batalla, sino marchar luego la vuelta de Tolosa, y asegurar con ellas y con tu presencia la fe de tu reino, antes que ó tus hermanos ó tu cuñado el rey Recciaro, ambicioso de dominar, se levantase con él. No te fíes en los vínculos de naturaleza, porque en ese cetro se ven aún manchas de la sangre vertida por domésticos y parientes, siendo

en la altivez de tu nación más poderoso el apetito de reinar que el parentesco. Este es mi parecer: si te resuelves á pelear, te acompañará esta espada; si á partir, yo con mi gente cerraré los pasos á los bastimentos, y haré más guerra al enemigo con la hambre que con las armas.»

Quedó Turismundo dudoso con la viveza de estas razones, y aunque la venganza de su padre y el ardor juvenil, ambicioso de gloria, le incitaban á acometer á Atila en sus trincheras, se dejó llevar del consejo de Aecio, á quien tenía por sincero y fiel amigo: ejemplo que nos enseña que, si bien ninguna cosa es más conveniente que la consulta, por la flaqueza de la prudencia humana, ninguna es más peligrosa, porque quien pide consejo se expone á los engaños del consejero y á la tiranía de la facundia ajena. Los motivos del conde eran en sí muy grandes, pero parecieron mayores representados con el movimiento y las acciones; y hicieron tal efecto en Turismundo, que aprendió por más cierto el peligro futuro que el presente, no pudiendo concebir su ánimo real y cándido que era fraudulento el parecer de Aecio.

Idacio, obispo de Lamego, en Galicia, dice que Turismundo, en venganza de la muerte de su padre, peleó tres días y tres noches, y que después cohechado Aecio de Atila y de Turismundo, fingiendo que al uno y al otro habían venido socorros, dispuso la vuelta de éste á Tolosa y la de aquel á Escitia. Nosotros seguimos la común opinión de los escritores antiguos.

Despedido Turismundo de Aecio, marchó en batalla la vuelta de Tolosa, llevando en medio de los escuadrones el cuerpo de su padre. Saliéronle á recibir sus hermanos, acompañados del magistrado de aquella ciudad, á los cuales seguía todo el pueblo con demostraciones de tristeza. Recibiólos Turismundo con mucha benignidad, como quien había menester ganar los corazones de todos para que confirmasen la elección de rey que la milicia había hecho en su persona; y entrando por la ciudad, entonaron los mancebos y doncellas canciones lastimosas, en las cuales se referían las hazañas del difunto rey: usanza de la nación goda, así en los convites y bodas como en los funerales, de donde resultaron en España las trovas y romances historiales. Depositóse el cadáver en la capilla real, y por tres días se celebraron los juegos funestos y se hicieron banquetes con variedad de músicas: estilo

de aquella nación, ó porque, habitando en clima melancólico, donde son prolijas las noches, han menester divertir las ocasiones de sentimiento, ó porque quieren mostrar con aquellos regocijos que en los hombres es más feliz el día en que cierran los ojos á la noche de la muerte que aquel en que los abren al día de la vida. Acabadas estas demostraciones, hizo Turismundo esta oración fúnebre delante de sus hermanos y del pueblo, mostrando en ella su sentimiento por la muerte de su padre, y un desengaño de las cosas del mundo, para desmentir su ambición al cetro.

«El caso lamentable de nuestro amado padre ¡oh príncipes valerosos! es un claro desengaño de las cosas humanas, mostrándonos que cuanto mayor es la grandeza de los estados, más peligrá en los accidentes de la fortuna. Vencedor vimos á nuestro amado y valeroso padre, y antes que triunfase de Atila, triunfó de él la muerte. Creímos que fuera recibido en esta corte con aclamaciones y regocijos, y que coronado de laurel en un carro triunfante, ligados á él los reyes vencidos, serían á tan gloriosa majestad y á tantos trofeos angostas las puertas de esta ciudad, y que entraría por los muros rotos; y le hemos visto entrar en un angosto ataúd, ceñidas con una mortaja las sienes, aplaudido con suspiros, con sollozos y lágrimas; y los que en su presencia procuraron alcanzar con la espada la victoria, hoy delante de él no pueden gloriarse de haberla alcanzado, y todos quisiéramos más haberla perdido que perder tal rey. De gran beneficio fué al mundo haber deshecho las fuerzas de Atila, con que procuraba rendirle á su obediencia; pero le falta, con su muerte, quien pueda otra vez reprimir sus bríos si los volviere á levantar. Para acabar con un tirano hay muchos medios, pero ninguno basta á restituir la vida de un príncipe bueno. La naturaleza y la fortuna se unieron para formar en ti ¡oh deseado padre! un rey perfecto en los adornos del ánimo y del cuerpo y en los bienes externos, y cuando habías merecido el renombre de Magno y eras árbitro del imperio y del mundo, deseando las naciones remotas tu protección, ya que no podían gozar de tu dominio, quiso mostrar la fortuna que puede derribar en un instante lo que ella y la naturaleza fabricaron en muchos años. ¡Oh majestades humanas, semejantes á las ascuas, ayer claras y resplandecientes, admiración de los ojos y respeto de las manos, hoy negros carbones y mañana cenizas pisadas de

todos! Escarmentado yo en este infeliz suceso, quisiera no haber sido el primero en el orden de nacer, para que no cayese en mí la suerte de reinar; y aunque á este derecho de la progenitura suele atender siempre la elección, lo renunciaré luego si al bien del reino conviniere que caiga en alguno de mis hermanos, reconociendo que cualquier de ellos es más benemérito que yo de la corona. Pero si se juzgare por más seguro observar el estilo de la misma naturaleza, prefiriendo á los que ella prefirió en darles primero la luz, no rehusaré el trabajo y peso de reinar, sabiendo, queridos hermanos, que me ayudaréis á llevarle con vuestro valor y consejo, siendo partícipes de mi fortuna próspera ó adversa. Buen ejemplo nos deja nuestro amado padre, en quien tendremos siempre presente la idea de un príncipe perfecto y de un sabio y valeroso gobernador. Lo que más siento en este caso es, oh generosos capitanes, vuestro desconsuelo. Pero os aseguro que en mis hermanos y en mi tendréis iguales compañeros siempre en las empresas y en los despojos de ellas, y que procuraremos premiar vuestros servicios y proezas, haciendo más honestas con las demostraciones de honor las heridas que habéis recibido en las batallas pasadas.»

Esta oración afectuosa, tierna y modesta arrebató los corazones de todos, y luego entre suspiros y lágrimas, nacidas de dolor y alegría, le aclamaron rey; el cual, después de haber enterrado magníficamente el cuerpo de su padre en la iglesia mayor de Tolosa, poniendo en su sepulcro muchas joyas de plata y oro, como en señal de que con él se había sepultado lo más precioso del mundo, repartió grandes sumas de dinero entre los pobres.

En los principios de su reinado se mostró benigno y apacible, porque obraba el arte, y no la naturaleza; pero después descubrió la dominación en él los abrojos de su crueldad y pasiones (como diremos en su lugar).

Entre tanto que pasaba esto en Tolosa, se había Atila detenido algunos días en sus trincheras, porque la retirada de los godos tenía por estratagema para sacarle fuera de sus fortificaciones y acometerle en campaña rasa; pero habiendo reconocido sus exploradores que el conde Aecio, despidiendo los alanos, se había retirado, y que Turismundo marchaba hacia Tolosa, se aseguró de sus temores; y juzgándose vencedor, celebró su victoria con los clamores de sus instrumentos bé-

licos; y recogiendo el bagaje, se encaminó á la Escitia, donde llegó con poca gente, porque se fué deshaciendo con la hambre, con la peste y con los trabajos del camino, y también porque, como era ejército formado de varias naciones, se volvían los soldados á sus patrias para gozar de los despojos alcanzados ó para huir de los peligros de la guerra.

Viéndose Turismundo libre de tan cruel enemigo, y no pudiendo su generoso corazón sufrirle á sí mismo en el ocio de la paz, ambicioso de gloria, movió sus armas contra el rey de los alanos Sanguibano, ó ya por ampliar sus confines, ó ya porque no se podía fiar de su fe inconstante; no siendo fácil el deponer las sospechas concebidas ni prudencia vivir con ellas.

Cómo pasó esta guerra no consta de los historiadores sino solamente que domó á los alanos y que los redujo á su obediencia.

Poco se detuvo Atila en Escitia, porque á su ingenio inquieto y cruel era insufrible el ocio, y no podía vivir sino entre el hierro y la llama, el polvo y la sangre. Ardía en su pecho el apetito de la venganza contra el imperio, por haber Valentiniano rehusado el juntar con él sus fuerzas para domar á los godos y sido causa de su rota en los campos Cataláunicos. Parecíale que quedaba infamada su memoria si no borraba con nuevas victorias la infamia pasada; y arrebatado de la ira, juntó mayores fuerzas que antes, y con ellas pasó á Italia. Detuvo su furia el asedio de Aquileya por algunos años; pero, como sucede al rayo detenido entre las nubes, salió de allí con mayor ímpetu, y empezó á talar y abrasar á Italia; porque su ánimo no era de adquirir, sino de arruinar. Temieron su poder aquellas provincias, experimentadas ya de que todos sus trabajos y calamidades les venían de la barbaridad del norte. Padecieron su crueldad Vicencia, Bérgamo, Bresa, Verona y Milán; y no seguros los hombres de aquel fuego en la tierra, se valieron contra él del elemento del agua, retirándose á formar habitaciones dentro de las lagunas del Adriático, de donde resultó la fundación y grandeza de la ciudad de Venecia. Admirables son los consejos de Dios, pues de tantas ruinas levantó una república tan grande para gloria de la monarquía cristiana. Procuró Valentiniano oponerse á Atila con un ejército poderoso, gobernado del conde Aecio; pero, desconfiando después de poder resistir á tan gran enemigo, in-

tentó de vencer con la piedad á quien no podía con la fuerza, y envió al pontífice León para que procurase reducir á Atila á salirse de Italia; movido (como yo creo) del ejemplo de Lupo, obispo trecense, cuyo aspecto, bañado de santidad, domó la ferocidad de aquel bárbaro; el cual no se atrevió á hacer daño en aquella ciudad, antes llevó consigo al santo obispo para valerse de su intercesión con Dios. Partió pues con esta comisión el papa León, y puesto delante de Atila, pudo tanto la majestad que representaba de la Iglesia, y lo venerable de su presencia, acompañada de una facundia humana y apacible, que le obligó á salirse de Italia. Gran fuerza superior y divina de la potestad suprema del padre de la Iglesia sobre los príncipes, pues sólo el respeto desarmado domó el corazón indómito de aquel rey; en que se conoce que la dignidad pontificia no há menester valerse de las dos espadas que la acompañan para reducir los príncipes á la razón; aunque en este caso confesó después Atila que no pudo resistirse á las amonestaciones del pontífice porque veía que otro viejo (que piadosamente se cree era san Pedro) con las mismas vestiduras sagradas le asistía al lado, y le amenazaba con el brazo levantado y desnuda la espada. Á esta exhortación del pontífice se añadió una oferta que le hizo Valentiniano de pagarle cada año un tributo; en que se consultó más con la necesidad que con el decoro de la majestad imperial. Pero en los casos extremos conviene darle filos de oro á la espada, con que se suelen vencer más guerras que con los de acero. Retiróse Atila á Escitia, deshecho su ejército con la hambre y con la peste; pero esto no fué señal de haberse aplacado las iras de la divina Justicia contra el mundo, sino antes de continuarse, pues renovaba los ramales al azote, habiendo luego Atila hecho diversas levas de aquellas naciones bárbaras, que en aquel tiempo parece las producía la tierra.

Formado pues un ejército formidable, bajó tercera vez á infestar las Galias, y aunque con él amenazaba con gran astucia al imperio, su ánimo era de castigar los alanos, conservando aún en su memoria el haber asistido su rey Sanguibano á los romanos y godos en la batalla Cataláunica, faltando á las inteligencias secretas que tenía con él. Reconoció Turismundo que era común la causa, por ser aquella nación conquista suya, y porque, vencidos los alanos, caería después sobre los godos, y una á una triunfaría de las naciones; y que

era mejor consejo juntar los consejos y las fuerzas con los romanos contra aquel enemigo universal. Con este intento llamó al conde Aecio; pero, porque el emperador Valentiniano se había confederado con Atila, no le pareció conveniente al conde faltar á la fe pública y llamar otra vez los bárbaros á Italia. Este es el peligro de las ligas, porque á los que unió la necesidad divide después la conveniencia. Quedó solo Turismundo, y fiado en el valor de los godos y españoles de que constaba su ejército, se unió con Sanguibano y presentó la batalla á Atila. Á éste daba cuidado la memoria de la rota pasada no muy lejos de allí. Á Turismundo animaba aquella misma victoria. Los hunos peleaban por la conservación de sus vidas y por la codicia de los despojos. Los godos, españoles y alanos, por la conservación de su libertad. La batalla fué sangrienta, el suceso por muchas horas suspenso, hasta que, declarada la victoria y puestos en huída los hunos, se retiró Atila á Escitia con las reliquias que pudo recoger; y ofendido Turismundo de que los romanos no le hubiesen asistido en lance tan peligroso, faltando á la fe pública de la confederación hecha con ellos, y á la amistad y buena correspondencia en la guerra pasada, les publicó la guerra y movió su ejército victorioso contra la ciudad de Arles, creyendo llevársela por asalto; pero, no habiéndole sucedido, le puso cerco. Acudió Aecio al socorro, y saliéndole á recibir Turismundo, sin desamparar sus trincheras, le venció, y prosiguió el cerco. Pero lo que no pudo Aecio con la fuerza, lo alcanzó Ferreo-lo, prefecto de las Galias, muy estimado de los godos por sus buenas partes, con la astucia, acompañada de mucha urbanidad y blandura, á que, más que á las armas, se rinden los príncipes; y obligó á Turismundo á levantar los reales y dejar libre aquella ciudad.

Este mal suceso, y el consejo dado á Turismundo de no acometer á Atila después de la batalla de los campos Cataláunicos, juzgado por el suceso, como es ordinario, dañoso al imperio, dieron ocasión á los émulos del conde Aecio para poner secretas minas con que volar la fábrica gloriosa de su fortuna, siendo su valor y prudencia las columnas que sustentaban el imperio, como después de derribadas mostró la experiencia. Sólo este bien nace de la envidia, descubriéndose los méritos del perseguido luego que ha hecho sus efectos en él. De las calumnias esparcidas ya contra Aecio se valió

Máximo, patricio romano, y no por odio que le tuviese, sino porque, revolviendo en su ánimo el modo de vengarse del emperador Valentiniano quitándole la vida y el imperio, por haber violado tiránicamente su lecho conyugal, le pareció que para tan gran hecho era menester empezar por la muerte de Aecio, que tenía en sus manos las armas del imperio, y con este intento procuró por medio de los eunucos encender más las disidencias de Aecio en el ánimo de Valentiniano; y como los príncipes creen fácilmente lo que puede derribarlos de su grandeza, y juzgan por más seguro librarse de las sospechas, le mandó luego matar ó lo ejecutó él mismo, perdiendo el mayor general que había tenido el imperio. Extraño género de venganza, tomar por instrumento la muerte de un inocente, y gran infelicidad de los príncipes que esté casi siempre sujeta la ejecución de sus iras á las relaciones de la envidia y de la pasión, y que por ellos pierdan ó no adelanten á los ministros buenos, prevaleciendo la malicia y persecución de los malos.

No menos que la crueldad de Atila, trabajaba á la cristianidad la herejía de Prisciliano, desarraigada diversas veces y otras tantas vuelta á renacer, principalmente en Galicia; y como para reprimir la soberbia de Atila crió Dios á los reyes Teodoro y Turismundo, así también para extirpar la secta de Prisciliano puso Dios en la silla episcopal de Astorga á santo Toribio, ilustre por sus grandes virtudes y letras, al cual ordenó por una carta san León papa que convocase concilios en las provincias de Galicia, Cartajena y Tarragona, para que en ellos se cortasen las raíces de aquella herejía. Tan florida estaba entonces en España la religión católica. Los padres se juntaron, y fué condenada aquella secta, y escrita una fórmula de la verdadera fe, en la cual se añadieron al símbolo de la fe las palabras *à Patre Filioque procedit*, insinuadas en la misma carta de san León papa; con que quedó refutada la falsa doctrina de Prisciliano. Estas mismas palabras fueron después repetidas en los concilios de Toledo cuarto, octavo, undécimo, duodécimo y décimotercio, celebrados en tiempo de los reyes godos con mucha gloria de ellos y gran beneficio de la religión católica; castigando Dios con el cisma y mudanzas de imperio á las naciones orientales, que no quisieron añadir estas palabras al símbolo, como lo ponderó Baronio, el cual también hace un elogio de los reyes godos por la esti-

mación que hacían de la Sede Apostólica, pues aunque separados de la Iglesia por la secta arriana, permitían en sus provincias la convocación de los concilios; cuyo respeto pagó Dios con la monarquía presente, á quien nunca pierde de vista el sol; y no merece menos ponderación el celo y religión de los españoles, pues ni la lisonja á sus reyes ni el temor á su autoridad les pudo obligar á mudar de culto, conformándose con su opinión; antes, como se ha dicho, con piadosa constancia se unían en estos concilios para conservar pura la religión católica y reformar las costumbres, teniendo separadas iglesias, señaladas (como hoy se ve en muchas y también en los sepulcros), para diferenciarlas de las arrianas, con el estandarte del emperador Constantino, llamado lábaro, en quien estaba la cruz que se le apareció en la batalla contra Majencio con el mote: *In hoc signo vinces*; puesta encima la X y la P, cifra del nombre de Cristo, y á los lados la Alfa y Omega, símbolo de Dios, principio y fin de las cosas.

Asentó Turismundo la paz con los romanos, y triunfante y glorioso volvió á Tolosa su corte, donde las victorias que habían de afirmar su imperio fueron su ruina, porque sus aclamaciones le hicieron altivo, los trofeos de tantas naciones domadas, cruel; y deslumbrado con los esplendores de su fortuna próspera, despreciaba á sus mismos hermanos Teodorico y Federico, si ya no fué que con industria se fingía áspero é intratable para tenerlos bajos, habiendo una vez entrado en celos su fe. Ellos también no podían sufrir las glorias de Turismundo, y que sólo el orden de nacer le diese el reino y el dominio sobre ellos. No se juzgaban menos dignos que él, ni podían sus ánimos generosos contenerse en la vida privada. El pueblo también, que antes admiraba las empresas de Turismundo, perdió luego la estimación concebida, porque en la sangre derramada de sus enemigos antes se endureció que se ablandó su corazón; y se hacía temer, sin considerar que no vive seguro quien es temido de muchos. Puede ser que el odio naciese porque empezó á maquinarse contra la paz hecha con los romanos y contra la quietud de los godos. Estaba ya aquella nación hecha á los bienes de la paz y aborrecía los peligros y calamidades de la guerra, sin poder sufrir por rey á quien estimaba más mandar con el bastón que con el cetro. Los hermanos se valieron de este aborrecimiento popular, y fomentando, con ambición de la corona, los

ánimos sediciosos de los vasallos, se conjuraron todos contra él, y estando indispuerto y sangrado, le quitaron las armas, temerosos de su valor. Reconoció la traición, y con los instrumentos que le suministró la defensa natural y el furor de la ira, mató á algunos, y últimamente cayó muerto á manos de Ascalerno, su valido, después de tres años de su reinado: príncipe no-menos glorioso por sus esperanzas que por sus victorias, aunque habían sido tan grandes.

CAPÍTULO VII

TEODORICO II, SEXTO REY DE LOS GODOS EN ESPAÑA

El derecho en la primera edad al dominio de las familias propias, concedido á los padres, extendió la ambición humana á las ajenas; y armada la tiranía, constituyó cetros y coronas en las provincias adquiridas con la fuerza, donde poco á poco la lisonja al poderoso, ó la necesidad de su amparo contra otros tiranos, redujo el consentimiento de los pueblos á la obediencia y dominio de uno, y el tiempo le hizo legítimo. Este fué el principio de la diversidad de reinos en España, expelidos los príncipes naturales, y los extranjeros introducidos; y así, no habiendo sido mejor en aquellos reinos el título de los romanos que el de los godos, pudiera haber excusado Teodorico, electo rey de ellos, la licencia que pidió al emperador Valentiniano para las conquistas de España; pero, como político, que atendía más al aumento de su corona que á su decoro, procuró con aquel consentimiento, añadido al título de las donaciones del emperador Honorio, reducir más fácilmente los ánimos de los españoles á su obediencia, y asistido de ellos, acabar de echar de España las naciones bárbaras; sabiendo bien que, aunque todo se rinde á la fuerza, penetran más las armas que se valen de algún pretexto aparente á los ojos de la multitud. Consideraría también que le convenía tener declarado en su favor al imperio para oponerse á Genserico, rey de los vándalos en África, si acaso las armas que tenía levantadas contra Italia las volviere contra España, y también para reprimir los pensamien-

tos ambiciosos de Reccario, rey de los suevos en Galicia; el cual, aunque cuñado suyo, le daba grandes celos por su poder y por su natural ambición de ensanchar los confines de su reino. Estas sospechas no eran vanas, porque á Reccario tenía soberbio el casamiento hecho con hija del rey Teodoro. La muerte violenta de Turismundo disponía medios á su apetito de dominar, porque estaba dividido en facciones el imperio de los godos, habiendo muchos que acusaban la traición pasada y se dolían de que con ella les hubiesen privado de un príncipe tan glorioso, con cuyo valor se podía domar el mundo. Los españoles, que desde lejos oían los ecos de sus victorias, y no experimentaban sus asperezas, sentían más su muerte y aborrecían al agresor. Juzgaba también Reccario que en aquel gobierno nuevo de Teodorico, expuesto á la ambición de los hermanos, quedaba ya roto el respeto á la sangre, y que podría apoderarse de las provincias de España; con lo cual, émulo de las empresas y glorias de su padre Rechila, aspiraba al dominio universal de ella, echando á los romanos y después á los godos, anteponiendo contra estos la causa de la religión católica á las del parentesco y amistad. Animaba sus designios la facilidad con que había talado la provincia de Gascuña y las de Tarragona y Cartagena, asistido de los godos, cuando años antes había pasado á Tolosa á visitar á su suegro Teodoro. Así una tiranía da atrevimiento para acometer otras.

Estos pensamientos ambiciosos, reconocidos de Teodorico, le pusieron en gran cuidado, y no menos las mudanzas del imperio; porque Valentiniano, con quien estaba confederado, había sido muerto á traición por orden de Máximo. Pero en esta confusión se le abrió un medio con que se alentó mucho, y fué que Máximo, saludado ya emperador, le había enviado, por asegurar su cetro con la amistad de los godos, una embajada con el cónsul Avito, general de las armas del imperio, con comisión de renovar las confederaciones que tenía antes con el emperador Valentiniano; y siendo entre tanto muerto también Máximo, persuadió al cónsul Avito que se levantase con el imperio, pues tenía en su mano las armas, ofreciéndole que le mantendría en él con las suyas: tan grande era el poder de los godos, que podían hacer emperadores, y tanta la estimación del título de rey, conservado entre ellos por tantos siglos, que, aunque pudieron diversas veces (como

se ha dicho) tomar el de emperador, le despreciaron, contentos con la autoridad y grandeza de poderle dar á otros.

Aceptó Avito el imperio, y acompañado de las armas auxiliares de Teodorico, pasó á Roma, donde se hizo saludar emperador del Senado. Hay quien dice que se concertó entre los dos que, en recompensa de estas asistencias, quedase por los godos todo lo que quitasen á los suevos, los cuales se iban apoderando de las tierras de los romanos y aspiraban al imperio de toda España; con lo cual hace ambición lo que en Teodorico fué defensa natural contra el apetito de dominar que ardía en Recciaro, como se conoce del mismo hecho, pues cuando pudo no se levantó con el reino de Galicia; antes (como diremos) dejó libre á los suevos la elección de rey; y así, nos parece más ajustado á la verdad lo que se colige de los autores más graves de aquellos tiempos, que el emperador Avito le pidió que defendiese las tierras de los romanos de las invasiones de Recciaro; y que, considerando que no le convenía tener embarazadas en España las fuerzas de Teodorico, que habían de ser la firmeza de su imperio, le pidió que procurase con medios apacibles, como amigo y pariente, obligar á Recciaro á contenerse en los límites de su reino; pero, en caso que fuese contumaz, y necesario obligarle á la razón con las armas, ofreció Avito á Teodorico todo lo que le quitase, en recompensa de los socorros dados al imperio. Este nuevo título, con los referidos, hicieron legítima y justa la posesión de la corona de España. Aceptó luego Teodorico la interposición con Recciaro, porque á ello le inclinaba su ánimo moderado y su misma conveniencia, juzgando por prudencia alcanzar con el ruego lo que era peligroso con la fuerza, ó si se venía á ella, justificar la conquista.

La embajada que envió á Recciaro su cuñado fué en esta sustancia: representóle los bienes de la paz, con quien se conservan y florecen los reinos; el peligro de las conquistas, habiendo sucedido muchas veces perder la corona propia quien quiso usurpar la ajena; que le moviese el ejemplo de su padre, pues habiendo con su espada y con la sangre de sus vasallos conquistado muchas provincias de los romanos, las restituyó casi todas por librarse de los peligros de la guerra y gozar del beneficio de la paz; que los sucesos de las armas dependían más de ligeros accidentes que del valor ó poder; que se dolía de verle inclinado á empresas en que la razón de

estado y la fe pública de sus confederaciones con el imperio le impedirían el ponerse á su lado; que el lance era tal, que no le podía servir de excusa la disimulación ni el no haber tenido parte en sus consejos, porque nadie creería que sin habérselos participado, como cuñado y amigo, los ejecutaba; y concluyó pidiéndole que gozase en paz y quietud de las provincias que Dios le había dado, tan poderosas y llenas de todos los bienes; y que si le obligaba al rompimiento, despreciando sus fraternas amonestaciones, quedaría á los ojos del mundo excusada su oposición.

Pudiera esta embajada reducir á la razón el ánimo de Recario, si no le tuviera perturbado el apetito de reinar, que crece con la contradicción. Pero obró en él diversos efectos esta embajada, interpretando á flaqueza las amonestaciones de su cuñado; y creyendo que eran con designio de entretenerle mientras volvían las tropas de gente que había enviado acompañando á Avito en el pasaje á Roma, y soberbio con la facilidad de las victorias pasadas, concibió mayores esperanzas de sus empresas, y respondió á Teodorico que presto se vería con él en Tolosa, donde el valor de la una y otra nación decidiría la causa.

Esta respuesta, llena de amenazas, irritó mucho á Teodorico; y previniendo un grueso ejército, y asentadas paces con los príncipes confinantes, pasó los Pirineos, trayendo consigo á los reyes de Borgoña Gnodiacó é Hisperico, sin que las trazas de hacer emperador á Avito le sirviesen; porque á poco tiempo le echó de Roma el Senado, y después Recimer, maestro de la milicia y nieto (como se ha dicho) del rey Valia, le prendió y obligó á renunciar el imperio; y como los hechos á reinar no pueden acomodarse á la vida privada, tomó en lugar del cetro el báculo pastoral de la iglesia de Placencia, en Italia.

No con menor prevención salió en campaña Reccario; y marchando el uno contra el otro, se presentaron la batalla cerca del río Orbigo, que corre entre Iberia y Astorga. Animó Teodorico sus soldados, representándoles las victorias alcanzadas en las Galias contra Atila, que traía consigo las naciones más feroces del mundo; que los suevos y gallegos estaban enseñados á correrías, pero no á vencer; que de aquella batalla pendía el vivir con gloria ó morir con infamia.

Reccario ponía en consideración á los suyos que, alcanza-

da la victoria, serían señores de España y de las Galias, y si la perdían, esclavos de los godos; que aquel reino por su valor había merecido el nombre de invencible; que no borrasen en un día la fama de tantas glorias, y que, como católicos, podían prometerse que Dios les daría la victoria contra aquellos arrianos; y dando señal de acometer, cerraron de una parte y otra los escuadrones con gran valor y constancia, y aunque por largo espacio se mantuvo Marte dudoso, se apellidó la victoria por los godos. Procuró Recciarío detener á los suyos con el ejemplo de su valor, ya que no había podido con las razones; pero hallándose solo y mal herido, se retiró con pocas fuerzas; y desesperado de poder defender su reino, quiso pasar á África á valerse de Genserico, rey de los vándalos; pero levantándose una tempestad, le volvió á Porto, ciudad de Portugal: aun los elementos se ponen de parte del vencedor. Allí fué preso y presentado á Teodorico, el cual le mandó matar, aunque hay quien diga que le perdonó, lo cual fuera acción digna de tan gran rey y más conforme á las obligaciones del parentesco; pero los odios entre los más conjuntos en sangre con dificultad se reconcilian, principalmente entre los cuñados; porque, como las líneas de afinidad son paralelas y no nacen de un mismo centro, como las de consanguinidad, están sujetas á la emulación y envidia; fuera de que debió de considerar que el perdón al enemigo es dejar vivo el peligro, y que del corazón altivo de Recciarío no podía fiar que cuando se viese libre corregiría sus espíritus inquietos y ambiciosos.

Con los demás suevos y gallegos usó de mucha benignidad, para granjear los ánimos de aquel reino, aunque no pudo librar del saco á Braga, corte de Recciarío, donde se hallaron grandes riquezas; con lo cual toda Galicia se rindió al vencedor, viéndose sin rey. En ella puso Teodorico por gobernador á Acliulfo, de la familia de los Varnos, sin tener sangre de los godos; en que debiera reparar, siendo peligroso fiar de extranjeros cargos tan supremos. Desde allí bajó el rey sobre Mérida con intento de saquearla; pero santa Eulalia, patrona de aquella ciudad, infundió en su imaginación tales temores y sombras internas, que le obligaron á levantar el sitio, habiéndole también llegado nuevas de haberse rebelado Acliulfo en Galicia; para cuyo remedio, y para proseguir sus empresas, dividió su ejército en tres partes. La una en-

tregó á Nepociano y Nerico, para que con la celeridad posible, tan importante en las rebeliones, se opusiesen á la tiranía de Acliulfo, con quien llegaron á batalla cerca de Lugo, y le quitaron la vida y la corona, dejando escrito en su sangre un escarmiento á los que son ingratos á los favores de los príncipes. La otra parte del ejército se entregó á Ceurila, el cual marchó la vuelta de la Bética con tanta presteza, que, no teniendo tiempo aquellos pueblos para la oposición, le enviaron á recibir con embajadores, excusándose de no haber consentido en los designios de Recciaro ni faltado á la fe de los romanos, y ofreciéndose á la obediencia de los godos. Recibiólos en ella Teodorico, no estando obligado á conservar por el imperio aquella provincia, por haberse acabado con él las alianzas después que le renunció el emperador Avito.

Este curso de victorias atemorizó tanto á los suevos y gallegos, que, sin atreverse á nombrar rey, se resolvieron á ganar con la humildad y rendimiento lo que no podían con las armas, y enviaron una embajada á Teodorico con los sacerdotes más ancianos y venerables; los cuales con las vestiduras y ornamentos que usaban en los divinos sacrificios se ofrecieron en su presencia, y postrados á sus pies, con lágrimas y sollozos le pidieron perdón de parte de todo el reino. Tal demostración, acompañada con la reverencia y respeto que se debe á lo sagrado, hizo tan gran efecto en la piedad del Rey, que no solamente les concedió el perdón, sino también que pudiesen elegir rey; en que más se descubrió su piedad y grandeza de ánimo que su razón de estado, pues pudo hacerlos feudatarios sin darles rey, cuyo título es siempre peligroso á los confinantes; pero, como ninguna política mayor que obligar á Dios y esperar de su divina providencia, y no de las artes humanas, el premio, le experimentó luego en su persona y en las de sus sucesores; porque, extendida por el mundo la fama de esta acción, y de no haber pretendido el imperio, le estimaban todas las naciones y príncipes, procurando su amistad y confederación, llamándole el Conservador; y desde entonces fué creciendo el imperio de los godos en España, incorporándose en él (como diremos) el de los suevos, siendo Teodorico el primero que puso su silla real en España.

Volviéron á Galicia los sacerdotes muy alegres y satisfechos

con esta gracia. Tratóse luego de elegir rey; los votos no se concordaron, siendo este el peligro mayor de las elecciones. Unos eligieron á Franta, otros á Masdra; con que estuvo dividido el reino dos años, hasta que, muerto violentamente por los suyos Masdra, y sucediéndole su hijo Remismundo, hizo paces con Franta, gozando cada uno de la parte que favorecía su partido con tanta concordia, que, juntando ambos las armas, entraron por Lusitania (que entonces pertenecía á los romanos) y la talaron y destruyeron.

De la ocasión de estas guerras en España entre godos y suevos se valió Childerico, rey de los francos, sucesor de Meroveo, para fijar el pie en las Galias; porque, si bien habían los francos intentado esta empresa diversas veces, y principalmente en tiempo de los emperadores Aureliano, Valentiniano y Mayoriano, y también cuando (como se ha dicho) entraron mezclados con los hunos debajo del bastón de Atila, siempre habían salido vencidos, hasta que, gozando de la ocasión que les daba la ausencia de Teodorico, ocupado en las guerras de España, y también el haber pasado el ejército de los romanos á Italia, acompañando á Avito para asegurarle el imperio, fundaron, no con más derecho que la fuerza, su reino en París, aunque de cortos límites, porque las demás provincias las poseían los godos y romanos, y también otros príncipes, en cuyos dominios duraron después mucho tiempo; de donde constá claramente que más de cuarenta y tres años antes que hubiese reyes en Francia, tenían los de España monarquías formidables al imperio romano y á las demás naciones; aquellos gentiles, y éstos cristianos.

Pudiera reparar mucho Teodorico en la invasión de los francos en las Galias por el derecho y posesión que tenía en ellas y por la vecindad de aquella gente feroz é inquieta; pero suelen los príncipes despreciar los peligros cuando nacen, aunque entonces convendría cortarles las raíces; pues si las aves se uniesen para consumir la semilla del lino al sembrarla, no habría tanta materia con que armarles redes. Con este descuido volvió Teodorico á la Galia Gótica, y las armas que debiera volver contra los francos las volvió contra los romanos, entrando por tierra de ellos tan á sangre y fuego, que ni perdonaba á los edificios profanos ni á los sagrados. De tal rigor se puede inferir que no era conquista, sino venganza contra los romanos porque había el emperador Marciano

obligado á Avito á renunciar el imperio, si ya no fué porque le daban celos los aparatos marítimos que prevenía Mayoriano en las costas de España con pretexto de pasar á echar de Africa á los vándalos, y juzgó por conveniente hacerle aquella diversión y llamarle á las Galias. Puso Teodorico sitio á León, y le dió tan fuertes asaltos, que la rindió; y entrando en ella, afeó con la llama su hermosura.

Poco gozó de estas empresas, porque el emperador Mayoriano habiendo ido á España á embarcarse en Cartagena y pasar con la armada naval á Africa, ganaron los vándalos á los patrones de algunas naves y las robaron; con que se halló el Emperador obligado á volver á Italia, de donde pasó á las Galias, y restituyó al imperio lo que le habían usurpado los godos, si bien después, habiendo sido muerto por engaño y orden de Recimer y de Vivio Severo, y quedado éste por su sucesor fué tan grande la perturbación del imperio, que dió ocasión á Teodorico para recobrar á Narbona, que la tenían usurpada los romanos. Era ciudadano de ella el conde Agripino, émulo del conde Egidio por la excelencia de su valor y virtud; siendo en las repúblicas muy peligroso el exceso de los méritos, porque aman la igualdad, y son tan celosas de su libertad, que aun el dominio que dan las calidades del ánimo sobre los demás aborrecen. De esta ocasión se valió Teodorico, ofreciendo á Agripina sus armas contra Egidio si le entregaba la ciudad; y como el odio y la venganza suele ser más poderosa en el corazón humano que el amor á la patria, le abrió luego las puertas de ella.

Mientras pasaban estas cosas en las Galias, murió Franta, uno de los dos reyes de Galicia, y los de su partido eligieron por rey á Frumario. No podía un reino sufrir dos cetros, y cada uno procuraba quitársele al otro con las armas. Frumario destruyó á Iria Flavia, y Remismundo á Lugo y Orense, y taló las costas marítimas de aquella provincia. Falleció Frumario, y luego se redujeron los suevos al imperio de Remismundo; el cual, viéndose sin competidor, juntó las fuerzas del reino y entró con ellas por Lusitania, donde el temor concebido de su valor, y el arte con que se valía de él, le pusieron en las manos á Coímbra; y como en la guerra no son menos lícitas que la fuerza las estratagemas y engaños cuando no caen sobre la fe pública, dispuso de tal suerte el ánimo de Lucidio, gobernador de Lisboa, que le introdujo en ella.

En la felicidad de estas empresas se le ofrecía á Remismundo el caso funesto de Reccario, muerto y despojado del reino por los godos. Temía el poder y valor del rey Teodorico, y que, celoso de sus progresos, no volviese á España y le hiciese la guerra, y como prudente y astuto, previno el caso y envió sus embajadores á Teodorico, ofreciéndole la paz y que siempre se mantendría en su devoción y fe, y para mostrar cuánto estimaba su amistad y su sangre, le pidió por mujer á su hija. El godo, que ya tenía por enemigos á los romanos, habiéndolos ofendido con sus armas, juzgó por convenientes estos vínculos de sangre para mayor seguridad de los estados que poseía en España, y luego concluyó con él las capitulaciones de paz y una liga, enviándole grandes presentes y á su hija con Solano, hombre de mucha nobleza, el cual llevó en su compañía á Aiace, francés de nación, que por lisonjear al rey Teodorico se había hecho arriano: su intento era que, introduciéndole la Reina en la gracia de su marido Remismundo, le persuadiese á dejar la religión católica y hacerse arriano; con que la amistad entre él y Teodorico sería más firme y más durable, no pudiendo mantenerse mucho tiempo la que no concuerda en las opiniones del culto. Los halagos de la esposa y las artes del francés pervirtieron el ánimo de Remismundo; con que en el reino de Galicia se infundió el veneno de aquella herejía, que duró hasta que sucedió en la corona de Galicia el rey Teodomiro, el cual recibió la religión católica, continuada en sus sucesores los reyes Miro, Eborico y Andeca, hasta que aquel imperio se confundió con el de los godos, como se dirá en su lugar.

Por este designio impío de Teodorico permitió Dios que antes de lograr sus artes muriese violentamente á manos de su mismo hermano Eurico. Su reinado duró trece años, su memoria viviera gloriosa al par de los siglos, si no la hubiera manchado con la sangre de su hermano Turismundo; porque fué príncipe de grandes virtudes y calidades. Su compostura y grave semblante sustentaban la majestad, moderando la severidad con el agrado; su templanza en la comida, su moderación en las delicias y el ejercicio de las armas le hicieron robusto y varonil. Consultaba despacio y ejecutaba de prisa. Oía con agrado á los embajadores y les daba breves respuestas, reservando la resolución hasta después de la conferencia y consulta de sus consejeros. En la mesa se entretenía con

las gracias sencillas de los truhanes que no ofendiesen la reputación ajena. Divertía el ánimo de los cuidados domésticos con honestos juegos, sin peligro de su gravedad. Daba audiencia con gran paciencia y apacibilidad: virtud que más que todas hace amables á los príncipes. Estas y otras muchas calidades refiere Sidonio Apolinar de este gran rey, retratando su rostro y movimientos con el pincel de la pluma tan sutilmente, que en el papel se representaba viva á los ojos su persona y su ánimo.

CAPÍTULO VIII

EURICO, SÉPTIMO REY GODO EN ESPAÑA

Es la ley el principal instrumento de la dominación. Es un vínculo de la compañía civil, y la mejor invención que pudo hallar la política para administrar justicia con menos sospecha y odio de los agresores contra los jueces y contra la majestad; porque, establecidos los decretos de la ley antes de los casos, queda después hecha una convención ó un contrato entre el delito y la pena, entre el despojo y la restitución. Pero, como aplicados juntos muchos remedios no son medicina, sino enfermedad; así la ley, siendo la salud de la república, es su mayor daño cuando se multiplica, porque no menos vive trabajada con las muchas leyes que con los muchos vicios; de donde resulta el ser felices aquellas repúblicas que más con la razón natural que con la escrita se gobiernan; como hicieron los godos en sus principios, hasta que Eurico, electo rey de ellos, fué el primer legislador, que en Arles, con acuerdo de los grandes juntos allí en cortes, les dió leyes escritas.

No sé si fué merced ó castigo, si bien parece más conforme á la luz natural obedecer á la ley que al arbitrio de los jueces. Consideró Eurico que los reinos adquiridos con la espada se mantienen con las leyes, y que su nación no era incapaz del gobierno político, como había creído Ataúlfo; no habiendo alguna tan feroz que no se reduzca á la razón y conveniencia común de la ley. Esta gloria de haber sido Eurico el primer

legislador de los godos la atribuyen algunos al rey Alarico, su hijo, y otros al rey Teodorico, su hermano; fundándose en una carta de Sidonio Apolinar, donde, quejándose de los excesos de Seronato, prefecto de las Galias, dice que pisaba las leyes teodosianas del imperio é introducía las de los godos; llamándolas teodoricianas. Pero ninguno de los autores antiguos lo escribe; y así, creemos que, ó es por error de la escritura ó porque algunas veces Sidonio da á Eurico el nombre de Teodorico, en que también pecaron otros; habiendo sido desgraciado en esto, porque apenas hay historiador que no le haya errado el nombre.

Este rey dió á conocer al mundo que se podía mantener con la virtud el reino adquirido con la maldad, como él le mantuvo con la justicia y con las buenas artes de la paz, sin olvidarse de las de la guerra, sabiendo, como príncipe prudente, que de ambas se compone un buen gobierno; y así, después de compuestas las cosas domésticas, le pareció cosa indigna de la grandeza de su ánimo dejar la corona como la había heredado, y resolvió de hacerse señor del occidente, quitando á los suevos la Lusitania y echando de España á los romanos; no pudiendo sufrir su corazón magnánimo que tan ilustre dominio estuviese dividido en tantos; porque Galicia y casi toda Lusitania obedecían á los suevos, la Bética y Cataluña á los godos, y la provincia de Cartagena, de Toledo y mucha parte de las demás á los romanos. El despojarlõs de todo le parecía facil; solamente le daban cuidado los bríos y el poder del rey de Galicia Remismundo, de quien no se podía asegurar, por haber dado muerte á su suegro el rey Teodorico. No menos le daba celos el rey de los vándalos en África Genserico, á quien la larga edad nunca pudo extinguir sus espíritus ambiciosos. Pero los accidentes de fortuna, que suelen reconciliar los ánimos de los príncipes y confederarlos para oponerse á los casos, ganaron su confianza y amistad; porque, habiendo sido vencido en una batalla naval cerca de Sicilia por Basílico, capitán del emperador León, procuraba trabajar el imperio de Oriente con los ostrogodos y el de Occidente con los visigodos, para que, divertidas en otras partes con ajeno peligro aquellas potencias, pudiese gozar pacíficamente del reino de África; y con este fin, para granjear la voluntad de Eurico, le envió ricos presentes, mucho más poderosos con los príncipes que con los particulares,

porque son una especie de tributos; y como quien conocía su natural ambicioso de dominar, le persuadió que se hiciese señor de España y de las Galias. Para esto daban ocasión á Eurico las mudanzas del imperio occidental, cuyo cetro era una llama que se apagaba presto en uno y se encendía en otro: tal era la violencia de aquellos tiempos, pues en pocos años imperaron Severo, sucesor de Mayoriano; Flavio Antemio, Anicio, Olibrio, Glicerio y Julio Nepote. Pero, por si acaso volvía á levantarse el imperio, juzgó por conveniente la confederación con el de Oriente, que en aquel tiempo gobernaba León, á quien respetaban todas las naciones por su valor y autoridad; y enviándole embajadores, le redujo á su amistad y asistencia á sus designios; hallando León conveniencias de estado en que divirtiese Eurico las fuerzas de los tiranos del imperio occidental, para mayor seguridad del suyo.

Asegurado pues Eurico con la confederación del emperador León y con las promesas del rey Genserico, movió sus armas contra la provincia de Lusitania, la cual redujo á su obediencia, sin que conste de las historias que Remismundo le hiciese oposición, ó ya fuese por no llamar la guerra á su reino de Galicia, escarmentando en su antecesor Reccario, ó ya porque no se juzgaría seguro de la facción de su reino que antes se había opuesto á su corona, y que convenía afirmarla con la paz. Allí dividió su ejército, enviando una parte de él contra Pamplona y Zaragoza, que se mantenían en la devoción de los romanos; con que los redujo á su obediencia. Con el resto marchó la vuelta de la provincia de Tarragona, donde puso cerco á aquella ciudad; y aunque se defendió mucho tiempo con gran valor, se rindió, y luego la mandó dismantelar para escarmiento de otras que vanamente quisiesen resistirse á su poder; juzgando que no menos importaba el rigor en la guerra que la benignidad, para que se hagan temer y amar las armas, como sucedió después; porque, entendido este castigo y divulgada la fama de su valor y victorias, se le rindieron las provincias de Cartagena y de Toledo; siendo gran disposición para vencer, el haber vencido.

Con estas empresas perdieron los romanos el dominio que por casi setecientos años habían conservado en España. Pero todo esto no acabó de llenar el corazón de Eurico, y trató de pasar á las Galias para añadir al derecho antiguo que en ellas

tenían los godos, el de las armas. Á ello le inducían también las instancias que Arvando le hacía para que viniese á reducir á su obediencia lo demás que poseían en las Galias los romanos. Era prefecto de ellas y las gobernaba con desprecio de los buenos consejos de sus amigos y de los cargos que le podían hacer sus émulos, gloriándose de sus mismas calamidades, las cuales le debieran haber hecho modesto. Vivía con gran pompa y gastos, de que al principio se agradó el pueblo, porque le parecía que daba reputación al oficio; pero después le aborreció, considerando que su esplendidez era á costa de los bienes públicos y particulares. De este desorden nació el empeñarse y el temor que no podría satisfacer á los acreedores cuando le quitasen el oficio, y para mantenerle calumniaba á los que juzgaba que le podrían suceder; y últimamente, viendo que no era posible poderse sustentar con sus artes, y que solamente la mudanza de señor en aquellas provincias aseguraría su fortuna, escribió al rey Eurico una carta, cuya sustancia era que no se fiase de la paz con el emperador León; porque, aunque poseía el imperio de Oriente, era árbitro del occidental y atendía á su conservación.

Que procurase desunir del imperio á los borgoñones, ofreciéndoles que dividiría con ellos las Galias.

Que en primer lugar domase los britanos que habitaban sobre las riberas del río Luer, porque eran peligrosos vecinos.

Estos consejos acabaron de persuadir al rey Eurico la invasión en las Galias, y mientras la disponía, penetraron los émulos de Arvando sus inteligencias con Eurico; no habiendo ingenio tan advertido que sepa cautelarse bien en el exceso de las maldades; y le acusaron de traidor. Lleváronle preso á Roma, donde en presencia de los jueces se mostró constante: indicio de un ánimo insolente en quien es reo; y haciendo reputación el delito, confesó antes de ser preguntado que había dictado la carta escrita á Eurico: efecto del juicio interno de la conciencia, en quien son testigos y verdugos los delitos. Convencido pues con su misma confesión, fué condenado á muerte y á echar su cuerpo en el Tíber. No podían tener otro fin sus locos dictámenes, los cuales conocía tan bien su amigo Sidonio, que, refiriendo su causa, dijo que no se maravillaba de que hubiese caído, sino de que no hubiese caído antes. Pero el emperador Antemio, más atento á

la gloria de clemente que de justiciero, moderó en destierro el rigor de la sentencia; y habiendo penetrado por el proceso los designios de Eurico, avisó de ellos al rey de los britanos Riotimio, representándole que convenía juntar contra ellos los consejos y las armas; y como era común la causa y el peligro, y Riotimio no tenía fuerzas bastantes para oponerse á las de los godos, que ya entraban por las Galias, formó un ejército de doce mil combatientes y marchó luego á juntarse con los romanos. Pero Eurico, sin turbarse de ver descubierta la conjuración de Arvando y confederados los britanos y romanos, prosiguió con gran constancia sus empresas, y como diestro en las artes de la guerra, apresuró las marchas, y antes que se juntasen con los romanos, los obligó á pelear y los venció; quedando tan deshecho el ejército, que le fué forzoso á Riotimio retirarse á los borgoñones. Tuvo Eurico por especie de hostilidad que le hubiesen acogido, aunque ni como confederados del imperio ni según el derecho de las gentes podían negarle la entrada; y revolviendo sobre ellos con sus armas, conquistó aquella provincia. Alcanzadas tantas victorias, entró Eurico con su ejército por tierras de los romanos con pretexto de diferencias de confines, pretendiendo que por donaciones y contratos de los emperadores pasados tocaban á los godos las Galias, y que se le debían restituir. Poseía entonces el imperio Julio Nepote, después de las muertes de Antemio y Olibrio y de la renunciación de Glicerio; y temeroso del poder de Eurico en tiempos tan revueltos, que cualquier accidente daba motivos á la tiranía, le pareció prudencia reducirle á su amistad, componiendo con él amigablemente las diferencias de confines. Con este intento mandó hacer sobre el caso una junta en el Genovesado, de los gobernadores, donde se resolvió que convenía que el Emperador enviase sobre ello una embajada al rey Eurico con el obispo de Pavía, Epifanio, prelado de conocida santidad y valor. Parecióle bien la consulta y la mandó ejecutar, acordándose de lo que podía con los reyes godos la presencia de los sacerdotes, como había sucedido á los de Galicia con el rey Teodorico. Llegó el obispo á Tolosa, donde residía Eurico, y le habló en esta sustancia, como escribe Ennodio, diácono, que después le sucedió en el mismo obispado.

«Aunque la fama de tu valor ¡oh príncipe terror del mundo!

te haga temido de las gentes, y las espadas de tus soldados, con que oprimés á los confinantes, sean hoces que lo talan todo, no por eso es grata á la deidad suprema tu cruel ambición de guerrear, y cuando se ofende al Señor de los cielos, no dilata el acero los términos de los reinos. Acuérdate que otro rey tiene dominio sobre ti, y que debes atender á lo que más le agrada, que es la paz. Por ella bajó humanado su Hijo á la tierra, y al volver al cielo la dejó reiteradamente encomendada á sus discípulos. En ella nos debemos desvelar todos, manteniendo sujetas á la razón las pasiones, principalmente conociendo que no se puede llamar varón fuerte el que se deja vencer de la ira, y que ninguno conserva mejor sus estados que quien no ambiciona los ajenos. Por tanto, el emperador Nepote Augusto, que por la divina gracia posee el imperio occidental, me envía á representaros que cada uno se mantenga dentro de los límites de sus estados; porque, si bien no rehusa la guerra, quiere ser el primero que procura la concordia. Bien conocidos son los antiguos términos, prescritos ya con el consentimiento tácito, y no es poco que ha permitido ó tolerado que recibas por amigo al que merece ser de todos apellidado señor.»

Esta embajada severa, que en sí contenía amenazas y superioridad, no alteró al rey Eurico; antes, al paso que el obispo la refería, se fué serenando su rostro severo. Tan poderosas son con los príncipes las amonestaciones desnudas de lisonjas de los prelados santos. Asistía detrás de su real trono (como era estilo de los emperadores, y aún hoy se observa) el intérprete León, cuya facundia era tan eficaz, que dijo de ella Sidonio Apolinar que cuando respondía por su rey atemorizaba las naciones ultramarinas y las obligaba á pedirle la paz, y que, como las armas en los pueblos, así enfrenaba con las leyes las armas. Á éste pues, volviéndose el rey, le ordenó la respuesta siguiente:

«Aunque casi siempre, venerable padre, me acompaña el peto y el espaldar, y por todas partes me defiende el acero, con todo eso he hallado un hombre que, aunque yo esté armado, me vence con sus razones. De donde vengo á conocer que se engañan mucho los que dicen que no tienen los romanos en sus lenguas el escudo y las saetas, porque saben bien con ellas repararse contra nuestras palabras, y penetrar con las suyas nuestros corazones. Yo, venerable Obispo, condes-

ciendo en lo que me pides, siendo más eficaz conmigo la persona del embajador que el poder de quien le envía. Vuelve pues en fe desto, prometiéndome primero de parte de Nepote que guardará religiosamente esta concordia; porque vuestra promesa la tengo yo por juramento.»

Con esta respuesta benigna se despidió satisfecho el obispo Epifanio, y aunque el rey le convidó á comer, se excusó urbanamente con que su poca salud no consentía guisados extranjeros. No le parecía decente á aquel santo prelado conversar más con un arriano de lo que era menester para cumplir con su embajada. Ejemplo que enseña bien la obligación de los prelados católicos en las negociaciones con los enemigos de la Iglesia. Según lo que refiere Baronio, cumplió Eurico lo que ofreció al Obispo. Pero Carlos Sigonio (cuya narración seguimos) dice que luego que partió de Tolosa rompió el tratado, entrando con sus armas por la primer Aquitania; en que ni la diversidad de religión ni la tiranía del emperador Nepote le pueden excusar, porque con todos se debe guardar inviolable la fe pública.

Por aquella provincia, mal defendida de los romanos, hizo Eurico grandes progresos. Domó los rutenos, hoy de Rodes; los cadurcos, hoy de Cahors; los lemovicos, hoy de Limoges, y los gavalitanos, y últimamente puso sitio á Arverna, hoy Claramonte, en cuya ciudad era gobernador el conde Ecdicio, hijo del emperador Avito, y obispo de ella Sidonio Apolinar. Aquél la defendía valerosamente con la espada y éste con la pluma y con sus sacrificios y oraciones. Los sitiados se mostraron muy constantes contra la hambre, el acero y la llama, oponiéndose á los continuos asaltos de los godos; y el conde divertía con salidas las baterías, y en una con solos veintidós caballos (según refiere Carlos Sigonio) mató algunos millares de godos; lo cual se atribuye á milagro, y es de creer que lo obraría Dios á favor de este príncipe por haber sido muy limosnero: virtud que premia Dios con las felicidades temporales y eternas.

Eran en aquellos tiempos de mucho honor las cabelleras encrespadas, y señal de castigo y afrenta la tonsura, de la cual por humildad y desprecio de las grandezas humanas usaron los religiosos y los eclesiásticos, en señal de la tiara sacerdotal; si ya unos y otros (como tengo por más cierto, y como usaran san Pedro y los apóstoles), no significaban en

ella la corona de Cristo. Afrentados pues los godos de haber recibido una rota tan grande, quitaron las cabezas á los cuerpos muertos que no pudieron enterrar aquella noche, para que por sus cabelleras no se pudiesen contar los que habían perdido, y con los estímulos de la ira y de la venganza apresuraron las baterías, y deshicieron tanto los muros de la ciudad, que apenas les quedaba reparo á los de dentro. La hambre los apretó tanto, que pacían las yerbas sin reparar en las venenosas; hasta que, faltando todos los medios de la defensa y de la vida, se rindió á partidos la ciudad, dejando salir libres los ciudadanos. Baronio dice que después de rendida la mandó abrasar Eurico; pero de lo que refiere Sabaro, presidente de ella, consta que el incendio fué antes, mientras duraba el sitio; porque en los de aquellos tiempos no menos se usaba que ahora el de abrasar desde afuera las plazas con fuegos artificiales, y Sidonio (que se halló dentro de la ciudad) lo da á entender. Gregorio Turonense dice que puso Eurico en aquella ciudad á Vitorio por gobernador, el cual reparó las ruinas hechas en la expugnación, y con gran piedad y magnificencia adornó con columnas la iglesia de San Julián é hizo edificar otras.

Esta empresa puso en tanto cuidado al emperador Nepote, que no se juzgaba seguro en Italia, y envió contra Eurico á Orestes, sin reparar en que era godo y que le enviaba á pelear con los de su nación. Tal es la perturbación de los peligros, que se suelen elegir los consejos más aventurados y dejar los seguros. Orestes, viéndose con las armas del imperio, fomentó las de los demás godos que había en Italia, ofreciéndoles tierras en ella; y fingiendo querer pasar con ellos á las Galias, revolvió sobre el Emperador y le obligó á salir huyendo de Italia y retirarse á Dalmacia; con que hizo elegir por emperador á su hijo Rómulo Mamillo, llamado por burla Augusto, en quien se acabó el imperio occidental que levantó Augusto. No sé qué fatalidad hay en los mismos nombres, que en ellos suelen empezar y acabarse las felicidades humanas.

Con esta mudanza animado más Eurico, prosiguió sus conquistas. Rindió á Marsella y á Arles y debeló los borgoñones. Estas victorias atribuía á la verdad de la secta que seguía, preciándose de ser más príncipe de ella que de sus vasallos. Con esta errada opinión tenía por mérito y por gloria el per-

seguir á los católicos; con que manchó la de sus trofeos y victorias.

Habiendo pues ensanchado tanto los límites de su imperio, se retiró á la ciudad de Arles, donde puso su silla real; y queriendo allí dar gracias á los suyos por el valor y constancia que habían mostrado en las empresas pasadas, animándolos á otras nuevas, se juntaron armados (como era costumbre de los godos); y se vieron cambiar aprisa con diversos colores los yerros de las lanzas, presagio de la mudanza de sus trünfos en los funerales de su muerte, de la cual hizo él mismo pronóstico cierto, diciendo á los suyos que moriría dentro de nueve días, como sucedió.

Es el alma sustancia celestial, y como tiene mucho de deidad, suele antever lo futuro, principalmente cuando está vecina á desatarse de las ligaduras humanas.

En los últimos lances de su vida pidió á los godos que eligiesen por rey á su hijo Alarico, á quien antes de morir había instruido en el temor á Dios, en el respeto á sus sacerdotes y en las artes de reinar, que es la mayor herencia que dejan los reyes á sus hijos, y en que más muestran su amor á los súbditos. Amonestóle que los amase; que fuese clemente, benigno y liberal con ellos; que les guardase justicia y que no intentase cosa grande y peligrosa sin el consejo de los grandes de su reino que conociese fieles á su corona. Falleció de su muerte natural, que no era poca felicidad en aquellos tiempos sangrientos; habiendo reinado diez y siete años. Fué príncipe muy liberal; á cuya virtud, no menos que á su valor, se puede atribuir el haber acabado felizmente tan grandes empresas, porque á los peligros de la guerra anima tanto la esperanza del premio como la ambición de la gloria. Á la espada de este valeroso rey deben España y Francia la libertad que hoy gozan, libres desde aquel tiempo del duro yugo del imperio romano.

CAPÍTULO IX

ALARICO, OCTAVO REY DE LOS GODOS EN ESPAÑA

Ninguna cosa más provechosa á los hombres que la historia cuando la verdad y buena intención gobiernan la pluma,

y ninguna más nociva cuando es dictada de la pasión ó lisonja, porque deja defraudada la gloria de las acciones heroicas y exaltado el vicio. De ella pende el honor ó la infamia de los príncipes. Por ella se gobierna la posteridad en los ejemplos que ha de imitar ó huir, y de ella saca máximas y documentos la política para el gobierno de los reinos, y si los fundamentos fueren falsos, falso será el edificio que se levantara sobre ellos; en que no basta tal vez la buena intención del que escribe; porque, no pudiendo ser testigo de todo, es fuerza que se valga de ajenas relaciones, y suele acontecer que el apetito de adquirir nombre y gloria de verdadero le incline á levantar las cosas extranjeras y abajar las domésticas: daño que se reconoce en España, donde algunos de nuestros escritores desautorizan las tradiciones antiguas, acreditadas con la memoria de padres á hijos, que es el mayor testimonio de la historia, y en las cosas dudosas que dan elección al arbitrio, sentencian contra la gloria de los reyes y de la nación, agudos en interpretar siniestramente sus acciones. En que pecó gravemente Juan de Mariana (gran varón en lo demás), porque afectó en su *Historia general de España* la libertad, virtud de que suele vestirse la malicia: habiendo perdido en Francia el amor á su patria. Esta emulación doméstica y aplauso de los extranjeros experimentó en su persona Alarico, habiendo sucedido en la corona. Hay diferentes opiniones sobre el tiempo de su elección. Pero habiéndose celebrado el concilio Agatense en el vigésimo segundo año de su reinado, que fué el de 506, consta claramente que empezó á reinar en el año 484. De este rey dice Mariana que reinó con engaño y crueldad, y Carlos Sigonio, que gobernó con gran justicia y alabanza. Juan Magno, de nación godo, que se precia de tener en sus venas sangre española, le acusa de no haber correspondido á su padre Eurico en la prudencia y otras virtudes, y que dió ocasión á la guerra con Clodoveo y á la pérdida de la Galia Gótica; y el presidente Fauchet confiesa que Clodoveo buscaba pretextos honestos para quitarle la Galia Gótica (como diremos); san Isidoro le acusa (no sería en el Santo pasión, sino mala información) de haber pasado su edad en ocio y banquetes, y Roricón exagera lo magnánimo de su corazón, y que los felices sucesos le hicieron siempre ilustre. Consta también que no vivía ocioso, pues para el buen gobierno de sus vasallos atendió en los últimos días de su reina-

do á reducir á compendio (como se dirá en su lugar) el código del emperador Teodosio; donde mostró tanta estimación y respeto á los obispos católicos, que por un rescripto le remitió á ellos, para que le examinasen y aprobasen; lo cual alaba el cardenal Baronio, ponderando que aun las leyes seculares sujetase al examen de los prelados. Alaba también el mismo cardenal su piedad en honorar á los prelados católicos, como hizo á san Remigio, de cuya santidad y milagros tenía tanta fe, que se valía de su intercesión con Dios, enviándole la hija de Benedicto para que la librase del demonio, que la poseía; y si bien desterró á Cesario, obispo de Arles, fué por haber sido acusado de que trataba de entregar aquella ciudad á los borgoñones: y conocida después su inocencia, le restituyó su iglesia, y mandó apedrear el acusador, aunque no se ejecutó por la intercesión del Santo. Esta piedad del rey Alarico fué tan conocida en el mundo, que, habiendo Trasamundo, rey de los vándalos en África, mandado desterrar de ella á todos los obispos católicos, envió el papa Simacho muchos de ellos á España, sabiendo (como sucedió) la buena acogida que hallarían en Alarico; el cual, aunque arriano, dió licencia para que se congregase el concilio Agatense, donde los padres rogaron á Dios por él, é hicieron sentidísimos decretos para la reformatión de la disciplina eclesiástica.

Todas estas virtudes y otras no bastaron á hacer glorioso su reinado, ó ya sea porque juega con la fama la fortuna, como con las demás cosas humanas, ó porque las acciones de los príncipes se juzgan por los fines: y habiendo perdido la vida y la Galia Gótica, perdió también la buena memoria de sí. Algunos escritores franceses le culpan de haber dado justa ocasión á Clodoveo para mover contra él las armas, por haber faltado á las confederaciones que su padre y abuelos habían tenido con él, y refieren el hecho con tales circunstancias, que por sí mismas se desacreditan. Dicen que, deseando Clodoveo conservar una buena correspondencia con Alarico, le envió por embajador á Paterno con comisión de ajustar las diferencias que había entre los dos, y de procurar que Alarico tocase la barba á Clodoveo, y quedase con esta ceremonia padre suyo adoptivo, según el estilo de aquellos tiempos; el cual después se redujo á que el que adoptaba á otro por hijo le cortase una parte de sus cabellos, como hizo

Luitprando con Pipino, hijo de Carlos Martel, y como de orden del emperador Justiniano entregaron sus hijos Justiniano y Heraclio al papa Benedicto sus guedejas, para que le tuviesen y reverenciasen como á padre.

En ejecución de esto refieren que habiéndose ajustado las vistas de ambos reyes con tal condición que viniesen á ellas sin armas, volvió Clodoveo, sospechoso de algún mal trato, á enviar á Paterno para que diestramente reconociese si venía armado Alarico, y que halló que traía un báculo, incluida dentro una espada, ó como otros escriben, que se remataba en una punta aguda de acero, como es ordinario, y que también traían las mismas armas los que le acompañaban; de donde infiriendo Clodoveo que Alarico venía con ánimo de matarle, crecieron entre ambos las disidencias y los odios, y para componerlos se resolvieron á enviar embajadores al rey de Italia Teodorico, cuñado del uno y suegro del otro (como diremos), haciéndole juez árbitro de aquellas diferencias; el cual, celoso de la grandeza de ellos, y deseando que se consumiesen con guerras entre sí, sentenció que, poniéndose el embajador de Clodoveo á caballo delante del palacio de Alarico con la lanza fija en tierra y levantada en alto, la debiese cubrir de dinero y que todo fuese para Clodoveo; de cuya sentencia, imposible de cumplir, quedó más ofendido Alarico; y habiendo vuelto á él Paterno con otra embajada, dispuso de tal suerte el aposento donde le hospedaba, que, cayendo en tierra, se quebró un brazo; de cuya afrenta contra el derecho de las gentes resultó la guerra entre ambos reyes. ¿Qué juicio tan vulgar y ligero dará crédito á tal narración, opuesta á las cartas que escribió á los dos el rey Teodorico para componerlos (como se verá después), y á la historia de san Gregorio Turonense, que floreció en aquellos tiempos y no refiere tales despropósitos? Yo creo, y no sin fundamento, que todas las embajadas de Paterno á Alarico fueron para reconocer sus fuerzas y riquezas, y que habiéndose las mostrado y hecho relación de ellas á Clodoveo, fueron las que más le provocaron á la guerra. Pero para que conste de este hecho, sin que pueda ser calumniada mi pluma, le escribiré con las de los historiadores de Francia de mayor autoridad y crédito.

Hallábase Alarico con el dominio absoluto de España, echados de ella los romanos y las naciones bárbaras, y tan

extendido su imperio por las Galias, que tenía por términos al mar Mediterráneo, al Océano y al Ródano; con que era tanta su grandeza, que Carlos Sigonio le llamó señor del mundo. Levantábase al mismo tiempo la monarquía de Francia, divididas hasta entonces aquellas provincias en diversos reyes. Su primer fundador fué Clodoveo, de cuya ambición de dominar y de las tiranías que usó escriben con demasiada libertad algunos historiadores franceses. Nosotros respetamos más su memoria, por haberla dejado ilustre con sus hazañas y religión, y porque, como docta y eruditamente prueba Juan Jacobo Chiffletio, son los reyes de España más próximos descendientes suyos que los de Francia. Pero no podemos dejar de repetir lo que en este mismo caso refiere Serres, autor francés, que daba cuidado á Clodoveo el poder y grandeza de Alarico, porque hacía sombra á la monarquía que procuraba levantar, y buscaba ocasiones para mover las armas contra él y apoderarse de la Galia Gótica. Para esta empresa no había razón alguna; pero, como ningún príncipe busca pretextos que no los halle, se valió de tres aparentes al vulgo, que no examina las causas. El primero, que Alarico faltaba á la fe publica de las confederaciones hechas entre ambos, porque admitía en su reino á los bandidos; el segundo, que tenía con él algunas diferencias sobre los confines, y el tercero, que Alarico era de contraria religión. De este se valió más que de los otros, por ser tan poderoso en los ánimos de los hombres, aunque no lo supo disimular su corazón ardiente cuando, dando cuenta á los suyos de este intento, les dijo así:

«No puedo ya sufrir que estos godos arrianos gocen de la mejor parte de las Galias: vamos con el favor de Dios, y echémoslos de aquellas tierras, que son muy buenas, reduciéndolas á nuestra obediencia;» y añadió (según refiere el presidente Fauchet): «Y cuando me falte el pretexto de la religión, es esta una conquista necesaria para la conservación de los estados de Francia, porque no estarán seguros mientras tuvieren los godos en las Galias tan grandes provincias arimadas á la potencia de España.»

Buenas máximas, justificar la guerra con la conveniencia y razón de estado, haciendo defensa natural despojar al vecino para asegurarse de él; con que no habría firme paz entre los confinantes. Quiera Dios que estas mismas máximas injustas y tiranas no se practiquen en nuestros tiempos.

Los tres pretextos referidos no eran bastantes á hacer justa la invasión de Clodoveo, como lo mostraremos examinándolos uno á uno.

El primero, de haber dado acogida á los bandidos, no era bastante, porque cuando no son rebeldes ni han maquinado contra la vida de su príncipe, es propio de la soberanía y grandeza de los demás príncipes permitir que sean acogidos en sus estados los afligidos que huyen las iras de su señor natural mientras pasa su rigor, para que después use con ellos de su clemencia; á que asiste el derecho de las gentes, siendo los príncipes muy parecidos á los elementos, que abraza el uno lo que el otro desecha. Algún refugio ha de tener ó la inocencia ó el temor del castigo; fuera de que consta de la buena correspondencia de Alarico con Clodoveo, pues habiéndose retirado á Tolosa, su corte, el rey Ciagrio, después de haber sido roto en una batalla y despojado de lo que poseía en Soissons, le entregó á los embajadores de Clodoveo, en que por complacer á Clodoveo faltó indignamente á su misma generosidad y á las obligaciones de rey, los cuales deben amparar y favorecer á los príncipes flacos, porque estos no tienen otro recurso ni tribuna sino el poder de los más poderosos.

El segundo pretexto, de las diferencias de confines, no era bastante, porque si en ellas deseaba Clodoveo conservar sus derechos, debiera primero remitirlos á jueces árbitros para que las compusiesen amigablemente, y no empezar el juicio por las armas.

El tercer pretexto, de la diversidad de religión, no justifica la guerra, porque no la debe mover un príncipe contra otro por sola la herejía, cuando con ella no perturba su religión y su reino, ó cuando el Papa no le ordena, como pastor universal, que le haga la guerra porque impide con la herejía la unidad de la Iglesia; y cuando estos pretextos tuvieran algún fundamento, los había ya borrado la reconciliación de ambos reyes en las vistas que tuvieron en una isla del río Luer, cerca de la ciudad de Tur.

Pero, como Clodoveo se movía solamente por ambición, no se detenía en examinar la justificación de sus armas cuando se le representaba la ocasión de despojar á alguno de los confinantes; y juzgando que con su ejército bien disciplinado y triunfante con diversas victorias no hallaría resistencia en

los godos, cuyos ánimos estaban rendidos á las delicias con el largo ocio de la paz, se valía de cualquier pretexto aparente para entrar con sus armas por la Galia Gótica, previniéndose á la guerra.

Reinaba en este tiempo en Italia Teodorico, rey de los ostrogodos, á quien el emperador Cenón, por librarse de aquella nación numerosa y sin asiento, y levantar en Italia una criatura suya, había dado la conquista de ella contra el tirano Odoacre, rey de los herulos, y con su valor y fuerzas le había quitado la vida y la corona, y para afirmarla más en sus sienes con el parentesco de príncipes poderosos, había casado con Audofleda, hermana de Clodoveo, y dado en matrimonio á sus hijas Teudetusa y Teudicoda á los reyes de España y de Borgoña Alarico y Gundibaldo; con que era árbitro del poniente; y sabidos estos disgustos entre su yerno y cuñado, reconoció que, haciéndose el uno de ellos más poderoso con la ruina del otro, perdería su arbitrio en el mundo. Dábanle celos las victorias del francés y su apetito de dominar, y hallaba conveniencia en que la potencia de los visigodos en España no se expusiese á los casos de la fortuna, porque siendo de una misma nación, y ambas casas reales de Amalos y Baltos unidas con estrechos vínculos de sangre, la grandeza de la una era seguridad y firmeza de la otra. Estas y otras consideraciones le obligaron á interponer su autoridad, enviando sus embajadores al uno y otro rey, y porque las cartas que les escribió se hallan entre las obras de Casiodoro, su canciller, las pondré aquí traducidas en castellano, aunque no como intérprete fiel de palabra en palabra, por dar á su sentido mayor fuerza. La que escribió al rey Alarico decía así:

«Aunque la innumerable sucesión de vuestros reales progenitores y la potencia de Atila, derribada por las fuerzas de los visigodos, pudiera dar confianza á vuestro valor, con todo eso os debe hacer recatado la consideración de que la ferocidad de los corazones de los pueblos se ablanda con la larga paz, y que no conviene ofrecer de repente á la suerte de los casos á los que há tanto tiempo que les falta el ejercicio de las armas. Terrible es el lance de una batalla cuando no es acostumbrado, y si el uso y experiencia no anima, no se entra en el combate con confianza. No quiera Dios que la ciega indignación os arrebate. La moderación prevenida conserva los estados. El furor casi siempre precipita los ca-

»sos, y solamente conviene el medio de las armas cuando el
»competidor no admite el de la justicia; y así, os pido que
»suspendáis la fuerza hasta que hayan llegado mis embajado-
»res al rey de Francia, para que vuestras diferencias sean
»amigablemente compuestas; porque no quisiéramos que las
»cosas llegasen á tal término entre dos tan conjuntos conmi-
»go en afinidad, que la grandeza del uno quedase disminuída.
»No hay entre vosotros ocasión de sangre vertida de vuestros
»padres que os encienda, ni os abraze la usurpación de algu-
»na provincia. Aun son de solas palabras los disgustos, y fá-
»cilmente los compondréis si no irritáis con las armas vuestros
»ánimos. Porque aunque se junten nuestras fuerzas y las de
»nuestros confederados contra vuestro cuñado para reducir-
»le, suele la justicia, que hace más fuertes á los reyes, indig-
»narse é irritar los ánimos cuando ve armados contra sí á los
»parientes; y así, después de haberos saludado honorífica-
»mente, nos ha parecido enviaros nuestros embajadores para
»que hagan con vosotros estos oficios, y pasen (si fuere me-
»nester), después de conocida vuestra intención, á nuestro
»hermano Gundibaldo, rey de Borgoña, y á otros reyes. Pro-
»curad pues gobernáros de suerte que no parezca que peli-
»gráis en la interposición de los que se alegran de las con-
»tiendas ajenas. Dios no permita que en vuestros daños
»prevalezcan estas artes engañosas é injustas. Yo juzgo por
»tan comunes y propios vuestros males, que con razón me
»experimentará su enemigo el que maquinare contra el otro.»

Á los mismos embajadores envió Teodorico al rey Clodoveo con esta carta:

«Dispuso la divina Providencia que entre los príncipes
»echasen tales raíces los derechos de afinidad, que de su con-
»cordia de ánimos naciese el deseado reposo de los pueblos,
»siendo tan sagrado este vínculo, que no permite desunión;
»porque, ¿á qué prendas se debe mayor confianza que á las
»del amor y afecto? Únense los príncipes con el parentesco
»para que las naciones divididas entre sí se precien de imi-
»tarlos en esta conformidad de voluntades y vengan á ser
»ellos como unos conductos por donde pase á los súbditos la
»concordia, reducidos á unión sus deseos y pretensiones. Su-
»puesto pues este fundamento, nos maravillamos de que,
»conmovidos vuestros ánimos con ligeras causas, queráis
»venir al duro trance de una batalla con nuestro hijo el rey

»Alarico; de donde resultaría que los que ahora os temen
»se holgasen de vuestras contiendas. Ambos sois reyes de
»grandes naciones y de edad florida, y no sin graves daños
»de vuestros reinos vendréis á rompimiento, y sería muy de
»sentir que la bizarría de vuestros corazones fuese impensa-
»damente dañosa á la patria. Advertid que caen en gran odio
»los reyes que con leves motivos causan la ruina de sus pue-
»blos. Diré libre, diré afectuosamente lo que juzgo. Impa-
»ciente es el sentimiento que á la primer intimación toma
»luego las armas. Lo que como padre de ambos pretendo, es
»que por jueces arbitrarios se compongan vuestras pretensio-
»nes, pues no ofenderá á la grandeza de tan grandes perso-
»najes que se dé lugar al arbitrio de los que vosotros mismos
»eligiéredes por medianeros. Estos oficios son tan propios míos,
»que haríais siniestro juicio de mí si hubiese dejado correr
»vuestros dictámenes. Dios no permita que lleguéis á batalla
»donde, vencido el uno de vosotros, quede despojado el otro.
»Deponed luego esas armas con que intentáis combatir con
»oprobio y descrédito mío; porque con la autoridad de padre
»que tanto os ama os protesto que á mí y á mis confederados
»experimentará enemigos el que (lo que no creemos) menos-
»preciare estas amonestaciones. Sobre lo cual nos ha pareci-
»do enviaros nuestros embajadores, con los cuales también
»hemos escrito á vuestro hermano é hijo mío el rey Alarico,
»para que no déis lugar á que la malicia ajena siembre entre
»vosotros disensiones; antes, conservando la paz que hasta
»aquí, compongáis de acuerdo por amigables medios vuestras
»diferencias; y remitiéndome á lo que os dirán de palabra, os
»vuelvo á representar que no debéis exponer á las calamida-
»des de la guerra á los vasallos que en el gobierno de vues-
»tros padres florecieron en larga y feliz paz. Obligación es
»vuestra dar crédito al que es interesado en vuestras conve-
»niencias y reposo, teniendo por cierto que no es fiel conse-
»jero quien á otro expone á los casos y peligros.»

Al mismo tiempo escribió Teodorico cartas (que aún se hallan entre las obras de Casiodoro) á los reyes de los borgoñones, de los herulos, de los guarnos y toringos, representándoles la conveniencia de procurar todos que no se encendiese el fuego de aquella guerra en sus confines; cuyo peligro sería común á los vecinos, siendo fuerza ó mezclarse en ella ó mantenerse neutrales, y padecer sin provecho ni gloria los

daños de correrías, tránsitos y alojamientos, exponiéndose al peligro ordinario de ser despojos del vencedor. Que como á reyes confinantes, interesados en la quietud pública, corría obligación de unirse con él, para enfrenar los bríos de aquellos reyes mozos, que, más por bizarría natural que por causa bastante, se preparaban para la guerra. Que aunque se hallaba tan lejos, debía tratar de su composición, por los vínculos de sangre que tenía con ambos; siendo cierto que si llegaban á las armas, juzgaría el mundo que ó por razón de estado los dejaba perder, ó que no correspondía á las obligaciones de suegro y cuñado, y á la autoridad y grandeza en que Dios le había puesto.

Todas estas diligencias obraron poco; porque, si bien á las amonestaciones paternas de Teodorico se ablandó el ánimo de Alarico, se endureció el de Clodoveo, porque no buscaba la composición, sino el rompimiento, y excusó con que el reino de Alarico era refugio de sus enemigos; que le había intimado la guerra; que intimada, no podía dejar de aceptarla; y así, rogaba á Teodorico que no le obligase á faltar al derecho de la naturaleza y á la majestad real, pues no había más razón para que Alarico le acometiese que para oponerse él á su invasión; y concluyó con que, provocándole el uno á la paz y el otro á la guerra, quisiera tener dos manos derechas, una armada con que oponerse á Alarico, y otra desarmada para dársela de paz á Teodorico. Pero que ya estaban tan empeñadas las cosas, que no podía dar oídos á tales proposiciones.

Esta respuesta soberbia irritó mucho á Teodorico, viendo burlada su interposición y el arbitrio que tenía en el mundo; y luego escribió otra vez á los reyes de Europa, significándoles cuánto habían salido vanos sus oficios y diligencias con Clodoveo, el cual quería remitir á su espada, y no al arbitrio ajeno, sus pretensiones; que habiendo vencido á los alemanes, si también vencía á los godos sería formidable á todos su potencia; que ya era común la causa, como lo era el peligro; que aunque la soberanía de un rey fuese absoluta, estaba sujeta al tribunal de los demás reyes, debiéndose unir contra el que tratase de tiranizarlos ó de ponerlos en peligro; y que así, convenía que todos uniesen sus consejos y fuerzas para reducir á la razón á Clodoveo. Esta diligencia hizo más apretadamente con Gundibaldo, su yerno, rey de Borgoña, en-

viándole secretamente un embajador para que asistiese á su cuñado el rey Alarico; y habiéndolo penetrado Clodoveo, juzgó por conveniente sujetar primero (aunque Baronio propone esta guerra á la de la Galia Gótica) al borgoñón, y volver después sus armas contra el godo. Para esto se le ofrecía una buena ocasión; porque, habiendo Gundibaldo muerto á Gundemaro y á Chilperico, y despojado á Odisello sus hermanos, éste propuso á Clodoveo que le asistiese contra Gundibaldo para quitarle el reino de Borgoña, que comprendía entonces la Provenza, el Delfinado y la Saboya, prometiéndole la mitad de él. Aceptó Clodoveo el partido; y dejando la empresa de la Galia Gótica, volvió las armas que tenía ya dispuestas para ella contra Gundibaldo. Debiera Alarico ante ver el caso y socorrer al cuñado, llevando la guerra que le amenazaba á país ajeno. Pero ordinariamente se engañan los príncipes en los peligros que están fuera de sus estados, y cuando advierten que son comunes es después de los casos. Pero se estuvo á la mira de aquella guerra; y destruido Gundibaldo y muerto después Odisello, se rindió el reino de Borgoña á Clodoveo, donde rehechas sus fuerzas, las volvió contra Alarico, olvidado de que Francia debía su libertad y grandeza al valor de los godos y á la espada de Teodoredo y de Turismundo; y como político, que hacía siempre de religión las guerras de estado, publicó rigurosos bandos contra los que despojasen las iglesias, violasen las vírgenes y ofendiesen á los ministros sagrados y á las personas y cosas que les pertenecían; con que ganó los ánimos de los vasallos católicos de Alarico en la Galia Gótica, y principalmente á los obispos, los cuales tenían con él inteligencias secretas, y le deseaban rey por ser católico.

En esta expedición cuentan los historiadores de Francia haberse declarado el cielo con demostraciones particulares; porque, habiendo enviado Clodoveo unas ofrendas al templo de San Martín, se cantaban cuando entraba por sus puertas aquellas palabras del salmo 17: *Praecinxisti me Domine virtute ad bellum; suplantasti insurgentes in me subtus me, et inimicorum meorum dedisti mihi dorsum, et odientes me disperdidisti*; y añaden que al pasar el río Vien, que venía muy crecido, se adelantó una cierva y le mostró el vado; y que la lámpara del templo de San Hilario se apareció encendida sobre sus pabellones, señal de regocijo y victoria. Suelen agra-

dar á Dios los efectos de una guerra, aunque por sí misma no sea justa.

Desde allí pasó á asentar sus reales á vista de Poitiers. Delante de ella, habiéndola fortificado, le esperaba Alarico; el cual, juzgando por conveniente esperar los socorros que le enviaba su suegro el rey Teodorico, quiso retirarse de noche á Arverna, pensando hallar entera la puente de Lussac; pero, habiéndola roto un día antes su misma gente, se halló obligado á hacer frente á Clodoveo entre Cubort y el castillo de Lussac, en un lugar nombrado Cinoz, donde ambos ejércitos se pusieron en batalla. Conducía al de Alarico el conde Apolinar; y puestos los dos valerosos reyes en la frente de los escuadrones, se dieron de una y otra parte las señales de acometer. Al primer ímpetu de los franceses se descompusieron los godos; y Alarico, haciendo el oficio de valeroso general, los animó con su presencia y con estas razones:

«¿Así torpemente perdéis en un instante la gloria adquirida en muchos siglos? Esos, que al primer ímpetu os parecen más que hombres, son en la resistencia menos que mujeres. Siempre ha triunfado de ellos vuestro valor y constancia. La conservación de vuestras vidas no consiste en volver las espaldas desarmadas al enemigo, sino en la defensa de la espada. En el valor y atrevimiento está puesta la victoria, el despojo y la gloria; y en la fuga la servidumbre, la infamia y la pérdida de todo. Volved por lo menos los ojos á ver cómo borro con mi sangre real las huellas infames de vuestra fuga.» Y dando de espuelas al caballo, quiso pasar entre los escuadrones á morir peleando; pero, avergonzados los suyos, hicieron alto y le detuvieron, y puestos en ordenanza, acometieron con gran valor á los franceses, manteniendo dudoso por largo espacio de tiempo el lance de la batalla. Pero, como gente hecha á las delicias y el ocio de la paz, no pudo resistir á los franceses, y se pusieron en huida. Recogió Alarico algunas tropas de caballos, y para animar á los suyos y entretenir el ímpetu del enemigo, cargó sobre Clodoveo, que venía de los primeros siguiendo el alcance, y enristradas las lanzas, se encontraron ambos reyes. Cayó del caballo Alarico, y fué muerto á manos de un peón francés, aunque algunos escriben que le mató Clodoveo. Asistían á Alarico dos caballeros godos, y queriendo vengar su muerte, acometieron por ambos lados con sus lanzas á Clodoveo; pero el temple de su loriga

resistió á sus golpes, y también la fidelidad de Clodorico, mancebo valiente; el cual, asistiendo á su defensa, se puso á su lado y le libró de aquel peligro.

Rotos los godos, y sin rey y caudillo, se esparcieron por las ciudades vecinas. Todo se rinde al vencedor; aun las cosas inanimadas tiemblan á las aclamaciones y fama de una victoria. Las murallas de Angulema se cayeron á la presencia de Clodoveo, para que por ellas entrase triunfando; y aunque en los contornos de Burdeos se formó otro ejército de los godos, fué también deshecho; con que la Galia Gótica, parte muy principal del imperio gótico y español, adquirida por donaciones, ligas y pactos de los emperadores y por el derecho de la espada, y mantenida por casi noventa y cinco años desde el tiempo de Ataúlfo, quedó tiránicamente en poder de Clodoveo; con que parece que se cumplió el portentoso que años antes sucedió en la corte de Tolosa, donde el cielo llovió sangre por espacio de un día, en señal de que con el reino levantado de los francos caería el de los godos. Ni calificamos ni despreciamos semejantes prodigios: llenas están de ellos las historias profanas, y aun en las sagradas vemos prevenidas con señales las calamidades futuras, ó para dar lugar á la enmienda ó para mayor justificación del castigo.

Escriben algunos que entre los despojos del campo de los godos se hallaron los vasos del templo de Jerusalén, traídos á Roma y hurtados en aquel saco, permitiendo la divina Justicia que se redimiesen con la sangre de los mismos godos; pero no es verosímil que los llevasen á campaña; y así, tengo por más cierto que los hallaron en Tolosa, corte de Alarico; aunque Procopio, escritor muy vecino á aquellos tiempos, que cuenta diferentemente el suceso de esta guerra, afirma que aquellos vasos y todas las riquezas de Alarico estaban en la ciudad de Carasona, la cual no cayó en manos de Clodoveo porque Teodorico, rey de Italia, la socorrió.

Reinó Alarico veintitrés años, y en el penúltimo había hecho recopilar y promulgar el código del emperador Teodosio, valiéndose de la industria de su consejero ó canciller Avián. Movióse á ello porque, viendo que los romanos reducidos á su obediencia no podían sufrir que los gobernase por las costumbres y estilos bárbaros de los godos, juzgó por conveniente mantenerlos quietos con sus mismas leyes, dispuestas á su modo; con que los tuvo satisfechos, porque conserván-

dose con ellos la majestad del derecho romano, les parecía que conservaban su libertad: atención digna de un príncipe prudente y político, gobernar á cada una de las naciones con sus mismos fueros, como se gobiernan los caballos con sus bocados propios. Por esta razón dió á los godos otras leyes conformes á sus ritos y naturaleza. Estas fueron por escrito; con que algunos autores le atribuyen la gloria de haber sido el primer legislador, y no, como hemos dicho, su padre Eurico, que las promulgó; y que se gobernaron hasta allí los godos por las costumbres y estilos antiguos, conservados de padres á hijos; de cuyas leyes, y de las que después promulgaron sus sucesores, se formó el volumen del *Fuero Juzgo*, donde todas están escritas en lengua latina, aunque corrompida, y ninguna en la gótica ni en otra; lo cual me da ocasión á disputar aquí del principio de la lengua castellana, como punto esencial de esta historia.

Poblada España por Tubal, quinto hijo de Jafet y nieto de Noé, se extendió por ella su descendencia, usando de la lengua que le había cabido en la división de ellas, causada de la soberbia fábrica de la casa de Babel. Cuál haya sido, no se puede averiguar con certeza; porque, si bien, como dice el Abulense, usó Tubal de solo un lenguaje, y este fué el principal en España, vinieron con él otras naciones de diferentes lenguas, y así de aquella como de estas se formarían otras, como ha sucedido en todas partes; las cuales con el tiempo serían diversas, porque muda las lenguas la diferencia de la religión y de los dominios, la división de las provincias con los montes y ríos, la confinanza con otras naciones, la constitución de los climas, que diferencian las pronunciaciones; la influencia de los astros, que van alternando las cosas inferiores, y también nuestra inconstancia, pues como mudamos los trajes y las costumbres, así también los lenguajes. Si en alguna parte se conservó más aquel primer lenguaje de Tubal, es de creer que en Cantabria.

Pasaron después á España los rodios, los celtas, los fenicios, los cartagineses y otras naciones, llevadas de la codicia de sus riquezas; y allí con pretexto del comercio asentaron sus factorías y después su imperio; con que se multiplicaron tanto las lenguas, que Luitprando refiere que en tiempo de Augusto y de Tiberio había en España diez diversas; con que sería fuerza que los naturales, por necesidad del comercio y

por la lisonja al que domina, se procurasen acomodar al lenguaje de los extranjeros, y estos al de la tierra, para dejarse amar y poder mejor contratar con ellos, mezclando con los vocablos propios otros extranjeros, de donde resultaría una como tercer lengua en cada parte; confundiéndose cada una más con las guerras entre los cartagineses y romanos, hasta que éstos después de casi trescientos años se apoderaron de toda España, excepto Vizcaya y alguna parte de Asturias, que ó no se dejaron poner el yugo, ó le sufrieron poco tiempo; y como por razón de estado (si ya no fué por inspiración divina, para que más fácilmente se extendiese la verdad evangélica) procuraban que todo el mundo fuese romano, no sólo en la unidad del imperio, sino también en la conformidad de las lenguas, reduciéndolas todas á la latina, pusieron gran cuidado en que los españoles usasen de ella, lo cual se consiguió por medio de las colonias y tribunales que con este designio fundaron; por la comunicación de casi trescientos años, por haber militado gran número de españoles debajo de sus banderas, y porque los que se rinden á las armas del vencedor, se rinden también á su estilo y lenguaje. Pero aunque algunos nacidos en las colonias y cortes de los romanos hablarían y pronunciarían como ellos, los demás que vivían remotos usarían de un lenguaje compuesto de diversos, pero más que de todos, del latino, tomando de él la formación y la mayor parte de las voces, aunque algo corrompidas y con diferente pronunciación. Esta pues fué la lengua castellana, que ya no se podía llamar latina, como la campana formada de varios metales no puede llamarse cobre, aunque conste más de él que de todos los demás; pues aun el latín que usaban los romanos no era puro, habiéndose mudado con la declinación del imperio y con el trato de diversas naciones, si bien hasta hoy se llama romance.

Esta mezcla del lenguaje de España fué mayor con la venida á ella de los vándalos, alanos y suevos; porque, teniendo lenguas propias, se confundió con ellas la que usaban los españoles en las provincias donde ellos dominaron. Estas naciones fueron echadas de España por los godos; los cuales, aunque tenían lengua propia, se aplicaron á esta tercera, nacida de la corrupción de la latina, de que ya traían algún conocimiento, por haber militado mucho tiempo en Italia contra los romanos, donde sucedió lo mismo á la lengua tos-

cana, hermana de la castellana. A esto se movieron los godos para facilitar sus conquistas y porque, como émulos de los romanos, que procuraban sucederles en el dominio universal del mundo, los imitaban en todo. Debelados después los godos, é introducido el imperio de los árabes en España, se acabó de corromper la lengua castellana, degenerando mucho de la latina, si bien ninguna es más semejante á ella; hasta que el rey don Alonso el Sabio la ilustró, como diremos, en aquella obra heroica de las *Partidas*, mostrando que era capaz de la jurisprudencia y de las demás ciencias.

Después se ha ido puliendo y ampliando mucho con nuevas voces, aunque debiéramos haber conservado muchas de las antiguas, graves y significativas; pero con el aumento y la grandeza de las monarquías no menos se estragan las lenguas que las costumbres.

Antes de salir de la historia del rey Alarico, me ha parecido obligación referir dos milagros que en el tiempo de su reinado sucedieron; pues san Gregorio, obispo de Tours, en Francia, siendo autor extranjero y de aquella edad, los escribe.

Entró de noche un ladrón en la iglesia de San Félix mártir, en Gèrona, y robó algunos ornamentos de seda y oro y otras joyas de valor; y llevándolas, se le presentó un hombre no conocido, que le preguntó dónde iba y qué llevaba; el ladrón, turbado, le descubrió lo que llevaba, ó porque es medroso el delito ó por tener compañero para dar cobro del hurto, ofreciéndole partir con él si le guardase el secreto y le ayudase á llevar aquellas cosas á vender á otra parte. Prometióle el hombre su asistencia y secreto, diciéndole que en todas partes tenía amigos y confidentes, y una casa grande donde podría tenerlas ocultas y venderlas. Con este acuerdo le siguió el ladrón, creyendo que le sacaba de la ciudad: tan cerrados le tenía Dios ó su mala conciencia los ojos; pero le volvió á la misma iglesia, y entrando en ella, le dijo: «Esta es la casa; pon en ella los ornamentos y joyas;» con lo cual se desapareció. Reconoció el ladrón la iglesia, y viéndose sin el compañero, quedó confuso y arrepentido del hurto, con los avisos que le daba su culpa de que había sido obra de Dios; y para mayor gloria suya y de san Félix (que piadosamente se cree haber sido el hombre que se le apareció) refirió después públicamente el suceso, en que es muy de considerar cuán á

favor de la hidalguía del Santo le obró Dios, pues sin ofensa del ladrón recobró el robo.

El otro milagro fué, que sintiendo mucho el rey Alarico que el edificio de una iglesia alta, puesta en frente de su palacio, donde se veneraba una reliquia del mismo santo, le quitase la vista á un lugar ameno, llamado Liguria, lo confirió con León, ministro suyo, el cual le facilitó abajar la iglesia, y encargado por orden del Rey de la ejecución, la intentó; pero apenas empezaron los oficiales á derribar la iglesia, quedó ciego León: pena bien merecida en quien, lisonjero, respetó más los antojos del Rey que la casa de Dios. Quedó castigado el consejo, y no el mandato, porque en los pecados de los príncipes tienen los ministros más parte que ellos mismos.

CAPÍTULO X

GESALEYCO, NONO REY DE LOS GODOS EN ESPAÑA. — AMALARICO, DÉCIMO REY DE LOS GODOS EN ESPAÑA

Es la minoridad de un príncipe la mayor desdicha de su reino; porque la tutela de la madre es flaca por la fragilidad del sexo, la de los parientes peligrosa por la ambición de dominar, la de los súbditos desacreditada por la igualdad con los demás; y reducido á muchos el gobierno, cae la monarquía en los inconvenientes de la aristocracia; y como el reino estaba antes acostumbrado á una rienda, no puede sufrir muchas. De donde nacen las parcialidades y guerras civiles, en las cuales es árbitro quien gobierna las armas, ó el confinante más poderoso, llamado de una de las partes; con que corre evidente peligro la vida y la corona del príncipe menor. De esto nos dan funestos ejemplos las historias, y se reconoció en Amalarico, al cual, por muerte de su padre Alarico, pertenecía el reino de España; pero siendo niño de cinco años, dió su minoridad ocasión á que Gesaleyco su hermano se levantase con las provincias de España, haciéndose elegir rey. Tiempo era en que la necesidad obligaba á buscar rey que pudiese luego oponerse á Clodoveo y recobrar la Galia

Gótica; pero ni las partes del sujeto ni su nacimiento eran á propósito; porque, si bien era Gesaleyco hijo del rey Alarico, le había tenido en una manceba, y en su persona no había virtud ni valor que pudiesen mantener el cetro. Su mucha cobardía le hacía cruel, y la crueldad aborrecido. Llegó el aviso de esta tiranía á Teodorico, rey de Italia, y en lo íntimo de su pecho se holgó del caso porque daba ocasión á los aumentos de su grandeza, gobernándose más por dictámenes que por afectos y obligaciones de sangre, como se experimentó en las dos guerras referidas de sus yernos los reyes Gundibaldo y Alarico, habiéndose coligado con Clodoveo para juntar las armas y dividirse la Borgoña; en que anduvo tan astuto, que ordenó á sus cabos que marchasen despacio y que entrasen en Borgoña cuando viesen victorioso á Clodoveo, para gozar de la parte de la división sin deshacer sus fuerzas, las cuales reservaba para ser árbitro en la guerra de la Galia Gótica, donde también las tuvo suspensas, sin socorrer á tiempo á Alarico. Pero cuando le vió muerto, y despojado del reino á su nieto Amalarico, consideró que no le convenía dejar que de todo punto se perdiese la sucesión de su misma sangre y el poder de la casa de los visigodos en España, que tanto aseguraba la suya, y que se le ofrecía buen pretexto para mantenerla y para aumentar la grandeza de su cetro con los estados despojados de su nieto á título del derecho de las armas. Con estos fines envió luego al conde de los gepidas, Iba, con un grueso ejército para librar á Carasona del cerco que le tenía puesto Teodorico, hijo de Clodoveo, y para recobrar la Galia Gótica; donde con el mismo hecho dió motivos á las sospechas de su tiranía, porque en las ciudades que se iban recobrando, en lugar de los visigodos, quedaban por presidio los ostrogodos, como sucedió en Arles; y en ninguno de los despachos y órdenes que, como diremos, dió para el gobierno de aquellas provincias conquistadas, se hace mención de Amalarico ni se mantenían en su nombre; antes las gobernaba como señor absoluto, manteniéndolas mientras vivió, y dejando á su nieto las provincias de España, donde no podía valerle el derecho de las armas. También le dió á Gascuña, por tener sus confines comunes con España; en que se conoce que es más poderosa en los príncipes la conveniencia que la sangre, la razón de estado que la justicia, y que no menos se debe recelar de sus armas auxiliares que de las enemigas.

Habiendo pues el conde Iba juntado à sus fuerzas las reliquias de los godos y españoles derrotados en la batalla pasada, libró del cerco la ciudad de Carcasona. Venció á los franceses en una batalla tan sangrienta, que murieron en ella casi treinta mil. Se apoderó de la Provenza y recuperó la Aquitania y la Gascuña. Todo sucedía felizmente al rey Teodorico, no solamente lo que obraba por su misma persona, sino también por sus ministros. Esto se debe atribuir á su buena elección; porque, habiendo ocupado á Italia, hizo grandes conquistas por medio de sus generales, habiéndole salido todos fieles: cosa raras veces vista en aquellos tiempos, y poco segura cuando hay ocasiones en que se puede trocar en cetro la espada.

Consideró Gundibaldo, rey de Borgoña, la turbación presente de las cosas, y que entre tiranos era mejor asegurar los estados propios con la usurpación de los ajenos, creciendo en potencia, que esperar la invasión. Con este fin recogió sus fuerzas y ocupó con ellas á Narbona.

Temió Gesaleyco á su misma conciencia y al odio de los suyos, no menos que al valor y victorias de Teodorico. Dáble cuidado el rompimiento con Gundibaldo; y desesperado de poder sustentar la corona sin ajenas asistencias, se retiró á Barcelona, y después á África, para valerse de los vándalos; y aunque muchos historiadores refieren que no halló en ellos el socorro que se había prometido, lo más cierto es que el rey Trasamundo, casado con Amalafreda, hermana de Teodorico, atento más á la razón de estado que al parentesco, le pareció conveniente tener ocupada en las Galias con guerras la potencia de Teodorico, formidable ya á todos los príncipes, sin dar lugar á que cayese en sus sienes la corona de los godos, con que sería peligroso vecino en España, y que era más segura razón de estado interponer en medio un rey hechura suya, manteniendo así balanzadas las potencias.

Con este designio recogió en su reino á Gesaleyco para asistirle á recobrar el de España; y porque esto no se podía hacer dándole gente sin que lo penetrase y se ofendiese Teodorico, ni le convenía que la diversión se hiciese por aquella parte de España, porque el fuego de la guerra vecina se enciende fácilmente en los confines, le asistió con grandes sumas de dinero para que levantase un ejército en Francia, con que recobrase su reino; en que es verosímil que concu-

rrirían las instancias y los deseos de aquellos reyes, temiendo que serían despojos de Teodorico si sus reinos tuviesen por términos continuados desde el Ródano al uno y otro mar Mediterráneo y Océano. Este socorro no pudo ser muy secreto, porque los de dinero pasan por diversas manos; y habiéndolo entendido Teodorico, escribió esta carta á Trasmundo, la cual hoy se conserva, aunque en estilo tan áspero y cerrado, ó por injuria de la pluma ó por la ignorancia de aquellos tiempos, que ha sido forzoso atender más en la traducción al sentido que á las palabras. Su tenor es el siguiente:

«Aunque requeridos de diversos reyes, les hemos dado »(no sin inspiración divina) á nuestras hijas y nietas por mu- »jeres, para afirmar y unir los vínculos de la concordia, con »ninguno hemos hecho más que con vos, habiéndoos dado en »matrimonio á nuestra hermana, gloria y única alabanza de »la real prosapia de los Amalós, de no desigual prudencia á »la vuestra, cuyo respeto puede tener en reverencia ese reino »y cuyo maravilloso consejo puede ayudar al gobierno de él; »y así, extraño mucho que quien se halla obligado con seme- »jantes prendas y beneficios haya recibido debajo de su pro- »tección á Gesaleyco, confederado con nuestros enemigos é »ingrato á nuestros favores; y que, habiendo llegado á vues- »tra presencia destituido de fuerzas y privado de los bienes »de fortuna, le hayáis dado (como nos consta) numerosas »asistencias de dinero, enviándole á naciones extranjeras, »donde levante gente contra nosotros; y si bien esperamos »en el favor de Dios que no podrá ofendernos, llegamos á »sentir el haber conocido vuestro ánimo. ¿Qué se podrá es- »perar de la correspondencia de los extraños, si esto sucede »entre los parientes? Donde la compasión, aunque tan propia »de los príncipes, no puede ser excusa, porque bastaba ha- »berle recogido en el reino; y cuando en contemplación »nuestra le quisiédes echado de él, no debía ser con socorros »de dinero para pasar á reinos extraños, á los cuales hemos »divertido con las armas para que no infestasen el vuestro. »En esto se echa menos aquella correspondencia que predi- »cáis á los demás. Yo creo que si esta resolución se hubiera »consultado con nuestra hermana no habría llegado á ejecu- »ción, porque ni consentiría en la ofensa de su hermano ni en »que su marido faltase á sus obligaciones. Por tanto, nos ha »parecido conveniente enviaros nuestros embajadores para

»que, después de haberos saludado de nuestra parte con el
»honor que se debe, os pidan que retractéis lo hecho, sin dar
»ocasión á que la ofensa al parentesco obligue á alguna de-
»mostración que rompa entre nosotros la paz; porque duele
»mucho la injuria que se recibe impensadamente, y más cuan-
»do viene el engaño de quien se esperaba el socorro. Lo de-
»más entenderéis de nuestros embajadores, prometiéndonos
»que en esto pondrá vuestra prudencia el remedio convenien-
»te, no siendo ligera cosa el contravenir á las capitulaciones
»de la paz los hombres prudentes.»

Á esta embajada respondió con otra el rey Trasmundo, dispuesta con tal arte, que, sin confesar la acción, la excusaba, y para quietar más á Teodorico le envió un rico presente. No se halla esta carta; pero por la respuesta de Teodorico y por otras conjeturas se infiere que sería en esta sustancia:

« La indignación de la ofensa aprendida, oh poderoso rey, escribió vuestra carta y la dictó el afecto de hermano, pues descubriéndome vuestro pecho ofendido, dais lugar á que pueda curar sus heridas; porque el que representa sus quejas muestra desear la satisfacción. Yo con la misma ingenuidad os referiré el hecho, haciéndoos juez de la causa.

»Gesaleyco se apareció en esta corte tan de repente, que primero ví su presencia que supiese su llegada. Representóme las causas que movieron á los godos á elegirle rey; que no pudo excusarse, porque aquella gente no es menos feroz con los que elige para reyes que con sus enemigos; que el caso mismo le había traído á mis manos, esperando que su confianza y la clemencia con un rey huésped obraría más en mí que las obligaciones de parentesco con vuestra casa. Turbóme mucho el empeño, dudoso en la resolución que tomaría. Si le consentía detenerse en mi reino, me hacía cómplice de su culpa y animaba el partido de los que tuvieron parte en su elección; si le hacía prender ó matar, ofendía á la protección que deben tener los reyes de los que voluntariamente se valen de ella, y ofendía también á la grandeza de vuestro poder, que no necesita de venganzas ajenas. Con razón podría decir el mundo que África no menos criaba veneno en los hombres que en las fieras, y que eran inhospitales sus desiertos arenosos. ¿Quién no creería que había sido traza concertada entre ambos para prenderle? En esta

«duda me resolví á darle libre el pasaje y asistencias con que
«pudiese hacerle, porque quien entró rey en mi palacio no
«saliese mendigo de él. Pienso que si hubiera consultado con
«vos el caso, me habría aconsejado lo mismo vuestro genero-
«so ánimo. Ocasiones se han ofrecido en vuestro glorioso
«reinado en las cuales nos habéis enseñado á obrar así con
«los afligidos. Espero que no juzgaréis esta causa por los dic-
«támenes vulgares de la pasión, sino por los heroicos de la
«majestad. Lo demás os dirán mis embajadores, los cuales os
«presentarán de mi parte algunas cosas de mi recámara, no
«en recompensa, sino en señal de mi afecto, pues os trato
«como se suele tratar á Dios, cuyas iras se aplacan con vícti-
«mas y dones, no tanto porque sean satisfacción de la culpa,
«cuanto porque son demostraciones de una voluntad ren-
«dida.»

Admitió Teodorico la excusa, no porque la tuviese por le-
gítima, sino porque el darla es parte de satisfacción, y por-
que los príncipes prudentes la admiten para desempeñarse de
los agravios que sin grave peligro no pueden vengar con la
espada; y respondió á la embajada de Trasamundo en esta
conformidad:

«Habéis mostrado, oh prudentísimo entre los reyes, que
«puede el consejo de los sabios hallar remedio á los errores
«ya sucedidos, y que no amáis la pertinacia, vicio propio de
«los hombres irracionales, habiéndome obligado mucho con
«la prontezza en tomar mejor resolución; porque cuando un
«rey da satisfacción ablanda lo más duro, siendo en ellos no
«menos gloriosa la humildad que odiosa en los plebeyos la
«soberbia. Nosotros nos habíamos quejado de vos por haber
«enviado á Gesaleyco á Francia, sospechando que no era sin
«algún designio fraudulento; pero vos, acordándoos de vues-
«tra misma generosidad y reputación, nos habéis declarado
«con verdad el hecho; con que no es tan reprehensible que un
«hombre dé ocasión á malas sospechas, como glorioso que
«un rey, á quien nadie puede obligar, no haya querido tener
«cerrado su pecho; y así, correspondiendo nosotros á acción
«tan loable, admitimos (en cuanto podemos) con ánimo puro
«vuestro sincero descargo, pero no los presentes, para que se
«conozca que esta causa, llevada por justicia, no se terminó
«con el soborno, en que ambos nos hemos gobernado como
«reyes: nosotros en haber sujetado la tiranía de la codicia, y

»vos en haber vencido á vuestro error; y así, vuelvo á vuestra
»recámara esos tesoros, que, aunque tan grandes, estimamos
»en más la oferta. Despréciase el oro donde se tiene por pre-
»mio la satisfacción del ánimo, y tal vez reciba la repulsa este
»metal, que siempre ha dominado á los reyes avarientos; con
»que se celebrará entre las gentes que el padre de ellas ni
»por el dinero excusó la culpa ni se dió por satisfecho de la
»ofensa; antes, llevado del afecto, despreció el interés que se
»suele procurar con las armas, dando ejemplo á los parientes
»de haber habido quien por causa de avaricia no ha querido
»levantar entre ellos diferencias, y que todo lo ha vencido el
»amor, habiéndose templado nuestro enojo luego que os ví
»confesar ingenuamente el hecho; y así, os remito los dones,
»recibidos con el ánimo, ya que no con las manos, asegurán-
»doos que nos es más grato el volverlos que el aceptar otros
»mayores. Con todo eso, os amonestamos que de aquí ade-
»lante estéis advertido en casos semejantes, pues con los
»ejemplos pasados se debe instruir el ánimo para los futuros;
»y con esto enviamos despachados á vuestros embajadores,
»saludándoos con todo afecto, y rogando á la divina Majes-
»tad que os conceda cumplida felicidad, como desea quien
»tiene con fuertes vínculos unido su ánimo con el vuestro.»

Con estas embajadas quedaron los corazones de ambos reyes, si no en lo interior, en las apariencias compuestos, porque las sospechas declaradas nunca se curan perfectamente.

Entre tanto había Gesaleyco formado en Francia un ejército, y pasando los Pirineos, vino á batalla con los godos doce millas de Barcelona, donde fué roto; y retirándose á Francia, no tuvo corazón para resistir los golpes de su fortuna adversa, y rendido á ella, cayó en tal melancolía que le quitó la vida, aunque san Isidoro y otros dicen que murió violentamente. Reinó casi cuatro años sin gloria ni sosiego: ciega es la ambición humana, que no reconoce los peligros y calamidades que asisten á los cetros y coronas.

Con la muerte de Gesaleyco quedó Teodorico en pacífica posesión de las Galias y de España, adonde dicen muchos que vino, y le cuentan entre los reyes de ella; en que se engañan, porque no hay testimonio en que puedan fundarlo; antes se opone á lo verosímil, porque no es de creer que un rey que con la espada había adquirido el reino de Italia, le

desamparase en tiempos tan turbados, estando siempre atentos los emperadores de Oriente á recobrarle.

Lo que consta es que desde Italia gobernaba, á título de tutor y con la autoridad de abuelo, las provincias que tocaban á su nieto Amalarico, con gran atención y justicia, haciéndole glorioso la experiencia, prudencia y pluma de su canciller ó secretario Casiodoro, en quien se hallaba un conocimiento universal de las ciencias, una práctica y experiencia de las cosas del mundo, un juicio claro y político igual á los negocios, un celo sin pasión ni interés, y tanta apacibilidad y destreza con las naciones, que ganó el aplauso universal. Su principal estudio era acrecentar la fama de su rey y hacerle amado de sus vasallos, y que estos no cayesen en su desgracia, como lo mostró cuando, viendo inclinados á la rebelión los sicilianos, los redujo con tal arte, que los preservó de la culpa para excusar la necesidad del castigo. Honró Teodorico sus servicios y buenas partes con la dignidad de patricio. ¡Oh feliz reinado, donde la toga premiaba las virtudes y no honestaba los deméritos, donde la envidia no se atrevía á los ministros grandes! Y porque para formar el cuerpo de esta historia, y para el fin de instruir con ella á los príncipes, conviene que nos valgamos de los fragmentos antiguos que en esta materia perdonó el olvido de los tiempos, pondremos aquí los despachos y órdenes que dió para el buen gobierno de los estados adquiridos, porque pueden servir de ejemplo á los príncipes y á sus secretarios. Á Gemello, varón de gran valor, prudencia y experiencia, nombró luego Teodorico por vicario de las Galias, oficio que correspondía al de prefecto pretorio, encargándole que no amase las violencias y turbaciones; que huyese el vicio de la avaricia; que en todo representase al príncipe que le enviaba; que aquella provincia deseaba, después de tantas calamidades, ser gobernada de buenos ministros, y que procurase mostrarse tal, que tuviesen por felicidad aquellos vasallos el haber sido conquistados, y que agora no sientan lo que padecían cuando deseaban obedecer á Roma. Con él escribió á las provincias la carta siguiente:

«Con regocijo debéis obedecer á las costumbres romanas, á las cuales, después de largo espacio de tiempo, os veis restituidos; porque ninguna cosa más agradable á las naciones que volver á los estilos que guardaron sus mayores. Ya pues

»que con el favor de Dios gozáis de vuestra antigua libertad,
»vestíos de las costumbres togadas. Desnudad la barbaridad
»y deponed esa ferocidad de vuestros ánimos; porque debajo
»de la equidad de vuestro gobierno no es decente que viváis
»con costumbres extrãjeras. Por tanto, atendiendo á vuestro
»mayor bien, como es propio de nuestra benignidad y clemen-
»cia, os enviamos por vicario de los prefectos á Gemello,
»varón de mucha espectación y de conocida fidelidad é indus-
»tria, para que componga las cosas de esa provincia, prome-
»tiéndonos que no faltará á sus obligaciones quien sabe cuánto
»nos ofenden los que no cumplen con ellas. Y así, obedece-
»réis las órdenes que según nuestras instrucciones os diere;
»estando cierto de que serán para mayor bien vuestro. Reci-
»bid blandamente los estilos jurídicos, sin que os sea molesta
»la novedad, que por sí misma es buena; porque ninguna fe-
»licidad mayor que fiarse los hombres solamente de las leyes
»y no temer los demás casos, siendo el derecho común seguro
»alivio de la vida humana, salud de los flacos y freno de los
»poderosos. Estimad pues lo que es seguridad y quietud de
»vuestros ánimos; porque la gentilidad vive según su libre al-
»bedrío, y en lo mismo que se complace, halla su muerte. Ya
»de aquí adelante podréis, fiados en la justicia, ostentar sin
»peligro las riquezas heredadas de vuestros padres, y sacar á
»luz los bienes por muchos años escondidos; con que tanto
»mayor será vuestra nobleza cuanto más resplandeciere con
»las riquezas y con las buenas costumbres. Para ejecución de
»todo esto va el dicho vicario, con cuya autoridad se pueda
»establecer mejor esta regla civil, y gozar vosotros con la ex-
»periencia de lo que antes solamente habíais entendido por
»fama; experimentando que los hombres no son tan estima-
»dos por la fuerza como por la razón, y que aquellos son jus-
»tamente preferidos que en las costumbres se aventajan á los
»demás.»

Á este vicario ordenó Teodorico que tuviese particular cui-
dado de aquellas provincias, cuya conquista había dado oca-
sión á sus glorias y triunfos.

Que restituyese las posesiones y bienes á los que, huyendo
de las calamidades y violencias de la guerra, se habían reti-
rado á valerse de su protección y clemencia, para que cono-
ciesen que no les había salido vana su confianza.

Que á los de la ciudad de Arles, por haberse mantenido

constantes en su devoción y haber padecido mucho en el cerco, les bajase los tributos, para animarlos á hacer lo mismo en otras ocasiones. Lo cual se concedió también generalmente á todos los que habían padecido en la guerra.

Al capitán Iba, con cuyo valor y industria se había acabado aquella guerra, le encargó mucho que hiciese restituir á las iglesias de Narbona las posesiones que les habían usurpado, y que administrase justicia á todos, procurando no ser menos ilustres por el gobierno que por las armas.

Envió provisiones al ejército antes que se las pidiesen, diciendo que los príncipes benignos y atentos á los males de sus vasallos les procuraban el remedio sin aguardar á que les hiciesen instancia por él, para que llegasen antes las mercedes que los deseos; en que tuvo tanta providencia, que ordenó que no se llevase todo el trigo junto, sino que se dividiese, para excusar el gasto y molestia de los súbditos. Mandó reparar á su costa los muros y torres de Arles, y llevar bastimentos á sus ciudadanos.

No se contentó Teodorico con haber ordenado estas cosas, porque la solicitud de su ánimo no se desvelaba menos en la ejecución de las resoluciones que en la consulta de ellas, y volvió á escribir al vicario Gemello acordándole las órdenes dadas; y porque no fuese odioso á los italianos el sustentar á su costa los presidios y ejércitos de las Galias, puso en ellas contribuciones para mantenerlos. ¿Qué padre de familia cuidó tanto de las cosas grandes y pequeñas de su casa, como este rey de las de sus reinos propios y encargados, aunque eran tan extendidos y distantes? Y no parezca impracticable este cuidado; porque no tiene un príncipe solo dos pies, dos manos, dos orejas y dos ojos, sino tantos como tienen sus ministros, por los cuales ve, oye y obra; en que solamente há menester la buena elección de ellos y una asistencia general, solícita, continua y severa sobre lo que tienen á su cargo; de que nos da ejemplo ese príncipe de la luz, pues por él todas las cosas del mundo viven y obran, sin que haga más que fomentarlas con su calor y animarlas con su presencia. Una mano sola gobierna sin mucho trabajo diversas voces del coro y rige quietamente una nave; pero si se descuida, hace la música disonancias, y la nave da en los escollos ó se pierde entre las olas.

Lo que daba más cuidado á Teodorico en el gobierno de

las provincias de España, era el temor que no podrían sufrir la minoridad de Amalarico y el dominio extranjero, y que levantarían otro rey. Para remedio de estos temores templó su poder, sustituyendo la crianza y el peso del gobierno en Teudio, varón de prudencia y espíritu, que antes había sido su paje de lanza; con que desembarazado de los negocios y de las armas, se entregó á las cosas de la religión, procurando levantar la arriana con la opresión de la católica; y habiendo tenido preso al papa Juan el Primero en una cárcel, donde por el mal olor murió, le castigó luego Dios quitándole la vida de repente.

Sucedió en el reino de Italia su nieto Atalarico, hijo de Eutarico, de la sangre real de los Amalos, casado con Amalassunta, su hija, la cual entonces se hallaba viuda, y su hijo en tan tierna edad, que se encargó ella del gobierno del reino; y considerando que la Provenza, ocupada por su padre el rey Teodorico, podía turbar con guerras la minoridad de su hijo, la cedió á Teodoberto, rey de Lorena, y á Amalarico hizo donación del derecho que podía tener á la Galia Gótica por haberse recuperado con las armas ostrogodas; con que á los reyes godos se añadió sobre ella este derecho más.

Ya en este tiempo había entrado Amalarico en edad adulta, y tomando las riendas del gobierno de su reino, consideró cuánto importaba en los principios la moderación, llevando amainadas las velas, como hacen los marineros al salir del puerto los navíos, y renovó las confederaciones con Francia, y las afirmó casándose con Clotilde, hija de Clodoveo, ya difunto, á quien se dió en dote el estado de Tolosa para afirmar de nuevo el derecho que tenían á él los godos y quitar ocasiones de guerras entre ambas coronas. En esta princesa eran iguales las bellezas del cuerpo y del ánimo, bien instruída por su madre en el culto de la religión católica; cuya piedad y frecuencia á los templos fué tan odiosa á Amalarico, gran defensor de la secta arriana, que instigado de un furor infernal, la trataba ásperamente, no sólo con palabras, sino también con obras. Procuraba Clotilde vencer con la constancia la impiedad y fiereza del esposo; pero viendo que más se endurecía su corazón, trató del remedio, enviando á su hermano Childeberto un lienzo teñido en la sangre de sus heridas, representándole en una carta las crueldades de su esposo; cuyo tenor era el siguiente:

«Hermano y señor: Por elección vuestra ha sido Amalari-
»co, rey de los godos, mi esposo; y si bien reconocía yo que
»no podía ser conforme ni suave el yugo del matrimonio im-
»puesto sobre dos cuellos discordes en la religión, obedecí á
»vuestra voluntad, como de hermano que tanto he amado
»siempre, y tenido en lugar de padre. Procuré luego ganar
»con halagos el ánimo de mi esposo y reducirle á la verdade-
»ra fe con mi ejemplo, ya que no podía con la persuasión.
»Pero esto mismo le ha hecho más desdenoso y más fiero
»conmigo, permitiendo cuando voy á la iglesia que el pueblo,
»sin respeto á la majestad, me afrente con palabras injuriosas
»y manche con el lodo de las calles mi rostro; y al volver á
»palacio me recibe con semblante airado; y como á vil esclava,
»me castiga con tan crueles azotes y golpes, que las que
»en mis vestiduras reales son flor de lises doradas, son en mi
»cuerpo cárdenos lirios que revientan en sangre, como veréis
»en ese lienzo teñido con la que vos y yo recibimos de nues-
»tros gloriosos padres; y aunque el tálamo suele desatar los
»lazos de las penas y disgustos, y atar los del afecto y amor
»conyugal, es entre nosotros un duro campo de batalla. Todo
»lo padezco con humildad y paciencia; pero con ella le irrito
»más, porque lo juzga por obstinación mía. Hasta aquí he ca-
»llado, esperando que la muerte pondría fin á tantos tormen-
»tos; pero cuando ha de ser el remedio de ellos camina muy
»despacio. Con todo eso, no me faltaría constancia en estas
»afrentas, teniéndolas por parte de martirio, si no viera que
»en mi persona se ofende el honor de Dios y de nuestra sa-
»grada religión católica, y que en ellas padece vuestra repu-
»tación y la mía, porque no todos juzgarán que tan ásperos
»tratamientos son por causa de la religión, y no por otras.
»Obligada pues de estas consideraciones, os suplico que tratéis
»de librarme de esta fiera inhumana con algún honesto pretext-
»to; pues fuera de ser obligación de hermano, es oficio de rey
»favorecer á las huérfanas oprimidas. Mueva vuestro corazón
»la vista de la sangre de ese lienzo, que es la misma que tenéis
»en vuestras venas, como suele embravecer á los toros y leo-
»nes. Pero os suplico que excuséis el medio de las armas,
»porque cualquier suceso entre un hermano y un esposo será
»infeliz para mí.»

Con opuestos afectos de amor y de ira leyó Childeberto esta carta. El amor le enternecía el corazón y le vertía las

lágrimas de los ojos, y la ira las desecaba y endurecía su ternura. Dió cuenta de la injuria común á sus hermanos Clotario, Clodomiro y Teodorico, entre los cuales estaba dividido el reino de su padre Clodoveo, y se intitulaban reyes. Mostraron ofenderse mucho de las afrentas hechas á su hermana, y juntaron sus fuerzas para vengarla; pero no era esta la causa principal, sino el pretexto que les daba para echar de la Galia Gótica á los reyes godos, cuya grandeza (como se ha dicho y se verá adelante) siempre les fué odiosa; porque debieran primero con medios suaves reducir al cuñado á que tratase bien á su hermana, sin venir luego á las armas; no debiendo un príncipe hacer la guerra á otro por disgustos domésticos con su hija ó hermana; pues la que se dió en casamiento, más es ya de su marido que de su padre ó hermano, más corre su honor por cuenta de él que por la de ellos, y no ha de vengar la república las ofensas que se hacen al príncipe como particular, sino solamente las que recibe como cabeza de ella, ni ha de pender el sosiego público de los chismes de los palacios; fuera de que, aunque creemos que Amalarico trataba mal á Clotilde, porque no puede haber concordia en los matrimonios discordes en la religión, como ni entre la luz y las tinieblas, ni el templo de Dios es á propósito para los ídolos; pero no creemos que fueron tan grandes los rigores; porque, aunque Gregorio Turonense (que floreció en aquella edad) los escribe, san Isidoro, que escribió en la misma, y los historiadores españoles, no los refieren, y un francés culpa á Clotilde, diciendo que luego le quitó Dios la vida en castigo de su impaciencia, cubierta con la capa de un celo inconsiderado; pues debiendo ser el vínculo de la amistad entre su esposo y sus hermanos, fué causa de su sangrienta disensión; y Amalarico no fué tan opuesto á la religión católica, que negase el libre ejercicio de ella; antes en el mismo año de su muerte había permitido que se celebrase el concilio segundo de Toledo, como se dirá después. Las mujeres son fecundas en referir sus quejas, y oídas de lejos parecen mayores, y más entre naciones opuestas.

Tomada pues la resolución entre los hermanos de hacer la guerra á los godos á título de venganza, se adelantó Childeberto con el ejército formado con las fuerzas de todos, y hay quien, poco atento á conservar la gloria de sus reyes, dice que Amalarico se puso luego en huída, siendo cierto (como

refieren los mismos historiadores franceses) que se opuso á la defensa y ofensa con dos armadas, una por mar y otra por tierra, y que con ésta presentó la batalla á Childeberto; pero, como poco experto en las artes de guerrear con aquella nación, esperó á ser acometido, sin advertir lo que suele obrar con ella la prevención; porque aquel ímpetu consiste en el movimiento, y cuando se adelanta hace gallardos efectos; pero si otro ímpetu le previene, se consume en sí mismo.

Acometieron los franceses con valor, más ardiente su actividad con las llamas de la ira y de la venganza, y al primer encuentro de las lanzas descompusieron los escuadrones de la infantería de los godos. Procuró Amalarico ponerlos en ordenanza, pero no pudo, porque estaban mezclados con la caballería, y porque la vecindad de la retirada, teniendo á las espaldas á Narbona y á las naves, los hizo cobardes y divididos: unos se retiraban confusamente á la ciudad y otros á la armada naval. A ella se retiró también Amalarico, desamparado de los suyos. Su intento era pasar á España para volver con mayores fuerzas contra Childeberto; y acordándose de los tesoros que dejaba en Narbona, saltó en tierra para llevarlos consigo. Esta codicia, que suele despreciar los peligros, le costó la vida; porque al tiempo que entraba en la ciudad por la parte de la mar entraban por la de tierra los franceses, y hallándose empeñado dentro, sin poder volver á las naves, procuró esconderse en un templo de católicos; pero permitió Dios que no le valiese la iglesia á quien no dejaba ir á ella á su esposa; y antes de llegar á sus portales fué muerto á lanzadas por un francés, aunque san Isidoro dice que, vencido, se retiró á Narbona para pasar desde allí á Barcelona, y que los godos le degollaron en la plaza como á indigno del cetro. Horrendo espectáculo ver á una cabeza coronada á los pies del verdugo, y ciego furor del pueblo, más atento en tan gran peligro á derramar la sangre real que á la conservación de sus bienes y de sus vidas. Pudo ser que creyesen aplacar con aquella víctima las iras de los franceses. Solos cinco años gozó del reino, habiendo sido no menos infeliz en su minoridad que después de ella.

Algunos historiadores de Francia dicen que Childeberto siguió la victoria hasta Toledo, á quien puso cerco, y que saqueada, volvió á Francia cargado de despojos profanos y sagrados: pero los historiadores españoles lo pasan en silen-

cio, y los de Francia de mayor autoridad, ó no lo refieren ó lo tienen por incierto, como lo insinúa el presidente Fauchet, y expresamente Gregorio Turonense afirma que luego se volvió á Francia, llevando consigo á su hermana, la cual murió en el viaje, y que pasó con su hermano Clotario á Borgoña. Por sí misma se convence esta expedición de Toledo, porque no es verosímil que franceses penetrasen por los Pirineos hasta el corazón de España, dejando atrás á Barcelona y á otras plazas de la frontera, que les importaban más y les asegurarían la vuelta.

Recogió Childeberto los tesoros de Amalarico y los llevó consigo, y también sesenta cálices, quince patenas y veinte cubiertas de los evangelios, cuya materia, aunque de oro, no igualaba al valor del arte, sembradas muchas perlas y piedras preciosas: tal era la majestad y grandeza con que en tiempo de los reyes godos se celebraba el culto divino. Estas alhajas sagradas las repartió Childeberto entre las iglesias de Francia; de cuya impiedad se puede inferir que no las había quitado de los templos católicos, sino de los arrianos.

No por esta victoria ni por la muerte de Amalarico ocuparon franceses toda la Galia Gótica, como alguno creyó; porque consta que la mantenían los reyes godos sus sucesores, pues á su llamamiento se juntaban los obispos para celebrar concilios en Narbona y en España, aunque es cierto que usurpó alguna parte de ella.

Esta fué la tragedia del matrimonio entre Amalarico y Clotilde, al uno y otro funesto; en que se conoce que no son las grandezas humanas las que hacen felices á los hombres, sino el saber usar bien de ellas.

En este mismo año de su muerte, que fué el quinto de su reinado, había Amalarico dado licencia á los obispos de la provincia de Toledo para que celebrasen en aquella ciudad el segundo concilio toledano; y aunque el cardenal Baronio dice que fué en el primero del rey Teudio, su sucesor, consta lo contrario del mismo concilio, porque en el principio dicen los padres que se congrega en el quinto año del reino de Amalarico, y en el fin le dan gracias por la licencia que les había dado, y llamándole glorioso, ruegan á Dios que le conceda innumerables años en su reinado para que les permita disponer las cosas convenientes al culto de la fe.

En este concilio de Toledo se renovaron y redujeron á ob-

servancia los antiguos decretos de la Iglesia y de los concilios, que por la injuria y abuso de los tiempos se habían dejado de cumplir, y entre otras cosas, se ordenó que los niños dedicados al servicio de las iglesias se criasen en una casa donde fuesen instruídos en las ceremonias y cosas tocantes al culto divino. De donde parece haberse dado ocasión á los seminarios instituídos por el concilio de Trento.

En este presidió Montano, prelado de Toledo y metropolitano de la primera silla de la provincia cartaginense, de quien refiere san Ildefonso que, habiendo sido acusado de un pecado de sensualidad, se purgó de él teniendo sobre sus vestiduras ascuas encendidas mientras celebraba el divino sacrificio de la misa, sin que las ofendiesen ni se extinguiesen; de donde tuvo ocasión en España el estilo de purgar los delitos tomando el acusado en las manos un hierro encendido, y si no le ofendía le daban por libre: abuso antiguo de las naciones, reducido á ley por los godos, el cual duró hasta el tiempo del papa Honorio III, que le quitó. Indiscreta fe de los hombres en la fuerza de la verdad, querer obligar á Dios á milagros públicos.

Antes de este concilio de Toledo se habían celebrado otros por el orden siguiente, advirtiendo al lector que cuando los concilios señalan los años del reinado de Teodorico, se ha de entender de España, durante la minoridad de su nieto Amalarico; porque muchos más habían pasado del de Italia.

Corriendo pues el sexto año, se celebró el primer concilio de que tenemos memoria, en Tarragona, donde se hallaron diez y nueve obispos. En él se ordenaron muchas cosas muy loables; las principales fueron: que los clérigos excusasen las visitas á sus parientas; que las hiciesen breves, y que llevasen consigo alguna persona anciana y de conocida virtud.

Que ningún obispo ni juez eclesiástico recibiese dones por la defensa de las causas, sino solamente lo que se le ofreciese gratuitamente.

De los cánones de este concilio consta cuán antigua es la costumbre de que gocen los obispos de la tercera parte de las rentas eclesiásticas, y también que ya en aquella edad había monjes y abades.

En el séptimo año del reinado de Teodorico en España se celebró en Gerona un concilio, con la asistencia de siete obispos, en el cual se confirmó el estilo antiguo de la Iglesia,

mandando que los que se hubiesen ordenado después de casados, no cohabitasen con sus mujeres.

También pocos años después se celebró un concilio en Lérida y otro en Valencia, en los cuales se establecieron muchos cánones para la reformatión de las costumbres y reverencia del culto divino.

Muy de notar es que así Amalarico como los demás reyes arrianos consintiesen que se congregasen en España tantos preladados de diversa religión, cabezas de las provincias, sin reparar en las máximas ordinarias de estado: argumento cierto de la bondad de los reyes y de la modestia y fidelidad de los españoles. Si ya no fué providencia divina para que en la perturbación y calamidades futuras de España por la invasión de los africanos, se hallase la fe católica pura y constante en los ánimos.

CAPÍTULO XI

TEUDIO, ONCENO REY DE LOS GODOS EN ESPAÑA

La primer máxima de reinar es no hacer grande sobre los demás á alguno, porque el demasiado poder desprecia la obediencia, fomenta las sediciones y aspira al dominio; no ha de confinar la autoridad del vasallo con la del señor natural. La distancia entre ambos es foso que asegura la majestad; aun representado en las tragedias el personaje de príncipe, engendra espíritus reales, ¿qué sucederá pues en quien, siendo árbitro del premio y de la pena, hiciere en el teatro del mundo las veces de príncipe? Tarde reconoció Teodorico, rey de Italia, este inconveniente en la autoridad de Teudio, ostrogodo de nación, á quien (como se ha dicho) envió por ayo de su nieto Amalarico y por gobernador de su reino; el cual, atento á la fábrica de su fortuna y á granjear con vínculos de sangre los ánimos del reino, casó con una española de noble y poderosa familia. El dote que le trujo fué tan grande, que pudo tener dos mil soldados á su devoción y llevar guardas, con que se hacía respetar y temer. Por otra parte, procuraba con el manejo de los negocios levantar criaturas que le asis-

tiesen; con que era grande su séquito. Quiso Teodorico cortar las raíces de sus designios llamándole con especie de honor á Italia; pero él, advertido, disimuló que penetraba el artificio, porque es muy peligroso darse por entendido de los secretos intentos de los príncipes, y se excusó con varios pretextos. Fingía Teodorico que se satisfacía de ellos, temiendo que si cayese en desconfianzas, no se levantase con el reino, asistido de los franceses. Pero después de muerto Teodorico y también Amalarico, se hizo coronar rey de España; en que vinieron los príncipes por la experiencia que tenía de las cosas del reino, y porque era muy prudente y muy diestro en las artes de la paz y de la guerra. En este hecho se engañó mucho la *Crónica general* del rey don Alonso el X; porque, suponiendo que Amalásunta fué mujer del rey Alarico y que tuvo por hijo á Amalarico, dice que, muerto éste, llamó á Teudio y le entregó la corona de España y de Italia: lo cierto es que Alarico (como se ha dicho) casó con Teudetusa, hija del rey de Italia Teodorico, á quien Mariana llama Ostrogoda, dándole por nombre propio el de su nación. De esta princesa nació Amalarico, por cuya muerte sucedió Teudio en los reinos de España y de la Galia Gótica, y su hermana Amalásunta casó con Eutarico, y tuvo por hijo á Atalarico; el cual, muerto su padre y su abuelo, heredó el reino de Italia; pero por ser de solos diez años se encargó Amalásunta de su gobierno; la cual, como prudente, dió la crianza de su hijo á tres varones godos, ancianos y doctos, advertidos en las cosas del mundo, para que le enseñasen las artes de reinar, instruyéndole en las ciencias. Pero los godos, criados en los ejércitos, y no en las escuelas, aborrecían aquella educación de su príncipe, diciendo que los reyes no se habían de criar entre el ocio de los estudios, porque con ellos se afeminaban los ánimos; y viendo un día que, castigado Atalarico, lloraba, se atrevieron á decir á su madre Amalásunta que procuraba la inhabilidad de su hijo para que, siendo incapaz del reino, y casándose ella segunda vez, tuviése su marido el cetro y ella participase más del manejo de los negocios; que ni las letras ni los maestros eran á propósito para encender altos pensamientos en el pecho de quien había nacido para emular las glorias de su abuelo y para gobernar reinos; que la fortaleza y magnanimidad con que se mantenía y acrecentaba la corona, se ejercitaban, no se aprendían; que quien había de

valerse de las armas convenía que se criase con ellas, y que antes le temiesen los maestros que los temiese él; que Teodorico, su abuelo, con la espada, y no con los libros, se había hecho señor del mundo; porque nunca había estudiado.

Con estas y otras razones le pidieron que diese libertad á su hijo para que conversase con los de su edad, dejándole salir con ellos al campo, donde con el trabajo, con el sol y el frío se endureciese su ánimo, hasta entonces encogido con el respeto á los maestros y delicado con las sombras y delicias del palacio. Estas instancias, bárbaras por sus extremos, que si fueran templadas con la moderación que pide la educación de los príncipes hubieran hecho buenos efectos, obligaron á Amalasunta á despedir los maestros y á dejar correr libremente la juventud de Atalarico; el cual, sin freno, expuesto al ejemplo de las libertades de los mancebos que le acompañaban, se entregó todo á la lascivia y al vino, de donde le resultó una enfermedad que le quitó la vida. Quedó Amalasunta expuesta á los atrevimientos de sus vasallos, porque ya no respetaban en ella la sucesión; y aunque su valor era de hombre, la despreciaban como á mujer; y con gran prudencia, aunque no con igual fortuna, llamó á Teodahato, que estaba en Toscana y era pariente cercano de Atalarico, y le entregó el reino, gobernándole ambos. Pero, como no es capaz de dos manos el cetro, fué más poderosa en Teodahato la ambición que el agradecimiento, y con algunos pretextos desterró á Amalasunta, y después la hizo degollar en un baño. ¡Qué fatal destino traen consigo los grandes beneficios, que casi siempre se pagan con mayores ingraticudes y ofensas! Si ya no es que aborrecemos como á deudores á los que los hicieron, ó que es especie de servidumbre la obligación.

De todo esto consta que el error nació de la semejanza de los nombres, siendo el primero que le bebió don Rodrigo, arzobispo de Toledo, y después muchos escritores que le siguieron.

Poco tiempo dejaron los franceses gozar á Teudio de la quietud de su reino; porque el rey Childeberto, unidas sus fuerzas con las del rey Clotario, su hermano, entró por España. No escriben los autores antiguos la causa. Roberto Gaguino, historiador francés, cree que no hubo otra sino la ambición de dominar, y consta de los actos de san Avito, donde se dice que el intento de Childeberto fué de juntar á su reino

el de España. Juan de Mariana piensa que, no hallándose bien satisfecho de la venganza tomada por los malos tratamientos de Clotilde, volvió á levantar las armas. Nosotros bien creemos que se valdría de este pretexto, aunque ligero y vano, porque ya el tiempo había borrado aquella ofensa, y en ella no había tenido culpa alguna Teudío, y era bastante satisfacción la muerte de Amalarico y el haberle destruido su reino y quitado sus tesoros. Pero los príncipes no suelen examinar la justificación de la guerra cuando los arrebató el apetito de dominar, y tienen siempre vivos los pretextos, sin darse por satisfechos de los agravios recibidos.

San Isidoro dice que fueron cinco los reyes de Francia que entraron por la provincia de Tarragona, y que, habiéndola talado y destruído, pusieron cerco á Zaragoza. Pero no es creíble que ignorase que no había en Francia tantos reyes en aquel tiempo; y así, creemos que está errado el texto, porque solamente Childeberto y su hermano pusieron sitio á aquella ciudad. En ella los ciudadanos, desesperados del socorro humano, acudieron al divino, haciendo procesiones al rededor de los muros. Los hombres enlutados, las mujeres cubiertas de ceniza las cabezas y suelto sobre las espaldas el cabello, acompañaban la túnica de san Vicente. Todos con lágrimas y suspiros invocaban su intercesión con Dios para que los librase de aquel peligro. Creyó Childeberto que aquellos gemidos eran encantos para deshacer su poder, y sabida después la verdad, le arrebató el corazón aquella religiosa piedad y desistió de la empresa, habiendo alcanzado de los sitiados que le diesen la túnica de san Vicente, que hoy se conserva en San Germán, iglesia de los arrabales de París, edificada para custodia de tan gran reliquia, donde hasta hoy está mostrando á sus sucesores y á los demás reyes católicos el respeto que se debe tener á las cosas sagradas, y cuánto se han de excusar las guerras cuando en ellas no se perdona á los templos y padece la religión. Esta santa demostración, digna de un pecho real y cristiano, parecía á los ojos humanos que dispondría á Childeberto segura la vuelta á Francia; pero son impenetrables los decretos de Dios, porque no siempre á las acciones piadosas corresponden felices los sucesos humanos, ó para ejercicio de la virtud ó para reparo de la vanagloria, como se experimentó en este caso; porque, habiendo querido volver á su reino, se adelantó Teudío, y con un ejército go-

bernado del general Teudiselo ocupó los pasos estrechos de los Pirineos. Halláronse los franceses empeñados entre aquellas montañas. La retirada era peligrosa, porque no podía ser en ordenanza, y habían dejado consumidas las provisiones y destruído el forraje. Reconocían los godos la ventaja, y regocijados, traían á la memoria el suceso de Stilicón contra Radagaso en Toscana. Prometíanse que con este se compensaría aquella desgracia, triunfando de los franceses, como de ellos habían triunfado los romanos.

La misma desesperación, que suele dar la victoria á los vencidos, obligó á los franceses á procurar abrirse los pasos con la espada, acometiéndolos con mucho valor; pero hallando gran resistencia, se retiraron, dejándolos más embarazados con los cuerpos muertos; pero lo que no pudo la fuerza, alcanzó el ruego y el dinero, habiendo ofrecido á Teudiselo una gran suma; el cual, juzgando que si al enemigo se ha de hacer la puente de plata, cuánto más se le debía conceder á costa suya, acordó que por espacio de un día y una noche les dejaría disimuladamente que pasasen. Las estrecheces eran grandes, el tiempo breve, y como procuraban todos gozar de él, los detenía el mismo concurso y la prisa; con que muchos quedaron dentro de los montes y fueron degollados.

Este feliz suceso no bastó á llenar el corazón, ambicioso de gloria, de Teudio, juzgando que no correspondían sus obras á la opinión concebida de su valor, por quien le habían elegido rey, y que convenía dar mayores muestras de él y asegurar el cetro con nuevas conquistas; habiéndole mostrado la experiencia en sus antecesores que los godos no elegían sus reyes para mantener inútilmente la majestad en la paz, sino para hacerla mayor en la guerra. Con estos motivos y con el pretexto de socorrer á los vándalos contra Belisario, general de Justiniano, emperador del Oriente, que los tenía muy apretados, juntó una armada para pasar á Africa y ocupar las costas opuestas á España antes que los cesarianos se hiciesen señores de ellas y se diesen las manos con los que estaban en España. Puso sitio á Ceuta, ciudad colocada en la boca del Estrecho, donde, por veneración á la festividad de un domingo, día dedicado á Dios, suspendió las baterías y asaltos. Los de dentro, valiéndose de la ocasión, salieron y rompieron el ejército religiosamente ocioso y descuidado; con que fué forzoso á Teudio volver á España, dejando á Gilimer, rey de

los vándalos, tan apretado de Belisario, que envió á España dos embajadores por socorro. Estos se detuvieron mucho en el pasaje, y entre tanto Belisario, que no menos guerreaba con la celeridad que con las armas, venció en batalla á Gilimer cerca de Cartago, y después le prendió, y en poco más de cuatro meses derribó el imperio de los vándalos en África, que había durado por un siglo. De esta prisión y ruina tan acelerada no sabían sus embajadores, y llegados á la corte de Teudio, que ya estaba informado del caso, le representaron (para facilitar el socorro) que estaban en buen estado las cosas de Gilimer, y que fácilmente podría con su favor echar de África á los romanos; que era común el peligro y grande la conveniencia de España en tener aquella tercera parte del mundo separada del imperio, cuya potencia era formidable á todos. Respondióles Teudio que volviesen á África, donde hallarían la respuesta de su embajada. Creyeron los embajadores que el rey tenía enajenados los sentidos por haber bebido mucho en un convite que les había hecho, y el día siguiente, pidiendo audiencia, le repitieron sus instancias, y habiendo tenido la misma respuesta, entraron en temores de algún mal suceso de su rey, y volviendo á África, fueron presos; dejando ejemplo á los demás embajadores de lo que importa ser bien avisados para no caer en semejantes desaires y peligros.

Gozaba Teudio con gran sosiego de su reino cuando, fingiéndose uno loco para entrar libremente en su palacio real, donde tal gente tiene siempre abiertas las puertas, no sin grave peligro de los príncipes, le atravesó el cuerpo con su espada. Cayó el miserable rey envuelto en su sangre; y reconociendo que era venganza del cielo por otro homicidio que había cometido, mandó que no ofendiesen al agresor. Reinó diez y seis años y cinco meses, y aunque era arriano, permitió, como dice san Isidoro, que los prelados de España pudiesen juntar concilio en Toledo y disponer todo lo que fuese conveniente á la disciplina eclesiástica y á la religión católica; y no habiéndose celebrado en su tiempo el concilio tercero de Toledo, sino en el de Recaredo, como diremos, habiéndose empezado el segundo en el año quinto del reinado de Amalarico, que fué el último de su vida, debemos creer que la licencia fué para continuarle y para convocar otros. Lo que merece admiración y alabanza es la religión y constancia de

los españoles, pues en la presencia de sus reyes, que seguían una secta contraria á la fe católica, se atrevían á descubrir su celo, procurando que se congregasen concilios en medio de España, sin que la lisonja los pervirtiese; permitiendo Dios que en tiempos tan turbados y tan ciegos resplandeciesen en virtud y en letras grandes prelados, estrellas lucientes de aquella oscura noche, como fueron Aprigio, obispo de Badajoz; san Laureano, obispo de Sevilla, y cuatro hermanos doctos, santos y obispos, san Justo, de Urjel; san Justiniano, de Valencia; san Nebridio, de Cabra, ó, como dice el arzobispo Loaysa, de Egara, lugar cerca de Zaragoza; de cuyos libros ilustres reservó algunos la injuria de los tiempos, y consumió otros; de lo cual se queja justamente el cardenal Baronio.

CAPÍTULO XII

TEUDISELO, DUODÉCIMO REY DE LOS GODO EN ESPAÑA

Siendo Dios por quien reinan los reyes, y despachándose en su divina cancellería los títulos de las coronas, ó ya sean hereditarias ó ya electivas, deben los súbditos respetar mucho á sus reyes, aunque sean malos y de contraria religión, procurando tenerlos gratos, y rogando á Dios por su conservación, como ordenó el Espíritu Santo al profeta Baruch, que su pueblo, detenido en Babilonia, hiciese con el rey Nabucodonosor y con su hijo Baltasar, los cuales adoraban los ídolos; porque es sagrado el oficio de reinar, aunque los sujetos no correspondan á sus obligaciones. Á Dios se ha de reservar el juicio de sus acciones, á cuyo cargo está el prolongar ó abreviar sus días; siendo el tribunal del pueblo muy ligero y poco informado para cometerle las causas de sus príncipes. Por estas consideraciones los prelados españoles y católicos, cuando se juntaban en los concilios, alababan á sus reyes y hacían plegarias por ellos, aunque eran arrianos, sin que se lea haber maquinado contra sus vidas, como hacían los godos; los cuales, ó por ambición de reinar ó porque no les agradase el gobierno, mataban á sus reyes y elegían otros, como sucedió á

Teudio y después á su sucesor Teudiselo. Eligiéronle por la calidad de su sangre, siendo sobrino de Totila, rey de los ostrogodos en Italia, hijo de hermana suya, y también por sus experiencias en las artes de la paz y de la guerra, acreditadas con la victoria alcanzada contra los reyes Childeberto y Clotario en los Pirineos. Pero estos presupuestos no salieron ciertos, porque no siempre corresponde la virtud y el valor de los descendientes á las hazañas y glorias heredadas, ni se mantienen constantes las operaciones hasta el último espíritu de la vida, de cuyas acciones postrimeras reciben su ser las pasadas; y así, le hubiera estado mejor á Teudiselo haber vivido sin aplauso ni fama, y muerto con ella; porque no hay disculpa en quien empezó á obrar bien y acabó mal, conociéndose entonces que el defecto es de la malicia, y no de la naturaleza.

Apenas recibió el cetro cuando la grandeza y soberbia del mando descubrieron en él, como es ordinario, sus inclinaciones naturales; y como fomentadas éstas con la púrpura y con el poder obran con mayor fuerza, se entregó todo á los vicios, y para gozar libremente de las mujeres hermosas, ó hacía matar á sus maridos secretamente, ó que les imputasen delitos con que fuesen condenados á muerte. Esta lascivia sangrienta, que no saben disimular los súbditos, porque toca en las honras y en las vidas, ofendió á los nobles; y estando cenando en Sevilla, apagaron las velas y le dieron de puñaladas; habiendo reinado diez y ocho meses, bastante tiempo para un príncipe tirano y vicioso. San Gregorio Turonense atribuye la muerte de Teudiselo á su incredulidad y oposición á un milagro que obró Dios para confirmar los ánimos en la fe de su sagrada religión, y por haber sido muy celebrado, y de autor francés tan grave y que floreció en aquel tiempo, como fué Gregorio Turonense, resumiré aquí su relación.

Dice pues que en Oset, lugar de la provincia de Lusitania, había una piscina labrada de mármol en forma de cruz, de tanta devoción, que le habían levantado un templo que la comprendiese, donde todos los años en el día del Jueves Santo se juntaba el pueblo, y hecha oración, cerraba el obispo las puertas del templo, sellando las cerraduras; y reconociendo el Sábado Santo si estaban como las había dejado, las abría, y hallaban la piscina llena de agua, tan á colmo como suele estar en las medidas el trigo, vertiéndose por todas partes.

Bendecíala el obispo con los ritos ordenados por la Iglesia, echando dentro de ella el sagrado Crisma, y luego se bautizaban los niños del lugar nacidos en aquel año.

Cuenta el mismo san Gregorio dos milagros que sucedieron en esta piscina con dos hombres que, ó no le tuvieron el respeto debido ó dudaron del milagro, y que el rey Teudiselo, viendo que con esta demostración sobrenatural hecha en templo de católicos se acreditaba su religión y se despreciaba la secta arriana, quiso desengañar al pueblo, creyendo que era engaño de los romanos (así llamaban á todos los católicos), y mandó que el Jueves Santo se pusiesen sus sellos reales juntos con los del obispo en las cerraduras de la iglesia, y que asistiesen guardas á la vista. Pero hecha esta diligencia dos años, se halló siempre la piscina llena de agua. No bastó esto á desengañarle; antes, creyendo que podía entrarle el agua por conductos secretos, mandó hacer un foso al rededor del templo, de quince pies de ancho y veinticinco de fondo, sin que se hallase manantial alguno; pero primero de llegar á la prueba efectiva permitió Dios que le matasen sus mismos vasallos, antes que incrédulo viese tercera vez el milagro.

Otro semejante á éste refiere san Isidoro, en las *Vidas de los obispos ilustres*, haber sucedido en Sicilia, poniendo las palabras de una carta de Pascasio, obispo de Lilibeo, escrita al papa León el Primero; y porque san Isidoro no hace también mención de este milagro, le pone en duda Juan de Mariana, debiendo considerar que el estilo de san Isidoro era de no divertirse de las materias que trataba, y que aun en ellas dejaba de referir sucesos muy grandes, como pasó en silencio en su *Cronicón* el martirio de San Hermenegildo, sobrino suyo, que con tanta solemnidad celebra la Iglesia, ni en la historia de los suevos refirió los milagros que obró Dios con Teodomiro y después con Miro, reyes de Galicia; y podía quietarse con la relación de san Gregorio Turonense, que también vivió en aquel tiempo; lo cual movió á Baronio, aunque no muy aficionado á las cosas de España, á darle fe, como se la dieron también el venerable Beda y Sigiberto, y después en tiempo del rey Leovigildo lo confirmó Dios; porque, habiendo diferencias entre los españoles y franceses sobre la celebración de la Pascua, celebrándola aquellos á los 21 de Marzo y éstos á los 18 de Abril, manaron en el mismo día las fuentes de Oset; con cuyo milagro se concordaron ambas

naciones en la celebración de la Pascua en el mismo día; y haber sido este el cierto consta de las tablas de Dionisio Abad, que son las mismas que las de Juan Lucido.

Solamente se ofrece una duda en la narración de Gregorio Turonense, donde dice que casi por tres años hizo Teudiselo el examen del milagro, no habiendo reinado tanto tiempo; pero se puede responder que le empezaría á hacer cuando era general del rey Teudio.

Sobre el lugar de Oset hay diferentes opiniones. Ambrosio de Morales dice que es el que hoy se llama Oseto, cerca de Sevilla, de quien hace mención Plinio, y le llama Julia Constancia.

CAPÍTULO XIII

AGILA, DÉCIMOTERCIO REY. — ATANAGILDO, DÉCIMOCUARTO REY
DE LOS GODO EN ESPAÑA

No sabe la ambición humana medir los puestos con la suficiencia, y ciega á los resplandores del honor, apetece lo más alto, sin reparar en el peligro cuando por falta de valor y prudencia no puede alcanzarle. De donde resulta que muchos son infelices en los cargos públicos, que fueran felices en la vida privada, como sucedió á Agila, electo rey de los godos, pues siendo inhábil para el gobierno de la corona, se le cayó presto de las sienas. Pensó hallar en ella su felicidad, y halló su muerte, habiéndosele rebelado luego Córdoba. Quiso obligarla con la fuerza á la obediencia, poniéndole sitio. Hicieron los de dentro una salida y le rompieron, matándole á un hijo y despojándole el bagaje, donde tenía grandes riquezas. Adversidad que atribuyó la piedad de los fieles al haber profanado el templo de san Ascicio mártir, poniendo en él sus caballos.

Retiróse el nuevo rey á Mérida; y como el favor de los hombres se conforma con los desdenes de la fortuna, huyendo de los que ella persigue, y salió tan desacreditado de aquella empresa, se le rebeló Atanagildo; el cual, para asegurar su tiranía, pidió socorro al emperador Justiniano, ofreciéndole que, debelado Agila, le entregaría una parte de España. Oferta

de tirano, atento á la ambición, y no al bien del reino; en que debiera considerar la pretensión del imperio romano á las provincias de España, de las cuales había sido echado con el valor de la espada; y que si una vez entraban en ella sus armas y ocupaban una parte, aspirarían á la conquista de lo demás, como después lo intentaron. Aceptó el Emperador el partido, que le abría el camino para triunfar del uno y del otro; y enviándole á Liberio Patricio con un ejército, se vino á batalla cerca de Sevilla, donde fué vencido Agila.

Reconociendo los godos su peligro en dos cetros divididos á vista de las fuerzas del imperio enemigo común, le mataron en Mérida en el tercer año de su reinado, y según otros en el quinto y seis meses. En su lugar eligieron por rey á Atanagildo, para que se opusiese á los romanos, apoderados ya de una parte de España. No repararon en que él mismo los había traído, temiendo que si elegían á otro no podrían oponerse á quien era árbitro de las armas propias y auxiliares; de quien podían nacer mayores peligros. Consideraron también que en los príncipes suele ser más poderosa la conveniencia propia y la razón de estado que la fe pública, y que cuando se viese rey procuraría echar de sus estados á los mismos que le habían asistido á la corona, como sucedió; porque, juzgando Atanagildo que la palabra dada en necesidad no se debía cumplir fuera de ella, ni que obligaba á un rey legítimo lo que había ofrecido siendo tirano, juntó las fuerzas de los godos é hizo luego guerra á los romanos, creyendo que hallaría en ellos la flaqueza que sus antecesores, sin advertir que el valor y espíritu de los príncipes se infunde en sus vasallos, y que con la prudencia de Justiniano en las artes de la paz, y con su consejo y buena disposición en las de la guerra, había levantado la majestad y grandeza del imperio romano.

Este rey tuvo en Gosvinda, su mujer, dos hijas, Galsvinda y Brunequilda, las cuales, para que fuesen vínculos de la paz entre España y Francia, casó con dos reyes de aquel reino y del de Lorena. Á Galsvinda con Chilperico, rey de Soissons, y á Brunequilda con Sigiberto, rey de Metz, hermano de Chilperico. Ambas estas princesas fueron católicas, y ambas muy celebradas de Venancio Fortunato en un epitalamio que hizo á sus bodas; pero muy desdichadas, habiendo la fortuna representado con ellas en el teatro de Francia la más funesta tragedia que han visto los siglos, y la que más puede desen-

gañar á los príncipes de que cuanto es mayor su grandeza, tanto está más sujeta á las mudanzas y peligros, bien así como todas las tempestades se arman en los montes más altos, y no en los valles humildes.

Recibió Chilperico con gran aparato y pompa á su esposa Galsvinda, y en los primeros meses la estimaba y amaba mucho por sus grandes virtudes, olvidado de los amores que antes tenía con Fredegunda, la cual, celosa, procuraba turbar la paz de aquel matrimonio y reducir á su amistad á Chilperico. Su ingenio era astuto y dispuesto á las artes, y encendidos los celos, la hacían más ingeniosa; con que volvió á cautivar el albedrío de Chilperico, siendo muchas veces más poderoso en los hombres el amor lascivo que el honesto, ó por la prohibición, ó por su libertad y desenvoltura, ó porque en la naturaleza humana es propio el vicio y prestada la virtud, después que fué depravada con el primér delito.

Con esto soberbia Fredegunda, despreciaba á Galsvinda y le hacía malos tratamientos. Ésta no podía sufrir verse esclava siendo señora, y se quejaba con modestia á su marido, procurando reducirle con lágrimas y halagos; los cuales, obrando diversos efectos, acrecentaban el aborrecimiento, teniendo Chilperico por importunas aquellas instancias y caricias; con que desengañada la reina, le pidió licencia para volverse á España, ofreciéndole que le dejaría sus tesoros, si ya por ser suyos no los aborrecía. Chilperico la entretenía con palabras blandas; hasta que, cansado de tener presente á quien se mostraba mal satisfecha, y de que no le dejaba gozar libremente de los amores de Fredegunda, que también cebaba con arte la discordia, mandó á un paje que en su mismo lecho la ahogase; algunos dicen que la degolló. Alborótose el palacio con su muerte. Reconocían todos su violencia, y como prudentes, temiendo ofender al rey, discurrían en que había sido natural y le buscaban las causas. El vulgo ignorante la atribuía á desenvolturas suyas, esparcida diestramente esta voz por Fredegunda; aunque los buenos, que sabían los amores del rey, la atribuían á ellos. Las demostraciones afectadas de sentimiento de Chilperico acusaban su delito; y temiendo que se leería en su semblante, vivía retirado, sin salir en público. Esta disimulación no se veía en Fredegunda, porque era más poderoso en ella el regocijo de la venganza y el deseo de hacerse temer de todos.

Quedó con este suceso dudosa la fama de Galsvinda; pero Dios, que tiene particular protección de la inocencia, descubrió la suya con un accidente milagroso. Habían puesto en su sepulcro una lámpara, y rompiéndose la cuerda, cayó en el pavimento, hecho de piedras, y como si fueran alguna materia blanda, se encajó en ellas hasta la mitad sin romperse. Fortunato, poeta de aquellos tiempos, celebró este milagro, exagerando que ni en las piedras se rompió el vidrio ni en el agua se extinguió el fuego. Esto se ha de entender así, que estando en las lámparas el agua debajo del aceite (como es ordinario) fué providencia divina que con el movimiento de la caída y con el golpe no se alterase el agua y extinguiese la luz; símbolo de cuán viva había estado siempre la fe conyugal de Galsvinda.

Á pocos días después de su muerte se enjugaron en Chilperico las fingidas lágrimas, y ciego en el amor de Fredegunda, se casó con ella, sin reparar en que con el mismo hecho descubría su delito. El primer efecto del vicio (como opuesto á la razón) es turbar la prudencia.

No menos infelices sucesos tuvo el casamiento de Brunequilda con Sigiberto, rey de Metz, porque heredó los odios que Fredegunda había tenido á su hermana. La una era belicosa y ambiciosa de dominar, sin que la razón ni la sangre moderase su pasión. La otra era de gran corazón, impaciente en las injurias. Ambas vivieron mucho, con que la discordia entre ellas causó diversas muertes y mudanzas de estados; culpa de los maridos, que se dejaban llevar de las iras de dos mujeres, y culpa de la flojedad de aquellos tiempos, si ya no fué disposición divina para reducir poco á poco á un cuerpo los reinos de Francia.

Heredó Sigiberto el reino de París por muerte de su hermano Chereberto. Creció con esta nueva grandeza la envidia y emulación entre las cuñadas, y furiosa Fredegunda, hizo matar en París á Sigiberto. Turbó mucho á Brunequilda la muerte de su marido, y juzgando que no estaba segura la vida de su hijo Childeberto, le retiró á Metz; pero ella no pudo librarse de las manos de Chilperico, y siendo presa, la envió á Ruán, donde, enamorado de su hermosura Meroveo, hijo mayor de Chilperico, habido en el primer matrimonio con Andovera, se casó con ella. Sintió mucho la madrastra Fredegunda este casamiento, y procuró deshacerlo con pretexto

de que había sido nulo, obligando á Meroveo á tomar el hábito de religioso en un convento, donde no le valió lo sagrado, porque allí le hizo matar, y también á su hermano Clodoveo, para que solamente de ella dependiese Chilperico. Á esta impiedad y tiranía de Fredegunda acompañaba la lascivia, habiéndose enamorado de Landrico, su condestable, y para gozar sin peligro de sus amores, mandó matar á su marido Chilperico, con cuya muerte quedó más libre su malicia; y dando sus armas al amigo, hizo guerra á Brunequilda y á sus hijos y nietos. Los sucesos fueron felices: ejemplo de que á veces acompañan á la tiranía, y no á la justicia.

Murió de enfermedad Fredegunda, después de haber turbado la Francia por muchos años. Más violenta y ejemplar muerte parece que se debía á su vida y delitos; pero son ocultos á la prudencia humana los eternos decretos de la divina Providencia; porque se ejecutó en Brunequilda el escarmiento que al juicio humano había merecido Fredegunda.

Heredó su hijo Clotario (como es ordinario) los odios de ella, y movió sus armas contra Brunequilda, á quien, después de varios sucesos, prendió y mandó luego sacar por las calles en un camello, y que después, atada por los cabellos á la cola de un potro no domado, fuese arrastrada. Bárbara crueldad, ejecutada en una princesa hija y madre de tan grandes reyes, sin respeto á su sexo ni á su edad, que ya era de muchos años. Pudiera aquí prorrumpir en exclamaciones mi pluma; pero se hallá suspendida con la admiración del caso.

Esta demostración pública ejecutada por un rey contra una reina con quien tenía muchos vínculos de sangre, y las calumnias esparcidas antes contra ella por Fredegunda, y también el odio que ordinariamente se tiene á los forasteros, hicieron creer al vulgo, ya de antes irritado contra los godos por los malos tratamientos de Clotilde y por las guerras pasadas, que había sido bien merecido el castigo de Brunequilda, por haber sido causa de todas las calamidades de Francia, haciéndole cargo de haberse perdido por ella diez reyes. Esta voz, admitida después ligeramente de algunos historiadores franceses, dejaron tan afeada su fama, que dice Aimón que una de las sibilas había profetizado los males y muertes que había de causar esta princesa.

Juan de Mariana procura defender su inocencia; de quien, debajo del nombre de un autor moderno, se ríe Baronio; y

podiera acordarse que no fué Mariana el primero que lo intentó, sino otros escritores antiguos, y entre ellos Paulo Emilio, el cual dice que san Gregorio papa la alabó mucho; que rescató con su dinero á muchos esclavos; que levantó muchos templos y reedificó otros, y que no sin fundamento Bocacio (que con gran diligencia procuró penetrar los secretos de la antigüedad), dice que la persiguieron como á extranjera y que con envidia le achacaron los delitos ajenos.

Esto se confirma con lo que dice Aimón (aunque en lo demás se muestra mal afecto á sus acciones), que edificó tantos templos, que parece increíble que tuviese una reina de Austria y Borgoña poder para tanto; y san Gregorio papa, entre otras muchas virtudes con que la celebra en diversas cartas, dice en una que es muy de alabar que en medio de los cuidados que tanto suelen perturbar á los que reinan, se aplicase con tan gran piedad al culto y obras pías; y san Gregorio Turonense (que también vivió en aquel tiempo), despreció aquella voz impuesta del vulgo, y dice que Brunequila era de buena disposición, de hermosa presencia, de honestas costumbres, prudente y apacible en su conversación. Las mismas calidades del ánimo y del cuerpo, añadiendo otras, alaba en ella Venancio Fortunato, y encarece su belleza, su modestia, su gravedad, su solicitud, su religión, su benignidad y su ingenio, y también san Antonino.

Lo que yo infiero de las inquietudes y tiranías de aquellos reyes, atentos á engrandecer sus coronas sin reparar en la justicia, y también del ánimo altivo y bizarro de Brunequila, es, que no le supo templar y acomodar al tiempo, ni disimular los agravios y ofensas, ya que no podía vengarlas.

Desde que hicimos alguna mención de Remismundo, rey de los suevos en Galicia, hemos pasado en silencio las acciones de sus sucesores, y no por descuido, sino porque, perdida la fe en aquel rey, permitió Dios que también se perdiese la memoria de los que, manchados con la secta arriana, le sucedieron en la corona; de los cuales ni aun los nombres se saben, hasta que después de noventa años se convirtió el rey Teodomiro, y con él todo su reino. El caso sucedió así:

Estaba el reino de Galicia inficionado con la lepra, y había tocado al príncipe Ariomiro, su hijo. Los remedios humanos no bastaban á curarle, y era menester acudir á los divinos; y llegando á la noticia de Teodomiro la santidad y milagros de

san Martín Turonense, envió á su sepulcro embajadores con tanta cantidad de oro como pesaba el cuerpo de su hijo, para que por su intercesión le concediese Dios salud; y no habiéndola alcanzado, juzgó que no merecía aquella gracia por ser arriano, y volvió á enviar los embajadores para que le trajesen una parte del manto que el Santo usaba en vida, haciendo voto que si el Príncipe sanaba de aquella enfermedad él y su reino se reducirían á la religión católica, como lo hizo, habiendo sanado el Príncipe y quedado libre de la lepra el reino. En reconocimiento de este favor levantó, á instancia de san Martín, un templo, que se entiende es el que hoy se ve en Orense, y por las exhortaciones de san Martín Dumiense convocó en el año tercero de su reinado un concilio en Braga, que fué el primero donde se congregaron los obispos de Galicia y se abjuró la secta de Prisciliano.

Era uno de sus dogmas que los cristianos no debían comer carne; y los padres, atentos á borrar de tal suerte sus herejías, que ni aun señales quedasen de ellas, consideraron que podía suceder que algún eclesiástico por otra causa no comiese carne, y ordenaron que en este caso estuviese obligado á mezclar alguna parte de ella con los guisados de yerbas y gustarla, imponiéndole la pena de excomunióon y privación de oficio si no lo hiciese.

En esto alaba mucho Baronio la iglesia católica de España, porque procuraba estar libre de los errores y de las sospechas de ellos, y dice que de esto ha resultado que cuando en nuestra edad se está abrasando el mundo en herejías, se conserva tan pura por la diligencia de sus ministros, y principalmente por el cuidado de sus reyes, que ni consienten las centellas ni el humo de la sospecha, por el peligro de que nazca de él algún fuego oculto.

En este concilio llamaron hijo los padres al rey, y con el mismo título trataron los del concilio cuarto de Toledo al rey Sisenando, á quien también san Braulio, arzobispo de Zaragoza, llamó hijo en una carta que escribió á san Isidoro. En otra al mismo santo llamó también san Gregorio el Magno hijo al rey Recaredo.

En el noveno año de su reinado convocó Teodomiro el concilio primero de Lugo, siendo tan grande su ardor y celo en las cosas de la religión católica y en ilustrar el culto divino, que dice el cardenal Baronio que én ello y en procurar la

paz de la Iglesia no era menos solícito que cualquier diligentísimo prelado, y nota también la providencia de Dios en que cuando el imperio romano empezó en el oriente á faltar á la fe, levantó en occidente un rey de España católico que la mantuviese congregando concilios, donde se condenaron todas las herejías de aquellos tiempos y á los autores de ellas. Con el sol se levantaron los estandartes de la Iglesia, y hasta aquí han seguido sus pasos. Quiera Dios que no los pierda de vista este hemisferio.

Vivía en estos tiempos Atanagildo retirado en su corte, sin que de él se refiera acción digna de memoria, sino es que de secreto, por temor á sus vasallos arrianos, mantenía la religión católica, y que murió con ella en Toledo, habiendo reinado quince años y siete meses. Algunos varían en este número.

Florecieron en su reinado san Millán de la Cogulla y Emiliano, natural de la Rioja, varones ilustres en virtud y letras.

CAPÍTULO XIV

LIUVA, DÉCIMOQUINTO REY.—LEOVIGILDO, DÉCIMOSEXTO REY.—
HERMENEGILDO, DÉCIMOSEPTIMO REY DE LOS GODOBOS EN ESPAÑA.

Á las naciones que no tienen reino fijo, y han de levantarle con el valor y prudencia de quien las gobierna, sin que pueda detenerse el curso de las empresas con los accidentes de la sucesión, más les conviene elegir que recibir leyes, porque la sucesión pende del caso, sujeta á la suerte de nacer y á los desórdenes de la naturaleza, que no siempre de buenos produce buenos, y cuando los produzca, suele pervertirlos la dominación; porque, reconociendo el príncipe de su nacimiento la corona, desprecia á los súbditos, y tiene por herencia el cetro, y no por oficio; con que mal satisfechos los ánimos, se disuelve el vínculo recíproco entre el vasallo y el señor, aquél por la conveniencia de ser bien gobernado, y éste por la autoridad de dominar: achaques todos muy peligrosos en los rei-

nos nuevamente conquistados, en los cuales es cetro la espada; y así, todos empezaron por la elección, en quien no es tan grande este peligro, porque examina los méritos la experiencia; y aunque los hombres no suelen corresponder siempre á sí mismos, mudándose con el tiempo sus costumbres, no puede cautelarse más la prudencia humana. Solamente en la elección es muy considerable el peligro del interregno, cuando discordan los electores en el sujeto; de que nacen los daños y calamidades que se vieron en España después de la muerte de Atanagildo; porque, no acordándose los godos en la elección de un nuevo rey, estuvo vacante el cetro cinco meses, con gravísimo daño del público sosiego, atendiendo más á los fines y conveniencias particulares que al bien del reino; en el cual, á semejanza del mar agitado con varios vientos, se levantaron (como he visto en una historia manuscrita) opuestas olas de facciones; con que dividido el pueblo, y todo confuso, mandaba la malicia y fuerza, perdido el respeto á la religión y el temor á las leyes, á la obediencia y á los magistrados. Conocieron los romanos la ocasión que les daba aquella división, y extendieron sus dominios mientras las armas de los godos se ensangrentaban en las discordias domésticas, sin que los daños propios ni el ejemplo de los ajenos pudiesen desengañarlos, aunque habían visto que la desunión de los nietos de Genserico, rey de los vándalos en África, había causado la ruina de aquel imperio, y que las diferencias entre Teodahato y Amalásunta, valiéndose ésta de la protección del emperador Justiniano, amenazaban (como sucedió) la caída de la potencia de los ostrogodos en Italia; pero cuando son fatales los casos no desengañan los ejemplos.

Quien más derecho tenía al cetro era Liuva por lo ilustre de su sangre, siendo descendiente de la alcuña real de los Baltos. Pero esto mismo le dificultaba más la pretensión, porque algunos príncipes de grandes pensamientos aspiraban á la corona, divididos los godos en facciones, las cuales fomentaba de secreto Chilperico, rey de Francia, aunque en público mostraba deseo de que se compusiesen, dando á entender que se compadecía de sus calamidades, y que les procuraba el reposo; en que era interesada su misma conveniencia, porque confinando su reino con la Galia Gótica, el fuego que se encendiese en ella abrasaría su reino.

Con este artificio encubría las diligencias que con gran disi-

mulación hacía para encender los odios. Atribuían los ingenios vulgares, que se pagan de las apariencias, á buen celo y correspondencia estos oficios; pero los prudentes conocían que su intento era acrecentar la disensión para que, viniendo á las armas, se valiese una de las partes de las suyas, y entrando en las Galias, pudiese después triunfar de ambas, ó que fuesen tales las dificultades y odios de las facciones, que, no pudiéndose acordar en la elección, la hiciese en su persona, sin reparar en que era forastero ni en el peligro de que se separase la Galia Gótica de la obediencia de España y se arrimase al reino de Francia, quedando por antemurales de ambas potencias los montes Pirineos.

Para lograr estos intentos tenía inteligencias secretas con algunos godos principales, los cuales, ganados con donativos y promesas, se oponían á la elección de Liuva, representando que no era elección libre la que se reducía á una sola familia. Que en la nación goda había otras no menos antiguas é ilustres que la de los Baltos. Que no había razón para que se excluyesen los ostrogodos que descendían del linaje real de los Amalos, siendo de una misma nación, á los cuales solamente distinguía el oriente y el ocaso. Que así se perdía el derecho de elegir y se introducía poco á poco la sucesión, como había sucedido á diversas naciones. Que la virtud y el valor crecían con la esperanza de mayor premio. Que, excluidos los extranjeros, se hacían enemigos, y que era mejor razón de estado obligarlos con las esperanzas del cetro. Que los romanos habían trabajado en quitar la distinción odiosa de las naciones, para dominarlas á todas sin el peligro de las competencias entre sí.

Estas razones aparentes habían arrebatado tanto el aplauso y aprobación del vulgo, que no penetra el fondo de las cosas, que muchos, no pudiendo inclinar la elección al sujeto de los godos que deseaban, se reducían á que se hiciese en un forastero. Reconoció el peligro Fonda, varón ilustre por su sangre y por su facundia, que después se halló en el concilio tercero de Toledo, y se suscribió en él (como era estilo, después de los prelados); y arrebatado del celo de la gloria de su nación, se resolvió á juntar á los godos y hacerles este razonamiento:

« Ningunas artes, valerosos príncipes, más peligrosas en el enemigo que las que se visten de las conveniencias ajenas,

porque fácilmente el entendimiento y la voluntad se dejan engañar de lo que tiene alguna especie ó apariencia de bien; y así, no sin grave sentimiento mío veo introducidas por nuestros mayores émulos algunas máximas con que procuran hacer común la pretensión al reino y turbar la forma loable y el antiguo estilo de preferir en la elección á la corona á los de la sangre real, con que de muchos siglos á esta parte hemos conservado la grandeza de la nación goda y la serie real de nuestros gloriosos reyes, sin que sea contra la libertad del derecho de elegir el contenerse en los sujetos de una familia cuando son beneméritos de la corona y concurren en ellos las calidades convenientes para sustentarla y acrecentarla; en que no se contraviene á la libertad de la elección ni se da ocasión á la sucesión, siendo libre el excluir los hijos y elegir los colaterales, ó buscar otros cuando no fuesen los más próximos capaces de la corona. Ni es peso grave obedecer siempre á una familia; antes sería más pesado si ya obedeciésemos á ésta y ya á aquélla, porque cuando pasa el cetro de unas á otras, se multiplican los eslabones de la servidumbre, porque los descendientes de quien ha reinado quedan, si no con la majestad, con la soberbia de haberla merecido sus antepasados, y con la ambición de continuarla en sus personas; maquinando siempre contra el reposo y libertad pública para volver á sus casas el cetro. De donde resultan fácilmente las sediciones y tiranías, valiéndose de las facciones ganadas en el tiempo de su reinado. Fuera de que, cuando una familia está hecha á dominar, tiene más conocidas las artes del gobierno y prevenidos los instrumentos de reinar, y manda con mayor modestia; porque la novedad de la grandeza ensoberbece los ánimos y los hace tiranos.

»Estos inconvenientes son mayores cuando las familias nuevas levantadas al cetro no tienen por sí mismas dote bastante con que sustentar su lustre y esplendor, porque se valen para ello de los tributos; y temiendo que ha de pasar la corona á otra familia, ponen las manos en las rentas públicas, venden los oficios y la justicia para juntar tesoros con que sustentarse después. Revuélvanse los anales é historias, y no se hallará reino electivo donde no se haya tenido atención á elegir reyes de una familia sola; y aunque los ostrogodos son de una misma nación, los diferencia el nombre y el dominio, y esto basta para que (como es ordinario) tengan

con nosotros mayores emulaciones y odios que con los demás; de que tenemos muy costosas experiencias en las guerras que nos han movido. En cuanto á la proposición de hacer capaces de nuestro imperio á los extranjeros, no puedo dejar de decir que me parece sediciosa y contra nuestra reputación y libertad; porque si eligiésemos por rey á alguno de los príncipes confinantes, juntando los límites de sus estados con los nuestros, y haciéndole árbitro de nuestras fuerzas y armas, aspiraría luego á la tiranía de nuestro reino, uniéndole con el suyo; con que quedaría perpetuo un infame yugo sobre nuestras cervices. ¿No mancharíamos la gloria de nuestras hazañas si los que hemos domado los mayores príncipes del mundo nos sujetásemos al arbitrio de un extranjero y á los estilos, costumbres y vicios de su reino, con que, no menos que con las armas, nos haría la guerra?

»Conservad pues los institutos de vuestros antepasados, aprobados con la experiencia de muchos siglos, sin admitir novedades que ofendan á vuestra gloria y libertad. Presentes tenéis á muchos príncipes de la alcuña real de los Baltos, que corresponderán á las obligaciones heredadas de sus heroicos predecesores.»

Esta oración fué tan eficaz en los ánimos de los godos, que luego eligieron por su rey á Liuva; el cual, habiendo probado un año el peso de reinar, le juzgó por intolerable y le dividió, encargando á Leovigildo su hermano las provincias de España, para que se opusiese á las armas de los romanos, las cuales, de auxiliares, se habían convertido, como es ordinario, en enemigas. Él se retiró á la quietud de las Galias, donde había estado mucho tiempo.

Con esto quedó dividido el cetro, que no suele consentir compañero; pero el poco espíritu de Liuva para sustentarle, y la generosidad de Leovigildo para ampliarle en lo que ocupaban los romanos, sin ser desconocido á la división fraterna, los mantuvo concordes, aunque fué bien menester la interposición de los montes Pirineos para que no se encontrasen las órdenes, que suelen causar diferencias en los ánimos más conformes.

El año de esta elección fué el segundo del reinado de Ariomiro, rey de los suevos en Galicia, hijo de Teodomiro; de cuya piedad y religión es buen testimonio una constitución suya, que debemos á la diligencia y estudio de Ambrosio de

Morales, de la cual consta también haberle el papa Juan enviado una embajada : demostración que en aquellos tiempos hacían los pontífices con los reyes ardientes en la fe, para encender más su celo y para darles autoridad en orden á la propagación de la religión en sus reinos. En esta constitución, por error de la pluma se escribió Teodomiro, en lugar de Ariomiro, su hijo, el cual la hizo, como consta de la fecha, dada en el segundo año de su reinado; y con esta ocasión advertimos al lector que el nombre Miro era sobrenombre común á todos los reyes de Suevia, como el de Augusto á los emperadores, y que se valieron de él los escritores y aun los concilios, omitiendo los nombres propios.

Este rey fué muy celoso del servicio de Dios y muy atento á mantener sus vasallos libres de los errores de la secta arriana; habiéndose confirmado más en la verdad de la religión católica con un milagro que obró Dios en su presencia, y le refiere Gregorio Turonense, autor de aquellos tiempos, por relación del mismo rey.

Salía del templo de San Martín, que había fabricado su padre, á cuya puerta hacía sombra una parra cubierta de racimos, y por respeto al Santo mandó que ninguno tocase á ellos; pero un paje, más goloso que obediente, levantó el brazo para coger un racimo, y luego se le secó la mano. Airado el rey, mandó que se la cortasen; pero los cortesanos que le acompañaban le pusieron en consideración que no debía hacer mayor el castigo de Dios, porque no le ejecutase en su persona. Compungido el rey, volvió á la iglesia, y postrado delante del altar, regó con lágrimas su peana, procurando aplacar á Dios con sus oraciones, como sucedió; porque luego se le fué calentando al paje la mano, y extendidos por ella los espíritus vitales, recibió su antiguo movimiento. Frecuentes demostraciones de las iras de Dios dejamos escritas contra los desacatos á los templos, y aunque son mucho mayores los de este tiempo, apenas las vemos: señal evidente de que, ó no espera la enmienda, ó que no le merecemos el castigo temporal. En aquel quiso mostrar la divina Providencia á aquel rey la reverencia que debían tener los príncipes á las iglesias y á las cosas consagradas á Dios. De aquí nació el crecer su fervor y celo, convocando el segundo concilio de Braga para instituir en su reino la buena disciplina eclesiástica, como se ejecutó en diez decretos. También se señalaron

los términos de los obispados de Galicia, con tan buen juicio, que después el rey Wamba los aprobó en su división general.

No se quietó el celo del rey con haber hecho este concilio, y luego convocó otro en Lugo, que fué el segundo. En él se hizo la profesión de la fe, nombrando los cuatro concilios, el Niceno, el Constantinopolitano, Efesino y Calcedonense; pero no el quinto: lo cual no fué olvido ni disentimiento de los padres, sino porque, como dice san Gregorio papa, en los cuatro se trató de la fe, y así, convino expresarlos en la profesión de ella; y no el quinto, donde solamente se trató de las personas divinas.

Este celo y religión de Ariomiro premió luego Dios dándole grandes victorias en la Rioja, de donde volvió triunfante y rico de despojos.

En este tiempo se hallaba Leovigildo árbitro de todo el imperio de los godos, por haber muerto en la Galia Gótica su hermano Liuva, habiendo reinado tres años, según san Isidoro, ó según otros, cinco, con más reposo que gloria.

Precedieron el reinado de Leovigildo y sucedieron en él algunos prodigios, que después los interpretó el suceso de las cosas. Bramó como toro en la Galia Gótica por muchos días un monte que se levantaba en las riberas del Ródano, y dividido de otro, con quien estaba trabado, cayó sobre el río, sepultando en él sus ruinas y muchos edificios é iglesias edificadas en sus faldas, sin que los hombres ni los animales pudiesen escaparse; en que parece que prevenía la divina Providencia la persecución que por la impiedad de este rey habían de padecer los templos católicos y las personas sagradas en el imperio de los godos, como se dirá en su lugar, y como lo declaró otro prodigio algunos años después más próximos á la persecución, habiendo entrado en Burdeos los lobos de la comarca, donde se comieron todos los perros, sin que pudiesen los ciudadanos defenderlos con las armas. Perros eran, guarda y defensa de las iglesias, los obispos católicos que Leovigildo persiguió é hizo desterrar; los cuales se oponían con gran constancia á los lobos cismáticos de la secta arriana. Ni aprobamos por acontecidos fuera del orden natural semejantes prodigios, ni los despreciamos, aunque se les puedan buscar las causas de tales efectos; porque suele la Providencia divina avisar á los hombres por medio de la misma naturaleza con lo extraordinario de sus abortos.

Tenía Leovigildo dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, habidos en Teodosia, hija de Severiano, duque de la provincia de Cartagena (título en aquel tiempo de gobierno, no de estado, como lo fué después), y hermana de los santos Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina. Muerta Teodosia, casó con Gosvinda, viuda del rey Atanagildo.

No se embarazó Leovigildo con las cosas domésticas, ni el ocio de palacio desdoró su cetro; antes, viendo ya asegurada su sucesión, y que era obligación suya ensanchar el reino que le habían encargado, movió luego sus armas contra los romanos y contra algunas cabezas de los godos que, mal satisfechos de la elección pasada, ó mal seguros por haberla contradicho, les asistían, y cerca de Baeza les dió la batalla y los venció; y siguiendo el curso de la victoria, taló la comarca de Málaga, ocupó á Medina-Sidonia, y revolviendo sobre Vizcaya, ocupó á Amaya, que algunos llaman Aregia y otros Varegia, ciudad entre Burgos y León. Pasó á Aquitania, y sosegó los movimientos que allí se habían levantado, prendiendo á Alpidio, autor de ellos, y también á su mujer é hijos.

Con la felicidad de estos sucesos creció su ambición de dominar. La vecindad del reino de los suevos en Galicia daba celos al de los godos, y no podía sufrir que hubiese otra corona en España, y para unirla con la suya se valió del pretexto de la religión, con que se suele disfrazar la tiranía, diciendo que primero Teodomiro y después él habían dejado la religión arriana, reduciéndose á la católica, con que no podía asegurarse de un rey poderoso y de contrario culto; y prevenido un ejército, marchó luego contra él. Reconoció Ariomiro el peligro y que la reputación de los príncipes consistía en saber conservar sus estados sin reparar en las leyes supersticiosas del honor, introducidas por ligereza y vanagloria de los vulgares, y que en lances tan apretados se debía servir al tiempo y á la necesidad, porque ninguna afrenta podía suceder mayor á un príncipe que verse despojado de sus estados. Con todo eso, para dar á la sumisión y desaire algún color honesto, se valió del pretexto del sosiego de sus vasallos, como obligación primera de los príncipes; y enviando sus embajadores á Leovigildo, le escribió esta carta:

«Antes veo movidas contra mí tus armas que sepa la causa; porque ni yo he faltado á la buena correspondencia de veci-

«no, ni en ti hay derecho alguno á mi corona ni pretensión
»de confines. Si acaso te da pretexto la diversidad de religión,
»advierte que no es bastante para moverme la guerra, ni será
»conveniencia tuya; porque darás ocasión á los franceses
»para que se valgan del mismo pretexto y te despojen del
»reino, como despojaron al rey Alarico, antecesor tuyo. La
»elección del culto está reservada al libre albedrío, y en mí
»fué por inspiración divina, heredada del rey mi padre, y si
»te opusieres á ella con la fuerza, tendré en mi favor al cielo.
»Á pasar contigo estos oficios, no sin algún descrédito del
»decoro de mi persona real, me ha obligado el amor á mis
»vasallos y el ser oficio mío procurar su sosiego. Si no te mo-
»vieren á conservar la buena correspondencia y amistad que
»se debe á la mía, por tu cuenta correrán los daños, y por la
»mía el salir á recibirtte dispuesto á la paz ó á la guerra. Yo
»espero que no será tan feroz tu ánimo, que admita esta y
»desprecie aquella, olvidado de los vínculos de amistad y san-
»gre con que están enlazados ambos cetos. Lo demás enten-
»derás de mis embajadores.»

Esta diligencia de Ariomiro no pudo excusar la guerra, pero bastó á alcanzar una tregua; pareciendo á los embajadores que se debía aceptar, para valerse del beneficio del tiempo, que suele desvanecer los peligros.

Leovigildo se movió á concederla por haber entendido que el emperador Justino enviaba contra él un poderoso ejército, y no le pareció prudencia mantener dos guerras á un mismo tiempo; y así, volvió las armas que tenía en los confines de Galicia contra los romanos, de los cuales triunfó felizmente.

Acabadas tan grandes cosas con las armas, se redujo á las artes de la paz, reformando las leyes establecidas por el rey Eurico, y dando otras al reino, reducidas todas á breve número.

Eran en aquel tiempo muy familiares los reyes godos, porque no se diferenciaban en los vestidos. Se sentaban á la mesa con sus capitanes, de cuya familiaridad nacía el atreverse á sus personas reales, y á ejemplo del emperador Justiniano, introdujo Leovigildo el cetro, la diadema y el manto real, para que entre los demás se señalase la majestad y fuese más venerable, porque el respeto nace de la diferencia y de la admiración.

No podía el corazón generoso de Leovigildo sufrir que la

ciudad de Córdoba mantuviese la rebelión en que había caído desde las revueltas del rey Agila, porque descomponía la armonía del imperio godo; y por secretas inteligencias con uno llamado Framidaneo, la sorprendió una noche y redujo á su obediencia, como también la provincia de Sabaria, cuya situación no se puede averiguar.

Consideró Leovigildo, como prudente, los peligros de la elección á la corona en manos de la milicia, que fácilmente las ensangrentaba en los reyes que elegía, y que al mismo reino era más conveniente la sucesión; y para introducirla suavemente, sin que la novedad causase nuevos tumultos, se valió del arte con que los emperadores romanos frustraban la elección, y nombró por compañeros en el reino á Hermenegildo, con título é insignias de rey, dándole el gobierno de Sevilla, y á su hermano Recaredo otra parte del reino.

Á este tiempo estaban rebelados los de la provincia de Orospeña, constituida entre los montes que nacen de las faldas de Moncayo, y corriendo por Molina, Cuenca y Segura, se paran á la vista del estrecho de Cádiz; y los domó con las armas.

Rebeláronse después los rústicos, confiados en la aspereza del sitio, y también los redujo á su obediencia. Pasó á Gascaña, é hizo lo mismo de una parte de ella que estaba inquieta. Para memoria de estos trofeos fundó las ciudades de Vitoria y de Recópolis, del nombre de Recaredo. No se averigua bien si se levantó donde el río Guadiela se confunde con el Tajo, cerca de Pastrana, ó donde está ahora Almonacid.

Para gozar con paz de tantos triunfos y afirmar sus reinos con la amistad y parentesco con Francia y con unir en su casa las familias reales de España, casó á su hijo Hermenegildo con Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Lorena, y nieta de la reina Gosvinda y de Atanagildo. Esta princesa vino á España con gran pompa, y con la misma fué recibida de su abuela Gosvinda, la cual con caricias y halagos procuró reducirla á la secta arriana, persuadiéndola á que, según el estilo de ella, se volviese á bautizar; pero no queriendo obedecerla, la maltrató con palabras y obras, arrastrándola por los cabellos, y despojada de las vestiduras reales, mandó que la echasen en una piscina. Estas y otras afrentas sufrió con gran paciencia la Reina, hasta que pasó con Hermenegildo á Se-

villa, donde sus persuasiones y las razones eficaces de san Leandro, obispo de aquella iglesia, ilustraron el entendimiento de su esposo Hermenegildo y le redujeron á la verdad de la religión católica. Sintió mucho Leovigildo su conversión, y procuró con varios medios reducirle á la secta arriana; pero con ellos se encendían más los disgustos entre padre é hijo, porque se redujo el negocio á disputas y odios domésticos, divididas las familias del uno y del otro en facciones, las cuales procuraban granjear la gracia con demostraciones de celo; y unos acusaban al padre la obstinación del hijo, y otros al hijo la impiedad del padre, hallando conveniencias en tenerlos discordes.

Era Hermenegildo sencillo, virtud dañosa en quien gobierna, y fácilmente se dejaba llevar con especie de bien, arrebatado de un celo tan ardiente, que ni sabía disimular ni reparaba en las conveniencias ni en los peligros, y para manifestar más su ánimo contra su padre, había hecho batir monedas de oro con su retrato y nombre en una parte, y en la otra la imagen de la Victoria con este mote: «Hombre huye del Rey;» significando que, como cismático, no se podía comunicar con él. De todo esto resultaron tales disgustos y desconfianzas entre ambos, que cada uno se prevenía para la fuerza. Hermenegildo procuró reducir á su partido al emperador Tiberio, y le envió por embajador á san Leandro. Por otra parte, Leovigildo previno sus tropas, las cuales, como conducidas para guerra de religión, hicieron graves daños en las tierras de los católicos, y refiere san Gregorio Turonense que saquearon un monasterio de San Martín entre Sagunto y Cartagena, donde, habiéndose huído los religiosos, estaba solo el Abad, que por su mucha vejez no se había podido retirar, y que habiendo un soldado levantado el brazo para matarle, sin respetar lo venerable de su persona, cayó muerto á sus pies; lo cual entendido por el Rey, mandó restituir al monasterio cuanto le habían robado.

Las mismas prevenciones hacía Hermenegildo para su defensa, habiéndose declarado en su favor algunas ciudades. Reconoció Leovigildo el peligro de aquella guerra, cuyo suceso, ó próspero ó adverso, sería la ruina de su casa, y que tendría contra sí á los españoles, porque casi todos eran católicos; y le pareció prudencia intentar, antes de mover sus armas, si podría reducir á su hijo con esta carta:

« No sin admiración de tu ingratitude he sabido que dispo-
» nes para ruina mía el ser de naturaleza y de fortuna que has
» recibido de mí. Apenas autoricé tu mano con el cetro, cuan-
» do le conviertes en espada, y más con ambición de dominar
» que con razones de religión, mudas la que tuvieron tus an-
» tecesores y sigues la de los católicos para tenerlos en tu fa-
» vor, y con pretexto de ella despojar del reino á tu mismo
» padre. Advierte con tiempo que Dios, por quien reinan los
» reyes, no consentirá que se logre tu intento contra su verda-
» dera fe y contra las leyes de naturaleza. Estas mismas armas
» que enseñas á ser desleales se ejercitarán en tu sangre, como
» te advierten muchos ejemplos domésticos. Los franceses,
» que suelen disimular, pero no olvidar los agravios, fomentan
» con especie de religión tus designios, para vengar con la
» ruina de ambos la afrenta de la reina Clotilde. Esas tropas
» auxiliares de los griegos, poco seguros en la fe, se volverán
» contra las nuestras cuando las vean destruídas con guerras
» civiles. La razón de estado de tus mayores ha sido siempre
» de unir los ánimos de los vasallos con el vínculo de una sola
» religión, y tú fomentas y te haces cabeza de la católica. Ellos
» por muchas edades examinaron bien la verdad de la religión
» arriana y la falsedad de la católica, y tú quieres abrazar ésta
» y despreciar aquella, llevado más de los halagos de la reina
» tu mujer que de la razón. Bastantemente se ha declarado
» Dios en ellas, pues en la una permite por castigo la cruz, el
» cuchillo y el fuego, y en la otra premia con glorias, trofeos
» y cetros.

» Pero si deseas apresurar la sucesión, impaciente de mi
» larga vida, poco puede ya durar, y entre tanto la misma
» edad irá depositando en ti el manejo y la autoridad del go-
» bierno, quedando sólo en mí la sombra de rey. Y si desde
» luego pretendes más parte de mi reino, no la has de alcanzar
» con los medios de la fuerza, sino con los de mi amor y afec-
» to paterno. Vuelve, vuelve á reconciliarte con Dios y con-
» migo; que la ligereza de tu edad juvenil, el arrepentimiento
» humilde, te facilitarán el perdón y la gracia. Desarmados te
» ofrezco los brazos; pero si tu obstinación los armare, se hará
» reputación el castigo, y no podré usar de mi acostumbrada
» piedad. No des ocasión á una guerra dañosa al reino que has
» de poseer, y afrentosa á tu gloria y fama; donde, siendo
» vencedor el padre y vencido el hijo, se convertirán en suspi-

»ros las aclamaciones de la victoria y en lutos los despojos
»del triunfo.»

Leyó Hermenegildo esta carta, enternecidos los ojos; y conservando el respeto de hijo y la constancia de católico, respondió así:

«Reconozco de ti, oh padre y señor, el ser de naturaleza y de
»fortuna, pero no el del alma, que recibí de Dios, y cuando las
»obligaciones naturales se oponen á las del Criador, precepto es
»divino que el hijo se aparte del padre y el padre del hijo. Y así,
»no la ambición de la corona temporal, sino el deseo de la eter-
»na, me ha hecho cabeza de los católicos, despreciando los peli-
»gros internos y externos y las máximas políticas de mis proge-
»nitores; porque no se ha de gobernar la religión por la razón
»de estado, sino la razón de estado por la religión, ni el se-
»guir la de Arrio asegura tu reino, antes da ocasión á las
»armas católicas de Francia, Italia y África para que, con
»pretexto de piedad, se muevan contra él. Las afrentas y per-
»secuciones de la religión católica no desacreditan su verdad,
»antes la dan á conocer, pues en ellas permanece constante
»por tantos siglos; y las glorias, los trofeos y coronas de los
»arrianos, ó han sido premio de virtudes morales ó castigo,
»pues no menos suele Dios castigar con las felicidades que
»con las adversidades. Las que han padecido en África los
»vándalos y en Italia los ostrogodos, que siguen tu secta, te
»pudieran servir de desengaño. No me valgo de las armas
»para tiranizar tu reino, pues en él tengo por tu benignidad
»una parte muy considerable que me obedece como á rey,
»sino para defender la religión católica contra los impíos
»consejeros que tienes al lado; porque contra sus errores y
»persecuciones es fuerza que esté armada la verdad; y si (lo
»que Dios no permita) me obligares á batalla, tuya será, y no
»mía, la culpa, pues con la fuerza quieres obligar al libre al-
»bedrío; y si entonces muriere á tus manos, espero que con
»mi sangre se labrará el duro diamante de tu corazón para
»que resplandezca en la tiara de la Iglesia católica.»

Esta respuesta encendió más las iras de Leovigildo; y viendo que le habían salido vanas las amonestaciones paternas, procuró hacerse respetar y obedecer con las armas. Las de Hermenegildo tenían causa más justa, pero eran inferiores; porque, habiendo traído por auxiliares las de los griegos enviados por el emperador Tiberio, dando en rehenes á su mu-

jer Ingunda y á su hijo Teodorico, reconoció Leovigildo, como prudente, que puede más en las guerras civiles la astucia que la fuerza, y ganó con dinero á los griegos. En que advierta el lector que, después que el imperio romano se transfirió á Constantinopla, llamaban romanos los historiadores á los que eran griegos. Puede ser que unos y otros estuviesen mezclados, conservadas las legiones romanas.

Era Leovigildo muy astuto, como suelen ser los herejes, y reconociendo lo que puede con los pueblos la religión, juntó en Toledo los prelados arrianos y les hizo declarar en voz algunos puntos de su secta á favor de la opinión de los católicos, y el principal fué que el Hijo en la Santísima Trinidad era igual al Padre, aunque no lo sentían así. Con lo cual engañados muchos católicos, juzgando ya acabadas las diferencias entre ellos y los arrianos, se apartaron de Hermenegildo, y otros ó le asistieron flojamente ó se estuvieron neutrales por no mezclarse en las ruinas ajenas. Con que se halló obligado á retirarse á Sevilla: allí le sitió su padre mucho tiempo, asistido del rey de los suevos Ariomiro; y estando los sitiados con gran necesidad de bastimentos, por haberle mudado la madre al río Guadalquivir, se salió Hermenegildo secretamente, y según dicen algunos autores, se retiró á Córdoba, donde los ciudadanos, por ganar la gracia de su padre, se le entregaron, como suele suceder en las guerras civiles, en las cuales la lisonja se arrima al vencedor. Pero Gregorio Turonense dice que se retiró á Osete, lugar fuerte cerca de Sevilla, con trescientos soldados, fiado en el afecto de sus moradores, que se mudó al viento de la fortuna, como sucedió, arrimándose al partido de Leovigildo, el cual hizo poner fuego al lugar por cuatro partes. Retiróse Hermenegildo al templo para valerse del favor divino, ya que le faltaba el humano, ó para dar lugar á algún ajustamiento. Adelantóse su hermano Recaredo, con licencia de su padre, para hacer voluntario su rendimiento y aplacar con él á Leovigildo; y llegando á su presencia, le habló así:

«Temo, oh querido hermano y amigo, que no podrá mi corazón turbado dar aliento á las palabras para representarte tu peligro y mi sentimiento. Pero estas mismas lágrimas y sollozos que las interrumpen te persuadirán que, no como mensajero de nuestro padre ni como interesado en tu ruina, sino como partícipe en la calamidad común, te procuro redu-

cir á su obediencia. De ella te apartó el celo de religión, no menos peligroso que las demás pasiones cuando no le gobierna la razón. Este no es bastante excusa de haber movido la guerra á nuestro padre, porque con las armas de la oración, no con las del acero, habías de procurar que le redujese Dios al verdadero culto. La diversidad de religión no es bastante pretexto de los rebeldes cuando el príncipe no obliga á la suya con fuerza y tiranía, y tú sabes bien que nuestro padre ha permitido siempre el ejercicio de la católica, y si le irritares más, le harás enemigo y perseguidor de ella. El ímpetu en esto no es mérito, sino temeridad, pues á la misma religión que profesas convendrá más la disimulación hasta que heredes enteramente la corona, y entonces se ajustarán todos (como es ordinario) á la opinión y culto de quien manda. Entre tanto es dañosa al mismo fin de la religión la guerra, porque en ella introducidos los vicios, y poderosa con las armas la ignorancia, desconoce la verdad. Advierte bien que, dividido en facciones el reino, seremos todos despojos de los reyes de Francia, atentos siempre á nuestra ruina; y no desesperes de la clemencia de nuestro padre; porque, si como rey tiene por su misma defensa levantadas las armas, como padre está con los brazos tendidos para recibirte en su gracia; los disgustos entre padres é hijos suelen ser como golpes en los pedernales, que levantan centellas de amor; ya en ti no es elección el venir á sus manos, porque en el estado que te hallas, ó el hierro ó la llama te llevará á ellas. Ven, ven conmigo, querido hermano; que yo te libraré de sus iras, procurando que te conserve, como antes, en los estados é insignias reales.»

Dijo, y tomándole por la mano, le llevó á la presencia de Leovigildo, el cual, con el primer afecto paterno le abrazó; pero, habiendo batallado en su pecho la impiedad con la naturaleza, quedó ésta vencida, y mandó que le llevasen preso á una torre de Sevilla, donde le tuvo en cadena, ligadas las manos al cuello; cuyo rigor aumentaba Hermenegildo con el ayuno y el cilicio. Creyó su padre que la aspereza de la prisión rendiría su ánimo; pero viéndole constante, sin haberse dejado vencer de las persuasiones y ofertas de un prelado arriano enviado á este efecto, le mandó cortar la cabeza. Esperó el santo rey el golpe, y la palma del martirio en vez del cetro, postradas las rodillas, juntas al pecho las manos y levan-

tados los ojos al cielo; cuya sangre fué el celaje del alba de la monarquía española y el rubí más ilustre que hoy resplandece en las diademas de sus reyes. Esta fué la real semilla, que muerta produjo copiosas mieses de fieles en sus provincias.

Bajó luego un coro de ángeles á acompañar el cuerpo y celebrar sus exequias; cuya dulce armonía y la luz de muchas antorchas encendidas que se vieron de noche ilustrar la prisión, confirmaron la devoción y la fe de los católicos; los cuales hasta hoy veneran en Sevilla la torre donde estuvo preso y fué martirizado.

De este martirio no hizo mención san Isidoro en su *Crónica*, ó por respeto al rey Leovigildo, su cuñado, ó por modestia, habiendo de referir los milagros sucedidos en Hermenegildo su sobrino, ó porque su asunto más fué de ajustar los tiempos que de escribir historia. Gregorio Turonense dice que llevó Leovigildo hasta Toledo á Hermenegildo, y que, despojándole del manto real, y dándole un vil vestido y un solo paje, le desterró. En esto concuerda el abad de Balclara, pero añade que Sisberto le mató en Tarragona; el cardenal Baronio niega haber sido desterrado. La diversidad de estas dos opiniones no turba la verdad del hecho, porque más que ellas pesa la autoridad del papa san Gregorio el Magno, que vivía en aquella edad, y escribió por relaciones de muchos las circunstancias de este martirio; el cual se confirma con la tradición de España y con la festividad que le celebra la Iglesia á 13 de Abril.

Viendo los griegos muerto á Hermenegildo y victorioso á su padre, hicieron mayor la malicia de su falso trato, llevando á presentar al emperador Mauricio (como despojos de la guerra) á la reina su mujer, Ingunda, y al príncipe su hijo, que tenían en rehenes. En el viaje murió la madre, quién dice que en África, quién que en Sicilia, y ninguno afirma de cierto lo que sucedió al príncipe su hijo.

De esta ocasión se valió el rey de Francia Childeberto, hermano de Ingunda, y también Guntrando su tío, cubriendo la ambición y deseo antiguo de usurpar la Galia Narbonense con el pretexto de vengar la afrenta hecha á su hermana y al príncipe su hijo, y también la muerte del cuñado, y dispusieron sus armas contra los godos, las cuales debieran mover contra los griegos, que, faltando á la fe (como es costumbre

de aquella nación), hicieron el robo, no habiendo causa de resentirse de la muerte de Hermenegildo, por ser diferencias domésticas entre padre é hijo, que no tocaban á los extranjeros; y aunque en ellas Gregorio Turonense culpa á Hermenegildo por haber levantado las armas contra su padre, no tiene razón, porque obró según el precepto evangélico, que antepone las leyes de Dios á las de naturaleza.

Otro pretexto añaden los historiadores franceses, de haberse hallado en el campo un billete en que se daba á entender que Leovigildo escribía á Fredegunda que con su industria procurase impedir el intento del ejército y matar á Childeberto y á su madre; invención que por sí misma acusa la ligereza de los que la escriben, siendo más cierto lo que el mismo Gregorio Turonense afirma, que Guntrando, al mover su ejército contra España, dijo estas palabras á los cabos: «Id, y en primer lugar sujetad á mi obediencia la provincia de Septimania, porque está vecina á las Galias, y es cosa indigna y horrenda que los godos se extiendan hasta ellas.» De suerte que en aquellos reyes la vecindad sola de un principado era bastante título de su usurpación. Procuró Leovigildo reducir al francés á la paz enviándole diversos embajadores; pero no bastaron, porque no buscaba justificaciones, sino pretextos para la guerra.

Formado el ejército de franceses y borgoñones, marchó la vuelta de Narbona, avanzando las tropas por las riberas de los ríos Sona, Ródano y Sena, en las cuales no hubo exceso ni sacrilegio que no cometiesen, matando á los sacerdotes en los altares sagrados, destinados, no para hacer ofensas á Dios, sino para obligarle al perdón con el culto y con las oraciones.

Habiendo llegado los franceses á Carcasona, les abrieron los ciudadanos las puertas, y después por sus escándalos los echaron fuera, matando al conde Terenciolo; y quitándoles el botín y el bagaje, hicieron en ellos gran matanza. Los que escaparon dieron en emboscadas de los godos y en las manos de los de Tolosa, los cuales se satisficieron de los daños recibidos al pasar por allí.

No fueron menores los que recibieron en la comarca de Nimes; porque, habiéndola talado y abrasado, matando á los labradores, no hallaron después bastimentos con que sustentarse ni forraje para sus caballos, y se quedaron en el camino

mueertos de hambre y á manos de los rústicos más de cinco mil. No por esto escarmentaban los demás; antes despojaron las iglesias del territorio de Arverna, habiendo en esta retirada hecho mayores tiranías en los países propios que pudieran la furia y la venganza de los enemigos. En este teatro del mundo se vuelven á representar tragedias pasadas; y así, la misma mala disciplina y los mismos excesos y sacrilegios de aquella milicia vemos en la presente, con daño de las provincias y de quien las conquista. Ya pues pudiera haber enseñado la experiencia el remedio de tan graves inconvenientes; pero estos ó no se reconocen ó se desprecian cuando la divina Providencia permite la guerra para castigo del vencido y del vencedor.

Llegó esta nueva infeliz al rey Guntrando; sintió con piadoso dolor no menos los sacrilegios cometidos que la rota del ejército, y convocados los cabos de él en la presencia de cuatro obispos y de los príncipes de su reino, refiere un autor francés, consejero del mismo rey, que les habló en esta sustancia:

« Siendo Dios quien da las victorias, ¿ cómo las podremos esperar de su mano si en estos tiempos no guardamos los institutos y loables costumbres de nuestros antecesores? Ellos tenían puestas sus esperanzas en Dios, con cuyo favor triunfaron (en premio de su fe) de las naciones; nosotros, sin temor á su castigo ni respeto á su providencia, ponemos la confianza en las diligencias humanas y en nuestras artes y fuerzas. Ellos edificaban iglesias, nosotros las derribamos; ellos honraban los santos, nosotros despreciamos sus reliquias y nos burlamos de su sagrado culto; ellos veneraban los sacerdotes, nosotros los perseguimos, y en los mismos altares los degollamos y ofrecemos su sangre como víctima á la crueldad. De donde nace el entorpecerse los aceros de nuestras espadas y que los escudos no puedan defendernos. Si en estos sacrilegios he tenido yo alguna culpa, caiga sobre mí el castigo; pero si vosotros, por la inobediencia á mis reales órdenes, y por haber faltado al cuidado y vigilancia que se debe tener en la disciplina militar habéis tenido culpa, conveniente es que en vosotros se ejecute la pena, para que, satisfecha en pocos la venganza de la divina Justicia, queden libres de ella los demás, y se corrijan con este escarmiento.»

Confusos los capitanes, respondieron con gran sumisión, lisonjeándole, para mitigar su rigor, con que era muy conocido y digno de alabanza su temor á Dios, la bondad de su ánimo magnánimo, su respeto á las iglesias, su reverencia á los sacerdotes, su piedad con los pobres y su liberalidad con los necesitados, y que en estas y otras virtudes reales era émulo de sus gloriosos antepasados. Confesaron los excesos y daños cometidos, teniendo por especie de satisfacción de la culpa la confesión; pero con gran destreza se excusaron con que era tan grande la licencia y libertad de la gente, que no se podía corregir sin evidente peligro de algún tumulto. Así suelen los que mandan atribuir sus culpas á los que obedecen.

El Rey con gran constancia se declaró, que no podía sufrir que por la amenaza de cualquier peligro se dejase de ejecutar la justicia, con descrédito de la majestad de su real oficio.

En esta piadosa demostración pueden aprender los príncipes á conservar con rigor la disciplina militar; porque sin ella ni se pueden hacer grandes conquistas, ni estas serán de consideración si las destruye el acero y la llama.

No se ensoberbeció Leovigildo por esta victoria; porque, como advertido en los casos de la fortuna, reconocía cuán sujetas están las armas á ligeros accidentes, y que entre los laureles y palmas triunfantes echan mayores raíces y más copiosos frutos los olivos pacíficos; y aunque pudiera valerse de las amenazas para obligar á Guntrando á la paz, se la pidió con ruegos y con dones; pero no le pareció al francés que debía tratar de ella hasta haber vengado la injuria recibida, y envió una armada sobre las costas de Galicia, donde, avisado Leovigildo, tenía prevenida otra. Ambas vinieron al conflicto. Duró por largo espacio con igual valor y constancia. Peleábase por las vidas y por la gloria; y aunque los godos apellidaron la victoria, quisieron los franceses que se escribiese con su sangre, y no por sus relaciones, y casi todos murieron allí, excepto algunos que se escaparon en los esquifes. Así castiga Dios á los que rehusan la paz, conformándose con la petición de David, que destruyese las gentes que quieren la guerra.

Este desprecio de la paz y nuevo rompimiento obligó á Leovigildo á ordenar á Recaredo, su hijo, que entrase por

Francia, juzgando que era más conveniencia mantener la guerra en el país ajeno que esperarla en el propio; y que ninguna cosa turbaba más á aquella nación impetuosa que el verse acometida, como sucedió; porque, no solamente rompió su ejército, sino también ocupó dos villas, donde había gran número de gente, la una por acuerdo y la otra por fuerza.

Marchó luego Recaredo á sitiar á Ugerno, lugar muy fuerte en las riberas del Ródano; y dándole muchos asaltos, le rindió. Desde allí bajó á las comarcas de Arles y las taló; con que volvió victorioso y triunfante á España.

Satisfecho Leovigildo con los daños hechos, envió embajadores á tratar de paz con Childeberto, el cual lo atribuyó á flaqueza y volvió á prevenirse para la guerra, obligando á Leovigildo á enviar otra vez contra él á Recaredo, el cual desde Narbona hizo una invasión en Francia, y talando las provincias vecinas, se retiró cargado de despojos á Nimes; con que redujo á Childeberto á valerse del emperador Mauricio, confederándose con él contra los longobardos y godos que dominaban en Italia, para tenerle después contra Leovigildo. Pero siendo vencido de ellos, volvió á su reino tan deshechas sus fuerzas, que no pudo moverlas contra España.

No se ablandó el corazón de Leovigildo con la sangre vertida de su hijo; antes, más feroz, creyendo que la ruina de su casa procedía de la religión católica, la persiguió de allí adelante; y como la impiedad y la tiranía se procuran mantener con la ignorancia y con el vicio, aborrecía la virtud por la fuerza que tiene sobre los ánimos, y también las letras, porque ilustrando los entendimientos, les dan á conocer la falsedad de los errores y la infamia de la servidumbre. Con estas máximas, tenía por sospechosa la fama y aplauso de la santidad y doctrina de san Leandro, obispo de Sevilla; del gran doctor de España san Isidoro, y san Fulgencio, primer obispo de Écija y después de Cartagena; y sin causa bastante desterró á san Leandro, á san Fulgencio, y también á Mausona, obispo de Mérida, poniendo en su lugar (como era estilo de aquellos tiempos) á Sunna, gran defensor de la secta arriana; y para salir á cumplir su destierro, dieron á Mausona un potro por domar, creyendo que le arrastraría; pero su gran virtud fué mazarola que le tuvo sujeto y obediente.

En este tiempo el abad de Balclara (que después fué obispo

de Gerona), natural de Santaren en Portugal, había vuelto de Constantinopla, donde estuvo siete años estudiando las lenguas latina y griega y diversas ciencias, en que era muy docto. Procuró el Rey acreditar su secta con reducirle á ella; pero hallándole constante á sus amenazas, le desterró; y retirado á Barcelona, padeció allí grandísimas persecuciones de los arrianos. También desterró á Liciniano, obispo de Cartagena, el cual fué envenenado en Constantinopla.

Estos y otros varones ilustres por su virtud y letras florecían en aquel tiempo, no sin particular providencia de Dios, para que con valor se opusiesen á los impíos mandatos de aquel rey, y mantuviesen pura en España la religión católica. Sólo Vincencio, obispo de Zaragoza, declinó de ella, rendido á los halagos del Rey, que fué la sombra con que se realzó la constancia de los demás prelados; cuya infamia borró Dios con la sangre del martirio de otro Vincencio, abad.

Con el mismo furor persiguió Leovigildo á los demás católicos; y como del exceso en un vicio nacen otros, bien así como del tronco de un árbol fecundo diversos renuevos, se entregó á la avaricia y ambición, despojando las iglesias, persiguiendo á los más nobles y poderosos para enriquecer al fisco, y para que, faltando competidores á la corona, se conservase en sus descendientes.

Si bien suele la divina Justicia deshacer semejantes desig-nios tiranos, también suele levantar imperios con ellos para premio de la virtud futura de los sucesores; y así, este impío rey fué instrumento de la grandeza de su hijo Recaredo, uniendo á la corona el reino de Galicia, que poseía el rey de los suevos Eborico; porque, habiéndose atrevido á levantar contra él las armas Andeca, hombre principal, casado con su madrastra Sisegunda, le despojó de la corona y le obligó á deponer las insignias reales y tomar el hábito de religioso. Valióse Leovigildo de la ocasión, como quien vivía atento á ella, y con pretexto de amistad y de confederación entró con su ejército en Galicia. Venció y prendió al tirano, y para privarle de la nobleza y dejarle incapaz del reino (según la costumbre y fueros de aquellos tiempos) le mandó quitar el caballo y le desterró á Béjar. Debiera entonces restituir en el cetro á Eborico; pero sus intentos eran de quedarse con aquel reino, y lo disponía así la divina Justicia, por haber su padre, el rey Ariomiro, antepuesto á las obligaciones de reli-

gión las conveniencias de estado, asistiendo á Leovigildo contra el santo Hermenegildo en el sitio de Sevilla, donde murió, ó como dice san Gregorio Turonense, salió de allí enfermo mortalmente.

Siendo pues este el designio de Leovigildo, dió lugar á que un tirano llamado Molarico se apellidase rey de Galicia; y echándole también del reino, le hizo suyo á título de haberlo conquistado dos veces con la espada. Así las potencias mayores se señorean de las menores, y este es el peligro de las armas auxiliares cuando son mayores que las propias. Tal fué el fin del imperio de los suevos en Galicia, sustentado por ciento setenta y cuatro años.

Poco gozó Leovigildo de esta felicidad, porque el mismo año falleció en Toledo, habiendo reinado diez y ocho; á cuya prudencia y valor se debe la grandeza del reino de los godos en España, porque le dió por términos al uno y otro mar. Fué fama que murió católico, alzando el destierro de san Leandro y de san Fulgencio, y aconsejando á su hijo Recaredo que los respetase como á padres y se valiese de sus consejos, restituyendo al reino su antigua religión. Á dar crédito á ello obliga la autoridad de Gregorio Turonense, el cual dice que lloró siete días antes de su muerte las ofensas hechas á Dios. Fuera de que, piadosamente se puede creer que le valdría la intercesión con Dios de su hijo Hermenegildo, siendo cierto que en los últimos días de su vida dudó de la secta arriana viendo que por la religión católica obraba Dios muchos milagros; y preguntando á un obispo arriano que cómo no sucedían en su religión, respondió confuso que él había dado la vista á muchos ciegos, pero que lo había encubierto por modestia; y habiendo hecho que uno se fingiese ciego, se le presentó en presencia del Rey, pidiéndole que diese luz á sus ojos. Puso en ellos sus manos para sanarle, y perdió la vista. Con que descubierto el engaño, quedó corrido, y el Rey más sospechoso de su secta, confirmándose después en la religión católica con la prueba de un católico que, disputando con un arriano, y no pudiéndole convencer con la Sagrada Escritura, lo procuró con un milagro, tomando en la mano un anillo ardiendo, del cual no recibió lesión alguna.

CAPÍTULO XV

FLAVIO RECAREDO, DÉCIMOCTAVO REY DE LOS GODOS
EN ESPAÑA

Es la religión vínculo y firmeza de los imperios, unidos en un culto los ánimos. Pero si hay en ella diferencias ó mudanzas, se perturban y dividen en facciones; de donde nacen las conversiones de los dominios de unas formas de gobierno en otras, excluidos los señores naturales, ó por la mano de los súbditos ó por aquella de la divina Justicia; de que hay diversos ejemplos en nuestra edad, pues casi todos los príncipes que se apartaron de la religión católica, siguiendo las sectas de Lutero y Calvino, perdieron el cetro dentro del quinto grado.

En semejantes novedades puede mucho á los principios el hierro y el fuego; porque, echadas raíces, es menester obedecer al tiempo y á la necesidad, reduciendo á la verdad del culto los ánimos de la multitud con el ejemplo y con la benignidad.

En esto fué gran maestro de los demás príncipes el rey Recaredo, el cual habiendo sucedido en la corona á su padre, recibido antes el sacramento del bautismo, trató luego de reducir sus reinos á la religión católica, valiéndose de los consejos de san Leandro y san Fulgencio, en que era menester más la destreza que la fuerza, por estar aún poderoso el partido de los arrianos; y porque no pareciese que los quería obligar con el imperio, y no con la razón, los convenció en una junta de los hombres más doctos de una y otra religión, y después, para granjear los ánimos y confirmarlos en su opinión, usó de una política prudente, de que deben usar los príncipes nuevos, y fué deshacer aquellas cosas que habían hecho odioso á su padre, restituyendo con mayor aumento á las iglesias y á los nobles sus heredades y bienes confiscados y aplicados por su padre al fisco. Moderó los tributos, venció con la clemencia la aspereza, con la bondad la malicia y con la beneficencia la avaricia del gobierno pasado. Á estas artes

acompañaba su presencia benigna y majestuosa y su trato dulce y apacible, que son las recomendaciones más poderosas para ganar la voluntad de los súbditos. Era prudente y pío. Las provincias que su padre conquistó con la guerra mantuvo con la paz, las estableció con la justicia y las rigió con la moderación. Sus tesoros empleaba en los gastos ordinarios de la corona y en las necesidades públicas y particulares, juzgando que para beneficio público había heredado el reino; con lo cual se hizo amar tanto de todos, que le llamaban padre; cobrando tal opinión y autoridad, que los redujo suavemente á la religión católica, asistiéndole todos en las demostraciones de severidad contra los obstinados; porque, hecho una vez capaz el pueblo de su conveniencia, es ejecutor del rigor, aunque sea contra sí mismo, sin reparar en su libertad ni en sus privilegios. Consideró Recaredo que, como se pega la peste por los vestidos inficionados, así la herejía por los libros; y juntando todos los arrianos en Toledo, los mandó quemar; y porque la semilla de la fe no arraiga bien ni echa profundas raíces si no están cultivados los ánimos con la virtud, procuró reformar las costumbres, primero con el buen ejemplo de su persona, á quien imitan los vasallos, teniéndole por parte de obsequio, y después con la reforma de su palacio, escuela donde el pueblo aprende las virtudes ó los vicios. Redujo á breve suma las leyes. Eligió varones de gran piedad y doctrina para las mitras y dignidades eclesiásticas, y de mucha experiencia é integridad para el magistrado. Y porque la religión florece en la quietud de la paz y se marchita con el calor y polvo de las armas, procuró pacificarse con Guntrando, rey de Orleáns, y con Childeberto, rey de Lorena, excusándose de no haber tenido parte en la muerte de Hermenegildo ni en la desgracia de Ingunda. Childeberto se dió por satisfecho, aunque era hermano de Ingunda, y asentó la paz, enviando con muchos dones á los embajadores; y Guntrando, que solamente era tío, no los quiso admitir y los detuvo en el camino. Aparente parecía la sospecha de que Recaredo, como inmediato sucesor de Hermenegildo, hubiese sido cómplice en su muerte y en la prisión de su mujer é hijo; pero el francés quería tener vivo el pretexto para apoderarse de la Galia Gótica, como lo intentó después.

Procuró también Recaredo aplicar otros medios para unir

más los vasallos debajo del yugo de la Iglesia, y para todo halló muy dispuestos los ánimos, ablandada ya en ellos la dureza de la secta arriana con la gloriosa sangre del santo rey mártir Hermenegildo.

Llegó la nueva de la conversión del rey Recaredo al pontífice san Gregorio el Magno, y mostró luego su consuelo y regocijo en una carta escrita á san Leandro, con quien siempre mantenía amigable correspondencia, y porque de sus primeros capítulos consta cuánto por la relación estimaba las loables costumbres de Recaredo, los pondremos aquí :

« Respondiera con más atención á vuestras cartas si el trabajo del cuidado pastoral no me oprimiera tanto, que quisiera más llorar que escribir, como lo conocerá vuestra reverencia en el mismo estilo de mi carta, pues hablo con negligencia á quien amo con fervor. En este puesto me hallo tan combatido de las olas del mundo, que no puedo encaminar al puerto la nave vieja y cascada, de cuyo timón por oculta dispensación de Dios se me encargó el gobierno. Unas veces le acometen las olas por la proa, y otras se hinchan y levantan por el costado los montes del espumoso mar, y por la popa le va siguiendo la tempestad. En medio de esta turbación, me hallo forzado ó á proejar contra las olas ó á llevar la nave á orza y cortar á soslayo el ímpetu de la tempestad; y lloro, reconociendo que por negligencia mía crecen las aguas de los vicios, y que, endurecida la borrasca, se resienten en el naufragio las tablas podridas. Con lágrimas me acuerdo que perdí la agradable ribera de mi quietud, y miro suspirando la tierra que por la oposición de los vientos no puedo tomar. Por tanto, querido hermano, si me amáis, extended la mano de vuestra oración para ayudarme en este combate de las olas, esperando que por paga de ellos hará Dios más fuerte y valeroso en vuestros trabajos.

« No puedo explicar con palabras mi regocijo, habiendo entendido que nuestro común hijo, el gloriosísimo rey Recaredo, se ha convertido con perfecta devoción á la religión católica. Yo por la relación que me hacéis de sus costumbres amo al que no conozco; y pues tenéis bien penetradas las asechanzas del antiguo enemigo, y que suele mover más cruel guerra á los vencedores, conviene que vuestra santidad vele con mayor diligencia sobre el rey para que perfeccione lo bien comenzado, y sin ensoberbecerse con la perfec-

»ción de sus obras y con los méritos en esta vida, mantenga
»la fe que ha recibido y muestre en sus acciones ser ciudada-
»no del reino del Cielo, para que, después de muchos años,
»pase de éste temporal á aquél eterno.»

De esta carta no se pone la fecha en el registro; pero de ella se conoce haberla escrito san Gregorio al principio de su pontificado, que fué algunos años después de la conversión de Recaredo. Nosotros la ponemos en éste por no turbar el orden de la historia.

En este feliz estado se hallaba la iglesia primitiva de España cuando la divina Providencia, que tiene por estilo fundar sobre trabajos y persecuciones la religión católica, permitió que se levantase contra ella en la Galia Gótica el obispo Ataloco, gran defensor de la secta arriana, á quien asistían los condes Granista y Bildegerno; pero, como los católicos tenían de su parte al rey, se mostraban briosos en la confesión y defensa de la fe, aunque no les bastó para que los arrianos, hechos á dominar y más en número, no los oprimiesen con la fuerza, ejercitando en ellos todo género de crueldades. Turbóse tanto el sosiego público, que ni el afecto de los padres perdonaba á los hijos, ni la obediencia de los hijos respetaba á los padres; siendo tan poderosa en los hombres la inclinación al culto divino, que ningún vínculo humano puede tener unidos los ánimos cuando discordan en el conocimiento de Dios. Y como es imposible que se mantenga la fidelidad y obediencia al príncipe donde hay diversas religiones, porque los que no sienten lo mismo que él no se juzgan por seguros, y procuran mudar la forma de gobierno, se rebelaron los arrianos contra el rey Recaredo, cuyas armas vencieron en batalla á los condes, y Ataloco murió de pesar, viendo que no se lograba su intento.

No quedaron tan quietas aquellas provincias, que no diesen causa á nuevos movimientos; porque en las guerras civiles por causa de religión no hay diligencia que baste á apagar de todo punto el fuego: siempre quedan ascuas debajo de las cenizas, dispuestas á nuevos incendios; lo cual reconocido por el rey Guntrando, y cuánto se facilitan las empresas con las discordias internas, volvió á renovar el pretexto de la muerte de Hermenegildo y de la prisión de su hermana Ingunda para hacer la guerra al rey Recaredo, enviando á su general Desiderio que entrase con un ejército grande en la

Galia Gótica, donde en una batalla cerca de Carcasona se aclamó por él la victoria. Pero los franceses, orgullosos, prosiguieron el alcance con tal desorden, que, volviendo sobre ellos los godos, quedaron rotos y muerto el general. Gregorio Turonense pone esta victoria en el reinado de Leovigildo, y dice que Desiderio con unas tropas de caballería se adelantó en el alcance de los godos, y que llegando á la ciudad con los caballos cansados, salieron los de dentro, y los cercaron y degollaron, sin que apenas quedase uno que pudiese volver con la nueva.

Pudiera este feliz suceso sosegar los ánimos inquietos de los arrianos; pero es contumaz la impiedad, y ni se rinde á la razón ni á los peligros; y así, no dejaron de proseguir sus designios turbulentos, principalmente Sunna; el cual, ofendido de que el rey Recaredo le hubiese quitado el obispado de Mérida, restituyéndole á Mausona, su verdadero prelado, quiso vengarse en el competidor quitándole la vida; y porque no se podía ejecutar sin mucha gente, por haber el duque Claudio, gobernador de la provincia Lusitana, puesto presidio en Mérida, procuró hacer una conjuración de muchos, y asegurarse del presidio matando también al duque.

Dióles por cabeza á Witerico, mancebo de mucha calidad y de gran corazón, que esperaba su fortuna de la perturbación de las cosas; el cual se criaba en la casa de Claudio, destinado del cielo para rey de España, como lo fué después. ¿Quién penetrará las causas ocultas que mueven á la divina Providencia en la distribución de los cetos? Evidente argumento de que tal vez se dan por castigo, y no por premio, pues le tuvo un hombre tan facineroso.

Dispuestos los ánimos para la traición, les buscó Sunna la ocasión de ejecutarla, pidiendo audiencia á Mausona; el cual, sospechoso de la traición, que suele disimularse en los actos de urbanidad, si ya no fué inspiración de Dios, pidió al duque Claudio que se hallase presente en la visita. Vino Sunna acompañado de los conjurados con pretexto de cortejo, y Witerico, ingrato al hospedaje, se puso detrás de la silla del duque, como solía otras veces, y en medio de la conversación intentó tres veces sacar la espada á las señas de los que venían con él; pero no pudo, porque aquella misma fuerza superior que para defensa de Mausona detuvo el potro no domado, detuvo también el acero dentro de su vaina.

No se convencieron los conjurados con estas señales de milagro; antes quisieron después ejecutar su traición en una procesión que había de hacer el obispo Mausona desde la ciudad á la iglesia de Santa Eulalia, que estaba fuera de ella, para cuyo efecto habían enviado fuera de la puerta ocultas sus armas en carros; pero Witerico, que dentro de su corazón traía los temores que le había infundido el caso pasado, atribuyéndolo á milagro para librar la inocencia de aquel santo prelado, temió mayor demostración, y compungido, dió cuenta á Mausona de la traición; con que avisado Claudio y también el rey, fueron de orden suya presos y castigados los cómplices, perdonando á Witerico por haber descubierto la conjura: medio ordinario para que alguno de los que entran en ellas las manifieste. Así refiere este caso Paulo, diácono de Mérida, escritor de aquel tiempo.

Después de esta conjura se descubrió otra no menos peligrosa. Tenía Recaredo en su casa á la reina Gosvinda, que primero casó con el rey Atanagildo y después con Leovigildo, y por lisonjear á su entenado se fingía católica, juntamente con el obispo Uldida, y ambos cuando recibían la sagrada hostia la escupían secretamente: impía maldad, que tiembla de referirla la pluma; y como de un delito se pasa á otros, les obligó este sacrilegio á tratar de matar al rey; pero permitió Dios que se descubriese con tiempo la conjura, y fué desterrado el obispo, y Govinda murió luego, puédesse sospechar si fué con veneno, por excusar con otro castigo público la infamia de la sangre real.

En este tiempo el rey Guntrando, deseoso de vengar la muerte de su general Desiderio y borrar la infamia de sus armas, juntó más de sesenta mil combatientes de infantería y caballería; y conducidos por el general Boso, entraron por la Galia Gótica, á cuya defensa había enviado el rey Recaredo al duque Claudio, ilustre por su valor y piedad; á quien estimó mucho san Gregorio el Magno, como se ve en sus cartas.

Llegaron ambos ejércitos á vista de Carcasona, y en cada uno de ellos se levantó un murmurio entre los soldados, aunque con diversos motivos. Los franceses señalaban los lugares hasta donde fueron vencedores en la batalla pasada y de donde habían vuelto vencidos, y con horror se les representaban presentes los peligros pasados, y les parecía aciago é

infausto el lugar, trayendo los ejemplos de rotas repetidas en una misma campaña; que á un mismo nombre en diversos sujetos solía favorecer ó perseguir la fortuna; lo cual también se experimentaba en el círculo ó número de los años climatéricos y de los días críticos; que cuando esto no procediese de alguna causa oculta, sino solamente del caso, se debía temer la aprensión de los soldados, excusando los lances de una batalla.

Contrarios discursos hacían los godos, prometiéndose cierta la victoria por ser en el mismo lugar donde habían tenido la pasada, y con alborozo se mostraban unos á otros los puestos donde se habían alojado y donde habían acometido y vencido. Miraban, no sin vanagloria, tendidos por el suelo los trozos de las astas y los cadáveres de los hombres y de los caballos, testimonios de su triunfo.

Asentó Boso sus reales en las riberas de un río pequeño que riega los campos de Carasona, muy irritado contra Austrobaldo, que mandaba parte de aquel ejército, porque se había adelantado en aquella empresa; é impaciente su ánimo, ambicioso de gloria, no podía sufrir que se pudiese atribuir á otro, ni que se dijese que en sus hazañas había alguno asistido ni con el consejo ni con la mano: dañosa presunción en un general, así á él como á su príncipe, porque ni se puede hacer bien su servicio en la discordia de sus ministros, ni quien gobierna las armas puede acertar si no oye á todos y se vale de todos; en que no queda disminuída su gloria, porque siempre se atribuye á quien manda. Consejeros tuvieron los mayores generales del mundo, por cuyo valor y consejo obraron, y hoy aun la memoria no queda de ellos.

Esta fué la principal causa de la pérdida de aquel ejército; porque, conocida su soberbia, le dejaban errar sus capitanes, sin atreverse á advertirle lo que convenía á la disciplina militar.

Había dejado sin barrear el ejército. No había adelantado la caballería para que batiese las estradas, ni distribuído las centinelas. Los caballos sin frenos y aun sin sillas pacían por el campo. Las banderas no tenían cuerpos de guardia. En los cuarteles se veían banquetes con el mismo sosiego que en la paz, como si fuesen á caza de godos, y no á pelear con ellos.

De este descuido advertido el duque Claudio, puso en una emboscada su ejército, y con la compañía de su guarda, com-

puesta de españoles, dió tan de improviso en los franceses, que antes se vieron heridos que acometidos. La confusión fué grande, sin que la diligencia de Boso y de sus capitanes bastase á ponerlos en ordenanza; porque, mezclada entre ellos aquella compañía, no podían reducirse á sus banderas ni recibir las órdenes de sus cabos; pero, como el ejército era grande, tuvieron lugar algunos escuadrones para formarse y acometer á Claudio; el cual, retirándose con buen orden, los llevó á la emboscada, donde recibidos del grueso del ejército, no pudieron resistirle, y volvieron huyendo, dejando en el campo el bagaje y las riquezas. Sigueron los godos el alcance, y apenas hubo quien pudiese llevar la nueva de la rota.

Los historiadores franceses disminuyen esta victoria; los españoles dicen que fué la mayor que tuvo España en aquel siglo. El presidente Fauchet, aunque la confunde con otra que, como se ha dicho, sucedió en el reinado de Leovigildo y en el mismo lugar de Carcasona, juzga (hablando de ella) que fué grande, y que Gregorio Turonense, que afirma haber muerto en ella solos cinco mil y que dos mil quedaron prisioneros, se conformaría con la opinión de los que dicen que se ha de pasar ligeramente por los malos sucesos de la nación propia. Si los demás historiadores han seguido el mismo dictamen, poca fe se podría dar á sus narraciones. Es la historia un espejo en quien las naciones propias y extrañas se han de mirar para componer sus acciones, y pecan contra el público bien los que con la lisonja y con la pasión empañan el cristal puro de la verdad.

Así cuenta Gregorio Turonense esta rota; pero graves autores refieren que el duque Claudio alcanzó la victoria con sola su compañía, que constaba de trescientos soldados escogidos. Con el mismo número dispuso Dios otra semejante á favor de Gedeón; y como dice el cardenal Baronio, fué castigo de la divina justicia por haber el rey Guntrando movido injustamente las armas contra un rey tan religioso como Recaredo, á quien, por haberse reducido á la fe católica, debiera antes asistir que tratar de su ruina; y hay quien afirma que este ejército venía en favor de los arrianos contra los católicos. Pero Dios, en premio de su ardiente celo, tenía particular protección de él, así para que triunfase de sus enemigos como para librarle de las traiciones de sus domésticos, como sucedió con Argimundo, su camarero, descubriéndose á tiempo la

conjura que tramaba para matarle y levantarse con el reino; y puesto en prisión, le sentenciaron á quitarle el cabello, azotarle, cortarle la mano derecha y pasearle en un asno por las calles de Toledo. Aprendan en este rey sus sucesores y todos los demás el recato con que deben fiar de otros su sueño, su gracia, sus armas y gobierno, pues siendo tan santo, tan valeroso y tan amado Recaredo, se atrevieron á maquinarse contra su vida y cetro sus vasallos, su madrastra y sus mismos criados.

Consideró Recaredo, como prudente, que las inquietudes de su reino y las conjuras contra su persona procedían de no estar bien firme en los ánimos de sus vasallos la religión católica, y también de la libertad de las costumbres; y que lo uno y lo otro se remediaría mejor con la autoridad de varones doctos y santos, á los cuales creía fácilmente el pueblo, que con la potestad real, cuyas resoluciones se solían interpretar á fines particulares y á conveniencias de estado; y así, convocó un concilio en Toledo, que fué el tercero, donde concurrieron los obispos metropolitanos de Toledo, Mérida, Braga, Sevilla y Narbona, y sesenta y cuatro prelados, á los cuales hizo el rey este razonamiento, cuyas palabras traslado, porque no haya quien me culpe, como culpó Baronio á Mariana por haberlas alterado:

«No pienso que dejáis de saber, reverendísimos padres, que os he congregado en mi presencia para restaurar la forma de la disciplina eclesiástica; y porque la herejía que amenaza á toda la Iglesia católica no consentía que se celebrasen concilios, ha permitido Dios que yo pudiese quitar este impedimento, inspirándome á la reparación de las costumbres eclesiásticas; y así, debéis celebrar con regocijo este día, viendo que, por la misericordia de Dios y para mayor gloria nuestra, se trata de reducir las costumbres antiguas de la Iglesia al rito de los santos padres. Por tanto os amonesto y exhorto en primer lugar á que con ayunos, vigiliass y oraciones procuréis que Dios os inspire el orden canónico, ya por el olvido de tanto tiempo ignorado en nuestra edad.»

Aplaudió el concilio esta exhortación con hacimiento de gracias á Dios, y ordenó que se ayunase en los tres días siguientes. Ejecutada esta piadosa prevención, se volvió á juntar el concilio. Hallóse presente el rey, y con ardiente y religioso espíritu hizo esta oración á los padres:

«Ya sabe vuestra majestad cuánto ha padecido España de

muchos años á esta parte con los errores de la secta arriana, hasta que, después de los días de nuestro padre Leovigildo, nos redujimos á la santa fe católica de que estamos ciertos haberos resultado un general consuelo y regocijo. Por esto, venerables padres, os congregué en este concilio, para que deis á Dios eternas gracias por el favor que ha hecho á los que se han reducido á su gremio. Lo demás que pudiera decir de palabra en cuanto á la protestación de la fe, contiene este memorial. Yo os pido que lo leáis y examinéis para que en los tiempos futuros quede con este testimonio ilustrada nuestra memoria.»

Este memorial se leyó en el concilio, y porque es la primer piedra fundamental que echaron los reyes godos en los cimientos de la religión católica, que hasta hoy mantienen sus descendientes, nos ha parecido trasladarle fielmente en esta historia, para mayor gloria de Dios y de ellos.

«Aunque el omnipotente Dios ha sido servido de levantar-
»nos á la grandeza de rey, encargando á nuestro cuidado el
»gobierno de tantas naciones, no por eso dejamos de tener
»presente la memoria de que somos mortales, y que no se
»puede alcanzar la bienaventuranza sino con el culto y vene-
»ración de la verdadera fe, procurando agradar á nuestro ha-
»cedor como merece, á lo menos con nuestra confesión. Por
»lo cual, cuanto excedemos á nuestros vasallos en la gloria y
»majestad real, tanto con mayor providencia debemos cuidar
»de las cosas que tocan al servicio de Dios, poniendo en él
»todas nuestras esperanzas, y proveyendo lo que más convi-
»niere á las gentes que nos ha encomendado.

»Siendo pues todo de Dios, y no necesitando de lo que te-
»nemos que poder dar á su omnipotencia divina por tan gran-
»des beneficios recibidos, sino creer con toda devoción lo que
»él mismo se dió á entender por las Sagradas Escrituras
»y mandó que se creyese, conviene á saber, que confesemos
»que el Padre eterno engendró de su misma sustancia al Hijo
»igual á sí y coeterno; pero no que es el mismo el Padre que
»el Hijo, sino que en cuanto á la persona es uno el Padre que
»engendró y otro el Hijo que fué engendrado, siendo el uno
»y el otro una misma sustancia y una misma divinidad. Del
»Padre procede el Hijo, pero el Padre no procede de otro
»ninguno, y el Hijo procede del padre eternamente, sin prin-
»cipio ni disminución alguna.

»Confesamos también y creemos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo y es una misma sustancia con el Padre y con el Hijo, y la tercera persona de la Trinidad, teniendo una misma divinidad con el Padre y con el Hijo, y que esta Santa Trinidad es un Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por cuya bondad habiendo tomado el Hijo naturaleza humana, somos por él reformados para la bienaventuranza; y así como es señal de verdadera salud creer la trinidad en unidad, y la unidad en trinidad, así será cumplimiento de justicia si tuviéremos una misma fe dentro de la Iglesia universal, y puestos sobre el fundamento de los apóstoles, guardaremos las amonestaciones apostólicas. Pero debéis vosotros, sacerdotes de Dios, acordaros cuántos trabajos ha padecido hasta aquí la Iglesia católica en España, perseguida de sus enemigos, teniendo y defendiendo constantemente los católicos la verdad de su fe, y procurando los herejes con ánimo pertinaz sustentar su perfidia. Y á nosotros también nos ha despertado Dios, como lo veis por el efecto, y encendido con el calor de su fe, para que, dejada la obstinación de la infidelidad y apartado el furor de la discordia, trujésemos al conocimiento de la fe y al consorcio de la Iglesia católica al pueblo, que debajo de nombre de religión servía al error.

»Aquí está presente la nación ínclita de los godos, reputada por verdaderamente valerosa entre todas las gentes, la cual, aunque por la maldad de los maestros que tuvo ha estado hasta ahora apartada de la unidad de la fe y de la Iglesia católica, ya con un mismo sentimiento concordando con nosotros, participa de la comunión de la Iglesia; la cual, como madre, recibe en su pecho la muchedumbre de diversas gentes y las sustenta con leche de caridad; por quien dijo el Profeta: *Mi casa será llamada casa de oración de todas las gentes.*

»No ha sido sola la conversión de los godos la que ha acrecentado el colmo de nuestro galardón, porque también infinita multitud de la nación de los suevos, la cual con el favor del Cielo habemos sujetado á nuestro reino; y habiendo caído en la herejía por culpa ajena, ha sido revocada por nuestra diligencia y cuidado al conocimiento de la verdad.

»Por tanto, santísimos padres, ofrezco por vuestras manos á Dios eterno, como santo y agradable sacrificio, estas nobi-

»lísimas gentes que por nosotros han sido ganadas y aplica-
 »das al Señor. Por una corona inmarcesible y un gozo en la
 »retribución de los justos tendremos que estos pueblos, redu-
 »cidos por nuestra solicitud á la unión de la Iglesia, perma-
 »nezcan fundados y establecidos en ella. Y como nosotros
 »por voluntad de Dios habemos procurado de atraerlos á la
 »unidad de la Iglesia de Cristo, así también tocará á vuestra
 »enseñanza instruirlos en las doctrinas católicas, para que,
 »conociendo con fundamento la verdad, menosprecien el
 »error de la perversa herejía y sigan en caridad la senda de la
 »verdadera fe, abrazando con más afectuoso deseo la comu-
 »nión de la Iglesia católica. Pero, como creemos que fácil-
 »mente habrán alcanzado perdón, porque con ignorancia
 »erraba hasta aquí esta clarísima nación, así juzgamos que
 »será mayor su culpa si, después de haber conocido la verdad,
 »la pusiere en duda y apartare. (lo que Dios no permita) de
 »tan clara luz sus ojos. Por lo cual hemos juzgado ser muy
 »necesario congregar aquí á vuestra beatitud, dando entera
 »fe á aquellas palabras del Señor: *Donde estuvieren dos ó tres*
 »*congregados en mi nombre, allí asistiré yo en medio de ellos.*

»Creyendo pues que en este concilio está la divinidad de
 »la Santísima Trinidad, propongo delante del acatamiento de
 »Dios y en medio de vosotros mi fe, no ignorando aquella di-
 »vina sentencia que dice: *No encubrí á los que estaban con-*
 »*gregados tu misericordia y tu verdad.* Sabiendo también
 »que el apóstol san Pablo amonesta así á su discípulo Timo-
 »teo: *Pelea con valor en la batalla de la fe. Ten presente la*
 »*vida eterna, á la cual eres llamado, y confiesa de corazón*
 »*delante de muchos testigos que es verdadera la sentencia del*
 »*Evangelio de nuestro Redentor, donde dice que á quien lo*
 »*confesare delante de los hombres lo confesará delante de su*
 »*Padre, y negará al que le negare.*

»Y así, es conveniente que nosotros confesemos con la boca
 »lo que creemos con el corazón, según el mandamiento celes-
 »tial que dice: *Con el corazón se cree para alcanzar la justi-*
 »*cia, y se hace la confesión de la boca para alcanzar la salud.*

»Por tanto, así como anatematizó á Arrio y á los que le
 »siguen, con todas sus falsas doctrinas, que afirman que el
 »unigénito Hijo de Dios no es de la misma sustancia del Padre
 »ni engendrado de él, sino criado de nada; y como anatema-
 »tizo los concilios de los malsines que contravienen al santo

«concilio Niceno, así también guardo y reverencio la santa fe
 »del concilio Niceno, de trescientos diez y ocho santos
 »obispos congregados contra el contagio pestilente de Arrio;
 »y abrazo y tengo la fe de los ciento cincuenta obispos con-
 »gregados en el concilio de Constantinopla, el cual con el cu-
 »chillo de la verdad degolló á Macedonio, que disminuía la
 »sustancia del Espíritu Santo y la apartaba de la unidad y
 »esencia del Padre y del Hijo.

«También creo y reverencio la fe del primer concilio Efe-
 »sino, que condenó á Nestorio y á su doctrina.

«Asimismo recibo, con toda la Iglesia católica, la fe del con-
 »cilio Calcedonense, llena de santidad y de sabiduría, contra
 »Eutichio y Dioscoro. Con la misma reverencia respeto y
 »guardo todos los concilios de los venerables obispos católi-
 »cos, que no disuenan en la pureza de la fe de los cuatro so-
 »bredichos santos concilios.

«Aprésure pues vuestra reverencia la aplicación desta nues-
 »tra fe á la memoria de los cánones, y con mucha atención
 »oigan la fe que los obispos y los principales de nuestra nación
 »han abrazado, y creen en la Iglesia católica, la cual puesta
 »por escrito y firmada con sus firmas se guardará para testi-
 »monio de Dios y de los hombres, y para que si las gentes á
 »las cuales en el nombre de Dios precedemos con potestad
 »real no quisieren creer esta nuestra recta y santa confesión,
 »después de haber borrado el error antiguo con la unción del
 »sacrosanto Crisma, ó recibido por imposición de las manos
 »dentro de la iglesia al Espíritu consolador, confesando ser
 »igual con el Padre y con el Hijo, por cuyo dón han sido re-
 »cibidos en el seno de la santa Iglesia católica, reciban la ira
 »de Dios con perpetuo anatema, y de su perdición se gocen
 »los fieles, y á los infieles sean ejemplo.

«Esta mi confesión, corroborada con la autoridad de las
 »Santas Escrituras arriba referidas, y con las constituciones
 »de los concilios, siendo Dios testigo, con toda sinceridad de
 »corazón la suscribí.»

La firma del Rey y de la Reina está dispuesta con estas pa-
 labras:

«Yo el rey Recaredo, teniendo en el corazón y afirmando
 »con los labios esta santa fe y verdadera confesión, la cual
 »confiesa uniforme la Iglesia por todo el mundo, con el ayuda
 »de Dios la suscribí con mi mano derecha.

»Yo la gloriosa reina Bada suscribí con mi mano de todo corazón esta fe, que he creído y recibido.»

Celebró el concilio con regocijo y aplauso de los padres este religioso acto; y dando gracias á Dios y á este santo rey, aclamaron sus alabanzas con piadosas bendiciones, llamándole verdadero amador de Dios y merecedor del renombre de apóstol, por haber cumplido con el oficio de tal. Paga Dios de contado aun en esta vida las obras religiosas de los príncipes con la gloria de ellas puesta en la estimación de los labios de todos y en la memoria de los siglos futuros. ¡Qué aclamación de victoria mayor que ésta! Más celebrados son los triunfos de la virtud que los del valor. Este mereció estatuas; aquella estatuas, templos, aras, culto y adoración. Pende, el premio de aquél, de la opinión ajena; el de ésta de sí misma. Cuesta aquél fatigas, perturbaciones y peligros: ésta goza de la serenidad de su ánimo.

Quién haya sido la reina Bada no se puede averiguar bien. Unos dicen que hija del rey de Bretaña Arturo, y otros que hija de Fonto, conde de los Patrimonios. El cardenal Baronio le da por padre al rey de Francia Chilperico, y es de opinión que su nombre propio era Clodosvinda y su sobrenombre Bada. Pero lo cierto es que fueron diversas princesas, y que muerta Bada, se casó Recaredo con Clodosvinda, como se dirá en su lugar.

Después de la profesión de la fe de los reyes, la hicieron también los obispos, el clero y la nación de los godos. Fué aquel día el más feliz y el más claro que amaneció á España después de muchos siglos; porque, deshechas las tinieblas de la secta arriana, quedó en ella la luz resplandeciente de la religión católica; y regocijados los españoles de que un culto y un cetro uniese sus ánimos con los de los godos, depusieron la aversión que antes les tenían por la perfidia de su secta, y los abrazaban con lágrimas amorosas, nacidas de piedad y de religión; de lo cual resultó tal unión entre ellos, que no se conocía diferencia entre españoles y godos.

Había creído aquella nación que sus coronas y victorias en España, en Italia, en África y en las Galias, y el haber sujetado Dios á su obediencia las provincias católicas, era en premio de la verdadera religión que profesaban desde que en tiempo del emperador Valente fueron inficionados con la secta

arriana, y con este engaño habían los reyes Eurico y Leovigildo perseguido la religión católica.

Este falso celo no es excusa de su ciego error, pero es argumento de sus buenos naturales é inclinaciones al reconocimiento y adoración de su Criador, bien así como se infiere que los campos fecundos de yerbas inútiles y venenosas darían provechosas cosechas si los ayudase la cultura; pero, como esta pende de la voluntad divina de aquel eterno Labrador, no había en la mayor parte de los godos echado raíces la semilla del Evangelio hasta este año, en el cual por medio de san Leandro y de otros santos y doctos preladados de España se desarraigó de sus ánimos la secta arriana y se plantó en ellos la verdadera fe; con que se cumplió la profecía de Isaías cuando dijo que la tierra seca se convertiría en estanques y la sedienta en fuentes de agua; que donde estaban los dragones nacería la frescura de las cañas y juncos, y que su senda se llamaría camino santo, para que no pasasen por ella los inficionados; con que la Iglesia de España quedó un campo tan lleno de bendiciones y tan libre de espinas y abrojos, que rendía ciento por uno.

Recibidas en el concilio estas profesiones de la fe con gran regocijo y consuelo de los padres, les hizo san Leandro, presidente del concilio, una oración con espíritu divino y docto, aunque con estilo inculto, por la rudeza de aquellos tiempos.

Después se tuvo una sesión, donde se halló presente el rey Recaredo, y con gran reverencia, manteniendo la autoridad real, habló así á los padres:

«El cuidado de los reyes se debe extender á que con fundamento y ciencia se entienda la verdad; porque cuanto más se levanta en las cosas humanas la gloria de la potestad real, tanto mayor debe ser su providencia en el bien de las provincias que gobierna; y así, beatísimos sacerdotes, no sólo nos parece obligación nuestra aplicar la atención para que los pueblos que están debajo de nuestro dominio gocen de las felicidades de la paz, sino que también debemos atender, con el favor de Dios, á no ignorar las cosas celestiales convenientes al gobierno espiritual de nuestros fieles vasallos; porque, si es oficio nuestro componer con la potestad real las costumbres humanas y refrenar la insolencia de los atrevidos, estableciendo la paz y sosiego público, mucho más debemos cuidar de las cosas divinas y aspirar á las superiores, para que, de-

puestos los errores, gocen los pueblos de la serena luz de la verdad. En esto se ha de ocupar quien desea ser remunerado de Dios con duplicados honores, haciendo cuenta que por él se dijeron aquellas palabras: *Lo que te esforzares á hacer, yo te lo satisfaré á mi vuelta*. Supuesto ya que vuestra caridad ha examinado nuestra profesión de la fe y la que también han hecho los eclesiásticos y los príncipes seculares, parece necesario que para firmeza de la fe católica, y la nueva conversión á ella de nuestros vasallos, se ordene con nuestra autoridad que, en conformidad de la costumbre de los padres orientales, se diga en todas las iglesias de España y de las Galias, concordamente y en clara voz, al tiempo de la comunión del cuerpo y sangre de Cristo, el símbolo sacratísimo de la fe; con que los pueblos, confesando primero lo que creen, y purificados sus corazones con la fe, lleguen más dignamente á recibir el cuerpo y sangre de Cristo; y guardándose inviolablemente en la Iglesia de Dios este estilo, se confirmará la creencia de los fieles y se confundirá la perfidia de los herejes; porque fácilmente se inclinan los hombres á lo que repetidamente han reconocido y hecho diversas veces, sin que valga la excusa de ignorancia á quien por la boca de todos sabe lo que tiene y cree la Iglesia católica; y así, por reverencia y firmeza de la sagrada fe, añadirá vuestra santidad á los cánones eclesiásticos que ordenare, esta confesión del símbolo, que por inspiración divina ha propuesto nuestra serenidad.

»En cuanto á la corrección de las costumbres estragadas, condesciende nuestra clemencia en que con sentencias y penas rigurosas y firmes establezcáis lo que se debe prohibir, y con decretos constantes afirméis lo que conviene observar.»

Hecho este razonamiento, prosiguieron los padres las sesiones del concilio, y establecieron veintitrés muy santos decretos. Entre ellos, uno fué que cada año se congregase por el otoño un concilio, donde entrasen con los prelados los jueces de los lugares y los oficiales del patrimonio real, para que fuesen examinados y corregidos sus excesos; lo cual se decretó por orden de Recaredo.

¡Oh rey digno de ser alabado é imitado de todos los príncipes en el respeto y la reverencia á la autoridad eclesiástica y al mayor bien de los vasallos, pues más atento á él que á su potestad suprema, sujetó á los obispos el juicio de sus mismos ministros!

Era en aquellos tiempos grande la confianza que los reyes hacían del consejo de los prelados, poniendo en sus manos los negocios más graves del gobierno, sin que entre los tribunales eclesiásticos y seculares hubiese competencias de jurisdicción; con que gozaba el reino de un feliz sosiego, porque con ninguna cosa se perturba más que con ellas, en las cuales corre grandísimo peligro la obediencia y fidelidad de los vasallos, porque el pueblo respeta más á los sacerdotes que á sus mismos príncipes; y al contrario, cuando hay concordancia entre la potestad eclesiástica y seclar, resulta una concordia y dulce armonía á las repúblicas, como á la música con la unión del grave y del agudo. Bien conoció esto aquel gran emperador Justiniano cuando, para establecer el imperio y afirmarle con la justicia, ordenó que si los jueces de las provincias no la hiciesen, se pudiese recurrir á los obispos, dándoles autoridad para obligarlos á dar satisfacción á los agraviados; con que agradó tanto á Dios, que le premió con grandes felicidades, como sucedió al mismo rey Recaredo tan de contado, que en el mismo concilio ilustraron los padres su persona con los títulos de fidelísimo á Dios, de gloriosísimo, santísimo, religiosísimo, felicísimo, serenísimo, católico y ortodoxo.

Este título de católico dieron también los concilios que después se celebraron á los reyes Egica, Recesvinto, Chintila, y los papas le fueron continuando en los reyes de Castilla y León, como consta de diversas cartas y decretales suyas, llamándolos con este título los historiadores antiguos. Al mismo Recaredo dieron también el título de cristianísimo dos concilios, el de Toledo celebrado el año de 597, y el de Barcelona, que se tuvo el año de 599, dos siglos antes que en el concilio Maguntino, celebrado el año 813, se diese al emperador Carlo-Magno, de que se resintieron los de oriente, y se opusieron á él.

Con el mismo título fueron llamados los reyes Sisebuto, Chintila, Ervigio y otros; pero le dejaron por el de católico, por ser este propio de quien es hijo verdadero de la Iglesia, y el que señala la unidad con ella.

Obligó el rey Recaredo por un edicto á todos sus reinos á la observancia de los decretos de este concilio, y se suscribió en él y confirmó todo lo que se había establecido. Después se suscribieron los padres, y en último lugar Fonsa, Afrila y

Achila, varones ilustres por su sangre y por sus ministerios, aunque eran seculares. Esta novedad me obliga á discurrir sobre ella, como perteneciente á esta historia.

Es cierto que ninguno de los emperadores se atrevió á usar de esta autoridad de asistir en los concilios y firmarlos; antes Constantino (como refiere Nicéforo) cuando entró en el concilio Niceno llevó un acompañamiento moderado, y no se sentó hasta que expresamente lo permitieron los padres, concurriendo en él, no como juez, sino como protector; y con el mismo fin, y á su ejemplo, asistió el emperador Marciano en el concilio Calcedonense, como se protestó en la oración que hizo á los padres; pero, según se ha dicho, los concilios de España eran unas cortes generales, donde se trataban las cosas eclesiásticas y espirituales y también las que pertenecían al gobierno del reino, y por razón de estas se suscribía el rey y se hallaban presentes los grandes y los ministros principales del palacio, no por los decretos de las cosas eclesiásticas y definición de las espirituales; y así, no pudo por soberbia exceder en esto Recaredo, siendo tan religioso, que concedió á los padres, en la oración que les hizo, potestad para establecer leyes, y asegurarlas con el rigor de la pena; de que le alaba mucho el cardenal Baronio; y menos se puede atribuir á ignorancia, porque en este concilio se halló san Leandro, varón doctísimo, y con él otros prelados ilustres en santidad y doctrina. Pero no negamos que pudo ser descuido, por no saberse bien en aquel tiempo el estilo, habiendo sido este concilio el primero en que se hallaron los reyes. De esta sospecha da indicios el no haberse firmado los otros sucesores de Recaredo en los demás concilios, en los cuales, como se dirá en su lugar, entraron con gran reverencia y respeto.

Poseía en este tiempo la cátedra de San Pedro san Gregorio el Magno, y para mostrar Recaredo su respeto al padre de la Iglesia, y enseñar á los súbditos cuánto se debía venerar la Iglesia, le envió embajadores que en su nombre le diesen la obediencia, llevándole grandes presentes de oro, y trescientos vestidos para que se repartiesen entre los pobres en la iglesia de San Pedro, con orden que pidiesen aprobación y confirmación de lo que se había establecido en el concilio de Toledo.

Estos embajadores se detuvieron mucho tiempo en el viaje por las tempestades del mar, y cuando llegaron, fueron muy

bien recibidos del Santo Padre; el cual, en demostración de su estimación y afecto, escribió á Recaredo una carta tan elegante y con tan santas amonestaciones, que nos ha parecido muy conforme al instituto de esta obra ponerla aquí traducida.

«No es posible, excelentísimo hijo, que pueda yo explicar
 »con palabras cuánto me consuelo con tus obras y con tu salud. Porque, habiendo entendido que por vuestra excelencia
 »ha sucedido en nuestra edad el nuevo milagro de que toda
 »la nación goda, dejando los errores de la herejía arriana, se
 »haya reducido á la firmeza de la verdadera fe, exclamo con
 »el Profeta, diciendo: *Esta mudanza es de la diestra del muy*
 »Alto; porque no habrá corazón tan de piedra, que oyendo
 »esta obra no se disuelva enternecido en alabanzas de Dios
 »todo poderoso y en amor de vuestra excelencia; y así, confieso
 »que muchas veces discurro con mis hijos, no sin maravilla
 »y consuelo, de lo que habéis obrado; lo cual me confunde,
 »viendo que yo, perezoso é inútil, vivo entorpecido en ocio,
 »cuando los reyes están trabajando para granjear almas á la patria
 »celestial. ¿Qué excusa pues podré tener en el juicio de aquel
 »tribunal tremendo cuando me presente en él solo, y éntre vuestra
 »excelencia acompañada de tantos fieles como ha traído á la gracia
 »de la verdadera fe con la continua y cuidadosa predicación? Pero
 »me consuela mucho que por favor de Dios amo en vos lo santo que en mí no
 »hay, y que, regocijándome de vuestras acciones, ejercitadas con tanto
 »trabajo, las hace mías la caridad; y así, en esta obra vuestra y en este
 »regocijo mío de la conversión de los godos quiero acompañar la
 »exclamación de los ángeles, diciendo: *Gloria sea á Dios en el cielo, y paz en la tierra á los hombres*
 »*de buena intención*; porque, según pienso, estamos también obligados á dar
 »gracias al omnipotente Dios de esta obra, en que, si bien no hemos
 »tenido parte, somos partícipes de ella por el consuelo que nos resulta.

«Cuán gratos hayan sido al príncipe de los apóstoles san Pedro los dones de vuestra excelencia lo testimonia la bondad de su vida; porque, como dicen las sagradas letras, *las ofertas de los justos aplacan á Dios*, el cual no mira á lo que se da, sino á quien lo da; y así, dice la Escritura que *miró Dios á Abel y á sus dones, y no á Caín ni á lo que ofrecía*; y habiendo de decir que miró Dios á los dones, puso primero

»con particular atención que miró á Abel, mostrando que no
»por los dones se agradó Dios del que los ofrecía, sino que le
»agradaron los dones por quien los ofrecía; y así, se conoce
»cuán acepta haya sido vuestra oferta, pues antes la habéis
»hecho de las almas convertidas de vuestros súbditos que del
»oro.

»En cuanto á los abades enviados con el presente al bien-
»aventurado San Pedro, que decís haberse vuelto á España
»por la fatiga del viaje y violencia del mar, no por eso han
»dejado de ser bien recibidos, habiendo llegado después,
»mostrando su constancia en vencer los peligros, y que sus
»cuerpos, pero no sus espíritus, se rindieron al trabajo, sien-
»do la adversidad que se opone á los buenos intentos argu-
»mento de la virtud, y no señal de reprobación; porque
»¿quién ignora la importancia de la venida del beato apóstol-
»san Pablo á Italia? Y con todo eso padeció un naufragio en
»que la nave del corazón estuvo constante entre las olas del
»mar.

»Mucho se ha acrecentado, á mi juicio, la gloria de Dios
»con lo que nuestro amado hijo el sacerdote Probino me ha
»referido que, habiendo vuestra excelencia hecho una cons-
»titución contra la perfidia de los judíos, no pudieron incli-
»nar vuestra santa intención á revocarla, despreciando vues-
»tra excelencia la oferta que hacian de una suma grande de
»dinero porque la revocase, prefiriendo al interés el agradar
»á Dios, y la inocencia al oro; lo cual me trae á la memoria
»aquella acción del rey David cuando, habiéndole traído sus
»soldados agua de la cisterna de Belén, que estaba en medio
»de los reales de sus enemigos, dijo: *Nunca Dios quiera que
»yo beba la sangre de los justos*; y porque la derramó sin que-
»rerla beber, dice la Escritura que *la sacrificó á Dios*. Pues
»si el agua despreciada de un rey armado se convirtió en sa-
»crificio á Dios, podemos inferir cuán grato le será el de un
»rey que por su amor rehusó recibir, no el agua, sino el oro.
»Por lo cual, excelentísimo hijo, os digo ingenuamente que
»habéis sacrificado á Dios el oro que no habéis querido reci-
»bir contra él. Grandes son estos actos, los cuales resultan en
»alabanza de Dios omnipotente; porque entre ellos es menes-
»ter estar con vigilante cuidado contra las asechanzas del an-
»tiguo enemigo; porque, cuanto mayores son las perfecciones
»que reconoce en los hombres, tanto más procura quitárselas

»con sutiles artes. No salen los ladrones á robar á los cami-
 »nantes vacíos, sino á los que llevan plata y oro. ¿Qué es
 »nuestra vida sino un camino? Y quien más cargado de dotes
 »del ánimo pasa por él, más debe recatarse de los espíritus
 »malignos; y así, vuestra excelencia en esta acción de la con-
 »versión de su gente atienda primero á la humildad de su
 »corazón y después á la pureza de su cuerpo; porque, dicien-
 »do la Escritura que *quien se exalta será humillado, y quien*
 »*se humilla, exaltado*, aquél verdaderamente ama las cosas
 »altas, que no corta en su alma las raíces de la humildad; y
 »muchas veces el espíritu maligno, cuando no puede impedir
 »al principio las buenas obras, introduce después en la imagi-
 »nación pensamientos de vanagloria, para que, engañada el
 »alma, se maraville y pague de sus operaciones, y mientras
 »con oculta jactancia se alaba á sí misma, queda privada de
 »la gracia de quien fué autor de ellas; de donde nace lo que
 »dijo el Profeta: *Confiando en tu hermosura has adulterado*
 »*en tu propio nombre*; porque la confianza del alma en su her-
 »mosura es gloriarse dentro de sí de su misma acción, y
 »cuando lo que obra bien no lo atribuye á alabanza de su
 »Criador, sino procura la gloria de su fama, adultera en su
 »nombre. Por lo cual dijo el mismo profeta: *Cuanto más her-*
 »*mosa fueres, tanto más te humilla*; porque baja el alma al
 »paso que es más hermosa, cuando de la belleza de la virtud,
 »con que delante de Dios había de ser levantada, cae por su
 »arrogancia de su gracia.

»Lo que pues se debe hacer en este caso es, que cuando el
 »espíritu maligno nos representa las buenas obras que hemos
 »hecho, para que nos gloriemos de ellas, traigamos nosotros
 »á la memoria las que hemos cometido malas, reconociendo
 »que estas son propias obras nuestras nacidas del pecado, y
 »que aquellas proceden de la gracia de Dios todopoderoso,
 »con la cual declinamos del pecado. También se ha de guar-
 »dar la limpieza del cuerpo en los deseos de las buenas obras;
 »porque, según la voz del Apóstol, *el templo de Dios, que sois*
 »*vosotros, es santo*; y añade después, porque *es voluntad de*
 »*Dios vuestra santificación*; y explicando en qué consiste esta
 »santificación, dice que *os abstengáis del pecado, teniendo en-*
 »*tendido cada uno de vosotros que debe poseer su vaso en san-*
 »*tificación y en honra, y no en las pasiones de su deseo*.

»También la dominación del reino y el gobierno de los súb-

»ditos se han de templar con la moderación, sin que la po-
»testad arrebathe los sentidos, porque entonces es bien admi-
»nistrado el reino cuando no predomina la gloria de mandar;
»en que también se ha de procurar que no señoree la ira, ni
»que con ella se apresure la ejecución de todo lo que se pue-
»de; porque la ira ni aun en el castigo de los delincuentes
»debe adelantar á la intención como señora, sino ir á sus es-
»paldas como criada, y pasar adelante cuando se lo mandare;
»porque si una vez predomina la ira al entendimiento, juzga
»por justo lo que ejecuta con crueldad; y por eso está escrito
»que *la ira del hombre no obra la justicia de Dios*; y en otra
»parte amonesta que *cada uno sea diligente en oír y tardo en*
»*las palabras y en la ira.*

»Yo no dudo de que vos observáis con el favor de Dios
»todas estas cosas; pero la ocasión ha obligado á esta amo-
»nestación, sin que haya sido mi ánimo de introducirme
»en vuestras buenas obras, para que lo que obráis sin ser
»amonestado parezca con la admonición que no habéis obra-
»do vos solo. Dios todopoderoso os defienda y ampare en
»todas vuestras obras, y os conceda prosperidad en esta pre-
»sente vida, y después de muchos años os haga participante
»de los gozos eternos.

»Con esta carta os envío una llave pequeña tocada en el sa-
»cratísimo cuerpo del bienaventurado apóstol san Pedro por
»bendición suya, donde va incluído hierro de sus cadenas,
»para que lo que ligó su cuello en el martirio desate el vues-
»tro de todos los pecados.

»También con el portador os ofrezco una cruz, en la cual
»hay parte del madero de aquella del Señor y de los cabellos
»de san Juan Bautista, para que en virtud de ellos participéis
»del consuelo de nuestro Salvador por la intercesión de su
»precursor.

»Á nuestro reverendísimo hermano, y juntamente obispo,
»Leandro, enviamos el palio de la sede del bienaventurado
»apóstol san Pedro, como debemos á la antigua costumbre, á
»nuestros estilos, á su bondad y gravedad.

»En una carta que me trujo un mancebo napolitano me
»envió á decir vuestra excelencia dulcísima que escribiese al
»piadosísimo Emperador que hiciese buscar en su archivo las
»escrituras que los días pasados fueron otorgadas por la pia-
»dosa memoria del príncipe Justiniano sobre los derechos de

»vuestro reino, para saber lo que de vuestra parte se debía
»observar ; pero para ejecutarlo se han ofrecido dos grandes
»impedimentos : el primero, que el archivo del dicho Justi-
»niano, de piadosa memoria, se quemó accidentalmente en
»su tiempo, sin que haya quedado papel alguno ; el segundo
»impedimento no conviene que se sepa, y es que aquella tran-
»sacción es contra vos ; y así, amonesto á vuestra excelencia
»que proceda según su costumbre, observando religiosamen-
»te lo que tocara á la paz, para que vuestro reinado quede
»glorioso en los siglos futuros.

»También os envío otra llave, que ha estado puesta sobre
»el sacratísimo cuerpo del bienaventurado apóstol san Pedro,
»la cual tendréis en gran veneración, para que con su bendi-
»ción se multipliquen vuestras cosas.»

De esta carta no se puso en el registro la fecha.

Los mismos embajadores de Recaredo trujeron á san Lean-
dro el palio que san Gregorio le enviaba, y con él esta carta,
digna del ingenio y modestia de tan gran santo.

« Recibí la carta de vuestra santidad, escrita con la pluma
»sola de la caridad, habiendo la lengua tomado del corazón
»la tinta que se exprimió en el papel. Al leerla se hallaron
»presentes varones buenos y sabios, cuyas entrañas se com-
»pungieron con ella, y cada uno con mucho amor os recogía
»en su corazón, porque en aquella no se oía, sino se veía la
»dulzura de vuestro entendimiento ; y así, todos ellos se en-
»cendían y se maravillaban, descubriéndose por el fuego de
»los que oían cuál fuese el ardor de quien escribía ; porque si
»no arden las antorchas, no pueden encender á otras. Allí
»vimos en cuánta caridad está abrasada vuestra alma, pues
»así abrasa á las demás. No tenían noticia de vuestra persona
»(que con tanta veneración tengo presente), pero conocieron
»la alteza de vuestro corazón por la humildad de vuestras pa-
»labras.

»Decís en vuestra carta que mi vida es digna de ser imitada
»de todos ; pero lo que como se dice no es, sea como se dice,
»porque lo dice quien no suele mentir. Con todo eso, respon-
»do á ello con las palabras de aquella buena mujer, cuando
»dijo : *No me llaméis Noemi, que quiere decir hermosa, sino
»llamadme amarga, porque estoy llena de amargura.* Ya no
»soy, hermano mío, el que conocistes ; porque os confieso
»que, aunque en lo exterior me veo adelantado, he caído mu-

»cho de lo interior, y temo que soy uno de aquellos por quien
 »se dijo: *Los habéis abatido cuando fueron levantados*; por-
 »que es abatido el que, estando ensalzado, crece en las hon-
 »ras y descrece en las costumbres. Yo, siguiendo mis dictá-
 »menes, había deseado con extremo ser oprobio de los
 »hombres y el desecho del pueblo, y correr con la suerte de
 »aquel que, como dijo el Salmista, *dispuso dentro de su cora-
 »zón la subida en el valle cercado de lágrimas*, para que tanto
 »más verdaderamente subiese cuanto más estuviese humilla-
 »do en él; pero ahora me oprime mucho la carga pesada del
 »honor. Los cuidados me hacen gran ruido, y cuando mi
 »alma se recoge á tratar con Dios, la dividen como espadas
 »sus golpes. No hay quietud en mi corazón; postrado está
 »por el suelo y rendido con la carga de los pensamientos.
 »Pocas ó ningunas plumas le levantan á lo alto de la contem-
 »plación. Está entorpecida el alma, y al rededor de ella la-
 »dran los cuidados temporales, y como fuera de sí misma, se
 »reduce por fuerza á tratar de las cosas de la tierra y también
 »á dispensar en las humanas. Algunas veces es compelida con
 »demandas fastidiosas, y otras obligada, no sin culpa, á con-
 »cederlas; y para decirlo en una palabra, suda sangre, ven-
 »cida con el peso de estas cosas. Y si con esta palabra *sangre*
 »no entendiese el Salmista la culpa, no habría dicho: *Librad-
 »me, Señor, de la sangre*; y por eso, cuando juntamos culpas
 »á culpas, cumplimos lo que dijo otro profeta: *La sangre
 »tocó á la sangre*; porque un pecado sobre otro multiplican
 »el colmo de la maldad.

»Hallándome pues en este estado entre las olas de la per-
 »turbación, os ruego por Dios todopoderoso que me deten-
 »gáis con la mano de vuestras oraciones; porque cuando
 »vivía en el monasterio quietamente navegaba con próspero
 »viento; pero levantada la tempestad, con procelosos movi-
 »mientos me arrebató, y perturbado, perdí la bonanza de la
 »navegación, y sin la quietud del alma padecí naufragio. En-
 »tre sus olas busco la tabla de tu intercesión, para que quien
 »no mereció llegar rico con la nave entera al puerto, pueda
 »por lo menos salir en esta tabla á la orilla.

»Escribeme vuestra santidad qué le aflige la gota, de cuyo
 »dolor continuo yo también estoy muy quebrantado; pero
 »será fácil el consuelo si en el castigo que padecemos nos
 »acordáremos del delito; con lo cual los azotes se converti-

»rán en mercedes, pues purgaremos con el dolor de la carne
»lo que con su deleite habemos pecado.

»Os enviamos, con la bendición del bienaventurado san
»Pedro, príncipe de los apóstoles, el palio, de que usaréis so-
»lamente en las solemnidades de las misas; y con esta ocasión
»os debiera amonestar de la manera que habéis de vivir, si no
»supiera que vuestras obras preceden á mis palabras.

»Dios todopoderoso os guarde con su protección, y con
»mucho fruto de las almas os lleve á gozar del galardón de
»la patria celestial. La brevedad de esta carta es argumento
»de mis ocupaciones y achaques, pues hablo poco á quien
»amo mucho.»

También no está en el registro la fecha de esta carta: des-
cuido ordinario de las secretarías.

Tradicción es que, entre otras cosas, envió san Gregorio á
san Leandro una imagen de madera de Nuestra Señora, la
cual después se halló en una caja donde estaban sepultados
los cuerpos de san Fulgencio, obispo de Écija, y de santa
Florentina, su hermana, y hoy se venera con gran devoción
en Guadalupe.

En el mismo año que se celebró en Toledo el tercer concilio,
mandó Recaredo que se celebrase otro en Narbona, ha-
biendo reconocido que la rebelión pasada había nacido de la
diversidad de religión, y que convenía unir con la católica
los ánimos, previniendo el exceso de algunos abusos. El de
la púrpura era grande en los clérigos, y se prohibió á todos
el vestirse de ella, por ser arrogante y mundana, permitida á
los príncipes seculares, y no á los religiosos, y mucha la so-
berbia que de ella les nacía. El exceso y destemplanza la hizo
indecente, porque fué precepto de Dios que se usase de ella
en las vestiduras del sumo Sacerdote; lo cual con mayor ra-
zón introdujeron después los pontífices, por ser mayor el
honor y gloria que se debe al sacerdocio de Cristo que al de
Aarón. También la usan los cardenales, como príncipes de la
Iglesia, en señal de que por ella están dispuestos á derramar
su sangre.

En otro canon se ponen graves penas á los eclesiásticos de
orden sacro que vivieren en las plazas ó que se detuvieren en
ellas; y dicen los padres que esto lo ordenan siguiendo las
antiguas constituciones. ¡Oh tiempos, oh costumbres! Las
pasadas son confusión de las presentes.

Después de celebrados estos concilios, murió la reina Bada; y juzgando Recaredo por conveniente afirmar las paces con los reyes de Francia, y asegurarlas con nuevos vínculos de sangre que borrarán las ofensas pasadas, envió embajadores al rey Childeberto y á Guntrando. Éste los oyó, pero no concedió la paz, obstinado en los odios pasados. Childeberto volvió á renovarla, habiendo protestado y certificado los embajadores que Recaredo no fué cómplice en la muerte de Hermenegildo ni en la prisión de Ingunda.

Asentadas estas paces, le pidieron por esposa para Recaredo á su hermana Clodosvinda; y aunque entonces no se atrevió á ofrecerla sin noticia y consentimiento de Guntrando, que antes se había ofendido mucho de que se pacificase con Recaredo, á cuya causa atribuía los rotas pasadas, con todo eso, como el tiempo no menos induce olvido en las injurias que en los beneficios, se concluyó el matrimonio.

En el quinto año del reinado de Recaredo, san Leandro, obispo de Sevilla, observante de lo que se había ordenado en el concilio antecedente de Toledo, que cada año en las provincias metropolitanas se celebrasen concilios, convocó uno en la suya, que fué el primero de Sevilla, donde concurrieron siete obispos. No se hallan sus actas, sino solamente una carta firmada de san Leandro y de los demás prelados, enviada á Pegasio, obispo de Écija. Lo más notable de ella es que por el descuido de los obispos en consentir que los clérigos tengan en sus casas mujeres extrañas, ordenó el concilio que los jueces las hiciesen esclavas suyas, con juramento de no restituirlas á los clérigos.

En este concilio (como también en el de Toledo) se halló Agapio, obispo de Córdoba, á quien se apareció el santo mártir Zoilo, y le reveló dónde estaba desconocido su cuerpo, para que lo pusiese en más decente lugar. Fué Agapio un caballero muy estimado en la corte de los reyes godos por su prudencia en los negocios y por su valor y experiencia de las artes de la guerra; y habiéndose desengañado de las vanidades y peligros de la corte, se retiró á una religión, de donde le sacaron para obispo de Córdoba.

En el año séptimo del reinado de Recaredo se congregó por permisión suya el segundo concilio de Zaragoza, donde se hallaron doce obispos de la provincia de Tarragona y dos procuradores de dos ausentes. En él se ordenó que recogie-

sen todas las reliquias que tenían los arrianos, y se llevasen al obispo, para que en su presencia las mandase examinar con el fuego. No creo que este examen fué para obligar á Dios á separar con milagro las verdaderas de las falsas, como parece que da á entender Baronio, ni que aquellas palabras suenan más que para que el obispo las mandase quemar.

En el año duodécimo del reinado de Recaredo se celebró en Toledo, de orden suya, un concilio, que no se pone en el número de los demás por haberse hallado después. En él los padres dan al rey el título de cristianísimo, de amador de Dios y de gloriosísimo. Intervinieron en él diez y seis obispos; de cuyos cánones faltan algunos, y solamente se hallan dos.

En el primero se manda que sean echados del servicio de la Iglesia los sacerdotes que no vivieren castamente, y en el segundo se prohíbe que no se levanten iglesias sin que sean dotadas, y que en las pobres ponga el obispo un presbítero que tenga limpia la iglesia y encienda de noche la lumbre que está delante de las reliquias; de lo cual consta que las veneraban en aquel tiempo y que había lámparas en las iglesias.

En el año décimotercio del reinado de Recaredo se celebró en Huesca, ciudad de Aragón y fundación de Sertorio, un concilio, sin que haya noticia de los obispos que se hallaron en él, y solamente han quedado los cánones, pero muy ejemplares y dignos de ser observados. En el primero se ordenó que cada uno de los obispos juntase todos los años en un lugar á los abades de los monasterios y á los sacerdotes y diáconos de su diócesis, para enseñarles la regla de vivir bien y amonestarles que guardasen los cánones eclesiásticos, que fuesen modestos y castos y que diesen buen ejemplo á los demás.

En el segundo canon se encarga á los obispos que velen sobre las acciones de los eclesiásticos, para castigar á los que no vivieren honestamente.

En el año décimocuarto del reinado de Recaredo se celebró el segundo concilio de Barcelona por doce obispos, en cuyos decretos se corrige la codicia de los eclesiásticos, ordenando que ninguna cosa puedan recibir sino fuese dada graciosamente, y que ninguno pueda aspirar á la dignidad episcopal por nombramiento del rey ó consentimiento de los obispos,

si por sus grados no hubiese subido á ejercitar los ministerios y oficios eclesiásticos. También en este concilio se dió á Recaredo el título de cristianísimo.

Tratóse en él de una forma de elegir obispos por suertes, echándolas entre dos ó tres que primero hubiesen sido nombrados. Pudo entonces parecer conveniente esta forma de elegir, pero no se halla practicada en España; antes lo contrario, como consta del concilio cuarto de Toledo, celebrado pocos años después.

Todos estos concilios son testimonios de la piedad y celo de este santo rey, en quien pueden aprender todos los demás; habiendo sido tan grande su cuidado en la exaltación de la religión, en la reformatión de las costumbres y en el bien de las almas, que no menos hacía el oficio de apóstol que el de rey; con que sus reinos, á ejemplo suyo, florecieron en virtud y santidad, gozando de los bienes de la paz.

Esta felicidad acompañó al rey Recaredo hasta los últimos días de su vida, habiendo echado de España casi todas las reliquias de los romanos y domado á los navarros; con que, no solamente dejó eternizada su memoria, sino mereció también que la divina Providencia continuase hasta hoy la gloriosa línea de su sucesión en los reyes de España hasta los tiempos presentes. Premio fué no solamente de su piedad y religión, sino también de su modestia en las victorias y de su ardiente deseo de la paz, pues aunque en diversas batallas triunfó de los reyes de Francia, y pudo (habiendo sido siempre provocado) seguir el aura de su fortuna y despojarlos de sus reinos, les envió diversas embajadas, persuadiéndoles que por el público sosiego y por el bien recíproco de los vasallos se redujesen á la paz, la cual alcanzó últimamente con los vínculos del matrimonio dicho. Vicarios de Dios en la tierra son los reyes, y faltan á la sustitución de su divino poder los que aman la guerra, siendo Dios quien se precia de ser la misma paz.

Coronado pues con tantos trofeos, rindió Recaredo su espíritu á su Criador en Toledo, habiendo hecho penitencia pública según el rito antiguo de los católicos, y reinado quince años, dejando tres hijos: Liuva, habido en la primera mujer; Suintila y Geila, en la segunda.

Usó Recaredo del nombre de Flavio, como después sus sucesores, el cual significa grandeza y superioridad sobre todos;

imitando en ello á los emperadores, que, ó ya por esta significación, ó por gloriarse de descendientes de la familia Flavia en la sangre ó en el imperio, se llamaron Flavios. Tal era la competencia de los reyes godos con los emperadores, que en todas las cosas los imitaban, no juzgándose inferiores á su poder y autoridad; y así, á imitación de ellos, se coronaban y ungián, batían monedas con la señal de la cruz, usaban de carros de marfil y tenían los mismos oficios en palacio, y es cierto que al paso que iba cayendo la monarquía romana, se levantaba gloriosamente la de España.

En este año que murió Recaredo pasó de esta vida á reposar en Dios san Leandro, hijo, como se ha dicho, de Severiano, general de la provincia de Cartagena, y de Teodora, su mujer, descendientes de la sangre real de los ostrogodos y visigodos, padres de cuatro santos; con que no menos ilustraron á España que sus progenitores al mundo con las coronas que ciñeron. Escribió san Isidoro la vida de este gran varón. Ninguna otra pluma mejor, si la modestia de hermano no le detuviera el vuelo. Nosotros diremos del gran Santo lo que según el instituto de esta historia puede encender la piedad y ser de ejemplo al príncipe á quien se dedica, pues heredó con su sangre la obligación de imitar sus virtudes.

Reconoció san Leandro en sus primeros años los peligros de la juventud, y se retiró á un monasterio, que algunos dicen era de la orden de San Benito, donde se ejercitó en todo género de virtudes y estudios, y principalmente en los de las sagradas letras, como lo testifican los libros doctos que compuso. Su santidad y doctrina le pusieron en la mano el báculo pastoral de la iglesia de Sevilla por muerte del obispo Estéfano II, donde con su ejemplo y con su elocuencia mantuvo viva la fe de los católicos y deshizo los errores de los arrianos, reduciendo á la religión católica al rey Hermenegildo, que se había retirado á Sevilla, el cual, movida la guerra con su padre Leovigildo, le envió á Constantinopla á pedir socorro al emperador Tiberio.

Hallábase entonces en aquella corte, legado de la Sede Apostólica, san Gregorio (que después fué papa y mereció el renombre de Magno); y conocida su virtud y grandes letras, trabó con él una amistad y correspondencia, con gran estimación de su persona, como lo muestra en sus cartas y en haberle dedicado el libro de la *Exposición moral sobre Job*.

Llámale primado y legado de la iglesia romana, aunque hay razones que lo ponen en duda; pero la autoridad de tan gran santo es mayor.

Volvió á España; y Leovigildo, exasperado con la conversión de san Hermenegildo, le desterró. No se sabe dónde se detuvo, pero es cierto que desde allí escribió con estilo ardiente contra la secta arriana, y que alababa el celo con que su hermano san Isidoro, aunque mancebo, se oponía á los arrianos, animándole á proseguir, sin respeto al rey ni temor á la muerte, ilustrándola con la palma del martirio. Vuelto del destierro, y ya en los trances de la muerte Leovigildo, le encomendó á su hijo Recaredo, pidiéndole que le hiciese tan bueno como había hecho á Hermenegildo. Así lo ejecutó, siendo el principal instrumento de su conversión, y quien con su prudencia y celo encaminó sus acciones al mayor servicio de Dios y de su reino. Vivió ochenta años, y san Isidoro dice que fué maravillosa su muerte; pero con modestia de hermano no refiere las circunstancias; y así, podemos presumir que dió el cielo señales milagrosas de su santidad, como lo hizo después.

CAPÍTULO XVI

LIUVA, DÉCIMONONO REY DE LOS GODOS EN ESPAÑA.

La hermosura y buena disposición del príncipe suele ganar los ánimos del pueblo, porque se mueve más por las apariencias externas que por las calidades del ánimo, y juzga que á una presencia grata á los ojos acompaña siempre la virtud y la benignidad, complaciéndose de obedecer por rey á quien excede á los demás en gracias corporales. Por ellas habían concebido los godos grandes esperanzas del buen gobierno de Liuva, hijo de Recaredo, que le sucedió en la corona, aunque no en la felicidad. Háiale instruído su padre en el temor á Dios, en el celo de la religión, en el respeto á los sacerdotes y en aquellas virtudes que son propias de los príncipes, sin fiar de otros su enseñanza, porque le parecía que sólo quien era rey podía enseñar las artes de reinar. Hallábase

Liuva en la flor de su edad, cuya gentileza y piedad (de que se preciaba mucho, poniendo en el reverso de las monedas acuñadas en Sevilla *Hispani pius*) le hicieron amado de todos; pero, como suelen ser infaustos los amores del pueblo, apenas tuvo dos años la corona en la cabeza, cuando Witerico, ambicioso de reinar, le mató á traición, cortándole el brazo derecho. ¡Oh fiero tirano! Aun muerto el desdichado rey, temías que su brazo levantaría el cetro, y le separaste del cuerpo. Sintieron todos su muerte, pero no la vengaron; porque en aquellos tiempos se consolaban con la autoridad que les resultaba para elegir otro rey; siendo éste uno de los mayores inconvenientes de la elección.

CAPÍTULO XVII

WITERICO, VIGÉSIMO REY.—GUNDEMARO VIGÉSIMOPRIMO REY DE
LOS GODOB EN ESPAÑA

Quando en quien reina resplandece alguna de aquellas virtudes que conducen al gobierno y arte de dominar, es tan estimado de los súbditos, que no reparan en los demás vicios, ó ya sea fuerza de la excelencia de aquella calidad, ó ya efecto de la admiración ó conveniencia común. Esto se experimenta más en el valor que en las demás virtudes ó calidades, porque á los amigos es de seguridad, y á los vasallos de defensa, y á los enemigos de temor. Por esto los godos, aunque habían quedado hijos beneméritos de Recaredo, y aunque en Witerico se había conocido un ingenio inquieto y sedicioso, y le veían teñido el brazo con la sangre real, le eligieron por rey solamente por la fama de su valor y disciplina militar, sin considerar el peligro común de animar semejantes tiranías. No sé qué gracia suele á veces tener con los hombres la maldad. Pudo ser que pensasen los que fueron cómplices de la conjuración pasada purgar su delito y librarse del castigo poniendo el cetro en manos del autor de ella. Si ya no fué que no pudieron oponerse á su facción, porque siempre suele ser poderosa la de los tiranos, por ser en las repúblicas mayor el número de los malos que de los buenos. Pero se conoció

presto que no es valor el que se ejercita en la maldad y en homicidios injustos, los cuales no son actos de la fortaleza, sino de la malicia; porque, si bien intentó algunas empresas contra los imperiales, y era diestro en la disciplina militar, salió de ellas con poca gloria, conociéndose que hay sujetos suficientes para servir debajo de otra mano, pero no para sustentar el peso de general, en quien es menester que concurren la ciencia, el valor, la prudencia, la autoridad y la fortuna; y así, cuando obró por sus generales en la guerra contra los griegos (que algunos llaman romanos) cerca de Si-güenza, salió vencedor de ellos.

También en las demás materias del gobierno no correspondió á la opinión concebida de él; en que suele engañarse el juicio humano, porque algunos ingenios con la grandeza de los negocios se despiertan, y otros se entorpecen.

Deseaba Witerico la paz con los reyes de Francia, y para conseguirla dió á su hija Hermemberga por esposa á Teodorico, rey de Borgoña, enviándola con gran acompañamiento y pompa. Bien reconocía que muchos casamientos entre España y Francia habían sido infaustos, causando disensiones y guerras, y que ninguna cosa hay más fácil de romperse que la demasiada amistad ó parentesco entre los príncipes; porque en los afectos más encendidos se imprimen más fácilmente y duran por mayor espacio de tiempo los disgustos, bien así como los metales ardientes reciben luego y mantienen constantes las impresiones. Pero se prometía que la prudencia y destreza de Hermemberga podría mantener firme el vínculo del parentesco. También le animaban otros ejemplos de haberse unido en paz y concordia ambas coronas por medio de los matrimonios, no habiendo otros lazos mayores de los ánimos. Pero no le salió cierto este designio, porque á pocos meses después de llegada á Borgoña esta princesa, la volvió Teodorico á enviar doncella á España, quitándole las joyas. No se sabe la causa, pero se sospecha que, celosas sus concubinas, le ligaron para que no pudiese conocerla; si ya no fué traza de Brunichilde para librarse de la nuera y quedarse con el mando de todo, temiendo no se apoderase del marido, inhábil para el gobierno, y la excluyese de él.

Sintió mucho Witerico esta afrenta, y para justificar la venganza envió embajadores á Teodorico, con orden que si no se justificase de aquella acción, pasasen á tratar una liga

contra él con el rey Clotario, gran enemigo suyo, y con el rey de Lorena, Teodoberto, su hermano, ofendido por la partición que hizo de las coronas el rey Childeberto su padre.

No dió Teodorico satisfacción bastante, y los embajadores concluyeron la liga con Clotario y con Teodoberto, los cuales persuadieron también á ella á Agilulfo, rey de los longobardos; y aunque se previnieron para la guerra, no llegó á efecto, porque son muy achacosas las ligas cuando penden de diversas voluntades y de intereses y conveniencias opuestas, y con ganar á uno de los coligados desvanecen, como sucedió á esta, habiéndose ajustado Teodorico con Teodoberto, dándole una parte de su estado.

Con esta afrenta no vengada y con los malos sucesos de las armas perdió Witerico la estimación de sus vasallos, y con ella el amor y el respeto, acrecentado el odio por haber dado indicios de que favorecía de secreto la secta arriana; y conjurados, le mataron estando comiendo, y arrastraron su cuerpo por las calles de la ciudad, echándole después en un lugar muy sucio. Tales sepulcros merece la tiranía y ambición desordenada de gloria y de dominar. Reinó siete años, dejando á la posteridad de los siglos infame su memoria.

Yerran los príncipes que piensan prevenir con la potencia presente la fama futura, porque á los vivos acompaña la lisonja y á los difuntos la verdad. Pudiera bien aquel rey temer las plumas de san Isidoro, del diácono de Mérida Paulo, del abad de Valclara, después obispo de Gerona, y de Artuago, llamado el Godo: varones insignes por su virtud y letras; los cuales florecían en aquel tiempo, y en sus crónicas escribían, para premio y emulación de la virtud ó para castigo y escarmiento del vicio, lo que notaban digno de alabanza ó de reprehensión; y porque mi pluma no pase teñida en la sangre de este rey infeliz á escribir la vida de su sucesor Gundemaro, piadoso y religioso príncipe, la limpiaré primero con la relación de algunos santos y doctos varones que vivían en tiempo de este reinado.

Era entonces metropolitano de Toledo Aurasio, de cuyas virtudes hace un elogio san Ildefonso, y entre otras cosas, alaba en él la constancia en las adversidades: argumento de que Witerico le había tratado mal; y pondera que gobernaba bien su iglesia y su familia, como cosas que concuerdan entre

sí, porque quien no supiere tener en freno á los domésticos, no podrá á los súbditos.

Era obispo de Mérida Renovato, hijo de ilustres padres y muy docto en las sagradas letras.

En el monasterio de San Claudio de León resplandecía la santidad del abad san Vicente, cuyo compañero era san Ramiro. Mereció este santo varón la palma del martirio.

No menores resplandores daban de sí las virtudes del abad Juan, que después sucedió á Máximo en el obispado de Zaragoza; doctísimo en la sagrada escritura, cuya liberalidad en repartir sus rentas entre los pobres era mezclada con tanto agrado y benignidad, que más su buena gracia que sus dones dejaban obligado á quien los recibía; porque á veces da más el semblante que la mano.

Sucedió á Witerico en el cetro Gundemaro, autor también de esta conjura, que ya en la malicia de aquellos tiempos se tenía la alevosía por instrumento de la dominación y por derecho á la corona; si bien su valor en la guerra, su prudencia en la paz, su agrado y blandura sin ofensa de la majestad, le hacían digno del imperio. Fué coronado y ungido en la iglesia de San Pedro y San Pablo por el obispo de Toledo Aurasio, lo cual hacían los reyes godos, á imitación de los emperadores; porque, como á ellos los ungía en Constantinopla aquel patriarca, así á los reyes godos el metropolitano de Toledo con el olio santo, tomándoles juramento de que guardarían inviolablemente la justicia; que gobernarían el reino con suma fidelidad y equidad; habiendo sido los primeros reyes que en la cristiandad usaron de esta ceremonia. Juan de Mariana inclina á que franceses le asistieron con sus armas para alcanzar la corona; y su mayor fundamento es que por unas cartas del conde Bulgarano, gobernador de la Galia Gótica, halladas en los archivos de la universidad de Alcalá y de la iglesia de Oviedo, parece que pagaba parias á los reyes de Francia; lo cual no es verosímil, porque ninguno de los historiadores de España dice que su elección fué por fuerza. Nosotros en los historiadores de Francia no hemos podido hallar mención de tales parias, como es de creer que la harían si fuesen ciertas, ni aun en ellos hay memoria alguna de este rey. Como tengo esto por falso, así confieso que lo es también lo que refiere la *Crónica general* del rey don Alonso el Sabio, que Gundemaro prendió en batalla á Clotario, rey de Fran-

cia, y á los hijos del rey Teodorico, y que hizo matar á estos; en que confunde las historias de Francia con las de España, y estas no han menester el adorno de victorias ajenas.

Aplicóse luego Gundemaro al gobierno de su reino, y para que Dios le favoreciese en él trató en primer lugar de las cosas tocantes á la religión, sabiendo que de su buena disposición pende la felicidad de las temporales; y con gran celo y piedad estableció muchas leyes en favor de las iglesias, y la principal fué haber ordenado que ninguno fuese sacado por fuerza de ellas, siendo el primero que concedió la inmunidad eclesiástica en España.

Mandó también que se tuviese gran respeto y veneración á los templos: piadosa atención de un príncipe, y la más grata á Dios, porque ninguna cosa le ofende más que ver profanados los lugares sagrados destinados para el sacrificio, el culto y la adoración. Á los pecados públicos se suelen atribuir los trabajos y calamidades, y no reparamos en que las suele permitir Dios, no tanto por ellos, cuanto por el poco respeto á las iglesias y por las ofensas que se cometen en ellas.

Estaba turbado el reino por las artes del rey Witerico, el cual, creyendo poder sustentar el reino con la misma tiranía que le había adquirido, fomentó las disensiones entre los vasallos, para que no pudiesen unirse contra él y tener á una de las partes en su favor, ó que ambas necesitasen de su asistencia, hallando para ello buena disposición en el reino, porque aún quedaban entre las cenizas ascuas vivas de los tumultos pasados en tiempo del rey Recaredo; siendo las guerras civiles semejantes al mar, en quien aun después de pasada la tempestad conservan las olas por largo espacio su movimiento.

La mayor discordia que había dejado viva era entre los eclesiásticos, porque habiendo Eufemio, obispo de Toledo, puesto su firma en el concilio tercero celebrado en aquella ciudad, añadió en ella (ó por descuido ó por modestia) «metropolitano de la provincia Carpetana», de lo cual tomaron pretexto los obispos de la provincia Cartaginense para no obedecer como sufragáneos al de Toledo, alegando que Cartagena antes de su ruina había tenido jurisdicción sobre Toledo, y que quitarle la dignidad metropolitana era concurrir en la ferocidad de los bárbaros. Que aun en los fragmentos de ella se sustentaba su antigua potestad y grandeza. Sentía mucho

Aurasio (que entonces poseía la silla de Toledo) esta desobediencia, y no menos el rey Gundemaro, considerando que ninguna cosa era más peligrosa en los reinos que las discordias y cismas de los eclesiásticos, y que tocaba al oficio de rey procurar ajustarlas con tiempo, antes que, mezclados en ellas los seglares, se desconcertase toda la armonía del reino. Este temor le obligó á aplicar primero medios suaves; pero no bastaron, porque son muy contumaces los eclesiásticos en la defensa de sus privilegios, introducido en ellos el celo de que por mayor servicio de Dios y honor de las iglesias conviene mantenerlos.

Viendo pues Gundemaro frustradas sus diligencias, y que convenía mantener la autoridad de la metrópoli de Toledo, para que desde allí, como del centro de España, se pudiese mejor oponer á los arrianos, y que se disminuiría mucho el esplendor y grandeza de su corte si la provincia de Cartagena se separase de la Carpetana, mandó congregarse en Toledo un concilio nacional, en el cual se hallaron quince obispos y el metropolitano; y habiendo examinado los méritos de la causa, sentenciaron que á la iglesia de Toledo pertenecía la superioridad sobre las iglesias de la provincia de Cartagena, y se suscribieron; en que es de notar que no puso Aurasio su firma, por haber salido á favor suyo la sentencia.

No le pareció al Rey que tenía bastante firmeza, por haberla dado obispos sufragáneos de la metrópoli, á los cuales podía haber inclinado ó el temor ó la lisonja ó alguna conveniencia propia, y mandó congregarse otro concilio, convocados á él los preladados de otras diversas provincias, sin que interviniesen los que habían pronunciado la sentencia. Concurrieron veintiséis, y entre ellos cuatro metropolitanos; y habiendo examinado la sentencia del concilio antecedente, y un decreto que en confirmación de ella había promulgado el Rey, firmado de su mano, le confirmaron los padres; y porque en él se descubre la piedad y prudencia de Gundemaro le ponemos aquí.

EL REY FLAVIO GUNDEMARO Á LOS VENERABLES PADRES NUESTROS
LOS OBISPOS DE LA PROVINCIA CARTAGINENSE

«Aunque el cuidado de nuestro reino en la disposición de las cosas y en el gobierno de las personas sea muy pronto, se ilustra más nuestra majestad, y es de mayor gloria á la fama

»de nuestras acciones el que ponemos en orden al servicio de
»Dios y de la religión, sabiendo que por ello, no solamente
»alcanzará nuestra piedad un largo imperio temporal, sino
»también conseguirá la gloria de los méritos eternos. Habien-
»do pues algunos, por la torpeza de los tiempos pasados y por
»el ejemplo de la usurpación del príncipe nuestro antecesor,
»tomado más licencia en las cosas eclesiásticas que la que les
»conceden los cánones, ha resultado de ello que ciertos obis-
»pos de la provincia de Cartagena, contra lo decretado por
»autoridad canónica, no respetan la potestad de la iglesia me-
»tropolitana, haciendo juntas y conspiraciones contra ella;
»siendo elegidos para el oficio episcopal algunos cuya vida aún
»no ha sido bien examinada, despreciando la dignidad de la
»dicha iglesia, la cual ha sido ensalzada con el solio de nues-
»tro imperio; con que han perturbado la verdad del orden
»eclesiástico, usando mal de la autoridad de aquella silla,
»contra lo que le pertenece por antigua sentencia de los cán-
»nes. Lo cual nosotros en ninguna manera habemos de con-
»sentir de aquí adelante; antes queremos que el obispo de la
»iglesia y silla de Toledo tenga el honor de primado, confor-
»me á la autoridad antigua del concilio sinodal, sobre todas
»las iglesias de la provincia Cartaginense, y que entre los
»demás obispos suyos preceda así en el honor de la dignidad
»como en el nombre de metropolitano, según lo que estable-
»ció la tradición de los cánones, y le permitió la antigua au-
»toridad en cada una de sus provincias. Y no hemos de per-
»mitir que la provincia Cartaginense, contra los decretos de
»los padres, esté dividida con el gobierno dudoso de dos me-
»tropolitanos, de que podrían nacer varios cismas, con que se
»perturbase la fe y se rompiese la unidad. Antes queremos
»que, así como esta misma silla resplandece por la antigüedad
»de su fama y por la veneración de nuestro imperio, así tam-
»bién preceda en dignidad y en potestad á las iglesias de toda
»la provincia.

»Y en cuanto á haber el venerable obispo Eufemio firmado
»de su mano que la metrópoli de Toledo era silla de la pro-
»vincia de Carpetania, nosotros corregimos su ignorante pa-
»recer, sabiendo que, según las memorias antiguas de lo su-
»cedido en ella, no es la Carpetania provincia, sino parte de
»la de Cartagena; y porque es una misma, ordenamos que,
»así como la Bética, la Lusitania, la Tarraconense, y las de-

» más que pertenecen á nuestro gobierno, tienen cada una su
» metropolitano, en conformidad de los decretos de los anti-
» guos padres, así la Cartaginense tenga reverencia al primado
» y le honre por principal entre los demás obispos, según los
» decretos antiguos de los padres, sin que en desprecio suyo
» se haga algo sin su asistencia, como intentó la presunción
» de algunos arrogantes sacerdotes ; y por la autoridad de este
» edicto damos la regla de vivir y una ley de religión y de ino-
» cencia, por la cual prohibimos que de aquí adelante no se
» cometan semejantes cosas. Pero con atención á nuestra pie-
» dad y clemencia, perdonamos los descuidos pasados ; y si
» hasta aquí ha sido grande la culpa, ¿ cuánto será mayor y
» más digna de castigo quebrantar con temerario atrevimiento
» este nuestro decreto, hecho según la autoridad de los padres
» antiguos ? Lo cual nos obligará á no perdonar de nuevo á
» cualquiera de los sacerdotes de la provincia Cartaginense,
» que quitare ó despreciare la honra de la misma iglesia, por-
» que sin duda alguna será castigado con degradación ó exco-
» muni6n eclesiástica, y también con otra pena de nuestra
» severidad ; porque, ordenando nosotros semejantes cosas en
» las iglesias de Dios, creemos fielmente que como, encendi-
» dos en el celo de la justicia, nos desvelamos en poner en
» orden las cosas del culto divino, en que perseveraremos
» siempre, así él cuidará del buen gobierno de nuestro impe-
» rio.»

De este decreto infieren algunos la primacía de la santa iglesia de Toledo sobre las demás de España ; pero del mismo texto consta que solamente se trató en él de reducir á su obediencia las iglesias de la provincia de Cartagena.

Este nombre *primado* es lo mismo que patriarca, diferenciado solamente en el nombre, pero no en la dignidad y poder instituido desde la primitiva iglesia en las de oriente. Obedecían al primado los metropolitanos, y de sus sentencias en las causas de los obispos se apelaba á él. Tenía también autoridad de convocar concilios.

Sobre la primacía de las iglesias de España ha habido en diversos tiempos varias disputas. Don Rodrigo Jiménez, arzobispo de Toledo, defendió en el concilio Lateranense que tocaba á aquella iglesia, contra la pretensión de los arzobispos de Tarragona, Narbona, Braga y Santiago.

Algunos pretenden probar que la tenía desde que san Pe-

dro envió por obispo de Toledo á san Eugenio ; pero (como se ha dicho) quien le envió fué san Clemente papa ; y aún no está bien averiguado si fué el primer obispo de Toledo, porque hay quien diga que Pelagio, y otros que muchos años antes había predicado en Toledo la fe católica san Cernín, y que consagró á san Honorato, obispo de aquella iglesia, y también que había predicado en ella san Pedro, obispo de Braga, discípulo de Santiago. ¿Quién podrá averiguar lo que se observó en aquellos tiempos tan oscuros, que no se tiene noticia de los prelados que sucedieron á san Eugenio hasta Melancio muchos años después ? Y habiéndose hallado éste en el concilio Eliberitano, tuvo el lugar décimotercio entre los padres.

Los tres primeros concilios de Toledo pudieran, por los asientos y firmas, ser jueces de este pleito ; pero el primero y segundo fueron provinciales, y presidieron Patruino y Montano, como metropolitanos ; en el tercero presidió san Leandro, obispo de Sevilla, como legado de la Sede Apostólica, aunque hay quien diga que presidió Mausona, obispo de Mérida. Sobre esta causa son graves los testimonjos que se alegan en favor de la primacía de Toledo ; pero con todo eso no se atrevió el cardenal Baronio á decidirla.

Lo que parece que toca más á esta historia es averiguar en qué iglesia estaba la primacía después que las naciones bárbaras entraron en España. Lo que en ello juzgamos es que, como perturbaron todas las cosas, así esta, y que mientras estuvieron en sus reinos propios conservó cada una en el suyo la dignidad de la primacía. Los vándalos la pusieron en Sevilla, cabeza de la provincia Bética ; los alanos en Toledo, á quien estaba reducida la provincia Cartaginense ; los romanos en Tarragona y los suevos en Braga, procurando todos ilustrar su corte con ella.

La duda consiste ahora si, después de echados los vándalos de España, reducidos los suevos al imperio del rey Leovigilgo, y vencidos los romanos, estuvo por algún tiempo la primacía en Sevilla antes que en Toledo. Las razones que se alegan de una y otra parte son muy fuertes. El obispo de Tuy y otros afirman que el rey Chindasvinto alcanzó de la Sede Apostólica un privilegio para que en una de las dos iglesias estuviese la dignidad de la primacía, y que después de haber sido condenado por un concilio (como se dirá en su lugar)

el obispo de Sevilla Teodiselo, la pasó aquel rey á Toledo.

Lo que no tiene duda es que por autoridad apostólica la goza desde que el rey don Alonso el Sexto recuperó de los africanos aquella ciudad, y que siempre fué muy venerada de todas las iglesias de España por su grandeza y majestad, y porque ha sido el propugnáculo de la religión católica, donde, como en un crisol, la purificaron los demás metropolitanos y obispos ilustres en santidad y letras, congregados allí en veintidós concilios.

Mientras se ocupaba el Rey en ajustar las cosas eclesiásticas, turbaron su sosiego los navarros, saliendo en campaña con un ejército poderoso, á que se opuso el Rey con otro, y los venció y redujo á su obediencia. Siempre aquella nación trabajó el imperio de los godos; la causa se puede atribuir á la ferocidad nativa de los que habitan entre los montes, cuyos ingenios aman la libertad y aborrecen los dominios monárquicos. Su situación entre la potencia que tenían los godos en España y en la Galia Gótica, y su diversidad de costumbres, estilos y privilegios, daba ocasiones á diferencias y á tomar las armas. Que estas hayan sido las causas de sus inquietudes se ha conocido después en la unión de aquella corona con la de Castilla, pues desde que fueron comunes los estilos, las costumbres, las leyes y los premios, no se ha visto movimiento alguno en aquella nación, antes mucha concordia y fidelidad á su rey.

Movió también Gundemaro las armas contra los romanos que aún quedaban en España, y en los felices sucesos que tuvo contra ellos mostró que no menos era apto para las artes de la guerra que para las de la paz, habiendo concebido sus vasallos grandes esperanzas de su feliz gobierno; pero todas las cortó la muerte, cortando el hilo de su vida en medio de sus felicidades, sin haber reinado más que un año y diez meses. El sentimiento de sus vasallos fué grande, porque ninguna pérdida mayor que la muerte temprana de un rey bueno. No se sabe que dejase sucesión en la reina Hilduara, su mujer.